Enzo Traverso

A SANGRE Y FUEGO

De la guerra civil europea (1914-1945)

PUV

El concepto de «guerra civil europea» es retomado por el historiador Enzo Traverso para captar el sentido de una época de guerras y revoluciones en la que la simbiosis entre cultura, política y violencia modeló profundamente las ideas y las prácticas de sus actores. Se trata de superar las controversias historiográficas de los últimos decenios sobre la interpretación del fascismo, del comunismo, de la resistencia, para resituarlos en una perspectiva más amplia y unificada. De esta manera, la obra contribuye también a la comprensión de los lazos genéticos que unen la democracia actual, entendida como producto histórico y no mera normativa atemporal, a aquella época de horror y sufrimiento.

«Constituye un gran mérito del penetrante estudio de Enzo Traverso sobre la política de la violencia su capacidad para identificar y reconstruir una lógica de guerra civil en las cruentas batallas y enfrentamientos de la primera mitad del siglo XX.»

Dan Diner

«La investigación de Enzo Traverso se basa en una idea brillante, aunque controvertida. Este es un libro importante que merecidamente ha dado lugar a dicusiones de gran alcance.»

Saul Friedländer

Gueto de Varsovia, 1943.

PUV PUBLICACIONS VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Enzo Traverso, historiador italiano nacido en 1957, es profesor de ciencias políticas en la Universidad de Picardía y en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Ha centrado su investigación en temas fundamentales del siglo XX, de la «era de los extremos», como el nazismo, el antisemitismo –y especialmente el Holocausto–, el impacto de las dos guerras mundiales entre los intectuales o la reflexión sobre el totalitarismo. En esta misma editorial ha publicado *Totalitarisme: història d'un debat (2002) i Els usos del passat: història, memòria i política* (2006). Asimismo, ha colaborado en las revistas *L'Espill* y *Pasajes*, editadas también por PUV.

A SANGRE Y FUEGO

DE LA GUERRA CIVIL EUROPEA (1914-1945)

Enzo Traverso

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

Título original: *À feu et à sang. De la guerre civile européene 1914-1945*
© Éditions Stock, 2007
© De esta edición: Publicacions de la Universitat de València, 2009

Publicacions de la Universitat de València
http://puv.uv.es
publicacions@uv.es

Traducción: Miguel Ángel Petrecca
Revisión de la traducción: Gustau Muñoz
Ilustración de la cubierta: Gueto de Varsovia, 1943
Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera
Fotocomposición, maquetación y corrección: Communico, C. B.

ISBN: 978-84-370-7658-4
Depósito legal: V-4091-2009

Impresión: Imprenta Palacios

A mi madre, que tenía veinte años
en el momento de la Liberación

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 11

PRIMERA PARTE. Pasajes al acto 27

OBERTURA 29
Interpretaciones 29
Antecedentes 34
Ciclo 44
Secuencia 46

ANATOMÍA DE LA GUERRA CIVIL 61
Anomia 61
Partisanos 70
Violencia caliente 77
Violencia fría 82
Dictadura 85

GUERRA CONTRA LOS CIVILES 91
Aniquilar 91
Bombardear 99
Desarraigar 105

JUZGAR AL ENEMIGO 113
Debellatio 113
Justicia política 115
Depuración 123
Amnistía 127

SEGUNDA PARTE. Culturas de guerra 133

EL ESTALLIDO 135
Presagios de la catástrofe 135
Fiebre chauvinista 138
El matadero y el campo de honor 141

IMAGINARIOS DE LA VIOLENCIA 147
Miedo 147
Behemoth 164
Juventud masculina 170
Alegorías femeninas 174

LA CRÍTICA DE LAS ARMAS 181
Las musas combatientes 181
Legalidad y legitimidad 187
«Relaciones peligrosas» 194
Dilemas éticos 201

LAS ANTINOMIAS DEL ANTIFASCISMO 209
Ilustración y Contra-Ilustración 209
Estalinismo 217
Holocausto 223

AGRADECIMIENTOS 227

ILUSTRACIONES 229

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA 237

ÍNDICE ONOMÁSTICO 259

INTRODUCCIÓN

Algunas imágenes del siglo XX se han inscrito en nuestra memoria como hitos visuales, iconos del pasado que resumen su sentido y nos restituyen su sabor. Todo el mundo conoce las botellas de Coca-Cola de Andy Warhol, la silueta del astronauta Neil Armstrong posando el pie sobre la Luna o la felicidad artificial de las sonrisas de Marilyn Monroe. Cuando pensamos en las décadas que comprenden las dos guerras mundiales, por el contrario, todo se ensombrece. Vemos las trincheras, los rieles a la entrada del campo de Auschwitz-Birkenau bajo la nieve del invierno polaco, el hongo atómico de Hiroshima. La era de los extremos produce su imaginario del horror, detrás del cual se esconde un universo de sufrimiento, pero también de experiencias sociales, de culturas compartidas, de ideas y de luchas que este libro se propone explorar a través del concepto de «guerra civil europea». Éste ha sido utilizado por numerosos comentaristas e intérpretes, desde la época de entreguerras, aunque el único que lo ha elaborado de manera sistemática (y bastante discutible) ha sido Ernst Nolte. Lo retomo aquí para intentar captar el sentido de una época de guerras y revoluciones en la que la simbiosis entre cultura, política y violencia modeló profundamente las mentalidades, las ideas, las representaciones y las prácticas de sus actores. Este trabajo responde a la necesidad de revisar o superar algunas controversias historiográficas que se han producido en los últimos decenios en torno a la interpretación del fascismo, del comunismo, de la Resistencia, para reubicarlos en una perspectiva más amplia, unificando los contextos estudiados. Apunta también a restablecer una perspectiva histórica contra el anacronismo, hoy fuertemente extendido, que proyecta sobre la Europa de entreguerras las categorías de nuestra democracia liberal como si se tratara de normas y valores intemporales. Esta tendencia consiste en reducir una época de guerras, revoluciones y contrarrevoluciones a los horrores del totalitarismo. La tentación es tanto más arriesgada cuanto que la guerra civil es precisamente un momento en el cual esas normas se revelan caducas. Ésta tiene su lógica, y sus «leyes» propias se imponen fatalmente a todos los combatientes, incluidos aquellos que tomaron las armas para luchar contra el fascismo y para defender o restaurar la democracia. En otras palabras, es un error de perspectiva querer

analizar con los anteojos de Jürgen Habermas y de John Rawls una época que produjo a Ernst Jünger y Antonio Gramsci, Carl Schmitt y Leon Trotsky. Si no consideramos la democracia solamente como un conjunto de normas, sino también como un producto histórico, podemos entender el lazo genético que la une a una época de guerra civil.

La historiadora Annete Wieviorka ha definido nuestra época como la «era del testigo»,[1] subrayando la atención que se le confiere hoy en día al relato de los actores del pasado y, especialmente, a una categoría particular: las *víctimas*, quienes, en el vocabulario corriente, han devenido sinónimo de testigos. Este desplazamiento de la mirada, dirigida anteriormente hacia el héroe y hoy hacia las víctimas, ha acompañado a una nueva conciencia histórica, según la cual el siglo XX es la era de la violencia. En el plano historiográfico, este vuelco ha coincidido con un nuevo y saludable cuestionamiento de los viejos paradigmas positivistas que hacían de los archivos escritos las fuentes privilegiadas, cuando no únicas, de la investigación, y con el surgimiento de nuevos enfoques atentos a las fuentes orales, a la vida de los «subalternos» y a su subjetividad. Los testigos, antes olvidados, concentran actualmente la atención de los investigadores. Esta mutación ha sido productiva, puesto que ha ampliado el horizonte de investigación, pero la interacción entre memoria e historia suscita una gran cantidad de preguntas para los historiadores del mundo contemporáneo. Éstas no solamente conciernen a la posición y la subjetividad de los testigos. Si, como ha demostrado Raul Hilberg, la violencia de masas es el resultado de un triángulo –los verdugos, las víctimas y los «testigos»[2] (*bystanders*), es decir, la «zona gris» que se encuentra en el medio y cuya actitud es con frecuencia decisiva para el desenlace del conflicto–, el enfoque exclusivo sobre la memoria de las víctimas corre el riesgo de mutilar la reconstrucción y la lectura de un hecho. Hace falta evitar dos escollos: por un lado, la «empatía» hacia los verdugos, difícil pero necesaria para comprender las motivaciones y el universo mental de éstos, puede desembocar en su apología (la «querella de los historiadores» alemanes en los años ochenta es una experiencia sobre la que puede reflexionarse desde ese punto de vista);[3] por otro lado, la empatía unilateral hacia las víctimas puede anular la distancia crítica indispensable en un historiador, transformándolo en abogado de la memoria, que «compadece» en lugar de analizar y comprender.

Este libro no ignora a las víctimas –un capítulo está dedicado a los sufrimientos de los civiles durante las guerras mundiales–, pero se centra más que nada en los actores de la violencia, aquellos que la practican y que, cuando

[1] Annette Wieviorka, *L'Ère du témoin*, Plon, París, 1998.

[2] Raul Hilberg, *Exécuteurs, victimes, témoins. La catastrophe juive 1933-1945*, Gallimard, París, 1994.

[3] *Cf. Historikerstreit, Die Dokumentation der Kontroverse über die Einzigartigkeit der nationalsozialistichen Judenvernichtung*, Piper, Múnich, 1987.

la padecen, la asumen como una consecuencia previsible de sus opciones. Se trata, en otras palabras, de restablecer el equilibro en la perspectiva histórica volviendo a dar visibilidad a los actores de las guerras y las revoluciones, tanto a los vencedores como a los vencidos. Ocultos por una memoria pública del siglo XX, entendido como tiempo del totalitarismo y de los genocidios –una memoria de la cual la «religión civil» del Holocausto constituye, en varios aspectos, el paradigma–,[4] aquéllos han quedado eclipsados, llevándose consigo ciertas claves para entender el siglo que pasó. Esta constatación coincide con una observación metodológica importante de Reinhart Koselleck, según la cual, «a largo plazo, las ganancias históricas de conocimiento provienen de los vencidos».[5] Los vencidos de la guerra civil europea son de todas partes: se llaman Rosa Luxemburgo, Antonio Gramsci, Manuel Azaña, Leon Trotsky, Walter Benjamin, pero también Ernst Jünger o Carl Schmitt. Ésa es la razón de que sus obras ocupen un gran lugar en esta obra y de que sean objeto de reflexiones y de análisis críticos, más allá de las simpatías y antipatías que me aproximan o me alejan de unos o de otros.

En 1948, Cesare Pavese terminaba *La casa en la colina*, su novela sobre la Resistencia italiana, con las palabras siguientes: «Yo no creo que todo eso pueda terminar. Ahora que he visto qué es la guerra, la guerra civil, sé que si terminara, todo el mundo debería preguntarse: "¿Qué vamos a hacer con los caídos? ¿Por qué murieron?". Yo no sabría qué responder. Al menos no por el momento. Y no creo que otros supieran. Tal vez sólo los muertos saben, y sólo para ellos ha terminado la guerra de verdad».[6] Podría leerse esta amarga conclusión como el reflejo del malestar profundo de Pavese durante los años de la guerra, el de un antifascista convencido de que no logró nunca dejar de lado sus reticencias éticas con respecto a la opción por las armas y prefirió aislarse en el campo piamontés, en el momento en que la lucha contra la ocupación alemana y el régimen de Saló bramaba a su alrededor. Para ciertos críticos, que han hablado del «síndrome de la casa en la colina», estas palabras son representativas de una tendencia más general. En su novela, Pavese habría dado voz a la «zona gris», al vasto grupo indistinto de todos aquellos que, por miedo, por rechazo de la violencia o por oportunismo, no pudieron o no quisieron elegir bando durante la guerra civil.[7] Aquellos que se retiraron o se ocultaron, no para protegerse de una persecución, sino para escapar de un conflicto que

[4] *Cf.* Peter Novick, *The Holocaust in American Life*, Houghton Mifflin, Boston, 1999, p. 199.

[5] Reinhart Koselleck, «Mutation de l'expérience et changement de méthode. Esquisse historico-anthropologique», *L'expérience de l'histoire, Hautes Études*, Gallimard/Seuil, París, 1997, p. 239.

[6] Cesare Pavese, «La maison sur les collines» (1948), *Avant que le coq chante*, Gallimard, París, 1953, p. 330.

[7] *Cf.* Raffaele Liucci, *La tentazione della «casa in colina». Il disimpegno degli intellettuali nella guerra civile italiana (1943-1945)*, Unicopli, Milán, 1999.

desgarraba la sociedad y dividía su comunidad. Algunos no sabían de qué lado ubicarse, otros, aun reconociendo como legítima la acción de los antifascistas, no se atrevían a seguirlos y mucho menos a involucrarse en la lucha armada. Se sentían un poco cobardes y culpables de su pasividad, pero ese sentimiento se veía eclipsado por el espectáculo horrible de la violencia y de la muerte masiva, ante el cual ningún valor y ninguna ideología parecían encontrar justificación.

La literatura, a menudo, es premonitoria. Esta novela formula concepciones y vehicula una visión de la guerra, de la Resistencia y del antifascismo, que reflejan mejor la sensibilidad y las opiniones de este principio del siglo XXI que las de quienes predominaban en la cultura europea al final de la Segunda Guerra Mundial. La única memoria de esta era de sangre y fuego de la primera mitad del siglo XX que hoy parece necesario preservar es la memoria de las víctimas, las víctimas inocentes de una explosión de violencia aberrante. Frente a este recuerdo, el de los combatientes ha perdido toda dimensión ejemplar, salvo como un modelo negativo. Fascistas y antifascistas son rechazados igualmente como representantes de una época pasada durante la cual Europa se hundió en el totalitarismo (comunista o nazi). La única gran causa de la que valía la pena ocuparse, parece sugerir la razón postotalitaria, no era política, sino humanitaria. Oskar Schindler ha destronado así a Missak Manouchian. El ejemplo que debe retenerse es el del empresario alemán (afiliado al Partido Nazi) que salva a sus empleados judíos, no el de aquellos inmigrantes (judíos o armenios, italianos o españoles) que luchan contra el nazismo dentro de un movimiento ligado al Partido Comunista. Y si se evoca a esos combatientes, es para recalcar que se equivocaban, que su causa ya no tiene ninguna significación para nuestros contemporáneos y que deben ahora reconciliarse con sus viejos enemigos. Es así que Italia conmemora conjuntamente a los antifascistas y a los «muchachos de Saló», todos ellos patriotas, cada uno a su manera.[8] Y en España se hace desfilar juntos a un ex combatiente republicano y a un ex voluntario de la División Azul que, en 1941, se unió a la Wehrmacht para combatir al comunismo ateo.[9]

Esta revalorización *a posteriori* de la «zona gris» ha encontrado numerosos partidarios.[10] La celebran como un receptáculo de virtudes éticas al abrigo de los fanatismos de la utopía y de las ideologías, recordatorios de hasta qué punto los imperativos del compromiso podían desviar a los actores de la historia, haciéndolos olvidar sus responsabilidades individuales frente a sus conciudadanos. Retomando la distinción clásica de Max Weber entre una «ética

[8] Luciano Violante, «Sui ragazzi di Salò» (1996), en Filippo Focardi (ed.), *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito politico italiano dal 1945 a oggi*, Laterza, Roma-Bari, 2005, pp. 285-286. Se trata del discurso de investidura del presidente del Parlamento italiano.

[9] *Cf.* Josep Ramoneda, «Poco más que un desfile», *El País*, 14 de octubre del 2004.

[10] Véase, por ejemplo, Tzvetan Todorov, *Une tragédie française. Été 1944: scènes de guerre civile*, Seuil, París, 1994.

de la convicción» y una «ética de la responsabilidad»,[11] oponen la segunda a la primera, la única capaz de tomar en cuenta las consecuencias de cada acción, a fin de excluir aquellas que (a pesar de las intenciones de sus autores) desembocan en el mal. Según esta visión, los hombres de la Resistencia predicaban una moral del sacrificio que los convertía ya en héroes dispuestos a inmolarse por una causa, ya en fanáticos capaces de matar con la excusa de un fin noble, sacrificando chivos expiatorios en nombre de una ideología. A esta moral execrable que produce héroes y verdugos, a menudo al azar de las circunstancias, anteponen una moral apolítica que no apunta a construir una comunidad ideal –la utopía totalitaria del Hombre nuevo–, sino que se preocupa por los hombres reales. Sus representantes no actúan por el deseo de liberar al género humano, sino simplemente con el objetivo de evitar víctimas inocentes o de socorrerlas. Los unos sientan las bases de los totalitarismos, los otros encarnan las virtudes más humildes, pero incomparablemente más nobles del humanitarismo.

En la realidad de una guerra civil, sin embargo, la vasta gama de comportamientos de los actores resulta con frecuencia difícil de inscribir en esos dos tipos ideales bosquejados por Weber. La ética de la convicción y la ética de la responsabilidad no están nunca del todo separadas, sino por el contrario, enlazadas, mezcladas de manera variable. Los hombres de la Resistencia se hacen con mucha frencuencia preguntas sobre las consecuencias de sus acciones –sus debates lo atestiguan– y los humanitarios no están necesariamente desprovistos de convicciones políticas ni mucho menos. ¿Puede culparse a los autores del atentado contra Heydrich, en Praga, en mayo de 1942, al que siguió la masacre de Lídice? ¿Habría que haber evitado el atentado de la calle Rasella, en Roma, en marzo de 1944, en el cual la Resistencia mató a treinta y dos soldados alemanes? Ésa es la opinión de aquellos que le imputan las represalias nazis, durante la masacre de las Fosas Ardeatinas, donde fueron ejecutados trescientos treinta y cinco civiles. Por toda Europa surgieron estas preguntas. ¿Había que sufrir pasivamente la ocupación alemana, sin resistir? ¿Qué legitimidad hubieran podido esgrimir así las instituciones surgidas de la Liberación? Estos dilemas atormentaban a los actores de la época. En abril de 1943, la insurrección del Gueto de Varsovia fue precedida por un intenso debate en el seno de la Resistencia judía, en el cual la ética de la convicción predominó sobre la ética de la responsabilidad. Sobre la base de un sencillo cálculo de la relación de fuerzas, los combatientes no tenían ninguna oportunidad de imponerse y su elección podía parecer puramente suicida. No es difícil reconocer, retrospectivamente, que la moral del sacrificio de estos insurgentes valía más que el sentido de la responsabilidad de los notables de Consejos judíos que, al colaborar, no actuaban siempre por oportunismo o conformismo (la obediencia a las autoridades como un *habitus*, como una norma interiorizada), sino, a menudo, por un cálculo erróneo de las consecuencias de su elección, por el afán de sal-

[11] *Cf.* Max Weber, *Le Savant et le Politique*, La Découverte, París, 2003, pp. 188-193.

var vidas humanas. El suicidio de Adam Czerniakow, presidente del Consejo judío del Gueto de Varsovia, en 1942, es la ilustración más dramática de esto.[12] La ideología de los sindicatos y los partidos de la izquierda holandesa que organizaron, en diciembre de 1941, una huelga general contra la deportación de los judíos de Amsterdam valía más que la ética de la responsabilidad de sir Arthur Harris, el organizador de la destrucción de las ciudades alemanas bajo miles de toneladas de bombas, o de Harry Truman, que justificaba la aniquilación atómica de Hiroshima y Nagasaki esgrimiendo, como hombre de Estado responsable, el número elevado de víctimas norteamericanas en el caso de una invasión de Japón.

Si la primera mitad del siglo XX está lo suficientemente lejos como para permitir una mirada distanciada, sobre todo por parte de aquellos que no la han vivido, las páginas que siguen rehúsan reducirla a una catástrofe humanitaria o a un ejemplo escalofriante de la maleficencia de las ideologías. Parten de la idea de que si todas las guerras civiles son tragedias, algunas merecen nuestro compromiso.[13] Que nosotros, ciudadanos de una Europa democrática, hemos contraído una deuda con aquellos que combatieron para construirla. Que una democracia amnésica es necesariamente frágil, sobre todo en un continente que ha conocido los fascismos. Y que sería necesario no confundir una actitud de rechazo apolítico del compromiso, de condena de la violencia y de estigmatización de las ideologías, con una forma de sabiduría intemporal. No se trata de poner en duda las virtudes cívicas del humanitarismo, sino simplemente de impedir que nuestra sensibilidad postotalitaria nos lleve a transformar una categoría ético-política en una categoría histórica, pensando que la condena moral de la violencia puede reemplazar su análisis e interpretación. El espíritu de la era conservadora presenta al humanitarismo como el corolario indispensable del liberalismo, inmunizado contra las ideologías y surgido de las cenizas de un siglo de horrores. Contra esta tendencia, el historiador norteamericano Arno J. Mayer ha escrito un gran libro, *Las Furias*, que merecería ser más leído y meditado. Allí recuerda, en la estela de Maquiavelo, Hobbes y Marx, que la violencia es una «partera» de la historia, cuyo rumbo esboza y cuyo movimiento ritma.[14] No se trata ni de una aserción filosófica o antropológica[15] ni de un alegato projacobino o probolchevique, sino del punto de partida de todo esfuerzo serio de historización del siglo XX.

[12] *Cf.* Adam Czerniakow, *Carnets du ghetto de Varsovie (6 septembre 1939-23 juillet 1942)*, La Découverte, París, 1996.

[13] Véanse al respecto los comentarios esclarecedores de Sergio Luzzatto, *La crisi dell'antifascismo*, Einaudi, Turin, 2004.

[14] *Cf.* Arno J. Mayer, *Les Furies. Violence, vengeance, terreur au temps de la Révolution française et de la réevolution russe*, Fayard, París, 2002.

[15] Como las que sugiere Wolfgang Sofsky, con una complacencia tan ambigua como refinada en su *Traité de la violence*, Gallimard, París, 1998.

Un enfoque como éste no tiene mucho que ver, es evidente, con la historiografía de la violencia actualmente en boga. Para el historiador de la Revolución francesa Patrice Gueniffey, el Terror «es una fatalidad (...) de toda revolución considerada como una modalidad de cambio».[16] Por consiguiente, concluye, la importancia del jacobinismo deriva de su carácter de arquetipo, como bien lo había entendido Auguste Cochin, quien, al analizar el Terror del año II, había contribuido inconscientemente a «la autopsia del bolchevismo».[17] Según Gueniffey, dos rasgos caracterizan a una revolución: un «terror infinito» y «el asesinato en serie de las víctimas», de acuerdo con un escenario que «no ha cesado de repetirse desde hace dos siglos».[18] En resumen, los jacobinos habrían provisto a los bolcheviques de un modelo para su política de exterminio. Nolte nos había explicado ya que el «genocidio de clase» de los bolcheviques constituye el «*prius* lógico y fáctico» del cual nació, por una suerte de imitación reactiva, la violencia nazi.[19] El círculo se cierra: la condena del totalitarismo se traduce así en el juicio contra la violencia revolucionaria. Es tiempo, después de casi veinte años de regresión historiográfica –durante los cuales hemos tenido que soportar versiones anticomunistas del «Compendio de historia del Partido Comunista de la URSS», en las que el socialismo se ha transformado en pesadilla totalitaria, pero la ideología ha permanecido al mando–, de redescubrir la prosa límpida de Isaac Deutscher, quien, llevado todavía por el soplo de la historia con sus tormentos y sus contradicciones, veía en la Revolución rusa, a la vez, un acto emancipador de envergadura universal y el origen de un régimen despótico, poco después totalitario.[20]

La relectura de la historia del siglo XX después del fin de la guerra fría no podía dejar de lado la tradición antifascista. La oposición entre fascismo y antifascismo dominó la cultura política de los años treinta y cuarenta, cuando tomaba la forma de una alternativa dramática frente a la cual Europa se encontraba colocada. Después de la guerra, el antifascismo se convirtió en una suerte de «religión civil» de varios regímenes democráticos que habían conocido la Resistencia. Ahora bien, esta época parece acabada. Desde hace alrededor de diez años, el antifascismo ha descendido de su pedestal y se ha convertido en objeto de una revisión crítica. En Italia, los medios lo presentan como el responsable de las derivas catastróficas de la «Primera República». El principal

[16] Patrice Gueniffey, *La politique du Terreur. Essai sur la violence révolutionnaire 1789-1794*, Fayard, Paris, 2000, p. 226.

[17] Ibid., p. 234.

[18] Ibid., pp. 338-339.

[19] Ernst Nolte, «Vergangenheit, die nicht vergehen will. Eine Rede, die geschrieben, aber nicht gehalten werden konnte», en *Historikerstreit*, *op. cit.*, p. 45.

[20] Véase especialmente Isaac Deutscher, *La Révolution inachevée*, Robert Laffont, París, 1967. Entre las innovaciones historiográficas más productivas, véase la obra colectiva, dirigida por Michel Dreyfus, Bruno Groppo y otros, *Le Siècle des communismes*, Éditions de l'Atelier, Paris, 2000.

biógrafo de Mussolini, Renzo De Felice, había librado una batalla para superar el «paradigma antifascista» que, a sus ojos, representaba la tara mayor de la historiografía de posguerra y varios historiadores lo han seguido en este camino.[21] En Alemania, a partir de la reunificación, el antifascismo ha perdido todo lugar. Ha sido abandonado junto con el arsenal dogmático de la antigua RDA, pero su desaparición se ha llevado consigo una memoria pública –la del exilio y la lucha contra el régimen hitleriano– que iba mucho más allá de una ideología de Estado. Para algunos observadores, el antifascismo, en el fondo, no era más que un «mito», plasmado en un conjunto de símbolos y prácticas ritualizadas, detrás del cual se erigía una ideología totalitaria fundada sobre los principios del partido único, la economía estatizada y un orden social jerárquico.[22] En Francia, la campaña contra el antifascismo comenzó, hace algunos años, con un artículo de Annie Kriegel en *Commentaire*.[23] Ha conocido su momento más mediocre con la aparición de un panfleto que presentaba a Jean Moulin como un agente soviético[24] y, en un plano cultural más elevado, su apogeo con *El pasado de una ilusión* de François Furet, un libro donde el antifascismo está presentado como una empresa propagandista que habría permitido al totalitarismo soviético extender su influencia sobre la cultura occidental. A través del antifascismo, escribe, «los comunistas adquirieron títulos democráticos, sin abandonar la sustancia de sus convicciones. A la hora del Gran Terror, el bolchevismo se reinventa como libertad en virtud de una negación».[25] En otras palabras, el antifascismo se impone como simple disfraz democrático del comunismo, buscando, por un lado, ampliar su influencia política y, por el otro, ocultar su naturaleza totalitaria. Este juicio contiene una parte de verdad, pero unilateral y simplista, porque no toma en cuenta ni la pluralidad del fenómeno antifascista, en el cual convergían diferentes sensibilidades y orientaciones ideológicas, ni su amplitud ni su arraigo, tanto social como intelectual. La complejidad de la relación entre antifascismo y estalinismo es *a priori* eludida por un enfoque que no ve en el primero más que una criatura y un producto derivado del segundo. Se podría argumentar que, deshaciéndose del antifascismo, se corre el riesgo

[21] *Cf.* Renzo De Felice, *Rosso e Nero*, Baldini & Castoldi, Milán, 1995.

[22] Véase, por ejemplo, Antonia Grunenberg, *Antifaschismus. Ein deutscher Mythos*, Rowohlt, Hamburgo, 1993, p. 12. Sobre este tema, véase Enzo Traverso, *Le Passé: modes d'emploi. Histoire, mémoire, politique*, La Fabrique, París, 2005, capítulo V: «Les dilemmes des historiens allemands».

[23] Annie Kriegel, «Sur l'antifascisme», *Commentaire*, 50, 1990. Véase Maurice Agulhon, «Faut-il réviser l'histoire de l'antifascisme?», *Le Monde Diplomatique*, junio de 1994, p. 17.

[24] Thierry Wolton, *Le Grand Recrutement*, Grasset, París, 1993, obra que tiene por lo menos el mérito de haber provocado la respuesta de Pierre Vidal-Naquet, *Le Trait empoisonné. Réflexions sur l'affaire Jean Moulin*, La Découverte, París, 1993.

[25] François Furet, *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^e siècle*, Robert Laffont/Calmann-Lévy, París, 1995, p. 266.

de borrar la única imagen decente que Italia supo dar de sí misma entre 1922 y 1945, Alemania entre 1933 y 1945, Francia entre 1940 y 1944, y España y Portugal durante casi cuarenta años. Pero, aunque pertinente, esta respuesta no alcanza. Para comprender el antifascismo al mismo tiempo en su complejidad y en sus contradicciones, hace falta llevar a cabo su historización crítica. Ahí comienzan las dificultades, porque el debate historiográfico actual muestra a las claras que el momento no se presta a una historización desapasionada y crítica. Pensar históricamente el antifascismo sigue siendo un trabajo indisociable del uso público de la historia y de sus objetivos políticos. Una historización crítica debería, sin embargo, superar los clichés opuestos de la estigmatización ideológica y de la apología ciega, ambos unilaterales y, por lo tanto, falsos. En este libro, el antifascismo será analizado, sobre todo, como lugar de radicalización y de politización de los intelectuales. Es en el espejo de su compromiso, en el período de entreguerras primero, luego en el de la Resistencia, donde revela a la vez su enorme poder de atracción y sus contradicciones internas.

Si bien esta obra no está consagrada a la *memoria* de las violencias de guerra, como todo trabajo histórico comprende, inevitablemente, una parte de memoria que ha orientado mis cuestionamientos y mi reflexión. No es la memoria de un «testigo», basada en los recuerdos de un pasado vivido, porque esta época precede a mi nacimiento, sino más bien, según el concepto de Marianne Hirsch, una «posmemoria».[26] En otras palabras, una memoria colectiva de la cual he ido recibiendo fragmentos desde mi infancia. A veces recubierta de contradicciones o congelada en la leyenda, ella ha ido tomando forma a lo largo de los años. Transmitida en el seno de una familia antifascista, coincidía, por lo tanto, *grosso modo*, con el discurso público dominante, pero no siempre con el de mis compañeros de clase.

Nací en Gavi, un pequeño pueblo piamontés de cerca de tres mil habitantes. Enclavado entre un río y un castillo, rodeado de colinas, no está desprovisto de encanto, al igual que otras aldeas a medio camino entre el Piamonte y la Liguria. Conocido por su vino blanco, sus tortas típicas y sus raviolis, lleva una vida bastante próspera y apacible, por lo menos desde la época en que la conozco. No fue ese el caso durante la Segunda Guerra Mundial, cuando toda la región fue azotada por la ocupación alemana y la Resistencia armada. El castillo –el viejo castillo medieval había sido transformado en fortaleza militar durante la Gran Guerra– se había convertido en una prisión para oficiales ingleses y norteamericanos (a menudo mejor alimentados que sus guardianes). Tras la caída del fascismo, el 8 de septiembre de 1943, los alemanes se apoderaron del edificio para encerrar en él a los prisioneros de guerra italianos. Durante dos años terribles, entre finales de 1943 y la primavera de 1945, el valle alrededor de Gavi se convirtió en un microcosmos de la guerra civil que asolaba la pe-

[26] Marianne Hirsch, *Family Frames. Photography, Narrative and Postmemory*, Harvard University Press, Cambridge, 1997.

nínsula y, más generalmente, a Europa. En abril de 1944, fue enlutado por una masacre, una de las numerosas matanzas que fueron perpetradas en el curso de ese año crucial en el país. Bandas de partisanos comenzaban a organizarse en las montañas, acogiendo a un número creciente de jóvenes que se negaban a alistarse en el ejército de la República Social Italiana de Mussolini. Temiendo un desembarco aliado en Liguria, las fuerzas alemanas decidieron llevar a cabo una gran operación de «limpieza» (*bonifica*) en una región considerada estratégica, ya que la llegada de las tropas angloamericanas a la llanura del Po les hubiera abierto muy rápidamente el camino hacia Alemania. Hacía falta, por lo tanto, controlar las montañas que separan el mar de la llanura. El 6 de abril, con un vasto despliegue de vehículos pesados, los alemanes comenzaron a bombardear la montaña en poder de los partisanos y, más tarde, a incendiarla con lanzallamas. Los noventa y siete combatientes capturados en su base, un antiguo monasterio llamado Benedicta, fueron ejecutados allí mismo por la mañana. Pero la persecución continuó durante los días siguientes. Los asesinatos, que duraron prácticamente una semana, alcanzaron, además de a los combatientes capturados, a algunos campesinos sospechosos de haberles prestado ayuda o protección. Las operaciones estuvieron a cargo de una unidad de la Wehrmacht de dos mil soldados, pero las ejecuciones fueron confiadas a un pelotón de soldados italianos (*bersaglieri*). Así, en seis días fueron muertos ciento cuarenta y siete partisanos, sin contar a aquellos que murieron durante los combates. Algunos días más tarde, cuatrocientos jóvenes fueron deportados a Mauthausen, de los cuales más de la mitad nunca volvió.[27] Todavía hoy, las opiniones están muy divididas acerca de la falta de preparación militar de los partisanos –la Resistencia sólo tomó dimensiones considerables durante los meses siguientes–, de la presencia de traidores en sus filas y del papel desempeñado por un cura del valle que lanzó un llamamiento a la rendición, según algunos para salvar a los jóvenes todavía escondidos, según otros para favorecer su captura. He escuchado estas historias muchas veces. El relato oficial de los sucesos –el que sigue figurando en el memorial erigido sobre el lugar de la masacre– describe un martirio en el cual héroes jóvenes se inmolaron en el curso de un combate contra el invasor extranjero. (Sobre las placas conmemorativas, la palabra «nazis» casi no aparece, pues se hace referencia más que nada a los «alemanes».) Pero los sobreentendidos, las alusiones y las sospechas divulgadas por los rumores locales revelan rápidamente que la historia de esta masacre alemana fue *también* una historia de guerra civil entre italianos. Los combates prosiguieron en el valle. Un año más tarde, el 25 de abril de 1945, las bandas de partisanos entraron en Gavi, inmediatamente después de la partida de las

[27] Véase la obra colectiva *Benedicta. L'evento, la memoria,* Le Mani, Génova, 2004. Para una perspectiva más general, véase Lutz Klinkhammer, *L'occupazione tedesca in Italia (1943-1945)*, Bollati Boringhieri, Turín, 1993, y, del mismo autor, *Le Stragi naziste in Italia,* Donzelli, Roma, 2006, donde se trata la masacre de Benedicta.

tropas alemanas. Más que una fiesta de liberación, su llegada fue un ajuste de cuentas. Los responsables fascistas habían huido, pero los pocos que quedaban, como el *podestà* –el alcalde, no elegido, sino nombrado por las autoridades mussolinianas–, fueron ejecutados, al igual que el Sr. Zimmermann, un dentista alemán que trabajaba en el pueblo y a quien los ocupantes utilizaban a menudo como intérprete. Mi padre, que fue alcalde comunista del pueblo después de la guerra, decía que el *podestà* era un «buen tipo», un fascista, es verdad, pero no un torturador y que no merecía terminar así. En cuanto al Sr. Zimmermann, mi madre dice que su ejecución quedó grabada en su memoria como una escena de horror. Casi todos piensan que lo mataron sólo por ser alemán. Mi madre me habló también de la cadena de solidaridades que permitía esconder a los partisanos en el pueblo: en caso de redada, la noticia corría tan rápido que podían escapar antes de la llegada de los soldados. A menudo he tenido la impresión, al escuchar estos relatos, de que el apoyo a la Resistencia gozaba de una cooperación y una solidaridad comunitaria que eran mucho más fuertes en tiempos de guerra que en períodos ordinarios, que este apoyo no siempre tenía un origen ideológico y que podía estar acompañado de reservas e incluso de desaprobación hacia ciertas formas de violencia. Con frecuencia he escuchado, cuando era adolescente, los relatos épicos de las gestas de los partisanos: las emboscadas en las curvas de las carreteras, los tiroteos, las canciones, los nombres de guerra de los combatientes. Pero la descripción que varios testigos dan de su llegada al pueblo, el día de la Liberación, no encaja con el mito. Parece que hubieran tenido menos el aspecto de un ejército victorioso, que el de bestias acorraladas.

Numerosos judíos se ocultaban en los campos de los alrededores. Algunos habían sido fascistas antes de 1938; las leyes raciales los habían afectado de manera discriminatoria, pero su persecución no comenzó hasta 1943. Otros se habían unido a la Resistencia. Otros fueron arrestados por la policía italiana y luego deportados. Durante mi infancia y mi adolescencia, sin embargo, no escuché nunca hablar de la deportación de los judíos. ¿Ignorancia, rechazo, indiferencia? ¿Una mezcla de las tres cosas? Es difícil decirlo. En Gavi, no había judíos. Pero en otros lugares tampoco se hablaba de ellos. Tengo en mi biblioteca, sin embargo, la fotocopia de un folleto titulado *Lo sterminio degli ebrei*, publicado en Londres en italiano, a fines de 1942, por el Comité de Información Interaliado, que da cuenta de las deportaciones en los diferentes países de Europa. Esta publicación no habla de Auschwitz, pero describe la vida dentro de los guetos, hace alusión a Chelmno y Belzec, llamándolos «lugares de suplicio», en los cuales se practica la ejecución en masa de judíos a través de «descargas eléctricas y gas venenoso», y califica a Polonia como «matadero en el cual se concentra y masacra a los judíos, no solamente polacos, sino

provenientes de toda Europa».[28] Este folleto pertenecía a un partisano, hoy ya fallecido, que operaba en el valle. Nunca tuve la oportunidad de preguntarle cómo había llegado a sus manos y qué pensaban los hombres de la Resistencia sobre la deportación de los judíos. Pero este folleto prueba que la información circulaba.

En su condición de barbero –oficio que había aprendido durante su cautiverio en un campo austríaco, durante la Gran Guerra–, mi abuelo paterno disponía de un pase que le permitía salir a la caída de la tarde, a pesar del toque de queda, para ir a cortarles el pelo a los notables del pueblo. Esto no era algo elegido por él, sino una especie de obligación, una práctica habitual ligada a un oficio considerado en la época como uno de los más humildes. Estos notables mantenían todos excelentes relaciones con las autoridades fascistas y las fuerzas de ocupación, pero a partir de 1944 comenzaron a pagar los rescates exigidos por la Resistencia. Salvo alguna excepción, no fueron molestados después de la Liberación. Algunos, por precaución, desaparecieron durante algún tiempo. He escuchado con frecuencia, no sin cierta incredulidad, relatos acerca de los carros de los campesinos ametrallados por los aviones aliados. «Tiraban sobre cualquier cosa que se moviera por los caminos», se decía. En Villalvernia, una aldea situada a algunos kilómetros de Gavi donde se encontraban las oficinas del ferrocarril, los bombardeos aliados tuvieron consecuencias mucho más trágicas. El 1.º de diciembre de 1944, el pueblo fue arrasado por los bombardeos americanos, que mataron a ciento catorce civiles e hirieron a doscientos treinta y cinco. Tenía ochocientos habitantes, a los que se habían agregado trescientos cincuenta refugiados. El ayuntamiento, la escuela y la iglesia fueron destruidos. Como no se trataba ni de una base militar ni de un centro industrial, nadie había previsto semejante diluvio de bombas; no se había dado ninguna alerta. Siempre me han llamado la atención algunas constantes de estos relatos. La masacre de Benedicta era, sin duda, atribuida a los alemanes, sin prácticamente ninguna alusión al pelotón de fusilamiento italiano; este hecho sólo era reconocido a regañadientes, como una confesión arrancada a la fuerza. El bombardeo aliado no era nunca presentado como, por ejemplo, «una atrocidad americana», sino más bien como una suerte de fatalidad propia de la guerra, según una tradición que se instaló a partir del fin de la guerra. La placa conmemorativa recuerda «una horrible tormenta de fuego desatada por la cólera de la guerra sobre los pacíficos habitantes de Villalvernia».

Todos los ingredientes de la guerra total y de la guerra civil se concentraban así en el espacio de un valle: las masacres alemanes y las complicidades italianas; la trama compleja de la colaboración; los civiles divididos entre la adaptación obligada y la revuelta; la Resistencia con sus mártires, sus héroes y

[28] *Lo sterminio degli ebrei. Relazioni del comitato d'informazione interalleato in Londra*, en la Imprenta Real, Londres, s.d., p. 36 (el prefacio, escrito por el presidente de turno del Comité, Georges Schommer, está fechado el 18 de diciembre de 1942).

sus atrocidades; sin olvidar los bombardeos ciegos de los Aliados. Este lugar, hoy tan apacible, fue el teatro en miniatura del drama que se desarrollaba en el Viejo Mundo.

En los años setenta, algunos partisanos gozaban de un aura mítica que resultaba insoportable, tanto más cuanto que era sistemáticamente invocada con el objeto de hacer callar a los «extremistas de izquierda» que criticaban al Partido Comunista. Recuerdo haberme encontrado con Andrea Scano, un ex partisano, amigo de mi padre, que vivía en Novi, la ciudad donde yo asistía al liceo. Durante un mitin político en que yo intervenía en nombre de un grupo que se había formado en el liceo –estigmatizando la actitud del Partido Comunista–, había conseguido hacerlo enojar de forma prodigiosa. En esa época, no conocía casi nada de su vida. Ahora bien, Andrea Scano era una suerte de memoria viviente de la guerra civil europea. Había combatido en España con las Brigadas Internacionales, había conocido las prisiones fascistas y, más tarde, participado en la Resistencia. Su negativa a deponer las armas, en 1945, le había valido condenas y lo había obligado, tras el estallido de la guerra fría y la salida de los comunistas del Gobierno, a abandonar otra vez el país. Se había refugiado en Yugoslavia donde, como estalinista ortodoxo, había organizado en 1948 la oposición contra Tito y, tras ser detenido, había sido recluido en un campo de trabajo. De regreso a Italia a mediados de los cincuenta, vivía retirado discretamente en una pequeña ciudad de provincia.[29] En un Partido Comunista orientado hacia el «compromiso histórico», la figura de Scano era más que nada una carga, pero la autoridad moral de la que gozaba entre los militantes daba fe del vínculo fortísimo que los ligaba a la Resistencia y a los años de la guerra civil.

En Novi, los héroes del combate antifascista eran en su mayoría miembros del Partido Comunista y las relaciones que la izquierda radical mantenía con la Resistencia eran débiles. Su herencia había sido de alguna manera confiscada por el Partido Comunista y nuestra «posmemoria» era, en realidad, una ruptura de memoria. Para nosotros, no había otra cosa que la enésima «revolución traicionada» y nadie o casi nadie, en nuestras filas, había participado de ella. Esto explica, sin duda, la insistencia con la que queríamos enlazar con la Revolución de Octubre y buscábamos modelos en otras partes, especialmente en América Latina. Junto a esta «invención de la tradición», sin embargo, los años de la Segunda Guerra Mundial flotaban todavía como una forma de relato subliminal. Nos recordaban nuestra historia vacía. La izquierda radical de aquellos años encarnaba la ruptura, no la continuidad. Eso constituía, a la vez, su fuerza y su debilidad.

Yo tenía dieciséis años cuando, en 1973, me adherí a una organización política «revolucionaria»; estaba, por lo tanto, entre los ultimísimos representantes

[29] Un retrato un tanto romántico de Andrea Scano puede encontrarse en Gianpaolo Pansa, *Prigioneri del silenzio*, Sperling & Kupfer, Milán, 2004.

de la «última generación de Octubre»,[30] una generación que vivió los años setenta bajo el signo de la militancia política. En mi condición de jovencísimo militante, yo había heredado un conjunto de categorías políticas y un léxico –partido, masas, táctica, estrategia, insurrección, relaciones de fuerzas, etc.– que se remontaba a la época de la guerra civil europea. A falta de una milicia a nuestra disposición, nos manifestábamos con cascos y encuadrados por un servicio de orden de aspecto militar. Nuestras canciones tenían estribillos guerreros, lanzando llamados a las armas y anunciando a veces la «guerra civil», como en el himno de *Potere operaio*. No creo que pueda reducirse el sentido de nuestro compromiso a este gusto por el enfrentamiento violento, o incluso a esta dimensión militar, pero es verdad que existió y sería falso negarlo. Para algunos, sobre todo en Italia y en Alemania, aquello tomó la forma del terrorismo y las consecuencias fueron trágicas. En el fondo, en esta obra, he intentado comprender los orígenes de un lenguaje y de un *habitus* mental que han sido también los míos, aunque vividos a veces bajo una forma paródica. No intento reducir los conflictos sociales y políticos de los años setenta a una repetición como farsa de una pieza ya conocida, ignorando así las dimensiones bien reales de innovación teórica, práctica y hasta estética de esta experiencia. Se trata solamente de comprender la parte de herencia que ésta acarreaba, sedimento acumulado de una época anterior, no tan lejana y siempre presente en el espíritu de los contemporáneos.

Si el final de los años sesenta estuvo dominado por el espíritu de revuelta que tocó a toda una generación, en la década siguiente y dentro de la franja más politizada, aquella a la que le gustaba considerarse como una «vanguardia», se desarrolló un proyecto revolucionario que tomaba, por momentos, la forma de una preparación metódica para la guerra civil. El giro que el mundo experimentó en 1989 colocó definitivamente estos debates estratégicos en el arsenal ideológico de un siglo acabado. Si cambiar el mundo sigue siendo una necesidad –aun antes de ser un proyecto–, las vías para lograrlo deben ser repensadas radicalmente. Y esta experiencia exige que reflexionemos sobre ella, sin nostalgia ni negaciones.

Escribir libros de historia significa ofrecer la materia prima necesaria para un uso público del pasado. Aquélla no hace del historiador un guardián del patrimonio nacional –dejémosle esta ambición a otros– porque su intento consiste en interpretar el pasado, no en favorecer procesos de construcción identitaria o de reconciliación nacional. Un intelectual –y, por lo tanto, también un historiador–, «orgánicamente» ligado a una clase, a una minoría, a un grupo o a un partido, corre el peligro de olvidar la autonomía crítica esencial para su trabajo. Pero yo no creo tampoco en la definición del historiador, sobre todo, del historiador del tiempo presente, como un observador *super partes*. Para ejercer su oficio, debe ser capaz de asumir una cierta distancia crítica, pero debe ser

[30] *Cf.* Benjamin Stora, *La Dernière Génération d'Octobre,* Stock, París, 2003.

asimismo consciente de aquello que lo une al objeto de su investigación, la cual –Saul Friedländer ha dedicado a esta cuestión una reflexión magistral–[31] comporta siempre una parte de «transferencia», es decir, una parte de subjetividad que refracta como un prisma los sucesos del pasado y orienta su mirada.

Para los tiempos que corren, sin duda, no es inútil introducir algunas precisiones. Si yo recuerdo las atrocidades de los republicanos españoles, no es para ponerlos en pie de igualdad con los franquistas. Si evoco el espectáculo repugnante del linchamiento y el colgamiento del cadáver de Mussolini o las violaciones masivas de mujeres alemanas por parte del Ejército Rojo, durante la toma de Berlín, en mayo de 1945, no es para considerar a los colaboracionistas y a los hombres de la Resistencia como adeptos a la violencia perfectamente intercambiables ni para asimilar la guerra soviética a la guerra nazi. Es porque esos actos horribles, que nada en el mundo podría justificar, exigen una explicación. No estoy seguro de que exista una y tampoco pretendo haberla encontrado. Al menos, no me habré sustraído a la necesidad de buscarla.

[31] *Cf.* Saul Friedländer, «History, Memory, and the Historian. Dilemmas and Responsabilities», *New German Critique (*80), 2000, pp. 3-15.

PRIMERA PARTE: Pasajes al acto

La guerra civil, forma culminante de la lucha de clases,
anula violentamente todos los vínculos morales entre las clases enemigas.
León Trotsky, *Su moral y la nuestra* (1938)

La guerra civil es *bellum* con una *justa causa* de ambos lados,
pero también con *in-justus hostis* de ambos lados.
Carl Schmitt, *Glossarium* (1947)

OBERTURA

INTERPRETACIONES

Durante la primera mitad del siglo XX, Europa conoció una insólita acumulación de conflictos: guerras «clásicas» entre estados, revoluciones, guerras civiles, guerras de liberación nacional, genocidios, enfrentamientos violentos surgidos de divisiones de clases, nacionales, religiosas, políticas e ideológicas. Numerosos observadores contemporáneos y, en las huellas de éstos, numerosos historiadores han intentado restituir el sentido de esta era turbulenta colocándola bajo el signo de una «guerra civil europea». El carácter sintético y la fuerza evocadora de esta fórmula le han asegurado un cierto éxito, pero su situación sigue siendo vaga e incierta. Su uso es bastante corriente, pero raramente ha sido objeto de una conceptualización rigurosa o de un estudio global.[1] Su inventor fue sin duda el pintor alemán Franz Marc, en una carta escrita desde el frente, poco antes de su muerte en Verdún. Contrariamente a lo que afirmaba la propaganda, observaba aquél, la guerra mundial no era ni una guerra contra un enemigo eterno ni un conflicto de razas, sino «una guerra civil europea, una guerra contra el enemigo invisible del espíritu europeo».[2]

Fórmulas similares aparecen en varios autores de la posguerra. En las primeras páginas de su ensayo sobre «La movilización total» (1930), Ernst Jünger subrayaba el vínculo que ligaba «la guerra mundial y la revolución mundial»,

[1] Es lo que constatan Stéphane Audoin-Rouzeau, Henry Rousso, Anne Dumézil e Christian Ingrao en su ensayo bibliográfico «Les sociétés, la guerre et la paix (Europa, Rusia/URSS, États-Unis, Japon) 1911-1946», *Historiens & Géographes*, 383, 2003, p. 155. Para una reconstitución de la genealogía de este concepto, véase Claudio Pavone, «La Deuxième Guerre mondiale: Europe et la guerre civil européene», en Pietro Causarano, Valeria Galimi y Frédéric Fredji (eds.), *Le XX^e siècle des guerres*, Éditions de l'Atelier, París, 2004, pp. 472-485; y Gian Enrico Rusconi, «La "guerra civile europea" e le sue conseguenze per l'idea di nazione e di Europa», *Se cessiamo di essere una nazione*, Il Mulino, Bolonia, 1993, pp. 101-123.

[2] Citado en Modris Eksteins, *Rites of Spring. The Great War and the Birth of the Modern Age*, Bantam Press, Londres, 1989, p. 94.

dos fenómenos entre los cuales existía «una intricación profunda». Ambos, escribía, no eran sino las «vertientes de un mismo suceso de envergadura planetaria, (...) correlativos el uno del otro, tanto en lo que concierne a su origen como a la manera en la que surgieron».[3] En el fondo, la guerra del 14 no había sido sino un apocalipsis que mostró «a Europa luchando contra Europa», en un clima de «guerra civil».[4] En noviembre de 1942, Ernst Jünger, en ese momento afecto al alto mando de la Wehrmacht en París, describía el conflicto en curso, en las páginas de su diario, como una «guerra civil a escala mundial»[5] (*Weltbürgerkrieg*). Esta guerra sobrepasaba de lejos el marco de un enfrentamiento tradicional entre potencias para transformarse en una conflagración mundial terriblemente devastadora. Algunos meses más tarde, de regreso de una misión en el Cáucaso, en el momento de la derrota alemana en Stalingrado, reafirmaba esta idea a la vez que pintaba aún más oscuramente el cuadro: «La guerra del Este es absoluta a un nivel que Clausewitz no podía concebir, aun después de las experiencias de 1812, es una guerra entre Estados, entre pueblos, entre ciudadanos y entre religiones, cuyo objetivo es el exterminio zoológico».[6]

En 1940, exiliado en Japón, Karl Löwith reflexionaba sobre la disolución de la unidad europea, el verdadero trasfondo de la guerra en curso. El núcleo de esta unidad rota no era material, sino que residía en una «disposición espiritual compartida».[7] Es precisamente porque lo que estaba en juego era la unidad del continente que, según Löwith, la Primera Guerra Mundial fue «una guerra civil».[8] Su resultado no fue la unidad, sino el advenimiento del nihilismo, un nihilismo que él interpretaba como la «negación de la civilización existente»,[9] es decir, la destrucción de todos los valores legados por la tradición europea.

Existe una tendencia, en nuestros días, a asociar la idea de «guerra civil europea» al historiador alemán Ernst Nolte, que hizo de ella el título de una de sus obras más conocidas. Él la utilizó para definir el período que se abre con la Revolución de Octubre y acaba con la derrota del nazismo. Su interpretación

[3] Ernst Jünger, «La mobilisation total», en Ernst Jünger, *L'état universel/La mobilisation totale,* Gallimard, París, 1990, p. 99 (trad. modificada de acuerdo con el original, «Die totale Mobilmachung» (1931), *Politische Publizistik 1919-1933,* Klett-Cotta, Stuttgart, 2001, p. 559).

[4] *Ibíd.*, p. 141 (original alemán, p. 589, p. 572).

[5] Ernst Jünger, *Journaux de guerre,* Julliard, Paris, 1980, p. 373.

[6] *Ibíd.*, p. 450.

[7] Karl Löwith, «Der europäische Nihilismus. Betrachtung zur geistigen Vorgeschichte des europäischen Krieges», *Sämtliche Schriften, t. 2,* Metzler, Stuttgart, 1983, pp. 473-540. Sobre este texto de Löwith, véase Enrico Donaggio, *Una sobria inquietudine. Karl Löwith e la filosofia*, Feltrinelli, Milán, 2004, pp. 90-97.

[8] Karl Löwith, «Der europäische Nihilismus», *op. cit.*, p. 479.

[9] *Ibíd.*, p. 498.

está implícita en el subtítulo del libro *–Nacionalsocialismo y bolchevismo–*, que hace alusión a un conflicto engendrado por el germen totalitario del comunismo, del cual los crímenes nazis no serían sino el simple calco.[10] En el fondo, su tesis ya se encontraba inscrita, en filigrana, dentro de su primera obra, *El fascismo en su época* (1963), donde definía al nazismo como un movimiento «radicalmente opuesto y, sin embargo, emparentado» con el marxismo, al que habría combatido utilizando «métodos casi idénticos».[11] En un paisaje aislado y generalmente pasado por alto, incluso adelantaba una idea que estará en el centro de la «querella de los historiadores», cuando atribuía a Hitler la visión del bolchevismo como «la forma más radical de genocidio practicado por los judíos».[12] Como conclusión de su primera obra, Nolte situaba el núcleo profundo del fascismo en la resistencia a la «trascendencia» del mundo moderno, una «trascendencia» encarnada en su forma radical por el marxismo (en el plano filosófico) y por el bolchevismo (en el plano político). El fascismo era, por lo tanto, una reacción organizada contra el advenimiento de la modernidad, tan radical como su enemigo en una época de guerras y revoluciones. Por su rechazo de la «trascendencia práctica», el fascismo se inscribía naturalmente en una tradición conservadora, incluso reaccionaria. Pero tomaba también la forma de una «lucha contra la trascendencia teórica», que negaba al mundo moderno impugnándolo desde su interior, «sobre su propio terreno».[13] Para combatir la modernidad, cuando esta última tomaba la forma de la revolución, hacía falta una contrarrevolución, es decir, una «revolución conservadora». Ahora bien, Charles Maurras había sido el primero en comprender que «reacción radical significa revolución contra la revolución»,[14] indicando la dirección que tomarán los movimientos fascistas después de la Gran Guerra. Desde luego, la contrarrevolución de Maurras aspiraba a la restauración de los Borbones, pero había trazado el camino que seguirían Mussolini y Hitler con otros objetivos. Había una continuidad evidente entre la contrarrevolución y el fascismo. Es por esto que, a contracorriente de la historiografía (más tarde Sternhell se le sumará en relación a este punto), Nolte inscribía a la Acción Francesa dentro del fascismo.

[10] Ernst Nolte, *La Guerre civile Européene 1917-1945. National-socialisme et bolchevisme*, Éditions des Syrtes, París, 2000.

[11] Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, Piper, Múnich, 1963, pp. 51 y 515.

[12] *Ibíd.*, p. 490.

[13] *Ibíd.*, p. 544. Nolte tomaba su concepto de «trascendencia» de Heidegger, del cual fue alumno. *Cf.* Volker Kronenberg, *Ernst Nolte und das totalitäre Zeitalter. Versuch einer Verständigung*, Bouvier Verlag, Bonn, 1999, pp. 85-103; Hans Christoph Kraus, «L'historiographie philosophique d'Ernst Nolte», *La Pensée politique,* 1994, p. 64; Martin Kitchen, «Ernst Nolte and the Phenomenology of Fascism», *Science & Society,* vol. 38, n.º 2, 1974, p. 139. Sobre el concepto heideggeriano de «trascendencia», véase Martin Heidegger, *Questions I,* Gallimard, París, 1968, pp. 101 y 105.

[14] Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche, op. cit.*, p. 179.

En pocas palabras, Nolte interpretaba el siglo XX como una época dominada por un conflicto radical entre la trascendencia y la resistencia contra la trascendencia, es decir, entre revolución y contrarrevolución, comunismo y fascismo.[15] Según Nolte, este enfrentamiento titánico que desgarró al mundo después de 1917 había estado prefigurado, en el plano filosófico, por Marx y Nietzsche. En el siglo XX, el autor de *El nacimiento de la tragedia* había sido el primer representante de una revuelta radical contra el mundo moderno. Su visión de la modernidad como un universo sin dioses ni profetas inspiraba su crítica de la «trascendencia teórica», mientras que su rechazo de la democracia, de la sociedad de masas y del socialismo anunciaba un combate futuro contra la «trascendencia práctica». Marx, que había dado forma filosófica y política a la gran «sublevación de los esclavos» de la era moderna, era la antítesis de Nietzsche, los dos encarnando respectivamente la revolución y la contrarrevolución. Nolte lee en Nietzsche la «predicción de la gran guerra civil» que estallará en el siglo XX, al igual que el «concepto del ineludible exterminio» que la acompañará.[16] Con el bolchevismo, la «amenaza universal» presentida por Nietzsche había cobrado una «forma concreta».[17] Nolte no cambiará las líneas principales de su interpretación. En un capítulo de *Streitpunkte* dedicado a la visión nazi del bolchevismo como «doctrina de la humanidad con ropajes asiáticos y bárbaros», recuerda el discurso de Zinoviev en el Congreso de los Pueblos de Oriente, en Bakou, en 1920. Esta primera tentativa de organizar a los pueblos colonizados en un movimiento internacional había tenido un fuerte impacto sobre el imaginario fascista. Durante las concentraciones nazis, Hitler, Himmler y Goebbels tenían la costumbre de describir la Revolución rusa como una «revolución de subhombres»,[18] un gigantesco alzamiento dirigido contra la civilización occidental.

En su Laudatio, pronunciada con ocasión del otorgamiento a Ernst Nolte, en el 2000, del premio de la fundación Konrad-Adenauer de Múnich, el historiador Horst Möller descubre un acento spengleriano en el aliento que atraviesa la obra de su colega.[19] Éste se presenta como un crítico de la modernidad resignado y contemplativo, casi weberiano, pero en sus trabajos resuena el eco de un estrépito guerrero que guarda las huellas de la «revolución conservadora». De esta tradición, Nolte ha heredado también sus demonios, es decir, una visión antisemita del «judío» como motor secreto del mundo moderno: el corazón de la «trascendencia». Sus trabajos, que nos ayudan a penetrar el dispositivo mental y el sistema de pensamiento del nazismo, reproducen ciertos rasgos

[15] *Cf.* Hans Christoph Kraus, «L'historiographie philosophique d'Ernst Nolte», art. cit., p. 64.

[16] Ernst Nolte, *Nietzsche. Le champ de bataille*, Bartillat, París, 2000, p. 99.

[17] *Ibid.*, p. 299.

[18] Ernst Nolte, *Streitpunkte. Heutige und künftige Kontroversen um den Nationalsozialismus*, Ullstein-Propyläen, Berlín-Fráncfort del Meno, 1993, p. 357.

[19] *Cf.* Richard Herzinger, «Totalitäre Dynamik», *Die Zeit*, 24, 2000, p. 42.

esenciales de éste. En *Streitpunkte*, define bien el genocidio de los judíos como «la masacre más terrible de la historia universal»,[20] pero la interpreta como un crimen derivado, una simple «imitación» del «genocidio» bolchevique. Ahí reside la verdadera fuente del mal, en el bolchevismo, que había hallado sus portavoces naturales en los judíos: el pueblo, escribe citando a Nietzsche, que «comienza en la moral la revuelta de los esclavos».[21]

Las polémicas suscitadas por la tesis de Nolte son bien conocidas. Hace falta, sin embargo, señalar que aquélla se encuentra lejos de agotar la riqueza y la pluralidad de significaciones del concepto de guerra civil europea, que atraviesa la obra de numerosos autores. Rechazando su abordaje apologético, varios historiadores no han fechado el comienzo de esta guerra civil en 1917, sino en 1914.[22] Concuerdan en subrayar que, más allá del desmoronamiento de un sistema de alianzas y de un equilibrio entre las grandes potencias, la Primera Guerra Mundial marca el final de una cierta idea de Europa y el punto de partida de una nueva época de crisis, de conflictos sociales, políticos y militares. La idea es antigua, pues sus premisas se encuentran en una obra de principios de los años cincuenta como es *Los orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt. La Gran Guerra es descrita ahí como la «explosión» del Viejo Mundo, cuyas esquirlas chocaban entre sí lastimándose, en un desorden que ya no correspondía ni al antiguo sistema imperial ni a un conjunto coherente de Estados nacionales. Y los «veinte años de una paz incierta» que se sucedieron después del primer conflicto mundial son vistos como un encadenamiento de «guerras civiles (...) más crueles y sangrientas que las antiguas guerras de religiones», que no desembocaron al final sino en una segunda explosión general, todavía más fuerte y más devastadora que la primera.[23]

Más recientemente, la crisis europea de los años 1914-1945 ha sido calificada de «guerra civil» por historiadores como Eric J. Hobsbawm y el liberal François Furet, los cuales, a partir de perspectivas diferentes, resaltan su naturaleza esencialmente «ideológica». El primero contrapone el mundo surgido de las trincheras de 1914 al que lo había precedido, una «edad de oro» de estabilidad y de seguridad, dominada por la idea de paz y de progreso. Era un mundo en el cual, al menos en Europa, cuando se calculaba en millones, se hacía en referencia a las toneladas de carbón y de acero producidas por las industrias del continente y no, como sucedió después, al número de víctimas

[20] Ernst Nolte, *Streitpunkte*, *op. cit.*, 93, p. 290.

[21] Ernst Nolte, *Nietzsche, op. cit.*, p. 122 (*Cf.* Friedrich Nietzsche, *Oeuvres II*, Bouquins-Laffont, París, 1993, p. 639).

[22] Dan Diner, *Das Jahrhundert verstehen. Eine universalhistorische Deutung*, Luchterhand, Múnich, 1999, pp. 21-25; Mark Mazower, *Le continent des ténèbres. Une histoire de l'Europe au XX^e siècle*, Complexe, Bruselas, 2005, p. 21 y ss.; Giorgio Galasso, *Storia d'Europa. III Età contemporanea*, Laterza, Bari-Roma, 1996, p. 131 y ss.

[23] Hannah Arendt, *Les Origines du totalitarisme*, Quarto-Gallimard, París, 2002, p. 561.

de las guerras y los genocidios. En *La era de los extremos*, emplea el concepto de «guerra civil ideológica internacional»[24] para describir, más allá del conflicto entre comunismo y fascismo, el desgarramiento de un continente arrasado por el enfrentamiento mortal entre «dos familias ideológicas diferentes»: de un lado, la Ilustración, una tradición en la cual se inscribía también, naturalmente, la Revolución rusa; del otro lado, la anti-Ilustración, es decir, el fascismo.[25] La Gran Guerra es una divisoria de aguas: con su estallido se acaba el «largo» siglo XIX y se abre una era de guerras civiles. Ésta coincide, así, con la primera parte de un siglo «breve» que el autor califica de «era de las catástrofes». «Guerra civil ideológica» y «era de las catástrofes»: ambas fórmulas son, en cierto modo, intercambiables.

Para François Furet también la Segunda Guerra Mundial es un conflicto que, obedeciendo a una «lógica de la ideología»,[26] se inscribe en el contexto creado por el giro de 1914. Tras la conflagración surgida del atentado de Sarajevo, el rostro de Europa ya no era el mismo. El hiato que separa estas dos épocas es tan profundo que la Primera Guerra Mundial se presenta a sus ojos como «uno de los sucesos más enigmáticos de la historia moderna». Abre un abismo. El período que comienza en agosto de 1914 «reviste una forma algo absurda: una guerra civil, entablada entre dos Estados soberanos en nombre de las pasiones nacionales».[27] Esta crisis de Europa permanece como la matriz de dos reacciones antiliberales, antinómicas, pero de alguna forma paralelas y gemelas, el comunismo y el fascismo, que él interpreta como los actores del paréntesis totalitario que interrumpiría el camino inevitable de la civilización occidental hacia el liberalismo democrático. Para Hobsbawm, esta guerra valía la pena, hacía falta elegir un bando y fue realmente este combate el que salvó a Europa. Furet observa de lejos, indiferente y distante, como si la virtud liberal pudiera situarse por encima de la lucha (el conflicto entre comunismo y fascismo). Se trata de dos sensibilidades y dos memorias, cuyo punto de partida es, sin embargo, la misma constatación: la historia de Europa entre 1914 y 1945 es la de un continente desgarrado por una guerra civil.

ANTECEDENTES

La guerra civil europea del siglo XX tiene dos predecesores: la guerra de los Treinta Años (1618-1648) y, un siglo y medio más tarde, la Revolución fran-

[24] Eric J. Hobsbawm, *L'Âge des extrêmes*, Complexe, Bruselas, 1999, p. 197. El concepto de «guerra civil europea» ya había sido utilizado por Isaac Deutscher en *La Révolution inachevée*, *op. cit.*, p. 147.

[25] Un planteamiento similar, aunque descontextualizado, que se limita a interpretar este conflicto dentro del dominio de la historia de las ideas, es el de Zeev Sternhell, *Les Anti-Lumières, du XVIII^e siècle à la guerre froide*, Fayard, Paris, 2006.

[26] François Furet, *Le Passé díune illusion*, *op. cit.*, p. 50.

[27] *Ibíd.*, p. 35.

cesa, es decir, el largo proceso de ruptura y transformación que se inicia con la toma de la Bastilla y acaba con la caída de Napoleón (1789-1815). En ambos casos los efectos fueron devastadores y cambiaron el rostro del continente. La comparación con el siglo XX se impone casi naturalmente. El primero en esbozar un paralelo entre la crisis europea del siglo XVII y una futura guerra mundial fue, sin duda, Friedrich Engels, en un célebre artículo de 1888 cuyo carácter profético se ha resaltado a menudo. En una guerra de este tipo, escribía, «unos ocho o diez millones de soldados se matarán entre sí y, al hacerlo, arrasarán Europa como nunca lo ha hecho un enjambre de langostas. Las devastaciones de la guerra de los Treinta Años», continuaba, se verán entonces «comprimidas en un período de tres o cuatro años, y se extenderán a todo el continente». Esto producirá hambruna y epidemias en escala masiva, y hundirá la economía en un «caos irremediable» que desembocará, finalmente, en la «bancarrota general». Se asistirá a un «derrumbe de los viejos Estados y de su sabiduría estatal tradicional, de suerte que las coronas por decenas rodarán por las calles, y no habrá nadie que quiera recogerlas».[28] El general prusiano Helmuth von Moltke dijo algo parecido, en un discurso resonante pronunciado en el Reichstag en mayo de 1890, al afirmar que, debido al poderío alcanzado por los ejércitos nacionales, en caso de un nuevo conflicto, ningún Estado podría imponerse rápidamente sobre los otros y el resultado sería una nueva guerra de los Treinta Años, terriblemente devastadora.[29] El paralelo fue retomado, en 1922 y sobre todo en 1944, por el historiador judío nacido en Praga Hans Kohn, en una obra pionera que intentaba comprender los nacionalismos modernos resultantes de la Gran Guerra.[30]

Durante la Segunda Guerra Mundial, la evocación de la guerra de los Treinta Años se impuso una vez más. En 1939 no cabía ninguna duda, para los ojos de las diplomacias, de que existía una relación de continuidad entre la nueva guerra y la primera, en tanto Hitler no cesaba de clamar su voluntad de borrar la deshonra de Versalles. En 1942, el politólogo alemán emigrado a Estados Unidos Sigmund Neumann sugería «mirar los tres últimos decenios

[28] Friedrich Engels, «Einleitung [zu Borkheims «Zur Erinnerung für die deutschen Mordspatrioten»]», *Marx Engels Werke*, t. 21, Dietz Verlag, Berlín, 1975, pp. 350-351. Véase sobre este tema Gilbert Achcar, «Engels, penseur de la guerre, penseur de la révolution», en Georges Labica y Mireille Delbraccio (eds.), *Friedrich Engels, savant et révolutionnaire*, Presses Universitaires de France, París, 1997, pp. 139-160.

[29] *Cf.* Michael Howard, «A Thirty Years War? The Two World Wars in Historical Perspective», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. III, 1993, p. 171. Sobre la guerra de los Treinta Años como «guerra total», *Cf.* Roger Chickering, «Total War. The Use and Abuses of a Concept», en Manfred F. Boemcke, Roger Chickering y Stig Förster (eds.), *Anticipating Total War. The German and American Experiences 1871-1914*, Cambridge University Press, Nueva York, 1999, pp. 13-28.

[30] *Cf.* Hans Kohn, *The Idea of Nationalism. A study in its Origins and Background (1944)*, Transaction Books, Nueva York, 2005.

como un período esencialmente unitario, sin duda como una segunda guerra de los Treinta Años».[31] En su obra autobiográfica *Kaputt*, Curzio Malaparte, en esa época corresponsal de guerra en el frente oriental, recuerda la ironía amarga de los soldados de la Wehrmacht que habían rebautizado su combate como «guerra-relámpago de los Treinta Años»[32] (*dreißigjährige Blitzkrieg*). Este paralelismo fue un *leitmotiv* para Alfred Rosenberg, primero en las páginas del *Völkischer Beobachter*, el diario oficial del Partido Nazi, particularmente en un editorial del 1 de septiembre de 1942, y después en un folleto dedicado al combate contra el bolchevismo, la «enfermedad» de Europa engendrada por la Ilustración y la Revolución francesa. En esta lucha, escribía, se enfrentaban «modos de vida, concepciones del Estado, visiones del mundo (*Lebenshaltungen*, *Staatsauffassungen*, *Weltanschauungen*)», hasta tal punto que se traducía, en términos darwinianos, en una «lucha por la vida misma».[33] La comparación aparece asimismo en un discurso del general de Gaulle en la radio de Londres, en septiembre de 1941, y en la pluma de Winston Churchill, quien, en 1948, presentaba su historia de la Segunda Guerra Mundial como el «relato de otra guerra de los Treinta Años».[34] O incluso en Raymond Aron, quien definía la «segunda guerra de los Treinta Años» como una «guerra hiperbólica»: nacida en 1914 de un «error diplomático», había llegado a su término en 1945, después de haber atravesado crisis y guerras civiles múltiples.[35]

Las analogías entre las guerras europeas del siglo XVII y las del siglo XX son, en efecto, bastante impactantes. Se trata, en ambos casos, de guerras *totales*. Fueron terriblemente letales no sólo para los soldados que participaron en ellas, sino también para las poblaciones civiles que las padecieron y cuyas víctimas se contaron por millones, a causa del hambre y de las epidemias en la primera, y de los bombardeos, las masacres y los genocidios que acompañaron a los combates en el caso de la segunda. La primera guerra de los Treinta Años estuvo marcada, en el plano religioso, por el conflicto entre el catolicismo y el protestantismo; en el plano político, por el enfrentamiento entre el feudalismo y el absolutismo. La segunda surgió, en 1914, de un conflicto clásico entre grandes potencias por la hegemonía continental y fue continuada, después de 1917,

[31] Sigmund Neumann, *Permanent Revolution. Totalitarianism in the Age of International Civil War (1942)*, Pall Mall Press, Londres, 1965, p. 260.

[32] Curzio Malaparte, *Kaputt*, Mondadori, Milán, 1995, p. 202.

[33] Alfred Rosenberg, *Völkischer Beobachter*, 1.° de septiembre de 1942, y Alfred Rosenberg, *Der Weltkampf und die Weltrevolutionen unserer Zeit*, F. Eher, Múnich, 1944, citado en Michael Geyer, «Urkatastrophe, europäische Bürgerkrieg, Menschenschlachthaus. Wie Historiker den Epochenbruch des Ersten Weltkrieges Sinn geben», en Rainer Rother (ed.), *Der Weltkrieg 1914-1918. Ereignis und Erinnerung*, Minerva, Berlín, 2004, p. 29.

[34] El discurso del general de Gaulle es citado en Antoine Prost y Jay Winter, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, Seuil, París, 2004, p. 33; Winston Churchill, *The Gathering Storm*, Houghton Mifflin, Boston, 1948, p. III.

[35] *Cf.* Raymond Aron, *Mémoires*, Julliard, París, 1983, p. 406.

por un enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución, para culminar al fin, en 1941, en una guerra irreductible entre visiones antagónicas del mundo. Tomó una forma política compleja, fragmentándose en numerosos conflictos entremezclados: capitalismo contra colectivismo, libertad contra igualdad, democracia contra dictadura, universalismo contra racismo. En otras palabras, primero un enfrentamiento entre el liberalismo y el comunismo, después entre la democracia y el fascismo, el fascismo y el comunismo, hasta el conflicto final de los fascismos aliados contra la alianza de las democracias liberales con el comunismo. Estas dos guerras de los Treinta Años combinaban guerras entre Estados y guerras civiles, modificaciones de fronteras y mutaciones políticas en la estructura de los Estados, conflictos de orden religioso y enfrentamientos ideológicos. Ambas fueron llevadas adelante con un espíritu de cruzada y jalonadas por masacres, incluso genocidios. Ambas tuvieron como epicentro Alemania y se saldaron, tanto en 1648 como en 1945, por su división.[36]

La diferencia reside en los resultados. Con la paz de Westfalia, la primera guerra de los Treinta Años había dado origen a un sistema estable de relaciones internacionales fundado sobre el equilibro entre los Estados. Había sentado las bases de lo que se llamará el *jus publicum europeum*, es decir, la regulación jurídica de las relaciones entre las potencias europeas y la gestión de sus guerras como conflictos secularizados entre Estados soberanos. Este equilibrio será sacudido por la Revolución francesa, y luego restablecido en Viena en 1815. La primera guerra de los Treinta Años había colocado, bajo la forma del absolutismo, las premisas del Estado moderno, un aparato jurídico y político detentador de la soberanía, que asumía el monopolio de la violencia legítima dentro de sus fronteras y susceptible de defenderlas contra amenazas exteriores a través de un ejército permanente (un proceso que Norbert Elias definía como la «curialización de los guerreros»).[37] Las guerras de religión permitieron a Bodin concebir la idea de soberanía, y la Revolución inglesa inspiró a Hobbes su visión del Estado (*Leviathan*) como antítesis de la guerra civil (*Behemoth*), es decir, como autoridad absoluta capaz de establecer un orden político, paz y seguridad, por encima del estado de naturaleza, prepolítico y, por ende, conflictivo. Bajo el absolutismo, la guerra se convertía en un medio para evitar la guerra civil; la sumisión al soberano era el precio que había que pagar para mantener alejado el temor a morir de una muerte violenta. La segunda guerra de los Treinta Años, por su parte, no desembocó ni en un compromiso entre los beligerantes ni en un nuevo equilibrio de fuerzas, sino en la destrucción de uno de los antagonistas –ninguna otra solución habría sido posible después

[36] Para una comparación entre estas dos guerras de los Treinta Años, la del siglo XVII y la del siglo XX, *Cf.* sobre todo Arno J. Mayer, *La Solution finale dans l'Histoire*, La Découverte, París, 1990, pp. 50-55, quien se apoya en la obra clásica de Geoffrey Parker, *La Guerre de Trente Ans*, Aubier-Montaigne, París, 1987.

[37] Norbert Elias, *La Dynamique de l'Occident*, Pocket, París, 1975, pp. 219 y ss.

de 1941– y en la reanudación del conflicto entre liberalismo y comunismo, los hijos enemigos de la Ilustración que se habían unido para combatir el nazismo. En el siglo XX, la consolidación de los Estados no redujo para los ciudadanos el riesgo de morir de muerte violenta; más bien creó las condiciones para las masacres y genocidios modernos. La primera guerra de los Treinta Años fue entendida históricamente como una etapa decisiva del proceso de civilización, la segunda como el paroxismo de su crisis.

La segunda guerra civil europea se inició con la Revolución francesa y encontró su epílogo en Waterloo. El historiador Roman Schnur ha colocado bajo el signo de una «guerra civil mundial» los conflictos que abrasaron Europa entre 1792 y 1814.[38] Una vez más, como en el siglo XVII, se trató de una gigantesca conmoción social y política, y de una guerra ideológica. En el plano militar, comenzó como un enfrentamiento entre una coalición de monarquías y una nación revolucionaria que, en nombre del derecho natural, había declarado una guerra *sin fronteras* al Antiguo Régimen. En varias partes de Europa habían surgido núcleos jacobinos que saludaban la invasión francesa como un acto liberador y, así, transformaban una guerra entre Estados en un alzamiento interno contra el poder aristocrático, es decir, en guerra civil. En un discurso en la Convención, en 1793, Robespierre había afirmado el principio de la fraternidad de los pueblos, que debía conducirlos a cooperar como a los «ciudadanos de un mismo Estado» y que hacía del opresor de una nación el «enemigo de todas». Ahora bien, el combate contra los enemigos del género humano tomaba los rasgos de una guerra civil, puesto que, según Robespierre, no podía ser conducido según las reglas del derecho internacional. «Los reyes, los aristócratas, los tiranos –proclamaba– deben ser perseguidos por todos, no como enemigos ordinarios sino como asesinos y criminales rebeldes».[39] De manera totalmente análoga, la coalición antijacobina –inspirada por la emigración aristocrática francesa– no se sublevaba contra una nación, sino contra la Revolución, lo que Burke había comprendido perfectamente cuando preconizaba una «guerra de religión» contra una «doctrina armada», en la cual «los métodos de la guerra civilizada ya no serán practicados».[40] Según Jean-Clément Martin, la Revolución francesa había afirmado una nueva visión del mundo organizada alrededor

[38] Roman Schnur, «Weltfriedensidee und Weltbürgerkrieg 1791-1792», *Revolution und Weltbürgerkrieg. Studien zur Ouverture nach 1789*, Duncker & Humblot, Berlín, 1983.

[39] Robespierre, «Projet de Déclaration des droits de l'homme et du citoyen» (24 de abril de 1793), *Pour le bonheur et pour la liberté. Discours*, La fabrique, París, 2000, p. 233. La importancia de este discurso para la génesis del concepto de «guerra civil europea» ha sido subrayada por Wilhelm Janssen, «Krieg», en Reinhart Koselleck (ed.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, t. 3, Klett-Cotta, Stuttgart, 1982, p. 588.

[40] Citado en Conor Cruise O'Brien, «Introduction. A manifesto of a Counter-Revolution», *en* Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France*, Penguin Books, Londres, 1986, pp. 61-62.

de la división «amigos/enemigos de la libertad» que, al abolir la diplomacia secreta, ponía fin a los conflictos entre monarcas e «introducía las premisas de una guerra civil mundial» sobre bases ideológicas.[41] Es de esta forma que los bolcheviques llevaron adelante la guerra contra los blancos, entre 1918 y 1921, y las fuerzas aliadas el combate contra la Alemania nazi, entre 1941 y 1945: guerras contra enemigos *ilegítimos* con los cuales no se busca concertar la paz, sino destruirlos.

Tal como sucedió con la primera guerra de los Treinta Años, la Revolución francesa y las guerras napoleónicas demolieron el antiguo orden social. Implicaron al conjunto de los Estados de Europa, movilizaron a los pueblos del continente, suscitaron el advenimiento de los nacionalismos modernos y su impacto se extendió hasta América. La paz de Westfalia había dado origen al absolutismo; el Congreso de Viena ratificaba su deceso. La Restauración no ponía en cuestión las transformaciones sociales provocadas por las conquistas napoleónicas y el Antiguo Régimen, «persistente» después de 1815, no impedía, ciertamente, el desarrollo del capitalismo industrial, pero el orden político seguía siendo el de una Europa aristocrática. De esta forma, las convulsiones engendradas por la Revolución y las guerras napoleónicas no pudieron aniquiliar el *jus publicum europeum*. En 1815, el Congreso de Viena instituía una «paz de cien años» que no resultó perturbada más que por conflictos de duración e importancia más bien limitadas, como la guerra de Crimea (1853-1854), la guerra francoaustríaca en el origen del Risorgimento italiano (1859), la guerra austroprusiana (1866-1867) y la francoprusiana (1870-1871), que permitieron a Bismarck completar la unificación alemana. Las guerras balcánicas de 1912-1913, por su parte, surgieron más como la manifestación de la crisis del Imperio otomano que como una amenaza para la estabilidad europea, aunque allí se originó la crisis que haría estallar el orden del continente.

Según Karl Polanyi, esta «paz de cien años» nacida en 1815 reposaba sobre cuatro pilares: el equilibrio entre las grandes potencias (*balance of power system*), el patrón oro (*gold standard*), una economía liberal sostenida por la revolución industrial y fundada sobre el principio de una autorregulación de las sociedades a través del mercado y, por último, el Estado de derecho con el reconocimiento de ciertas libertades constitucionales. Dejando de lado la Rusia zarista, fuertemente deficitaria respecto del cuarto pilar, todos los otros países europeos se adherían a este sistema.[42] En el origen de esta «paz de cien años» existía el sentimiento, profundamente arraigado en todos los países del continente, de pertenecer a una misma civilización y de compartir los mismos valores. Esta civilización se definía como la antítesis del mundo colonial, mundo de alteridad radical que confirmaba su imagen de superioridad y de dominación,

[41] Jean-Clément Martin, *Violence et Révolution. Essai sur la naissance d'un mythe national*, Seuil, París, 2006, p. 119.

[42] Karl Polanyi, *La Grande Transformation*, cap. I, Gallimard, París, 1983.

al igual que su «misión» histórica como vector de progreso. En el espacio extraeuropeo, concebido como un espacio abierto a la colonización, la violencia podía desplegarse sin límites ni reglas. En el Viejo Mundo, en cambio, el siglo XIX había forjado un sistema social, instituciones, una cultura y algunos componentes que parecían inquebrantables. La tortura había retrocedido en casi todas partes, hasta desaparecer; la paz era reconocida como un valor compartido; las guerras tenían una duración y un alcance limitados. El sistema de alianzas entre las grandes potencias era el reflejo de esta civilización. La diplomacia era una suerte de casta aristocrática que poseía su lengua, el francés, y vínculos continentales a semejanza de las familias reales, acostumbradas a los matrimonios de conveniencia entre Coronas de diferentes países. Para estos *gentlemen* cosmopolitas, resultaba difícil separar los intereses nacionales del destino de la Europa imperial. Pero esta casta se encontraba ya profundamente desfasada en relación con el avance de los nacionalismos.[43]

En 1914, un alto funcionario del Foreign Office británico enfatizaba la emergencia de un «tipo único» de diplomático. Todos, afirmaba, «hablando metafóricamente, utilizan el mismo lenguaje; comparten la misma manera de pensar y, aproximadamente, los mismos puntos de vista».[44] En tanto el destino del mundo estaba depositado en una elite de hombres correspondientes a este «tipo único», la posibilidad de una guerra de exterminio dentro de Europa, a semejanza de las guerras llevadas a cabo en África por los europeos, extramuros del «mundo civilizado», no era concebible. En abril de 1914, apenas unos meses antes del estallido de la catástrofe, un editorial del *Times* reafirmaba su fe en las virtudes del «concierto» europeo: «La división de las grandes potencias en dos grupos bien equilibrados y con relaciones estrechas entre sus miembros, de tal manera que cada miembro de un grupo pueda entablar relaciones de amistad con uno o varios miembros del otro, representa un obstáculo doble contra ambiciones desenfrenadas o explosiones de odio nacional. Cada soberano y hombre de Estado –e incluso cada nación– sabe que una guerra entre estos dos conjuntos sería una inmensa calamidad. Esta conciencia implica un principio de moderación y limita a los más audaces y más agitados. Pues saben que para obtener la ayuda de los demás miembros de su grupo y para convencerlos de compartir la responsabilidad y los riesgos de un conflicto, la potencia o las potencias que piensan en la posibilidad de usar armas deben, en primer lugar, convencer a los otros miembros de que el conflicto es necesario y justo. No son ya los únicos amos de su destino...».[45]

[43] Henry Stuart Hughes, *Contemporary Europe: A History*, Prentice Hall, Englewood Cliffs N. J., 1961, p. 6.

[44] Citado en James Joll, *The Origins of the First World War*, cap. 3, Longman, Londres, 1984.

[45] *Ibid.*

Este optimismo innato era compartido, en líneas generales, por el conjunto de las fuerzas políticas. Durante los años anteriores a 1914, los socialistas europeos habían lanzado una gran ofensiva pacifista que había tenido su clímax en la Conferencia Internacional de Basilea, en noviembre de 1912. El movimiento obrero, decían, sabría evitar una guerra mundial o, en caso de que ésta estallara, transformarla en revolución socialista. Pero estas declaraciones solemnes, que no desembocaban nunca en una decisión práctica, eran la prueba de un optimismo naíf que excluía la posibilidad de un conflicto. Karl Kautsky, el principal teórico de la socialdemocracia alemana e internacional, reconocía en términos sumamente lúcidos, al final de la guerra, la ceguera de todos los miembros del Buró Socialista Internacional reunidos el 29 y 30 de julio de 1914: «Es sorprendente que a ninguno de los que estábamos ahí se le ocurriera plantear la pregunta: ¿Qué hacer si la guerra estalla? ¿Qué actitud deben tomar los partidos socialistas en esta guerra?».[46]

Ahora bien, el sistema fundado sobre la neutralización recíproca de los grandes Imperios iba a derrumbarse en agosto de 1914. Los tratados de paz de la posguerra, a partir del Tratado de Versalles, no restablecieron el equilibro de fuerzas. A diferencia del Congreso de Viena, que había reintegrado a Francia en pie de igualdad con las grandes potencias, la Conferencia de Versalles decidió castigar a Alemania, condenándola al desarme, a pesadas reparaciones económicas y dolorosas mutilaciones territoriales que dejaban fuera de sus fronteras a millones de antiguos ciudadanos del Imperio prusiano. La Rusia soviética fue aislada por un «cordón sanitario» mientras se intentaba aplastarla en el plano militar. Su reconocimiento será el resultado de la derrota de la contrarrevolución blanca. Las guerras civiles que habían sucedido al derrumbe del zarismo y de los Imperios centrales minaron el sistema político liberal; la emergencia del régimen soviético, por un lado, y de los fascismos, por el otro, profundizó su crisis. En cuanto al liberalismo económico, fue puesto en cuestión, primero, por las economías de guerra y luego duramente afectado por la crisis de 1929 que favoreció la inclinación de una parte de Europa hacia el fascismo. Nadie, comenzando por un economista liberal como John Maynard Keynes, podía creer en las virtudes autorregulatorias del mercado.

El «concierto europeo» instaurado en Viena en 1815 reposaba sobre la existencia de grandes imperios aristocráticos. Según Georges-Henri Soutou, implicaba a la vez un equilibrio *mecánico*, fundado sobre las relaciones de fuerza entre las grandes potencias, y un equilibrio *orgánico*, fundado sobre un conjunto de valores liberales encarnados por esos mismos Estados.[47] Ahora bien,

[46] Citado en Haupt, «Guerre ou révolution? L'Internationale et l'Union sacrée en août 1914», *L'Historien et le mouvement social*, Maspero, París, 1980, pp. 203-204.

[47] Georges-Henri Soutou, «1914: vers la guerre de Trente Ans? La disparition d'un ordre européen», en Pierre Chaunu (ed.), *Les enjeux de la paix. Nous et les autres. XVIII^e-XXI^e siècle,* Presses Universitaires de France, París, 1995, p. 80.

el equilibrio mecánico había desaparecido con la disolución de los imperios y la atomización del continente en una multitud de Estados-naciones frágiles y, en la mayor parte de los casos, heterogéneos. En cuanto al equilibrio orgánico, ya había sido liquidado a raíz de las guerras civiles de 1918-1923, la crisis profunda del liberalismo, el surgimiento del bolchevismo en Rusia y el avance del fascismo en el resto del continente, primero en Italia, luego en Alemania, en Austria, en España y en otros países de Europa Central. Después de 1930, la crisis económica hacía estallar la frágil arquitectura de Versalles y revelaba la ineficacia de la Sociedad de las Naciones. Esta última se fundaba sobre el principio de las nacionalidades, cuyo inspirador había sido Wilson, y reflejaba la democratización de las sociedades europeas y el surgimiento de nuevas elites posaristocráticas, tanto económicas como intelectuales y políticas. Sin embargo, este principio no podía engendrar una política común. El antiguo «concierto» dinástico pertenecía a una época acabada, pero no había encontrado sucesor. El espíritu de familia con que las antiguas dinastías habían manejado siempre los asuntos del continente era algo cuya ausencia en las nuevas elites políticas nacionales se hacía sentir. Es el hecho que constataba Jacques Bainville, ya en 1919, en *Les conséquences politiques de la paix*.[48]

Alemania había sido debilitada, ciertamente, pero no paralizada. El temor al bolchevismo había sido el origen de una política de reconciliación, simbolizada por el Tratado de Locarno (1925) y luego por la entrada de Alemania en la Sociedad de las Naciones. John Maynard Keynes, que había ya calificado de «guerra civil europea» al conflicto de 1914,[49] dedicaba su estudio *Las consecuencias económicas de la paz* (1920) a advertir contra los peligros de una voluntad deliberada de castigar a Alemania, que corría el riesgo de preparar el terreno para el comunismo (lo que preparará, finalmente, es el terreno para el nazismo). En su perspectiva, una política semejante no se limitaba a empobrecer a Europa Central, condenando a morir de hambre a varios millones de civiles, sino que también sentaba las bases de un nuevo conflicto de alcance aún más vasto. «Nada, entonces –escribía–, podrá retrasar la guerra civil final entre las fuerzas de la Reacción y las convulsiones de la Revolución, una guerra civil frente a la cual los horrores de la última guerra con Alemania palidecerán, y que destruirá, sea cual fuere el vencedor, la civilización y el progreso de nuestra generación».[50]

[48] Jacques Bainville, «Les conséquences politiques de la paix» (1919), en John Maynard Keynes y Jacques Bainville, *Les conséquences économiques de la paix*, seguido de: *Les conséquences politiques de la paix*, Gallimard, París, 2002. Véase Georges-Henri Soutou, «Le concert européen, de Vienne à Locarno», en Georges-Henri Soutou y Jean Bérenger (eds.), *L'Ordre européen du XVI^e^ au XX^e^ siècle*, Presses universitaires de París-Sorbonne, París, 1998, pp. 117-136.

[49] John Maynard Keynes, *Les conséquences économiques de la paix, op. cit.*, p. 19.

[50] *Ibíd.*, p. 259 (traducción revisada de acuerdo con el original: *The Economic Consequences of the Peace*, MacMillan, Londres, 1920, p. 251).

Pero el temor al bolchevismo fue también el origen de la pasividad franco-británica frente al rearme alemán y a la remilitarización de Renania, en 1936, al igual que frente al *Anschluss* del Sarre, de Austria y de los Sudetes, realizados durante los años siguientes en nombre del derecho a la autodeterminación proclamado en Versalles. Extenuada después de la Primera Guerra Mundial y desde entonces privada de un ejército a la altura de su diplomacia, Francia ya no tenía la fuerza para reaccionar. Gran Bretaña no temía solamente un debilitamiento excesivo de Alemania frente a la amenaza bolchevique, sino que también deseaba evitar una hegemonía francesa sobre el continente. Ambos tardaron en comprender que Hitler deseaba la guerra y que su expansionismo era cualitativamente distinto del pangermanismo prusiano. Las grandes potencias descubrieron demasiado tarde la verdadera naturaleza de los proyectos de Hitler: no la instauración de una hegemonía alemana sobre Europa, sino su conquista; no el sometimiento de Polonia, sino su aniquilación; no contener a la URSS, sino apoderarse del Este europeo para convertirlo en su «espacio vital»; no expulsar a los judíos del Reich, sino exterminarlos a escala continental. En suma, no comprendieron que la guerra nazi marcaba una ruptura en el interior mismo de la segunda guerra de los Treinta Años.[51] La paz volverá después de 1945, ya no fundada sobre el «concierto europeo», sino más bien sobre el equilibrio del terror, en un mundo del cual Europa había dejado de ser el centro. No fue, pues, sino tras su autodestrucción, cuando Europa encontró nuevamente su unidad.

Si la crisis de 1914-1945 ha sido interpretada como una guerra civil al mismo nivel que los trastornos producidos por la Revolución francesa, ambos permanecen irreduciblemente antinómicos en nuestras representaciones de la historia, porque su impacto fue completamente diferente en la conciencia de sus contemporáneos. Es debido a que los actores del siglo XX habían asimilado en su conciencia histórica la visión de 1789 como una etapa del proceso de civilización, que Verdún y Auschwitz se les presentaron, de entrada, como una «recaída» del mundo civilizado en la barbarie, según una fórmula de uso corriente en los años 1930 y 1940. Los revolucionarios franceses inscribían su manera de actuar en la línea de la Ilustración, cuyos principios codificaban y cuya herencia reivindicaban. Condorcet hallaba en la Revolución la confirmación histórica de su idea de progreso, mientras que la Convención trasladaba al Panteón los restos de Rousseau. A pesar de su crítica al Terror, Kant y Hegel habían saludado la Revolución como un momento emancipador.[52] En las antípodas de esta visión, la guerra civil europea del siglo XX permanece grabada en nuestra memoria como una inmensa catástrofe, como la amenaza de un eclipse de la civilización. Sus comienzos fueron descritos por Karl Kraus como los «últimos

[51] *Cf.* Michael Howard, «A Thirty Years War?», *op. cit.*, pp. 183-184.

[52] Véase especialmente Norberto Bobbio, «Kant e la Rivoluzione francese», *L'età dei diritti*, Einaudi, Turín, 1992, pp. 143-155.

días de la humanidad»;[53] su final fue percibido por Max Horkheimer y Theodor W. Adorno como la expresión de una «autodestrucción de la razón».[54]

CICLO

En su clásico ensayo sobre los tiempos históricos, Fernand Braudel distinguía tres categorías temporales. Por un lado, el acontecimiento (*événement*), «el más caprichoso y engañoso de los tiempos», capaz de cegar a los observadores con sus resplandores y sus fuegos, pero efímero y casi insignificante desde el punto de vista de las ciencias sociales. Por el otro lado, el tiempo largo (*longue durée*), el único verdaderamente digno de atención desde su punto de vista, que permite ver las estructuras, las grandes tendencias demográficas, económicas y culturales que subyacen a los movimientos seculares de las sociedades. Y entre los dos, una categoría intermedia, la de «coyuntura» o «ciclo», cuya duración estimaba en «un decenio, un cuarto de siglo y, en el límite extremo, el medio siglo del ciclo clásico de Kondratieff».[55] No se detenía sobre esta última categoría, pero su sugerencia se revela fructífera. Cubriendo varios decenios, el ciclo designa una época en la cual los acontecimientos no figuran como simples agitaciones de la superficie –contrariamente a la opinión de Braudel, aquéllos marcan a veces giros históricos mayores–, sino que pueden ser colocados en perspectiva y analizados a la luz de las tendencias seculares. En otras palabras, el ciclo es un lapso de tiempo que revela el vínculo entre los acontecimientos y las estructuras, donde tiempo corto y tiempo largo se tocan, donde las temporalidades se sincronizan.

El concepto de guerra civil europea no designa un acontecimiento ni una tendencia secular, sino precisamente un ciclo en el cual una cadena de acontecimientos catastróficos –crisis, conflictos, guerras, revoluciones– condensa una mutación histórica cuyas premisas se acumularon, en el tiempo largo, a lo largo del siglo anterior. El advenimiento de la sociedad de masas, la transición del capitalismo liberal al capitalismo monopolista, la democratización de la política, la nacionalización de las masas y la revolución militar precedieron a la ruptura de 1914. El paso de un orden imperial a un sistema conflictivo entre Estados denominados «nacionales» (a menudo muy heterogéneos) fue preparado por el deterioro de los regímenes aristocráticos «persistentes» después de la Revolución francesa y los levantamientos de 1848. La ola comunista que sigue a octubre de 1917 supone el surgimiento de un proletariado industrial, al igual que la aparición del fascismo implica el encuentro de la anti-Ilustración con

[53] Karl Kraus, *Les Derniers Jours de l'humanité*, Agone, Marsella, 2000.

[54] Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *La Dialectique de la raison*, Gallimard, París, 1974, p. 15.

[55] Fernand Braudel, «La longue durée» (1958), *Écrits sur l'histoire*, Flammarion, París, 1969, p. 48.

una «derecha revolucionaria» ya no aristocrática, sino nacionalista. La guerra total no sería concebible sin los ejércitos de masas y los medios de destrucción modernos, ni la propaganda que la acompaña sin el arraigo dentro de las clases populares de un ideal nacional forjado en el curso del «largo» siglo XIX. Finalmente, el desplazamiento del eje del mundo de una orilla a la otra del Atlántico, con la emergencia de Estados Unidos como gran potencia internacional, hacía visible una mutación de las relaciones de fuerza iniciada después de la guerra de Secesión. Todos estos cambios estructurales se construyen en el tiempo largo, pero se condensan y precipitan en un conjunto de acontecimientos que se despliegan sobre una treintena de años y cuyo punto de partida –una verdadera divisoria de aguas para los contemporáneos– es la crisis de 1914. Es todo este ciclo de crisis, guerras y revoluciones el que se puede resumir en la idea de guerra civil europea. No es ninguna casualidad la aparición, al término de la Gran Guerra, de obras que teorizan el final de la parábola de una civilización, analizando la sincronización entre una «onda larga» de la economía capitalista y la guerra, y anunciando un nuevo ciclo de revoluciones a escala continental. A priori, no existe ninguna afinidad entre *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, los escritos económicos de Kondratieff y las reflexiones de Trotsky sobre la dinámica de la revolución europea en ocasión del Tercer y Cuarto Congreso de la Internacional Comunista. Lo que el filósofo conservador alemán, el economista y el revolucionario ruso comparten, sin embargo, es la necesidad de comprender una coyuntura en la cual los tiempos largos de la historia se interrelacionan con los ciclos económicos, militares y políticos.[56]

El concepto de guerra civil europea podría parecer en ciertos aspectos inapropiado, cuando se trata de aprehender en su secuencia temporal una crisis que toma desde el principio una dimensión internacional. Ésta se encuentra circunscrita por dos guerras totales, la primera marcada por la intervención de Estados Unidos, la segunda repartida en diversos teatros, desde África hasta el Pacífico. Entre ambas se inscriben múltiples crisis, incluida una recesión económica internacional que, desencadenada por el crac bursátil de octubre de 1929, tendrá repercusiones profundas sobre el Viejo Mundo. Sería evidentemente difícil negar la importancia de este hecho, con sus consecuencias, para comprender la crisis de Europa entre 1914 y 1945. Desde el punto de vista de una historia global, la guerra civil europea no es más que un aspecto de un conflicto internacional que continúa, después de 1945, con la guerra fría para terminar, cuarenta y cinco años más tarde, con el derrumbe de la Unión Soviética. El período de entre-

[56] *Cf.* Oswald Spengler, *Le Déclin de l'Occident*, vol. 2, Gallimard, París, 1948; Nokolaï Dmitrievitch Kondratieff, *Les Grands Cycles de la conjoncture*, Economica, París, 1992; Leon Trotsky, *The First Five Years of the Communist International*, vol. I, Park Publications, Londres, 1973, p. 133-138. Sobre Kondratieff y Trotsky, *cf.* Joshua S. Goldstein, «Kondratieff Waves as War Cycles», *International Studies Quarterly*, vol. 29, n.º 4, 1985, pp. 411-444, y Ernest Mandel, *Le Troisème Âge du capitalisme*, vol. I, cap. 4, UGE, París, 1975, pp. 213 y ss.

guerras sigue siendo crucial, sin embargo, para definir el destino de Europa, pues son su destrucción material y su desgarramiento espiritual los que revelan, bajo formas trágicas, su herencia común, planteando la exigencia de su unidad.

Pese a que manifiesta rasgos de guerra civil, la guerra del 14, en la cual se enfrentan ejércitos de millones de soldados, sigue siendo un conflicto que opone Estados. Estados que no respetan ya las normas del *jus publicum europaeum*, pero que permanecen, sin embargo, como Estados soberanos. Las características de la guerra civil se destacan con una nitidez mucho mayor, en cambio, en los conflictos de los años siguientes. Enmarcada por dos guerras totales, la guerra civil europea está compuesta también por una multitud de guerras civiles locales. Podría reagrupárselas en tres momentos mayores. En primer lugar, el período que se abre con la Revolución rusa de 1917 y llega a su fin a comienzos de los años veinte (simbólicamente, con la insurrección abortada de Hamburgo, en octubre de 1923), durante el cual una guerra entre Estados desemboca en revoluciones y guerras en diversos países de Europa Central y Oriental. Luego, la guerra civil española, que condensa a escala de un país conflictos de alcance continental, incluso internacional. Por último, la Segunda Guerra Mundial, que engendra a su vez una multitud de guerras civiles locales. Estas tres fases se encuentran estrechamente ligadas entre sí. Es esta íntima mixtura de guerras totales y guerras civiles lo que teje la continuidad del período que va desde 1914 hasta 1945.

SECUENCIA

Nacida como un conflicto clásico entre Estados, la Gran Guerra termina con el derrumbe de los imperios del continente en un contexto de guerras civiles. Al principio, la Unión Sagrada domina en todos los países implicados. Los socialistas europeos opuestos a la guerra, que se reúnen en Zimmerwald, en los Alpes suizos, en 1915, no representan más que ínfimas minorías. Al término del conflicto, en cambio, las sociedades europeas se encuentran profundamente desgarradas. En Rusia, el régimen de los zares es derribado en febrero de 1917 por una revolución que se va radicalizando cada vez más y que culmina con la llegada al poder de los bolcheviques, en octubre. En marzo de 1918, éstos firman una paz separada con Alemania en Brest-Litovsk y hacen frente, en el plano interno, a una guerra civil sangrienta a cuyo término llegarán apenas tres años más tarde. En Alemania, un clima de guerra civil domina después de la caída del régimen de los Hohenzollern. El 9 de noviembre de 1918, el socialdemócrata Philip Scheidemann proclama solemnemente la República, a las 14 horas, durante una alocución pronunciada desde las ventanas del Reichstag. Dos horas más tarde, Karl Liebknecht reúne a los obreros de Berlín frente al palacio del Ayuntamiento, donde anuncia el advenimiento de una república

socialista.[57] Esta situación de doble poder –la guerra ha engendrado la revolución; la revolución, la guerra civil– no puede durar eternamente. La crisis se traduce en un enfrentamiento armado en enero de 1919, cuando es destituido el prefecto de Berlín, Emil Eichhorn, un socialista independiente cercano a los espartaquistas, que el movimiento revolucionario había impuesto al Gobierno durante las jornadas de noviembre. La presencia en la capital de un prefecto que no desea restablecer el orden, sino derribarlo, que desautoriza al Gobierno y se coloca al servicio de la asamblea de los Consejos Obreros, encarna la ruptura del monopolio estatal de la violencia en la Alemania de posguerra. Su negativa a dimitir dispara la insurrección espartaquista, improvisada y aislada, que será abatida de manera despiadada: sus líderes, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, son asesinados por los *Freikorps* (el cadáver de Rosa será arrojado al Landwehrkanal).[58] En Berlín, la persecución de los amotinados continúa hasta marzo, cobrándose varios miles de víctimas. Luego llega el turno de Baviera, donde una República de los Consejos se ha instaurado en la primavera de 1919, tras el asesinato de su primer presidente, Kurt Eisner. Los dirigentes de este régimen efímero son también ejecutados, como el escritor y crítico literario Gustav Landauer, o condenados con penas muy duras, como el dramaturgo Ernst Toller. Los disturbios continúan al año siguiente con una tentativa de golpe de extrema derecha dirigida por los generales Kapp y Ludendorff. Una insurrección es preparada en el curso del año 1923, cuando los comunistas forman Gobiernos de coalición con las corrientes de izquierda del SPD, en Sajonia y Turingia, que proceden a armar a los obreros, pero finalmente estalla precisamente en Hamburgo, en octubre. Aislada una vez más, es duramente reprimida.[59] En el mismo momento, Hitler hace su aparición en la escena pública organizando en Múnich su lamentable golpe de la Cervecería. Todos estos sucesos se desarrollan sobre un fondo de disturbios y de inflación galopante.

En noviembre de 1918 se derrumba también el Imperio de los Habsburgo, cuyos diferentes componentes nacionales se separan para formar Estados independientes. La crisis desemboca en una huelga general en Viena y en la proclamación de una República Soviética en Hungría, bajo la dirección del comunista Béla Kun. Ésta dura apenas cuatro meses. Al llegar la primavera, es derribada por una intervención del ejército rumano (con el apoyo de Francia) que instaura la dictadura del mariscal Miklós Horthy. Tanto en Múnich como en Budapest, la represión anticomunista provoca un baño de sangre y toma un fuerte sesgo antisemita. Horthy se mantiene en el poder hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, período durante el cual su régimen se alia y colabora con la Alemania

[57] Detlev Peukert, *Die Weimarer Republik. Krisenjahre der klassichen Moderne,* Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1987, pp. 13-15.

[58] Pierre Broué, *Révolution en Allemagne,* Éditions de Minuit, París, 1971, pp. 227 y ss.

[59] *Ibid.*, pp. 752 y ss.

nazi (incluso enviará tropas, por iniciativa propia, para participar de la guerra contra la URSS).[60]

En Finlandia, donde la cercanía con la Unión Soviética y la imbricación con la guerra civil rusa exacerban los conflictos, el terror blanco desata, a partir de 1918, una represión feroz, con la ejecución de veinte mil «rojos» en un país de tres millones cien mil habitantes.[61] En los países bálticos, particularmente en Estonia, la guerra civil toma rasgos especialmente cruentos a causa de la superposición de conflictos políticos, sociales y nacionales. La presencia de diferentes grupos nacionales (estonios, lituanos, rusos, polacos, alemanes y judíos) atiza las luchas creando una ósmosis entre *clase* y *raza* que prefigura la guerra nazi contra la URSS de 1941. Los alemanes entran en los estados bálticos en 1915 para colonizar Letonia y Estonia, prometiendo a los voluntarios de su cuerpo expedicionario una rápida apropiación de tierras. A partir de 1918, su combate se transforma en guerra antibolchevique. El general Goltz no oculta su proyecto de «exterminar a los intelectuales» de las ciudades, identificados con los bolcheviques, y a sus tropas les gusta considerarse como «lansquenetes».[62] Obligados a la retirada después de la concesión de la independencia a los países bálticos, engrosan las filas de los *Freikorps* y participan en el golpe de Kapp en Alemania. Según el historiador Dan Diner, es en este contexto en el que se constituye una variante nueva, especialmente racista, de antibolchevismo.[63] Varios dirigentes nazis, entre ellos el ideólogo Alfred Rosenberg, futuro ministro del Tercer Reich para los territorios del Este, se forman en Riga en los combates de 1918-1920 contra el «judeo-bolchevismo».[64]

[60] Sobre la represión de la República de los Consejos en Baviera, véase la recopilación de testimonios de la época reunidos en Tankred Dorst (ed.), *Die Münchner Räterepublik. Zeugnisse und Kommentar,* Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1966 y, sobre todo, la autobiografía de Ernst Toller, *Eine Jugend in Deutschland*, Rowohlt, Hamburgo, 1963. Sobre la contrarrevolución en Hungría, *cf.* Istvan Deak, «Budapest and the Hungarian Revolution», *The Slavonic and East European Review*, vol. XLVI, n.º 106, 1968, pp. 130 y ss.; sobre el itinerario de Horthy, *cf.* Istvan Deak, «A Fatal Compromise? The Debate over Collaboration and Resistance in Hungary», en Istvan Deak, Jan T. Gross y Tony Judt (eds.), *The Politics of Retribution in Europe*, Princeton University Press, Princeton, 2000, pp. 39-73. Para un planteamiento más general, véase F. L. Carsten, *Revolution in Central Europe 1918-1919*, University of California Press, Berkeley, 1972.

[61] *Cf.* Anthony F. Upton, *The Finnish Revolution 1917-1918*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1980. Véase también Julián Casanova, «Guerras civiles, revoluciones y contrarrevoluciones en Finlandia, España y Grecia (1918-1949): un análisis comparado», en Julián Casanova (ed.), *Guerras civiles en el siglo XX,* Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 2001, pp. 1-28.

[62] Eugene M. Kullischer, *Europe on the Move. War and Population Changes 1917-1947*, Nueva York, Columbia University Press, 1948, p. 172.

[63] Dan Diner, *Das Jahrhundert verstehen. Eine universalhistorische Deutung*, Luchterhand, Múnich, 1999, p. 53.

[64] Véase sobre este tema el relato de Ernst von Salomon, *Les Réprouvés*, Le Livre de Poche, Paris, 1969.

La relación «simbiótica» entre revolución y contrarrevolución es un rasgo típico de las guerras civiles que estallan al final de la Gran Guerra. A semejanza de la Revolución francesa, obligada en 1793 a defenderse en dos frentes –contra la coalición realista en el plano internacional y contra la reacción vendeana en el interno–, la Revolución rusa entabla a la vez una guerra civil contra los blancos (Kolchak, Denikin, Wrangel) y un combate contra las intervenciones militares británica, francesa y japonesa. Si la guerra es un conflicto contra un enemigo exterior y la guerra civil un conflicto dentro de un Estado, el enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución combina ambos. Robespierre formuló claramente la cuestión ya en 1791: «¿Cuál es la guerra que podemos prever? ¿Es la guerra de una nación contra otras naciones, o de un rey contra otro rey? No, es la guerra de los enemigos de la Revolución francesa contra la Revolución francesa».[65] Los bolcheviques consideran asimismo la revolución mundial como la mejor defensa de la Revolución rusa y crean para este fin, a partir de 1919, la Internacional Comunista. Por eso, una de las preocupaciones fundamentales de las diplomacias europeas, durante las negociaciones que preceden a la Conferencia de Versalles, es precisamente la creación de un cordón sanitario alrededor del foco revolucionario ruso. La diferencia fundamental entre el Congreso de Viena de 1815 y la Conferencia de Versalles, un siglo más tarde, reside en el hecho de que el primero coincide con la Restauración, mientras que la segunda se realiza en momentos en que el incendio revolucionario parece propagarse por Europa Central. Si Talleyrand había podido participar en el Congreso de Viena en nombre de Francia, las potencias reunidas en París en 1919 consideran unánimemente a la Rusia bolchevique como un país caído en manos de una banda de criminales y salvajes. Winston Churchill califica a los bolcheviques de «enemigos del género humano» y al Estado soviético como una «conjura mundial con vistas a derribar la civilización».[66] Los revolucionarios rusos, por su parte, rechazan el principio de no injerencia en los asuntos internos de otras naciones como una herencia de la Europa burguesa y revelan los tratados secretos sembrando pavor entre las fuerzas de la Entente. Según Karl Radek, la revolución mundial exige «la intervención más enérgica posible en los asuntos del mundo entero».[67] A su llegada a Brest-Litovsk, donde negocian una paz separada con Alemania a principios de 1918, los jefes de la delegación soviética, Trotsky y Joffe, comienzan a repartir a los soldados alemanes, bajo la mirada estupefacta de la delegación prusiana que venía a recibirlos, folletos convocando a la insurrección. La presencia entre los diplomáticos soviéticos de Karl Radek, judío polaco y ciudadano del imperio habsbúrgico, escandaliza a los militares alemanes. Su participación en la delegación soviética tiene por

[65] Citado en Julien Freund, *L'Essence du politique*, Dalloz, París, 2004, p. 578.

[66] Citado en François Bédarida, *Churchill*, Fayard, Paris, 1999, pp. 177-178.

[67] Citado en Arno J. Mayer, *Politics and Diplomacy of Peacemaking. Containment and Counterrevolution at Versailles, 1918-1919*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1968, p. 20.

objeto mostrar que, antes que representar a una nación, aquélla representa a la revolución, la cual no conoce enemigos nacionales, sino solamente enemigos de clase.[68]

En Rusia, la guerra civil se perfila inmediatamente como un enfrentamiento de alcance europeo entre la revolución y la contrarrevolución, ya que los bolcheviques apuestan por la extensión del levantamiento revolucionario más allá de las fronteras rusas, mientras que los Guardias Blancos gozan del apoyo militar de las potencias occidentales.[69] El conflicto toma, de entrada, una dimensión internacional. Los blancos son financiados, armados, equipados y a menudo directamente apoyados por unidades militares occidentales, especialmente francesas y británicas, pero también austríacas, checas, rumanas, japonesas. Los rojos, por su parte, pueden movilizar varios cientos de miles de «internacionalistas» extranjeros que se alistan en la revolución: chinos, coreanos, húngaros e incluso numerosos alemanes que se encuentran en Rusia como prisioneros de guerra. En este contexto, diferentes conflictos se entremezclan: una guerra revolucionaria del Estado soviético contra una coalición internacional, una guerra de clases entre el proletariado urbano y la elite industrial y aristocrática, una guerra nacional entre los rusos y los pueblos «alógenos» y, finalmente, una guerra social entre la ciudad y el campo. Estos conflictos son particularmente cruentos. En Ucrania, el ejército de Wrangel utiliza el antisemitismo contra el poder bolchevique; en 1919, una oleada de pogromos se cobra entre setenta y cinco y ciento cincuenta mil víctimas judías.[70] Kolchak, el jefe de los blancos en Siberia occidental, afirma que su «primer y fundamental objetivo es borrar al bolchevismo de la faz de Rusia, exterminarlo y aniquilarlo».[71] La figura más siniestra de la contrarrevolución es, sin duda, la de Krasnov, el general que organiza la revuelta de los cosacos del Don después de haber sido liberado, muy ingenuamente, por los bolcheviques. Su recorrido llega hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando encabeza una unidad cosaca incorporada a la Wehrmacht. Será ejecutado por los soviéticos en 1947.[72] Majnó, líder campesino a menudo idealizado por los anarquistas, defiende una cultura y una tradición rurales, pero desea también «degollar a los comisarios y a los judíos».[73] Los bolcheviques responden a través del Terror, decretado el 6 de septiembre de 1918, después de los atentados en los que el jefe de la policía política de Petrogrado, Moishe Uritski, es asesinado y Lenin resulta herido.

[68] *Cf.* Isaac Deutscher, *Le Prophète armé*, cap. 11, Julliard, París, 1965.

[69] Sobre la guerra civil rusa, la obra de referencia sigue siendo Orlando Figes, *A People's Tragedy, 1891-1924*, Penguin Books, Londres, 1998, especialmente los capítulos 12 y 13.

[70] *Cf.* Zvi Gitelman, *Jewish Nationality and Soviet Politics. The Jewish Sections of the CPSU, 1917-1930*, Princeton University Press, Princeton, 1972, pp. 160-163.

[71] Citado en Jean-Jacques Marie, *La Guerre civile russe, 1917-1922*, Autrement, París, 2005, p. 99.

[72] *Ibíd.*, pp. 19 y 234.

[73] *Ibíd.*, p. 126.

El régimen soviético crea su propio órgano del Terror, la Tcheka, que se cobra más de diez mil víctimas solamente en 1918.[74] En la región del Don, la lucha contra la «Vendée cosaca» causa la muerte o la deportación de más de trescientas mil personas en una población que no llega a los tres millones.[75] El hambre y las epidemias provocadas por la guerra matan por sí solas a varios millones de campesinos. Con frecuencia, conflictos sociales, políticos y nacionales se superponen. Los cosacos crean el primer Ejército Blanco que se opone a los bolcheviques y se alía a los alemanes, en Ucrania, pues su preservación como comunidad se identifica con los intereses de una clase de propietarios rurales. Esta complejidad de la guerra civil rusa está en el origen de las divisiones que atraviesan el frente contrarrevolucionario y que favorecen su derrota. La abolición, por parte de Kolchak y Denikin, del decreto soviético que distribuye la tierra entre los campesinos corta a los blancos de su base social y permite a los bolcheviques salir de su aislamiento en el campo. En realidad, esta guerra civil no enfrenta solamente al Ejército Rojo contra los Guardias Blancos. Un tercer actor detenta un rol esencial: los «verdes», cuya fuerza armada más célebre es la del ucraniano Nestor Majnó. Se trata de «ejércitos» de campesinos que se oponen tanto a los bolcheviques como a los contrarrevolucionarios, oscilando entre ambos y aliándose a veces con unos, a veces con otros, según las circunstancias. Los bolcheviques se imponen porque son capaces de neutralizar a los «verdes» y de aislar a los blancos, después de haber construido, a partir del caos y del desorden, un ejército disciplinado e ideológicamente unido, preparado para combatir hasta el final para defender su revolución. Los blancos representan un régimen depuesto, barrido de las ciudades en 1917 y aislado en el campo, donde el desprecio atávico de la aristocracia por el campesinado no les permite ganar el apoyo de poblaciones a menudo recelosas de los bolcheviques. En cuanto a los «verdes», están condenados de antemano, pues carecen de un proyecto de sociedad y una perspectiva nacional. Entre los blancos, que desean restaurar un régimen condenado por la historia, aniquilar a los bolcheviques y saquear los campos, y los verdes, que odian a las ciudades, los rojos llevan las de ganar. Estos conflictos sólo encuentran una solución provisional a comienzos de los años veinte, gracias a la derrota de la contrarrevolución. En el plano militar, por lo tanto, el Ejército Rojo consigue un triunfo contra los blancos. En el plano socioeconómico, la Nueva Política Económica (NEP) tranquiliza a los campesinos al introducir nuevamente el mercado. En el plano nacional, los conflictos han sido desactivados, tanto por la concesión de la independencia a las minorías nacionales del antiguo Imperio (la retirada rusa de Polonia, la independencia de Finlandia y de los países bálticos), como por la

[74] *Cf.* Nicolas Werth, «Un État contre son peuple. Violence, répressions, terreur en Union soviétique», en Stéphane Courtois (ed.), *Le livre noir du communisme*, Robert Laffont, París, 1997, p. 91.

[75] *Ibid.*, p. 117.

represión militar (la «sovietización» del Cáucaso). La guerra civil rusa tiene su epílogo en la represión de Kronstadt, la fortaleza de los marinos en el Báltico, a las puertas de Petrogrado, que reivindica «sóviets libres», pero corre el riesgo de transformarse, a ojos de los bolcheviques, en un punto de reunión de las fuerzas hostiles a la revolución. Su represión resulta despiadada en la condena y ejecución de varios miles de insurgentes.[76]

Los bolcheviques conciben la guerra civil como un enfrentamiento de clases, tanto en el plano interno como en el internacional.[77] El precio de esta perspectiva, que ignora el peso de la cuestión nacional, será muy elevado. En 1920, la tentativa de exportar la revolución por medios militares termina en un duro fracaso cuando el avance del Ejército Rojo es detenido, a las puertas de Varsovia, por la resistencia polaca, que se levanta contra la invasión del antiguo opresor ruso.[78] Su internacionalismo es a menudo percibido como una máscara del nacionalismo ruso. La guerra civil, el verdadero «bautismo de fuego» de los bolcheviques,[79] está en el origen de una concepción militar de la revolución que deja su impronta sobre toda la historia del comunismo. Nolte no se equivoca al interpretar la fundación de la Internacional Comunista, en Moscú, en 1919, como el acta de nacimiento de un «partido de la guerra civil mundial».[80] Se trata de la simple constatación de un hecho que ni Lenin ni Trotsky habrían discutido y que las actas de los primeros congresos del Komintern confirman fácilmente. Lenin se había orientado en esta dirección a partir de 1917, cuando planteaba la cuestión estratégica de «transformar la guerra imperialista en guerra civil».[81] Sin embargo, los rasgos militaristas son más el reflejo de un contexto catastrófico, el de una guerra civil nacida de la guerra, que el de la puesta en práctica de un imperativo ideológico. La ideología juega un papel, pero se encuentra reformulada en este contexto que hace del movimiento comunista internacional un ejército de defensa de la Revolución rusa amenazada, de la experiencia bolchevique un modelo para la revolución en Europa y de la insurrección armada un paradigma normativo.[82]

[76] *Ibíd.*, pp. 127-129. Véase también Paul Avritch, *La tragédie de Cronstadt*, Seuil, París, 1975 y, sobre todo, Israel Getzler, *Kronstadt 1917-1921. The Fate of a Soviet Democracy*, Cambridge University Press, Nueva York, 2002.

[77] Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution*, Oxford University Press, Nueva York, 1994, p. 70.

[78] Erich Wollenberg, *The Red Army*, New Park Publications, Londres, 1978, pp. 121 y ss.; Isaac Deutscher, *Le Prophète armé*, *op. cit.*, cap. 13.

[79] Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution*, *op. cit.*, p. 72.

[80] Ernst Nolte, *La Guerre civile européene 1917-1945*, *op. cit.*, p. 27.

[81] *Cf.* Georges Haupt, «Guerre et révolution chez Lénine», *L'Historien et le mouvement social*, Maspero, París, 1980, pp. 237-266. Véase también Étienne Balibar, «Le moment philosophique déterminé para la guerre dans la politique: Lénine 1914-1916», en Philippe Soulez (ed.), *Les Philosophes et la guerre de 14*, Presses universitaires de Vincennes, Saint-Denis, 1988, pp. 105-120.

[82] *Cf.* Marco Revelli, *Oltre il Novecento*, Einaudi, Turín, 2001, p. 16.

En resumen, los enfrentamientos que atraviesan Europa entre 1918 y 1923 no derivan ya del conflicto entre naciones, sino de una dialéctica que opone revolución y contrarrevolución, y en la cual los nacionalismos son absorbidos y redefinidos. Los métodos y las prácticas de la guerra de trincheras se transfieren a la sociedad civil, «brutalizando» el lenguaje y las formas del combate. En la posguerra, la «nacionalización de las masas» toma los rasgos de un movimiento chauvinista, populista, radical, agresivo y antidemocrático, al mismo tiempo moderno y reaccionario. En Berlín y Múnich, lo hemos visto, los *Freikorps* son la punta de lanza de la contrarrevolución. En Italia, el advenimiento del fascismo se produce tras el combate entre los nacionalistas que no aceptan la «victoria mutilada» y los Arditi del Popolo, los *corps francs* que optaron por oponerse a Mussolini. La guerra total no es sólo matriz de la revolución, sino también del fascismo. En todas partes, los movimientos políticos se militarizan. En la Alemania de Weimar, cada partido dispone de su milicia, desde las SA nazis al Rote Front comunista, y lo mismo sucede en la República Austríaca, donde el fin de la democracia está marcado, en febrero de 1934, por una semana de combates entre el Ejército y la milicia socialista (*Schutzbund*). Por todas partes, incluso en París y Londres, la derecha nacionalista desfila en uniforme. En numerosos países, el monopolio estatal de la violencia parece ampliamente cuestionado.

El enfrentamiento que se abre en España en julio de 1936, con el pronunciamiento del general Francisco Franco contra la República, se inscribe en este contexto de tensiones a escala continental. Sin duda sus raíces se hundían en la historia del país, pero desde el principio sus objetivos nacionales están profundamente imbricados con una crisis internacional de la cual España, hasta ese momento en segundo plano, se vuelve el centro. En palabras de uno de sus principales historiadores, Paul Preston, se trató de «la batalla más feroz de una guerra civil que asolaba Europa desde hacía veinte años.[83] Esta situación no está clara desde el comienzo para todos sus protagonistas, pero rápidamente toman conciencia de ella. Para Franco, se trata del fin de un largo proceso histórico en el cual «la patria y la antipatria» se enfrentan en un combate a muerte cuyo único desenlace debe ser el «triunfo de los principios puros y eternos contra los bastardos y los antiespañoles».[84] Los ideólogos del franquismo realizan una lectura religiosa que estigmatiza a los republicanos como encarnación del mal. En Pamplona, el golpe de Estado es acogido con una fiesta popular y los carlistas ocupan las calles al grito de «¡Viva Cristo Rey!».[85] Para el poeta José María Pemán, se trata de un combate entre Dios y el diablo, san Jorge y el

[83] Paul Preston, *A Concise History of the Spanish Civil War*, Fontana, Londres, 1996, p. 107. Eric J. Hobsbawm, por su lado, define la guerra civil española como la «versión en miniatura de una guerra europea» (*L'Âge des extrêmes*, *op. cit.*, p. 217).

[84] Citado en Alberto Reig Tapia, «Les inspirateurs du mal: communistes, juifs et individus de la même engeance», en Jean-Clément Martin (ed.), *La Guerre Civil entre histoire et mémoire*, Université de Nantes-Ouest Éditions, Nantes, 1994, p. 104.

[85] Paul Preston, *Franco,* cap. 6, Fontana, Londres, 1995.

dragón, san Miguel y Satán, la carne y el espíritu.[86] Es una guerra entre modernidad y conservadurismo, en la que se enfrentan los partidarios de la España tradicional, católica y agraria, contra los de la España moderna encarnada por la República. Es una guerra nacional, que opone la tradición imperial castellana a las autonomías regionales, particularmente en Cataluña. Es también una guerra de clases del proletariado urbano y el campesinado contra el capital y la gran propiedad, acompañada de una guerra política entre el fascismo y la democracia. Es, además, una guerra civil dentro de la guerra civil, ya que la revolución y la contrarrevolución se oponen dentro del campo republicano, cruzando el umbral del enfrentamiento armado en Cataluña, en mayo de 1937. Es, por último, una guerra europea entre la democracia y el fascismo, o entre el fascismo y el comunismo, en la que el campo franquista es apoyado por la Italia de Mussolini y la Alemania hitleriana, mientras que la Unión Soviética provee de recursos a las fuerzas republicanas. La dimensión europea de la guerra civil española está claramente ilustrada por la presencia de tropas extranjeras en los campos de batalla. La intervención militar italoalemana se revela decisiva. La Italia fascista envía 78.000 soldados, la Alemania nazi 19.000 y el Portugal de Salazar 10.000, que se suman a los 70.000 marroquíes integrados en el ejército franquista. Además de esto, la intervención italoalemana asegura a los franquistas una superioridad aérea aplastante que se mantiene a lo largo de todo el conflicto. Aislados por la No Intervención francobritánica, las fuerzas republicanas, entregadas a la reconstrucción del Ejército, reciben el apoyo de 34.000 antifascistas venidos del mundo entero para combatir en las Brigadas Internacionales. La Unión Soviética, cuyo envío de armas y recursos económicos se concreta al precio de un control político sobre el Gobierno republicano, ejerce una influencia directa gracias a la presencia de sus agentes del Komintern y de dos mil asesores militares.[87] Del impacto internacional de esta guerra son testimonio los quinientos mil exiliados que se ven forzados a abandonar el país en 1939.[88]

Este conflicto dio origen a un concepto, hoy de uso corriente en el lenguaje militar: la «quinta columna». En noviembre de 1936, durante el sitio de Madrid por el ejército franquista, el general nacionalista Mola es preguntado por la prensa acerca de un dispositivo militar formado por cuatro columnas. Responde que su estrategia se apoya antes que nada sobre la «quinta columna», la de sus partidarios presentes en la ciudad sitiada. La «quinta columna» deviene así

[86] Citado en Enrique Moradiellos, «Ni gesta heroica, ni locura trágica: nuevas perspectivas históricas sobre la guerra civil», *Ayer Revista de historia contemporánea*, 50, 2003, p. 14.

[87] *Cf.* Enrique Moradiellos, «La intervención extranjera en la guerra civil: un ejercicio de crítica historiográfica», *Ayer, op. cit.*, pp. 199-232.

[88] Paul Preston, *A Concise History of the Spanish Civil War, op. cit.*, cap. 9.

sinónimo de «enemigo interno».[89] Adoptando una medida que remite a la «ley de los sospechosos» de 1793, los republicanos deciden la deportación de todos aquellos que, por su condición social, aparecen como franquistas potenciales. Más de dos mil de entre ellos son ejecutados en los alrededores de la ciudad. Para tener una idea del clima que reina en España durante este conflicto, basta recordar las palabras con las que Gonzalo de Aguilera, agregado de prensa de Franco, designaba los objetivos de su ejército al periodista norteamericano John Whitaker: «matar, matar y matar» a todos los «rojos» a fin de liberar a España del «virus del bolchevismo».[90] De la ferocidad de esta guerra da testimonio el número de víctimas. El historiador norteamericano Gabriel Jackson hace este recuento: cien mil muertos en combate, diez mil muertos a causa de los bombardeos, cincuenta mil muertos a causa de las enfermedades y de la malnutrición engendradas por el conflicto. La represión política, por su parte, se cobra entre ciento cincuenta y doscientas mil víctimas, de las cuales al menos dos tercios son debidas a la violencia franquista.[91] La noción de «guerra civil legal» es perfectamente aplicable al primer decenio de la España franquista, durante el cual el régimen despliega su violencia contra los republicanos vencidos: doscientos setenta mil de ellos son recluidos en campos de concentración.[92]

Si en Europa central y oriental la Segunda Guerra Mundial es esencialmente una guerra de autodefensa y de liberación nacional contra la dominación alemana, en los Balcanes y en Italia –en menor medida en Francia y en Bélgica, a causa de la rapidez de su liberación tras el desembarco aliado–, la Resistencia toma *también* los rasgos de una guerra civil. En Polonia, donde no hay un régimen colaboracionista, este fenómeno es más limitado. Aquí, estamos en presencia de un conflicto interno de la Resistencia, dividida entre nacionalistas, cuyo Gobierno en el exilio tiene sede en Londres, y comunistas, muy minoritarios pero sostenidos por la URSS, cada uno con su propia organización militar. La articulación de este conflicto con la «cuestión judía» –el lugar del antisemitismo en la historia del nacionalismo polaco y el rol central de Polonia en el

[89] *Cf.* Gabriele Ranzato, «La guerra civile spagnola nella storia contemporanea della violenza», en Gabriele Ranzato (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea,* Bollati Boringhieri, Turín, 1994, pp. 280-281.

[90] Citado en Julián Casanova, «Una dictadura de cuarenta años», en Julián Casanova (ed.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco,* Crítica, Barcelona, 2002, p. 11.

[91] *Cf.* Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939,* Princeton University Press, Princeton, 1965, pp. 526-540. Sobre el número de víctimas, véase también Guy Hermet, *La Guerre d'Espagne*, París, Seuil, 1989, p. 227 y, sobre todo, para tomar en cuenta las investigaciones más recientes, Gabriele Ranzato, *L'eclissi della democrazia. La guerra civile spagnola e le sue origini,* Bollati Boringhieri, Turín, 2004, p. 384.

[92] *Cf.* Julián Casanova, «Una dictadura de cuarenta años», *op. cit.*, p. 20.

dispositivo nazi de exterminio de los judíos– teje una «trama compleja» que da lugar a la singularidad de la historia polaca en el siglo XX.[93]

Italia sigue siendo un caso emblemático para estudiar las guerras civiles durante la Segunda Guerra Mundial. Es también el país en donde, desde hace una quincena de años, la historiografía ha colocado el concepto de guerra civil en el centro de su reflexión. A partir del 8 de septiembre de 1943, cuando el mariscal Badoglio, nombrado por el rey jefe del Gobierno después del arresto de Mussolini, anuncia el armisticio con las fuerzas aliadas que han invadido el sur de la península, el Estado se desmorona. El Ejército se disuelve, después de algunas tentativas trágicas de resistir a los ejércitos alemanes que toman el control del resto del país. La continuidad del Estado es preservada simbólicamente por la Monarquía mientras que Mussolini, liberado por un comando alemán, anuncia la creación de la República Social Italiana (RSI) –o República de Saló, por el nombre de su capital–, destinada a colaborar con el ocupante alemán. El conflicto que surge, desde el otoño, entre la Resistencia y las fuerzas de la RSI, y que acompaña a la guerra entre alemanes y aliados, se desarrolla como una guerra civil. Los representantes de la RSI y de la Resistencia se tratan recíprocamente de traidores a la patria. La Resistencia no representa a un Estado, mientras que la Monarquía y el régimen de Saló no pueden existir sino en virtud de la ocupación aliada y alemana, sin una legitimidad verdadera. En estas circunstancias, la Resistencia se desarrolla a la vez como una guerra de liberación nacional contra la ocupación alemana, como una lucha por la democracia contra una dictadura totalitaria y –por sus componentes comunistas y socialistas, muy mayoritarios– como una guerra de clases contra las elites tradicionales que se habían identificado con el fascismo.[94]

Como en la Francia de Vichy en 1940, la opción por la colaboración es percibida por un gran número de personas –más allá de las motivaciones ideológicas de sus jefes– como el precio que se debía pagar para preservar un Estado nacional. Las divisiones se definen, sin embargo, muy rápidamente, en las condiciones de ocupación del país. Para los fascistas, lo que prima es la fidelidad al régimen de Mussolini, el rechazo de la democracia y del comunismo; para los hombres de la Resistencia, la lucha antifascista es el principio de una redefinición de la identidad nacional y de una reconstrucción del país sobre bases nuevas. Son muchos los que ven ahí un nuevo *Risorgimento*. El caso francés presenta varias características similares: un enfrentamiento entre el régimen de Vichy y la Resistencia armada, en el marco de una guerra entre las fuerzas de ocupación alemanas y las fuerzas aliadas que habían desembarcado en junio y

[93] Jan T. Gross, «A Tangled Web: Confronting Stereotypes Concerning Relations Between Poles, Germans, Jews, and Communists», en Istvan Deak, Jan T. Gross y Tony Judt (eds.), *The Politics of Retribution in Europe*, *op. cit.*, pp. 74-130.

[94] *Cf.* Claudio Pavone, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, cap. 6, Bollati Boringhieri, Turín, 1990.

agosto de 1944. Dos elementos impiden que este enfrentamiento tome la forma de una verdadera guerra civil. Por un lado, la rapidez del avance aliado, que libera al país en pocos meses; por otro lado, la presencia, dentro de las fuerzas angloamericanas, de un contingente militar francés que permite al general de Gaulle, una vez llegado a París, proclamar el regreso de la República. Los hombres de la Resistencia y los colaboracionistas permanecen de esta forma, en el plano estrictamente militar, como pequeñas minorías: las fuerzas clandestinas reúnen alrededor de cincuenta mil combatientes en enero de 1944, la milicia cuatro mil en la zona norte y alrededor de treinta mil en la zona sur, de los cuales solamente la mitad son realmente operacionales. Esto genera, según Olivier Wieviorka, «un clima de guerra civil», pero no alcanza a «colocar a Francia en una configuración de guerra civil».[95] El régimen de Vichy, proclamado cuatro años antes por el mariscal Pétain, a quien lo que quedaba en pie de la Tercera República había conferido plenos poderes, es declarado nulo y sin valor. Comienza entonces una larga fase de negación que cabe considerar, a varias décadas de distancia, como una etapa de un «síndrome» persistente. Las disputas franco-francesas en torno a Vichy, «un pasado que no pasa»,[96] aparecen, desde este punto de vista, como las manifestaciones de la memoria de una guerra civil que no llegó a desplegarse, pero de la cual existían todas las premisas.

En los Balcanes también la Resistencia toma el aspecto de una guerra de liberación nacional, de una guerra de clases y de una guerra civil. La primera es dirigida contra una ocupación italoalemana particularmente feroz y sanguinaria (Yugoslavia tiene un millón setecientas mil víctimas de las que lamentarse al término de las hostilidades). La segunda opone un movimiento de base obrera y campesina, dirigido por los comunistas, a las elites urbanas y a los grandes terratenientes. La tercera opone la Resistencia a los colaboracionistas –entre ellos los *ustachis* croatas de Ante Pavelic– y a los hombres de la Resistencia entre sí, divididos en nacionalistas de obediencia monárquica (*chetniks* serbios) y comunistas (el movimiento de base multiétnica dirigido por Tito). Estos últimos llegan a formar un verdadero ejército, la fuerza militar más potente de la Resistencia en Europa, la única que conseguirá tomar el poder sin la intervención del Ejército Rojo o de las tropas angloamericanas.[97] Sofocada durante el período titista, la memoria de estos conflictos resurgió en Yugoslavia en 1989, para dar lugar a una nueva guerra civil. Es la herencia brutal y sangrienta de un drama que parecía haber encontrado su epílogo en 1945, pero que, en realidad, solamente había quedado en suspenso.

[95] *Cf.* Olivier Wieviorka, «Guerre civile à la française? Le cas des années sombres (1940-1945)», *Vingtième Siècle* (85), 2005, p. 10. Véase también Philippe Burrin, *La France à l'heure allemande 1940-1944,* Seuil, París, 1995, p. 453.

[96] *Cf.* Eric Conan y Henry Rousso, *Vichy, un passé qui ne passe pas*, Fayard, París, 1994.

[97] Sobre la historia de la Resistencia en Yugoslavia, véanse las memorias de Milovan Djilas, *Wartime*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1977.

Un caso emblemático de cruce entre guerra total y guerra civil es el de Grecia, donde se articulan diversos conflictos.[98] Se trata, en primer lugar, de una lucha de liberación nacional contra las fuerzas de ocupación alemanas e italianas, unida a una guerra civil entre la Resistencia y los fascistas griegos que optan por la vía de la colaboración (1940-1944), apoyándose en el aparato de Estado heredado del régimen del general Metaxas. Pero es también una guerra civil entre los dos componentes de la Resistencia, los comunistas que dirigen el Ejército Popular de Liberación Nacional (ELAS) y los nacionalistas fieles a la Monarquía exiliada, apoyados por las fuerzas británicas que invaden el país en octubre de 1944, intentando favorecer el regreso del rey Jorge II. Latente durante la primera fase de la ocupación italoalemana, este conflicto estalla de manera abierta a partir del verano de 1944. Ampliamente mayoritarios dentro de la Resistencia, los comunistas renuncian a tomar el poder, tanto a causa de la presencia militar aliada como de su aislamiento internacional, ya que Grecia no entraba dentro de la esfera de influencia soviética, según los acuerdos establecidos entre Stalin y Churchill. Esta guerra civil experimenta un resurgimiento trágico, entre 1946 y 1949, favorecido por el contexto de la guerra fría, y se salda con la derrota final de los comunistas.

La guerra civil española aparece, entonces, desde varios puntos de vista, como la prefiguración del conflicto, de alcance mucho más vasto, que estalla en Europa varios meses después de la proclamación de la victoria por parte del general Francisco Franco. La Segunda Guerra Mundial es una guerra total en la que se cruzan, una vez más, varias guerras paralelas. Al principio, una guerra entre las grandes potencias que rivalizaban por controlar espacios geopolíticos, luego una guerra de autodefensa de la URSS amenazada de destrucción por el nacionalsocialismo y, finalmente, una guerra de liberación nacional llevada a cabo en los países ocupados por las fuerzas del Eje y, en este marco, una guerra civil de la Resistencia contra los regímenes colaboracionistas.[99] Se trata también de una guerra total entre diferentes visiones del mundo y modelos de civilización. La campaña anticomunista de Franco toma ahora las dimensiones titánicas de una guerra de exterminio contra la URSS, que Hitler concibe como una «cruzada» (*Glaubenskrieg*) y como una «guerra racial» (*Rassenkrieg*) en las que los «arios» se baten para imponer su orden contra los eslavos y los judíos. El nazismo desea reorganizar Europa sobre bases raciales. El genocidio de los judíos, consumado entre el principio de su ofensiva militar contra la URSS, en junio de 1941, y el fin de la guerra, se sitúa en el corazón de un doble objetivo de la política nazi: por un lado, la conquista del «espacio vital» (*Le-*

[98] *Cf.* Mark Mazower, *Dans la Grèce d'Hitler, 1941-1944*, Les Belles Lettres, París, 2002.

[99] Sobre la Segunda Guerra Mundial como fusión de varias guerras, *cf.* Ernest Mandel, *The Meaning of the Second World War*, Verso, Londres, 1986, p. 45, y Mark Mazower, *Le Continent des ténèbres*, *op. cit.*, cap. 7.

bensraum), gracias a la colonización germánica de los territorios eslavos; por el otro, la destrucción del comunismo. Pues, en la visión nazi del mundo, los eslavos y el comunismo aparecen como un Estado dirigido por una elite judía. Colonización del *Lebensraum*, destrucción del comunismo y aniquilación de los judíos se conjugan, así, en una sola guerra de conquista y exterminio. En efecto, el antisemitismo nazi constituye el trasfondo ideológico y cultural de este genocidio, su presupuesto indispensable, pero es solamente en el marco de una guerra total que apunta a reformular el mapa de Europa cuando llega a convertirse en guerra de exterminio.

Es necesario subrayar los rasgos específicos de la *Shoah*, un genocidio que fue perpetrado en el corazón de la Segunda Guerra Mundial, pero que no puede ser simplemente deducido de su lógica interna. Si la guerra en el Este, radicalizada por todas las tensiones que condensa, permitió desencadenar la oleada de exterminio contra los judíos, la *Shoah* devino progresivamente autónoma hasta constituir un fin *en sí mismo* de la política nazi. La conquista del *Lebensraum* y la aniquilación del bolchevismo no explican la deportación a Auschwitz de los judíos de Salónica o de Corfú, como no la explica el contexto de las operaciones militares, sobre todo a partir de 1943, después de la derrota de Stalingrado. Pero esto no hace de la guerra entre 1941 y 1945 un «paréntesis» dentro del siglo. En el marco de la guerra, la *Shoah* tomaba, en efecto, una dinámica propia ligada al proyecto nazi de dominación racial, pero sus premisas se inscribían en el tiempo largo de la historia europea y alemana.[100] A pesar de sus rasgos específicos, la guerra nazi contra los judíos formaba parte de esta guerra civil europea y mundial. Sería tan falso querer negar su singularidad, diluyéndola en el conjunto de las violencias de la guerra, como absurdo aislarla de este contexto global, que fue su caldo de cultivo y su detonante. No se trata, por lo tanto, de confundir un genocidio con una guerra civil –en el caso de la *Shoah*, las víctimas no son beligerantes y los verdugos disponen del monopolio de la violencia– ni de querer ver entre ambas una relación de causa y efecto, sino de situarla en su contexto histórico. La guerra civil europea creó un conjunto de condiciones fuera de las cuales el Holocausto no habría podido ser concebido o llevado a cabo.

[100] *Cf.* Enzo Traverso, *La Violence nazie. Une généalogie européene*, La fabrique, París, 2002.

ANATOMÍA DE LA GUERRA CIVIL

ANOMIA

De Maquiavelo a Clausewitz, los teóricos de la guerra han puesto siempre el acento en su estrecha relación con la política. Puesto que pone en cuestión el principio, las formas y los límites de la soberanía, aquélla afecta a la naturaleza misma del Estado que es su detentador. Si la noción de *bellum justum*, con su distinción entre la guerra de agresión y la guerra de defensa, se remonta a la Antigüedad, es apenas iniciada la época de las guerras de religión cuando aparecen las primeras formulaciones de un derecho de guerra moderno. Para Grocio y Pufendorf, que la analizan en términos seculares –ya no como un conflicto teológico, sino como un combate para la «defensa de sí y de sus propios bienes», en el que están en juego el poder e intereses materiales–, no es más que un conflicto entre Estados. Inscribiéndola en una teoría del derecho natural, la conciben, sin embargo, como un medio para realizar la justicia; su objetivo no es la aniquilación del enemigo, sino el establecimiento de una paz equitativa.[1] A partir de la Edad Media, la guerra tiene sus reglas: el derecho a declararla (*jus ad bellum*) y el derecho en su manejo (*jus in bello*). No puede ser declarada más que por una autoridad legítima, debe tener una «causa justa» (por ejemplo, la defensa contra una agresión o la reparación de un agravio), no debe esconder intenciones contrarias al derecho natural y, finalmente, debe ser necesaria (sólo se justifica después de haber agotado todos los medios pacíficos para la resolución de un conflicto). Por otro lado, una guerra requiere normas de conducta compartidas por los beligerantes. Éstos deben respetar los derechos de los prisioneros (en primer lugar, su derecho a la vida) y resguardar a los civiles, impidiendo que se transformen en blancos militares (como lo precisará la Convención de Ginebra en 1864 y lo confirmarán los tratados de La Haya a partir de 1907). Sobre todo, el uso de la fuerza debe ser proporcional a la injus-

[1] Véase Richard Tuck, *The Right of War and Peace. Political Thought and the International Order from Grotius to Kant*, Oxford University Press, Nueva York, 1999.

ticia padecida, sin lo cual la guerra justa se desnaturalizaría por una intención ilegítima de venganza o de opresión.

El *jus publicum europaeum*, del cual el derecho de guerra era sólo un aspecto, marcaba el advenimiento de un sistema codificado de relaciones entre Estados con capacidad para ejercer el monopolio de la violencia dentro de sus territorios respectivos.[2] La noción de *bellum justum* era sustituida por la de soberanía, que presuponía la inviolabilidad del poder estatal en el interior de las fronteras. Para un teórico del absolutismo como Emmer de Vattel, la guerra es siempre legítima –según sus palabras, «regular» o «regulada»– a condición de que sea declarada previamente.[3] En otras palabras, lo que hace que una guerra sea «justa», no es ya su causa, sino la manera de llevarla a cabo. Su legitimidad no está vinculada a sus motivaciones teológicas, éticas o políticas; reside solamente en la naturaleza de los beligerantes que, más allá de sus móviles, siguen siendo siempre Estados, los únicos portadores del *jus ad bellum*.[4] Es la guerra civil la que se vuelve ilegítima, hasta tal punto que príncipes y monarcas no dudan en servirse de su derecho a hacer la guerra a fin de suprimir los riesgos de sedición interna. En su metáfora antropomórfica del Estado –dios artificial, terrestre y, en consecuencia, *mortal*–, Hobbes compara la guerra civil con una enfermedad que afecta al cuerpo humano y lo corroe hasta matarlo.[5] Los súbditos, por su parte, reconocen al soberano el derecho a declarar la guerra contra un enemigo exterior, a cambio de la paz y la seguridad internas. Es la premisa del Estado absolutista. El soberano se arroga el privilegio de entablar la guerra con sus vecinos, pero se encarga, en cambio, de proteger a sus súbditos. Uno de los primeros teóricos de la soberanía moderna, Jean Bodin, no dudaba en alabar las virtudes de la guerra como canalizadora de los conflictos internos y último recurso para conjurar la amenaza de la guerra civil. «La mejor forma de conservar un Estado y preservarlo de rebeliones, sediciones y guerras civiles, y mantener a los súbditos bien dispuestos, es tener un enemigo, con el cual se pueda confrontar», se lee en *Les Six Livres de la République*.[6]

Desterrada del interior del Estado, la guerra puede, por lo tanto, dirigirse contra un enemigo externo, respetando, sin embargo, sus propias reglas. Esta concepción está implícita en la fórmula célebre que abre el Tratado de

[2] Sobre la noción de *jus publicum europaeum*, *cf.* Carl Schmitt, *Le Nomos de la terre dans le droit des gens du jus publicum europaeum* (1951), Presses Universitaires de France, París, 2001; y Reinhart Koselleck, *Le Règne de la critique* (1959), Éditions de Minuit, Paris, 1979, pp. 36 y ss.

[3] Michel Senellart «La qualification de l'enemmi chez Emer de Vattel», *Astérion*, 2, 2004, pp. 31-52.

[4] *Cf.* Carl Schmitt, *Le Nomos de la terre*, *op. cit.*, p. 124.

[5] Thomas Hobbes, *Léviathan* (II, 29), Gallimard, París, 2000, pp. 476 *y ss.*

[6] Jean Bodin, *Les Six Livres de la République,* Le Livre de Poche, París, 1993, pp. 463-464.

Clausewitz: «La guerra no es más que un duelo [*Zweikampf*] a gran escala».[7] En el fondo, en efecto, la práctica social del duelo, ampliamente extendida en las capas aristocráticas hasta 1914, revela una acostumbramiento creciente al derecho y a la interiorización de ciertas reglas comunes en el empleo de la violencia. El duelo estaba reservado a las elites; las clases populares, las mujeres y, en Alemania, las minorías estigmatizadas, como los judíos, estaban excluidos. Era concebido como un enfrentamiento ritualizado y codificado que apuntaba a la reparación de un agravio o de una ofensa, según el principio de «poder dar satisfacción» (*Satisfaktionsfähigkeit*). Su objetivo no era la muerte del adversario, aunque no se excluía, sino el respeto de un código del honor, signo distintivo de pertenencia a una elite social. En el duelo con espadas se instaló la costumbre, en el curso del siglo XIX, de detener el combate «a la primera sangre».[8] En cuanto a la pistola, hubo esfuerzos destinados a hacer menos peligrosas las balas. Según Alfred d'Alembert, autor de una *Physiologie du duel* aparecida en 1853, se hizo costumbre cargarla de tal manera que la bala «agujereara, pero de manera blanda, sin pasar nunca la epidermis, sin provocar las horribles fracturas que vuelven terrible el uso de armas de fuego». La práctica del duelo podía, así, sacar provecho de la inventiva de los armeros, quienes empezaron a producir «pistolas que hieren un poco pero no matan jamás».[9] Sin duda, los duelistas estaban dispuestos a morir, hacían testamento antes de batirse y planificaban su fuga para el caso desafortunado de muerte del adversario. Pero generalmente, según Ute Frevert, «el duelo tomaba las características de un juego de sociedad que se desarrollaba bajo la mirada atenta y palpitante de un público numeroso».[10] Enfrentamiento de esgrima o de pistola entre dos *gentlemen* en presencia de los testigos, el duelo implicaba el reconocimiento recíproco de los adversarios, personas dignas de batirse según una tradición caballeresca, sobre la base de reglas compartidas y con armas elegidas de antemano, sometidas al control de los testigos. Éstos tenían prácticamente el rol de abogados durante las negociaciones previas al duelo; luego, durante su desarrollo, se convertían en jueces, para redactar, finalmente, el acta que, llegado el caso, incluso podía ser exhibida en una sala de tribunal. Esta progresiva «judicialización del duelo», según la expresión de Jean-Noël Jeanneney,[11] lo transformó en una práctica social *de facto* reconocida por el derecho. En Alemania, su difusión dentro del Ejército era más que tolerada. El derecho prusiano lo legitimaba considerándo-

[7] Carl von Clausewitz, *Vom Kriege*, Ferd. Dümmlers Verlag, Bonn, 1991, p. 191 (la edición francesa prefiere traducir *Zweikampf* como «combate singular»: *Cf.* Carl von Clausewitz, *De la guerre*, Perrin, París, 1999, p. 31).

[8] *Cf.* Jean-Noël Jeanneney, *Le Duel. Une passion française 1789-1914*, Seuil, París, 2004, p. 26.

[9] *Ibid.*, p. 27.

[10] Ute Frevert, *Men of Honour. A Social and Cultural History of the Duel*, Polity Press, Cambridge, 1995, p. 170.

[11] Jean-Noël Jeanneney, *Le Duel*, *op. cit.*, p. 80.

lo como una suerte de derecho consuetudinario útil a fin de preservar el sentido del honor dentro de la casta militar.[12] Mucho más que una supervivencia feudal, según Gabriel Tarde, o que una resistencia contra el proceso de la civilización, según la visión de Norbert Elias que lo considera un símbolo de la «vía especial» (*Sonderweg*) de Alemania,[13] el duelo era un elemento constitutivo de la civilización de las costumbres –el autocontrol y la regulación normativa de los conflictos–, de la cual el Antiguo Régimen «persistente» se veía como la encarnación en el siglo XIX.[14] En otras palabras, su código altamente formalizado reproducía, dentro de la sociedad, las normas de la guerra fijadas por el *jus publicum europaeum*.

Una evolución análoga caracteriza al deporte, como lo prueba la creación de los Juegos Olímpicos modernos. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Pierre de Coubertin, su creador, proponía sustituir los conflictos militares por competiciones deportivas donde la victoria del más fuerte suscitaría la admiración y el respeto de los perdedores que, sobre la base de reglas comunes, podrían siempre tomar revancha.[15] En 1914, los Juegos Olímpicos serán suspendidos y el duelo desaparecerá. El código del honor que lo inspiraba no sobrevivirá al advenimiento de la guerra total.

Durante el verano de 1914, los principios del *jus publicum europaeum* parecen todavía imponerse por sí mismos, cuando el atentado de Sarajevo genera un furioso *ballet* diplomático del cual participan todas las cancillerías del continente.[16] El imperio austrohúngaro sólo anhelaba, en un principio, darle una lección a Serbia con el consentimiento de su aliado alemán y no tenía la menor intención de activar una guerra mundial. La intervención rusa en defensa de Serbia reavivó indirectamente, a causa de alianzas militares, la tensión entre Alemania y Francia. Londres, por su parte, era aliado de París y no podía permanecer pasivo de cara a una eventual mutación de los equilibrios geopolíticos, con el riesgo del surgimiento de una hegemonía alemana sobre el continente. Un año más tarde, al poner fin a su neutralidad, Italia buscaba sacar provecho de la nueva situación conquistando los territorios de mayoría

[12] V. G. Kiernan, *The Duel in European History. Honour and the Reign of Aristocracy*, Oxford University Press, Nueva York, 1988, p. 273.

[13] *Cf.* Norbert Elias, *The Germans. Power Struggles and the Development of the Habitus in the Nineteenth and Twentieth Century*, Polity Press, Cambridge, 1996, p. 52, y los comentarios de Jonathan Flechter, *Violence and Civilization. An Introduction to the Work of Norbert Elias*, Polity Press, Cambridge, 1997, pp. 123-124.

[14] *Cf.* Arno J. Mayer, *La Persistance de l'Ancien Régime*, Flammarion, París, 1983, pp. 110-111.

[15] *Cf.* Michel Caillat, *L'Idéologie du sport en France depuis 1880*, Éditions de la Passion, París, 1993, pp. 31-32; Wolfgang Schivelbusch, *The Culture of Defeat. On National Trauma, Mourning, and Recovery*, Picador, Nueva York, 2004, p. 174.

[16] *Cf.* Gian Enrico Rusconi, *Rischio 1914. Como si decide una guerra*, Il Mulino, Bolonia, 1987.

italiana que pertenecían a su antiguo aliado austríaco. Finalmente, es Estados Unidos el que, en 1917, entra en el conflicto, preocupado por la solvencia de sus aliados europeos endeudados y súbitamente consciente de su nuevo rol internacional. El atentado de un nacionalista serbio se convirtió, así, en la chispa que encendió la mecha y puso a todo un continente en llamas. Más allá de sus causas profundas, sobre las cuales el debate historiográfico está lejos de haberse agotado, la Gran Guerra no fue ni prevista ni deseada por sus actores. Fue provocada por la aceleración de una máquina diplomática que había sido construida a lo largo de la historia como expresión de un orden europeo dinástico y «civilizado» que ya no correspondía a la situación real. Nadie, entre los responsables del desencadenamiento del conflicto, había previsto ejércitos empantanados durante años en las trincheras ni imaginado las armas químicas, los bombardeos con artillería pesada, las ciudades destruidas, las matanzas en serie bajo el fuego de las ametralladoras. Su bagaje mental y sus referencias culturales permanecían ligados a la experiencia europea del siglo XIX, con sus guerras «civilizadas» entre Estados del Antiguo Régimen que se respetaban mutuamente. Ahora bien, la visión del adversario como enemigo legítimo no tardó en ser reemplazada por la idea de cruzada. En la Navidad de 1914, los combates fueron suspendidos para dar lugar a una tregua. Fotos extrañas muestran a soldados y oficiales alemanes confraternizando con sus homólogos británicos, en el *no man's land* entre las líneas enemigas. El brindis que realizan juntos durante esta tregua efímera indica que los combatientes se respetaban como adversarios legítimos.[17] Nada semejante volverá a ocurrir en el curso de los años siguiente. La guerra, transformada en conflicto entre pueblos, naciones y civilizaciones, adquiría ahora todas las significaciones posibles, salvo la de un enfrentamiento entre combatientes respetuosos los unos de los otros. El *jus in bello* fue rápidamente enterrado, en primer lugar, por la violación alemana de la neutralidad de Luxemburgo y de Bélgica, luego, por la violación de la neutralidad de los mares, el bloqueo contra los Imperios centrales, el bombardeo de las ciudades y la reclusión de civiles. En Ypres, en abril de 1915, cuando se produce el primer ataque con armas químicas, ya no era más que el recuerdo de una época pasada.

Desde Maquiavelo y Rousseau, la teoría de la «guerra justa» ha sido objeto de numerosas críticas, de diferente inspiración, destinadas a revelar las ambigüedades y presupuestos ideológicos. Puesto que el corolario implícito del *jus publicum europaeum* era la visión del mundo no europeo como un espacio colonizable, las guerras de conquista, e incluso las masacres coloniales se transformaban *ipso facto* en «guerras justas» en nombre del derecho natural (de comercio, de circulación y de propiedad, es decir, de apropiación de tierras y de bienes supuestamente no pertenecientes a nadie). Concebidas como empresas

[17] Véanse estas imágenes en Rainer Rother (ed.), *Der Weltkrieg 1914-1918. Ereignis und Erinnerung*, Minerva, Berlín, 2004, p. 105.

de conquista (y, a menudo, de exterminio), en las que los ejércitos europeos no se enfrentaban a otros ejércitos regulares, sino a tribus y a combatientes sin estatus definido, desde el punto de vista de los conquistadores, las guerras coloniales no hacían ninguna distinción entre soldados y civiles. En este sentido, las masacres que acompañaron a la historia del colonialismo constituyeron un modelo para las guerras totales del siglo XX. Las guerras coloniales no eran, desde luego, guerras civiles, pues oponían fuerzas sumamente distantes entre sí, tanto en el plano geográfico como en el cultural. No eran, ciertamente, conflictos en el interior de una misma comunidad y, sin embargo, presentaban varios rasgos típicos de las guerras civiles. La guerra civil no es un conflicto entre Estados, sino una ruptura del orden dentro de un Estado que ya no se encuentra en condiciones de imponer su monopolio de la violencia. Puesto que los enemigos no son dos ejércitos regulares, sino dos facciones dentro de un mismo Estado, de las cuales una sola dispone de estatus legal, la distinción entre civiles y combatientes deviene altamente problemática. El derecho de guerra ya no puede aplicarse si los enemigos no son Estados, sino que pertenecen a la misma comunidad, de la cual no reconocen ya la ley. Como consecuencia, la figura del «enemigo legítimo» (*justus hostis*) desaparece. El rebelde interno de la guerra civil, como el criminal o como el indígena insurrecto de las guerras coloniales, es un «fuera de la ley» con el cual ningún acuerdo es posible.[18]

La descripción más antigua que nos ha llegado de este tipo de conflicto es la de Tucídides. En su *Historia de la guerra del Peloponeso*, relata la guerra civil que estalla en el 427 a. de C. en la isla de Córcira (Corfú), en el momento de la llegada de los atenienses y de la huida de los peloponesos. Se trató de una erupción de odio, escribe, durante la cual «las leyes válidas en todas partes» fueron abolidas y no quedó más que violencia y depravación.[19] «Los corcireos masacraron a aquellos de sus conciudadanos a los que consideraban oponentes». Entonces, «la muerte se presentó en todas sus formas y, de los excesos que se producen en esos casos, no hubo uno que no se cometiera –e, incluso, más–. El padre mataba al hijo, los suplicantes eran sacados a la fuerza de los santuarios o asesinados allí mismo y algunos, incluso, murieron emparedados dentro del santuario de Dionisio. Tal fue, en efecto, el grado de crueldad que alcanzó la guerra civil».[20] Tucídides no se limita a una descripción fenomenológica de la guerra civil. Subraya también las mutaciones psicológicas que produce en los actores, que matan arrebatados por una ola de odio desconocido en tiempos normales, desbaratando así el orden de las cosas y de las mentalidades: «Incluso se alteró, con tal de justificarlos, el sentido habitual de las palabras en

[18] La relación entre guerra civil y guerra colonial es ampliamente analizada por Carl Schmitt, *Le Nomos de la terre*, *op. cit.*

[19] Tucídides, *Histoire de la guerra du Péloponèse* (III, LXXXI), Bouquins Robert Laffont, París, 1984, p. 346.

[20] *Ibid.*, p. 343.

relación con los actos. La audacia irreflexiva pasaba por ser entrega valerosa al propio bando, la prudencia por cobardía disfrazada, la sabiduría por máscara de la cobardía, la inteligencia en general como una inercia completa; la precipitación impulsiva se contaba como cualidad viril y la circunspección al deliberar como pretexto para la huida».[21]

Se trata de los mismos sentimientos y los mismos estados de ánimo descritos por los testigos de las guerras civiles del siglo XX. Uno de los más agudos, por su doble condición de militante y escritor, es sin duda Victor Serge. En su diario, escrito en Petrogrado durante la primavera de 1919, luego publicado bajo el título de *La ville en danger*, describe la guerra civil como conflicto irreductible entre dos partes de una sociedad dividida, un conflicto que sólo conoce la violencia y donde es nula la posibilidad de acuerdo: «No puede entenderse la guerra civil –escribe–, si uno no se representa a estas dos fuerzas, confundidas, viviendo la misma vida, rozándose en las arterias de las grandes ciudades con el sentimiento neto, constante, de que una de las dos debe matar a la otra...».[22] El temor, la inseguridad, el odio y la voluntad de eliminar al enemigo animan a los beligerantes insuflándoles la energía necesaria para combatir. En este guerra, todo principio humanitario está desterrado, de ambos lados: «Comisarios, militantes, comandantes rojos, si se dejan sorprender, son invariablemente fusilados. Nosotros tampoco eximimos a los antiguos oficiales, ni a los suboficiales de ningún tipo. Guerra a muerte –sin hipocresía humanitaria, donde no hay Cruz Roja, donde no se admite a los camilleros. Guerra primitiva, guerra de exterminio, *guerra civil*».[23] Este contexto, concluye Serge, solamente puede desembocar en el terror, en el cual, más que una política de gobierno, ve un estado de ánimo de los beligerantes: «La ley es: matar o morir (...) Con el vago olor a sangre que satura nuestra atmósfera, se crea en nosotros un estado mental del cual es inevitable que nazca el terror. El terror: presentimos su proximidad de la misma forma en que en la víspera de las tormentas se siente el aire cargado de electricidad».[24] En resumen, una guerra civil está siempre compuesta de atrocidades y horrores. Victor Serge percibe una de sus características típicas en la sobrecarga emocional de los protagonistas. La idea de cumplimiento de un deber podía llegar a motivar a los voluntarios del 14, pero no es suficiente para involucrarse en una guerra civil. Ésta es siempre una mezcla de anomia jurídica y de plenitud pasional llevadas al extremo, como si el vacío creado por la caída de las normas se llenara con un contenido emocional nuevo. El combate ya no es legitimado, y mucho menos regulado, por la ley, sino por convicciones éticas y políticas superiores que hace falta defender hasta el fin, de la manera

[21] *Ibíd.* (III, LXXXII), p. 344.

[22] Victor Serge, «La ciudad en peligro», *Mémoires d'un révolutionnaire et autres écrits politiques*, Bouquins-Robert Laffont, París, 2001, p. 108.

[23] *Ibíd.*, p. 109.

[24] *Ibíd.*, p. 111.

más intransigente posible, al precio de la vida del enemigo –un enemigo cercano, conocido– y, si es necesario, al precio del sacrificio de la propia vida. Los valores que ocupan este espacio anómico son, según el caso, los más nobles y los más abyectos o, a menudo, una mezcla de ambos: liberación, justicia, igualdad, dignidad humana, redención del sojuzgamiento, pero también espíritu de venganza, racismo, nacionalismo exacerbado, fanatismo religioso.

Una definición clásica de la guerra civil sigue siendo la de Carl Schmitt, formulada en un ensayo altamente controvertido como *Ex captivitate salus* (1949). Vale la pena que reflexionemos sobre ella, aun cuando se inscribe en una argumentación apologética harto discutible, pues debe dar cuenta de su colaboración con el régimen nazi. «La guerra civil tiene algo particularmente atroz», escribe Schmitt, pues ella es «llevada a cabo dentro de una unidad política común que incluye también al enemigo y dentro del mismo orden jurídico». Cada parte coloca al enemigo en el lugar del no-derecho: «Suprimen el derecho del adversario, pero lo hacen en nombre del derecho». De esta manera, prosigue, la guerra civil establece una relación estrecha, «específicamente dialéctica», con el derecho:

> No puede ser sino justa, en el espíritu de aquel que está plenamente convencido, y de esta forma se convierte, en resumen, en el arquetipo de la guerra justa, y que se autoproclama justa. De manera más arriesgada que en cualquier otra clase de guerra, cada parte está obligada a presuponer despiadadamente su propio derecho, y de manera igualmente despiadada el error del adversario. Un lado hace valer el derecho legal, el otro el derecho natural. El primero concede un derecho a la sumisión, el segundo un derecho a la oposición.

En un contexto semejante, donde la oposición entre legalidad y legitimidad se despliega hasta sus últimas consecuencias, los instrumentos de la justicia pierden su imparcialidad para transformarse en medios de un combate irreductible. La justicia revolucionaria solamente conoce una ley, la de la aniquilación del enemigo; sus tribunales populares no deben «atenuar el horror, sino acentuarlo». Designan a un «enemigo del Estado, del pueblo o de la humanidad» a fin de «privarlo totalmente de derechos en nombre del derecho». De donde se deriva la conclusión de Schmitt:

> La hostilidad se vuelve tan absoluta que hasta la antigua distinción sagrada entre enemigo y criminal se disuelve en el paroxismo de la autojustificación. Dudar del derecho propio es considerado una traición; interesarse por la argumentación del adversario se vuelve hipocresía; y toda tentativa de discutir se transforma en una forma de inteligencia con el enemigo.[25]

[25] Carl Schmitt, *Ex captivitate salus: experiences des années 1943-1947*, Vrin, París, 2003, p. 152. Para un análisis del concepto de guerra civil desde el punto de vista de la

Si se hace abstracción de las motivaciones y del contexto de estas palabras, aparece ahí el esbozo de una anatomía de la guerra civil como conflicto cruel y desprovisto de reglas comunes, que es una descripción bastante exacta de los enfrentamientos que asolaron Europa entre 1914 y 1945.

En el primer tomo de su *Historia de la revolución rusa*, Trotsky desarrolla un análisis similar de la guerra civil, en términos marxistas, estableciendo su punto culminante en la formación de una «dualidad de poderes». Se trata de una situación transitoria de anarquía que será tarde o temprano superada por la victoria de uno de los dos bandos en lucha, como lo demuestran todas las grandes revoluciones de la historia. La Revolución inglesa asiste a un conflicto entre la Monarquía y el «ejército modelo» de Cromwell; la Revolución francesa, a la oposición primero entre el rey y la Asamblea Constituyente, luego al enfrentamiento entre la Comuna y la Convención; en la Comuna de 1871, esta dualidad de poderes se configura bajo la forma de una separación territorial: la revolución en París, la contrarrevolución en Versalles. En la Rusia de 1917, el Gobierno provisional dirigido por Kerenski se opone a la Asamblea de los sóviets, en la que los bolcheviques devienen mayoría a partir de octubre. Es para darles «todo el poder a los sóviets» por lo que deciden disolver la Asamblea Constituyente. Semejante fragmentación del poder en dos entidades irreductiblemente antagónicas no puede durar para siempre. «Una necesidad de dictadura tan característica de las revoluciones como de las contrarrevoluciones –escribe Trotsky– proviene de las intolerables contradicciones de un doble poder. El paso de una de esas formas a la otra se realiza por la vía de la guerra civil».[26]

La guerra civil no apunta a una paz justa con un adversario legítimo, sino a la aniquilación del enemigo. Durante la Conferencia de Casablanca, en enero de 1943, Churchill y Roosevelt afirman en una declaración conjunta que las fuerzas aliadas no aceptarán ningún acuerdo con Alemania y Japón, salvo su «rendición incondicional»[27] (*unconditional surrender*). Esta declaración, que anunciaban ya los Tribunales de Núremberg y de Tokio, no utilizaba la expresión canónica del léxico militar, *capitulación*, optando por la de *rendición* que los unionistas habían impuesto a los confederados en la guerra de Secesión y que figura en la declaración firmada por el general Lee en Appomattox en 1865. Tal fórmula no pertenece a la tradición del derecho internacional; tomada

teoría política, *cf.* Norberto Bobbio, «¿Guerra civile?», *Teoria politica,* VIII, n.° 2, 1992, pp. 297-307.

[26] Léon Trotsky, *Histoire de la révolution russe* (1932), vol. I, Seuil, París, 1995, p. 256.

[27] *Cf.* Dan Diner, *Das Jahrhundert verstehen, op. cit.*, p. 22; Lothar Kettenacker, «'Unconditional Surrender' als Grundlage der angelsächsischen Nachkriegsplanung», *en* Wolfgang Mischalka (ed.), *Der Zweite Weltkrieg,* Piper, Múnich, 1989, p. 174-188; y Alfred Vagts, «*Unconditional Surrender*: vor und nach 1945», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (7), 1959, pp. 280-309.

del derecho mercantil, indica una cesión, una transferencia de propiedad. Al adoptarla, los vencedores deseaban mostrar que la Confederación no solamente había sido vencida, sino que había dejado de existir.[28] En una capitulación, los soldados deponen las armas en una ceremonia pública que sanciona su derrota, pero no dejan de pertenecer simbólicamente al ejército de un Estado cuya existencia legal es reconocida por el derecho internacional (y por el vencedor). En el caso de una rendición incondicional, en cambio, el ejército vencido se convierte en una especie de propiedad del vencedor que le impone su dominación. El general Wilhelm Keitel, quien, en su calidad de jefe de la *Wehrmacht*, había firmado la rendición incondicional de Alemania, en Berlín-Karlhorst, el 8 de mayo de 1945, fue juzgado en Núremberg y ejecutado al año siguiente. Un destino semejante le estará reservado a Hideki Tojo, el jefe de Gobierno japonés. En 1945, Alemania y Japón son ocupados por fuerzas aliadas que, en un primer momento, contemplan la posibilidad de privarlos de toda soberanía nacional durante varias décadas. En Casablanca, la opción de una rendición incondicional alemana había sido sugerida por Roosevelt. Según Churchill, que inmediatamente la había aprobado, no se trataba de reducir a los alemanes a un estado de esclavitud, sino de rechazar toda negociación y, sobre todo, de librarse de toda norma jurídica internacional susceptible de «colocar trabas a las transferencias territoriales y los cambios de fronteras en los países enemigos».[29]

PARTISANOS

Una figura memorable de la guerra civil europea es la del partisano, el combatiente irregular que aparece en la mayoría de los conflictos, y que juega a veces un rol decisivo en ellos. Surgida como una guerra estatal conforme a las normas del derecho europeo, la Gran Guerra no conoció este fenómeno; sólo se manifestó durante las crisis revolucionarias que marcaron el fin del conflicto, particularmente en Europa Central y Oriental. La militarización de la vida política hacia el final de la guerra del 14 conduce a la formación de milicias de partisanos y grupos armados, que toman parte en los combates en las calles y, a veces, en verdaderas insurrecciones. Esto no sucede solamente en el antiguo imperio ruso. Las imágenes de la revuelta espartaquista de Berlín, en enero de 1919, nos muestran a obreros que desfilan armados, apoderándose del edificio del grupo de prensa Mosse desde donde disparan sobre los *Freikorps* a las órdenes del ministro Noske. Estas formaciones armadas –desde el Rote Front

[28] *Cf.* Wolfgang Schivelbusch, *The Culture of Defeat*, *op. cit.*, pp. 27-29.

[29] Winston Churchill, *The Second World War*, vol. 3, Houghton Mifflin, Boston, 1950, pp. 690-691. Este pasaje es citado por John L. Chase, «Unconditional Surrender Reconsidered», *Political Science Quarterly*, vol. 70, n.º 2, 1955, p. 265. Véase también Hans Kelsen, «The Legal Status of Germany According to the Declaration of Berlin», *The American Journal of International Law*, vol. 39, n.º 3, 1945, pp. 518-526.

comunista hasta las SA nazis– serán una de las características de la República de Weimar y, más generalmente, de las sociedades europeas de entreguerras. En Italia, los años que van de 1921 a 1924 están marcados por los enfrentamientos violentos entre los Arditi del Popolo y los *squadristi* de Mussolini. El conflicto entre los ejércitos y las tropas irregulares causa estragos en Baviera, en los países bálticos, en Hungría, en Hamburgo y, finalmente, en Bulgaria, entre 1919 y 1924. En Austria, el golpe nazi de febrero de 1934 suscita una semana de combates sangrientos en Viena, entre el Ejército y las milicias socialistas del Schutzbund, cuya derrota tiene como coste mil doscientos muertos y varios miles de heridos. Este fenómeno reaparece durante la primera fase de la guerra civil española, cuando los republicanos, que encarnan la autoridad legal, deben reconstituir un ejército con unidades que han permanecido fieles al Gobierno y con las milicias populares surgidas espontáneamente para combatir el golpe militar.

Pero la lucha de los partisanos alcanzó su apogeo durante la Segunda Guerra Mundial. Son varios cientos de miles, en toda Europa, los que llevan a cabo una guerra paralela a aquella en la que se enfrentan ejércitos de millones de soldados. Estos partisanos son actores ineludibles de una guerra en la que las operaciones militares se articulan con la acción de los movimientos de liberación nacional, la lucha contra los regímenes colaboracionistas y el combate antifascista. Desde los primeros meses de combate en el frente oriental, en 1941, Stalin lanza un llamamiento a la lucha a los partisanos que se encuentran detrás de las líneas enemigas, en los territorios soviéticos ocupados por los ejércitos alemanes. A partir de 1943, la Resistencia toma una dimensión considerable tanto en los Balcanes como en el frente occidental, desde Yugoslavia a Grecia, desde Bélgica a Holanda, desde Francia a Italia. Durante la guerra, su impacto es amplificado por la propaganda de las fuerzas fascistas y nazis que justifican la represión, la violencia, las deportaciones y las masacres con el pretexto de la lucha contra los partisanos. Los países ocupados por las tropas alemanas se cubren de carteles que amenazan de muerte a los hombres de la Resistencia, calificados de «bandoleros» y de «terroristas». La presencia masiva de comunistas y, en varios países, de extranjeros, sobre todo judíos, es siempre resaltada, como en el célebre «cartel rojo» que, en febrero de 1944, anuncia la ejecución de veintitrés francotiradores partisanos del grupo parisino de Manouchian. En Italia, los fascistas los tratan de «bastardos» (*bastardi*), para indicar su exterioridad con respecto a la comunidad nacional. Para la Resistencia, en cambio, se trata de patriotas y combatientes de la libertad. Por todas partes, ésta tiende a atribuirles un estatus de combatientes regulares, enfatizando su estructura militar y jerárquica, intentando que sea reconocida por las fuerzas aliadas a la Liberación. Los partisanos italianos que ocupan la ciudad de Macerata, el 30 de junio de 1944, visten uniformes coloniales hallados en depósitos. Sus cascos son más bien exóticos, pero tienen la ventaja de hacerlos aparecer como

verdaderos soldados.[30] Los héroes de la Resistencia a veces son militarizados en forma retrospectiva, como el caso del «coronel Fabien», aquel militante comunista francés autor del primer atentado contra un comandante alemán en París, en 1941.[31] En el momento de la Liberación, el partisano es una figura completamente legítima. Se convierte en el símbolo de la sociedad civil alzada, con el que todos desean identificarse, por empatía, o ser identificados, por conveniencia. Después de los años de combate y de clandestinidad, se encuentra en el centro de la fiesta liberadora que sacude el orden social. El antiguo bandido se metamorfosea entonces en héroe de la mitología popular; ha perdido la dimensión trágica de la lucha para adoptar la de la algarabía, lúdica y gozosa. En su descripción del París insurgente, Claude Roy esboza el retrato del francotirador de última hora: «Lleva una metralleta y dos granadas de mango en la cintura, los pantalones metidos en las medias de lana roja, zapatos grandes, una camisa a cuadros arremangada. Parece salido de una película americana. Es el héroe mismo de *Viva Villa*».[32] Las acciones más audaces de los partisanos son a veces recreadas frente a la cámara fotográfica para ser inmortalizadas. Esta pantomima (que a menudo no resulta una falsificación de la historia, ya que se presenta de manera abierta como su puesta en escena *a posteriori*) acompaña a la Resistencia real, con su cortejo de sangre y de muertos. Es precisamente porque se trata de eventos serios por lo que es necesario inmortalizarlos, es porque se ha tomado conciencia de su carácter histórico por lo que hace falta mostrar la dimensión heroica y dar una imagen de Epinal.[33] Vemos, así, las diferentes etapas de la agonía de un combatiente que muere torturado, luego a sus camaradas que mueren como héroes, con el puño alzado, delante del pelotón de fusilamiento o, incluso, a una enfermera que cuida de un hombre en la cima de una montaña mientras otro los protege con su ametralladora. Frente al objetivo del fotógrafo, los protagonistas de la Resistencia se transforman, literalmente, en actores del «teatro» de la historia.[34]

La importancia del rol jugado por los partisanos, bajo sus diferentes denominaciones, durante la Segunda Guerra Mundial revela el carácter anómico de este conflicto, la puesta en cuestión de las normas tradicionales de la guerra y,

[30] *Cf.* Adolfo Mignemi, *La seconda guerra mondiale 1940-1945*, Editori Riuniti, Roma, p. 176.

[31] *Cf.* Pieter Lagrou, «La "guerra irregolare" e le norme della violenza legittima nell'Europa del Novecento», en Luca Baldissara (ed.), *Crimini e memorie di guerra*, L'Ancora del Mediterraneo, Nápoles, 2004, p. 97

[32] Citado en Alain Brossat, *Libération fête folle: mythes et rites ou le grand théâtre des passions populaires*, Autrement, París, 1994, p. 121.

[33] N. del T.: Una imagen de Epinal es una estampa de temática popular y colores vivos utilizada durante los siglos XVIII y XIX para informar y divertir a la población francesa analfabeta. Figuradamente, alude a una imagen estereotipada.

[34] Adolfo Mignemi, *Storia fotografica della Resistenza*, Bollati Boringhieri, Turín, 1995, pp. 257-287.

por lo tanto, su naturaleza de guerra civil. Una vez más, fue Carl Schmitt quien estableció el «tipo ideal» del partisano. Se trata, en primer lugar, de un combatiente *irregular*, distinto en ese sentido del soldado que lleva un uniforme. Su lucha reposa sobre una motivación profunda relacionada con su «intenso compromiso político», como lo indica la etimología de la palabra que, originalmente, significa 'ser miembro de un partido'. Por otro lado, «movilidad, rapidez y alternancia impredecible de la ofensiva y la retirada» caracterizan su forma de actuar, casi siempre coordinada con la de un ejército regular del cual funciona como apoyo. Presenta, finalmente, según Schmitt, un «carácter telúrico»: se encuentra, en la mayoría de los casos, profundamente arraigado en un territorio que desea liberar y su acción saca provecho de sus lazos orgánicos con la población local.[35] Son los campesinos quienes lo alimentan en las montañas, donde combate dentro de un grupo armado, y son los civiles quienes lo ocultan y lo protegen en las ciudades, donde actúa como «especialista en la acción clandestina» y como «saboteador».[36] El partisano es, por lo tanto, una figura central en una guerra que invoca una causa justa, pero que no conoce un *justus hostis*. La Segunda Guerra Mundial exalta al máximo, tanto los rasgos del guerrillero liberador como los del combatiente político, rasgos que, al fusionarse, aseguran al partisano un rol destacado, confiriéndole a menudo un aura casi mítica. Allí donde un ejército surgido del reagrupamiento de combatientes irregulares consigue doblegar a las fuerzas de ocupación y tomar el poder, su líder carismático adquiere naturalmente el estatus de jefe del nuevo Estado, como el mariscal Tito en Yugoslavia o el comandante Mao en China.

En 1907, la Convención de La Haya había asimilado a los combatientes irregulares de la guerra civil y, particularmente, a «la población que toma espontáneamente las armas ante la invasión enemiga», a las fuerzas regulares de la guerra, siempre y cuando contaran con un jefe, llevaran signos distintivos, no ocultaran sus armas y se comportaran de acuerdo con «las leyes y costumbres de la guerra».[37] La utilidad de reconocerles a los partisanos un estatus de beligerantes resultó evidente durante la guerra civil española, en la cual la autoridad republicana era defendida por milicias populares y los insurgentes pertenecían a un ejército regular. Según el jurista suizo Hans Wehberg, que había abogado en 1938 por la inscripción de la guerra civil en el derecho de guerra, los insurgentes legalmente reconocidos ya no debían ser tratados como «barcos piratas», sino como sujetos de derecho internacional y, por consiguiente, este reconocimiento no podía más que humanizar la guerra civil al introducir reglas

[35] Carl Schmitt, «Théorie du partisan» (1962), *La Notion de politique/Théorie du partisan*, Flammarion, París, 1992, pp. 218-224.

[36] *Ibíd.*

[37] James Brown Scott (ed.), *Texts of the Peace Conferences of The Hague, 1899 and 1907*, Boston/Londres, 1908, p. 209; véase también Hans Wehberg, *La Guerre civile et le droit international*, Sirey, París, 1938, p. 88.

en ella.[38] El problema es que, en la mayoría de los casos, no se trataba de un reconocimiento mutuo de los actores del conflicto, sino solamente de su legitimación por parte de terceros. Las bandas y tropas de partisanos, activas durante la Segunda Guerra Mundial –de la Armja Krayova en Polonia a la de los comunistas yugoslavos, de los FTP franceses a las Brigadas Garibaldi en Italia–, entraban indudablemente en esta categoría establecida por la Convención de La Haya («milicias y cuerpos de voluntarios»), pero los alemanes los consideraban siempre exclusivamente como terroristas y bandidos. Sus atentados daban lugar a represalias que, en el mejor de los casos, eliminaban a diez «bandidos» por cada alemán muerto o que golpeaban a los civiles. Una actitud simétrica fue adoptada por los soviéticos que pasaban por las armas a los miembros de las milicias populares alemanas (*Volkssturm*), creadas para defender el Reich en la última fase de la guerra. En el caso de los nazis, la lucha antipartisana se inscribía dentro de la tradición de combate contrarrevolucionario y varios de sus jefes habían mostrado su eficacia en ella desde 1919. Christian Ingrao ha ilustrado la continuidad de esta cultura nazi de la violencia al trazar el itinerario de uno de los jefes de la *Partisanenbekämpfung* en el frente oriental, Oskar Dirlewanger, responsable de la masacre de miles de civiles en Polonia y en la URSS a partir de 1941. Tras haber combatido en el frente ruso durante la Primera Guerra Mundial, tuvo un rol activo dentro de los *Freikorps* después de 1918, y en 1937 se enroló en la Legión Cóndor, enviada por Hitler a España para apoyar a las tropas franquistas durante la guerra civil. Capturado en el sur de Alemania en 1945, fue torturado a muerte por ex deportados que lo habían identificado en el campo donde se encontraba preso.[39] En una guerra donde los riesgos eran ilimitados,[40] era inevitable que los partisanos, después de haber padecido la represión más salvaje, estuvieran en el origen de las oleadas de depuración.

El partisano no tiene uniforme, pero posee una moral y normas de conducta. Sería falso interpretar una guerra civil, tomando literalmente la fórmula de Hobbes, como la regresión a un estado prepolítico de caos, como un *bellum omnium contra omnes*. El enfrentamiento entre dos beligerantes que no poseen leyes comunes no impide que cada uno de ellos tenga sus propias reglas. La parte que se identifica con una autoridad legal –el Estado, cuya legitimidad no reconoce la otra parte– trata a sus enemigos como bandidos y «fuera de la ley». Los rebeldes que desean encarnar una nueva legitimidad se organizan y se dan reglas. Estudiando este fenómeno en el marco de la Resistencia italiana,

[38] Hans Wehberg, *La guerre civile*, *op. cit.*, p. 9.

[39] *Cf.* Christian Ingrao, *Les Chasseurs noirs. La brigade Dirlewanger*, Perrin, París, 2006.

[40] Según Schmitt, la guerra de los partisanos no conoce la noción de riesgo que, en la esfera jurídica, remite siempre a la legislación de seguros, donde designa un daño limitado, calculado y por ende susceptible de indemnización («Théorie du partisan», en *La Notion de politique/Théorie du partisan*, *op. cit.*, p. 232.

Claudio Pavone ha observado la tendencia, dentro de las bandas de partisanos, a una «normatividad reemergente».[41] Roberto Battaglia, historiador de la Resistencia que fue comisario político de una brigada de partisanos de Toscana en 1944-1945, describe el carácter paradójico de tal situación. Los partisanos que habían tomado las armas para combatir al fascismo o que, más simplemente, habían así querido sustraerse al decreto de alistamiento en el ejército fascista, eran hombres fuera de la ley. Pero el hecho de colocarse fuera de la ley surgía de un deseo profundo de poner fin a un orden que percibían como injusto, moral y políticamente inaceptable y de actuar para sentar las bases de un nuevo orden. Colocarse fuera de la ley significaba constituir un sistema alternativo de valores y reglas. Fue, por lo tanto, con absoluta seriedad como, cuando convocó a su campamento en la montaña a los directores de los bancos de la región para imponerles el impuesto de la Resistencia, afirmó de manera perentoria, a modo de presentación: «Yo soy la ley (*io sonno la legge*)».[42] No era una broma. Se trataba de mostrar que los partisanos no eran bandoleros –como afirmaban sus enemigos– y que no aceptaban ninguna transgresión a sus reglas. Los que cometían traición o saqueaban aprovechándose del hecho de portar armas eran castigados y, a menudo, incluso ejecutados. La legitimidad política no podía fundarse más que sobre un ejercicio inflexible de la justicia.[43] Las ejecuciones sumarias, expeditivas, los castigos ejemplares y los excesos de violencia que caracterizan a toda guerra civil coexisten siempre –ahí está su paradoja– con un sentido agudo de la justicia y de la validez moral del combate. Simone Weil, quien denunciaba con vigor las atrocidades republicanas durante la guerra civil española, recordaba que «robo y violación, en las columnas anarquistas, eran motivo de pena de muerte».[44]

En una guerra civil combaten minorías activas. Entre las dos facciones que se enfrentan –rojos y blancos, republicanos y franquistas, hombres de la Resistencia y fascistas, libertadores y colaboracionistas– se delinea una vasta «zona gris»,[45] compuesta por la masa informe de los que observan, indecisos, paralizados o incapaces de elegir su campo, y cuya actitud evoluciona a lo largo del conflicto. Durante la guerra civil rusa, el campesinado es capturado como rehén, tanto por el Ejército Rojo como por los Guardias Blancos y, a menudo, se mantiene en equilibrio entre los dos o pasa de un campo al otro según las circunstancias, como el ejército de Majnó en Ucrania. En 1944, la Resistencia francesa es muy mayoritaria en una sociedad civil que había apoyado masi-

[41] Claudio Pavone, *Una guerra civile*, *op. cit.*. p. 124.

[42] Roberto Battaglia, *Un uomo. Un partigiano*, Il Mulino, Bolonia, 2004, pp. 209-210.

[43] Claudio Pavone, *Una guerra civile*, *op. cit.*, pp. 454-459.

[44] Simone Weil, «Lettre à Georges Bernanos 1938», *Oeuvres*, Quarto-Gallimard, Paris, 1999, p. 408.

[45] Sobre el concepto de «zona gris» para definir a los elementos pasivos durante la guerra civil, *cf.* Claudio Pavone, *Una guerra civile*, *op. cit.*, p. 247; Renzo De Felice, *Rosso e Nero*, *op. cit.*, pp. 55-65.

vamente al régimen de Vichy cuatro años antes. En el otoño de 1943, la gran mayoría de los italianos no se decide a tomar una posición entre la República Social de Mussolini y una Monarquía que se ha situado del lado de las fuerzas aliadas después de haber asistido al derrumbe de su aparato de Estado y de su Ejército. Los jóvenes que optan por tomar las armas para combatir el fascismo son una pequeña minoría. Es sólo justo a partir de 1944 cuando la Resistencia cobra mayor amplitud, hasta representar a la mayoría de la población en el momento de la Liberación, en la primavera de 1945. En una guerra civil, no es la «zona gris», sino las minorías activas quienes deciden. Los partisanos se encuentran frente a elecciones difíciles. Su «ética de la convicción» los incita a la acción: oponerse al nazismo es un imperativo moral y político; su «ética de la responsabilidad» los obliga a tener en cuenta las consecuencias de sus actos, a prever la inevitable respuesta del enemigo, las eventuales represalias contra los civiles, a menudo, las masacres. En las iglesias, las autoridades eclesiásticas denuncian los «actos irreflexivos» de las bandas de partisanos. Giorgio Amendola, uno de los jefes de la Resistencia comunista en Italia, recuerda su elección: «El problema de las represalias había sido planteado y reglado de una vez por todas al principio de la lucha armada, en Italia al igual que antes en Francia y en los otros países ocupados por los nazis. Aceptar el chantaje de las represalias significaba renunciar *a priori* a la lucha».[46] Los civiles oscilan entre la solidaridad y el miedo. Unas veces apoyan a las bandas de partisanos, otras veces las acusan de ser la causa de la represión nazi con sus acciones «irresponsables». Por un lado, su desconfianza espontánea con respecto a las acciones de sabotaje y a los atentados realizados por combatientes irregulares remite a un *habitus* mental que, desde hace siglos, concede a la autoridad estatal el monopolio de la violencia.[47] Por otro lado, su hostilidad, a menudo, su oposición abierta a una autoridad percibida como ilegítima los transforma en simpatizantes y protectores de los rebeldes. Estos sentimientos contrastados acompañan al desarrollo de la guerra civil hasta su propio desenlace.[48] Más tarde, en una sociedad pacificada, la masa pasiva que rechazó el compromiso, incapaz de elegir, oscilando entre la adaptación forzada y la colaboración,[49] indecisa o meramente absorbida por las dificultades de la vida cotidiana, será determinante para la redefinición, a través del voto, de los equilibrios políticos.

[46] *Cf.* Giorgio Amendola, *Lettere a Milano. Ricordi e documenti 1935-1945*, Editori Riuniti, Roma, 1973, p. 239. Sobre el debate dentro de la Resistencia italiana en relación con el tema de las represalias, *cf.* Claudio Pavone, *Una guerra civile*, *op. cit.*, pp. 475-505.

[47] Claudio Pavone, *Una guerra civile*, *op. cit.* p. 421.

[48] Véase al respecto Tzvetan Todorov, *Una tragédie française. Été 44, scènes de guerre civile*, *op. cit.*; y Santo Peli, *La Resistenza in Italia. Storia e critica*, Einaudi, Turín, 2004, pp. 238-249.

[49] Para una tipología del comportamiento de los civiles bajo un régimen de ocupación, *cf.* Philippe Burrin, *La France à l'heure allemande, 1940-1944*, *op. cit.*, pp. 468-471.

Durante el enfrentamiento, sin embargo, permanece a la zaga, es sacudida, se adapta a una situación que no está en condiciones de controlar. Cuando se transforma otra vez en actor de la vida política, el partisano ha abandonado la escena, unas veces para incorporarse como una figura mítica a la memoria colectiva, otras veces para ser simplemente olvidado.

VIOLENCIA CALIENTE

En la guerra civil, la violencia se despliega bajo la forma de la transgresión. Presenta, por lo tanto, como ha indicado Roger Caillois, una homología impactante con la fiesta. La guerra civil y la fiesta constituyen momentos esenciales de socialización en los que los individuos son absorbidos por una «efervescencia colectiva» que transforma en acto comunitario la solución de sus problemas, poniendo en cuestión las distancias sociales y la autonomía de las personas. La rutina está rota; lo que normalmente estaba prohibido se encuentra ahora permitido, incluso prescrito. El carnaval admite el incesto de la misma forma que la guerra incita al homicidio. Éste pierde toda utilidad inmediata y encuentra una dimensión religiosa, sagrada, que no existe en la guerra regular: se convierte en sacrificio del combatiente e inmolación del enemigo. Tanto en la guerra civil como en la fiesta, «la parte de la liturgia disminuye mientras que aumenta la de la licencia y la orgía».[50]

El odio pierde su carácter abstracto. No se trata ya de una disposición mental o de un sentimiento que nutre determinadas opciones políticas, sino de una pulsión que se traduce en actos. La suspensión del derecho y el cuestionamiento del monopolio estatal de la violencia crean el contexto que vuelve posible este paso al acto. La guerra civil va acompañada siempre de una regresión del proceso de civilización.[51] Las obligaciones sociales y culturales que forjan nuestras normas de conducta estallan. El autocontrol de las pulsiones que, siguiendo a Freud, Norbert Elias considera como la fuente de una «economía psíquica» del individuo civilizado que le impide «abandonarse al placer de la agresión», desaparece. El estallido de una guerra civil marca un giro antropológico que la separa, como una división de aguas, de los períodos pacíficos que la preceden y la siguen. En esta fase intermedia, la violencia cobra una dimensión paroxística, desplegándose sin límites. No es solamente un medio de lucha, sino también la expresión de las pasiones, de los sentimientos, de los miedos, de los odios de sus actores. Toma formas que hacen resucitar en el corazón del mundo moderno la imagen arcaica de la multitud asesina, bajo el signo de la transgresión, de la subversión del orden, de la venganza. Exhuma las prácticas

[50] Roger Caillois, *L'Homme et le sacré*, Gallimard, Paris, 1950, p. 227.

[51] Gabriele Ranzato, «La guerra civile spagnola nella storia contemporanea della violenza», en Gabriele Ranzato (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, *op. cit.*, 1994, p. 272.

de las sociedades que Elias califica de precivilizadas, es decir, anteriores a la coerción estatal. En una «sociedad de guerreros», escribe en *El proceso de la civilización*, la vida de los individuos es

> constantemente amenazada por agresiones brutales. Si se compara la existencia de los miembros de una sociedad semejante con la de los miembros de una sociedad pacificada, se constata que aquélla tiende a los extremos. Los guerreros tienen libertad absoluta para exteriorizar sus sentimientos y pasiones, pueden entregarse a goces salvajes, satisfacer sus apetitos sexuales, dar rienda suelta a su odio devastando todo aquello que pertenece, directa o indirectamente, al enemigo. Pero si resultan vencidos, están expuestos a la venganza y a la crueldad del vencedor, y corren el riesgo de ser sometidos a torturas que estarán excluidas de las relaciones cotidianas entre los hombres, el día en que el poder central se reserve para él solo el derecho a infligir dolor y humillación y a imponer prisión.[52]

En la guerra civil, la violencia no es jamás puramente instrumental. Se carga de una fuerte dimensión simbólica, se retroalimenta y toma una dinámica propia, hasta convertirse en su propio fin. En otras palabras, deja de ser violencia extrema para transformarse en crueldad.[53] En los días siguientes al golpe de Franco, en julio de 1936, los militares españoles matan a casi un millar de republicanos en la región de Valladolid. Organizan ejecuciones públicas, en el centro de la ciudad, a las cuales los notables asisten mientras degustan dulces típicos, los churros,[54] y toman anisado.[55] A menudo resulta difícil separar la verdad del mito en el relato de esta violencia. La presencia de tropas extranjeras en suelo ruso, durante la guerra civil de los años 1918-1921, se encuentra en el origen de numerosas leyendas, de las cuales la más conocida es ciertamente la de las torturas practicadas por una fantasmagórica Tcheka china que habría alimentado a las bestias del zoológico de Petrogrado con los cadáveres de sus víctimas[56] o matado a sus enemigos colocando su cabeza dentro de una «jaula de ratas»[57] (*Rattenkäfig*). Todavía más espantosas, sin embargo, son las

[52] Norbert Elias, *La dynamique de l'Occident* (1939), *op. cit.*, 1975, p. 190. Véase también al respecto Gabriele Ranzato, *Il linciaggio di Carretta (Rome 1944). Violenza politica e violenza ordinaria*, Il Saggiatore, Milán, 1997, pp. 196-197.

[53] *Cf.* Stéphane Audoin-Rouzeau, «Au coeur de la guerre: la violence du champ de bataille pendant les deux conflits mondiaux», en Stéphane Audoin-Rouzeau, Annette Becker, Christian Ingrao y Henry Rousso (ed.), *La Violence de guerre, 1914-1945*, Complexe, Bruselas, 2002, p. 91.

[54] N. del T.: en español en el original.

[55] Javier Rodrigo, *Vencidos. Violenza e repressione politica nella Spagna di Franco (1936-1948)*, Verona, Ombre Corte, 2006, p. 46.

[56] Jean-Jacques Marie, *La Guerre civile russe, 1917-1921*, *op. cit.*, p. 41.

[57] Esta leyenda es divulgada por Ernst Nolte, *La Guerre civile européenne 1917-1945*, *op. cit.*, pp. 142-143. En el origen de esta leyenda, hay un panfleto antibolchevique y antisemita de un emigrado ruso (R. Nilostonski, *Der Blutrausch des Bolschewismus. Berichte eines*

historias relativas a la violencia de los blancos, cuyas prácticas el historiador Jean-Jacques Marie relata como hechos probados. Recuerda, por ejemplo, la «sopa comunista» inventada por los cosacos, que consistía en arrojar comunistas judíos, todavía vivos, en una inmensa olla de agua hirviendo colocada en el centro de un pueblo, para enseguida obligar a otros prisioneros a comer los cuerpos hervidos de sus camaradas. Según la leyenda, varios de éstos se hundieron en la locura.[58]

La guerra civil exhuma y reaviva pulsiones o sentimientos antiguos que se combinan con las frustraciones y las expectativas del presente. El adversario no solamente debe morir, también debe ser humillado en público y exhibido como un trofeo de guerra. Así, los nazis y los fascistas cuelgan a los partisanos ejecutados, sobre todo en Europa Oriental. Frecuentemente, los cuelgan de los pies como animales en una carnicería. Esta violencia engendra inevitablemente una contraviolencia que reproduce ciertos rasgos de aquélla, aun si es perpetrada por fuerzas que reciben su legitimidad del rechazo moral de tales actos. Así, el cadáver de Mussolini será primero pisoteado por la muchedumbre y luego colgado en Piazzale Loreto, en Milán, el 29 de abril de 1945. La guerra civil, ha escrito en ese sentido Sergio Luzzatto, «es también una tragedia corporal».[59] Acarrea siempre una parte de violencia excesiva, espectacular, horrorosa. Esta dimensión antropológica de la guerra civil no prueba, como piensa Wolfgang Sofsky, que «la violencia es el destino de la especie».[60] No revela la naturaleza profunda de los hombres, pero indica, con una evidencia notoria, aquello de lo que son capaces los hombres en situaciones extremas. Las guerras civiles (como los genocidios) constituyen un laboratorio interesante para sondear en profundidad la solidaridad, el espíritu de sacrificio y la generosidad que anidan dentro del hombre. Pero destacan también los abismos de crueldad y de inagotable capacidad para hacer el mal que, en última instancia, son su doble dialéctico. Contradicen, al mismo tiempo, el optimismo antropológico de los filósofos del progreso y el pesimismo innato de las ideologías conservadoras. El bien y el mal coexisten dentro de la guerra civil como los polos de un mismo campo magnético, demostrando así que, frente a lo extremo, la naturaleza humana está compuesta de una mezcla de ambos.[61]

Augenzeugen, Berlín, 1920, p. 48). Véase Hans Ulrich Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit»*, C.H. Beck, Múnich, 1988, pp. 147-153. La primera versión del relato sobre la «jaula de ratas» procede de Octave Mirbeau (*Le jardin des supplices*, UGE, París, 1986, pp. 216-218), como lo indica Alain Brossat, quien restableció su genealogía literaria (*L'épreuve du désastre. Le XX^e siècle et les camps,* Albin Michel, París, 1995, pp. 357-372).

[58] Jean-Jacques Marie, *La guerre civile russe*, *op. cit.*, p. 124.

[59] Sergio Luzzatto, *Il corpo del Duce*, Einaudi, Turín, 1998, p. 60.

[60] Wolfgang Sofsky, *Traité de la violence*, *op. cit.*, 1998, p. 200.

[61] *Cf.* Norman Geras, *The Contract of Mutual Indifference. Political Philosophy after Auschwitz*, Verso, Londres, 1998, pp. 88-90.

La venganza es también un aspecto de la fiesta popular que acompaña la conclusión del segundo conflicto mundial, una venganza simbólica y material a la vez. Durante un breve momento, antes de la entrada en funcionamiento de la justicia legal, se activan tribunales improvisados que practican su propia justicia, procediendo a menudo a realizar ejecuciones sumarias. Entre 1944 y 1945, la derrota de los ejércitos alemanes da lugar a una «fiesta desenfrenada».[62] Se trata de un desbordamiento jubiloso y lúdico que se expresa a través de barricadas, banderas en los edificios, sonido de campanas, en la sensualidad del encuentro con el ejército libertador y las fuerzas de la Resistencia. Esta interrupción del tiempo cronológico y la irrupción de un tiempo cualitativo, cargado de sentido y esperanza, engendra espontáneamente ritos e imágenes arraigados en la memoria colectiva. En París, las barricadas son, a la vez, lugares de combate y lugares de memoria que evocan 1848 y la Comuna. Pero el desencadenamiento de las pasiones no es siempre vivido como una liberación. Exige asimismo su lote de cuerpos humillados, cuando la fiesta popular se convierte en «carnaval monstruoso» de un populacho gesticulante que se deleita con el espectáculo de las mujeres rapadas, las «colaboradoras horizontales».[63] La división entre estas dos multitudes, una festiva y la otra sedienta de venganza, no es nunca precisa. Ambas se mezclan, habitadas por una infinidad de sentimientos que van de la alegría al odio, de la generosidad a la crueldad, llevados al paroxismo.

Esta embriaguez del exceso, en la cual se unen la máxima generosidad y la máxima crueldad, un sentimiento de fraternidad y un sentimiento de venganza, la alegría de la fiesta popular y las pulsiones sádicas de la matanza, recuerda íntimamente a la «violencia espontánea de los primeros tiempos revolucionarios» analizada por Michel Vovelle.[64] Es una violencia anárquica que él contrapone al Terror, ya que éste es una práctica coercitiva institucionalizada, organizada y dirigida, que no se limita ya a destruir los símbolos del Antiguo Régimen (y a quienes los encarnan), sino que apunta a crear un orden nuevo atacando a los enemigos que encuentra en su camino. Es la violencia que surge en Francia entre 1789 y 1792, cuando, según la metáfora que Paolo Viola toma de Mounier, «el trono está vacío».[65] El Antiguo Régimen es derribado, pero la soberanía popular permanece como una noción abstracta, pues no ha tomado todavía la forma de un nuevo poder. Durante estos momentos de transición, de vacío en la cúspide –el rey es rehén de las fuerzas revolucionarias–, no existen leyes y

[62] *Cf.* Alain Brossat, *Libération fête folle*, *op. cit.*

[63] *Cf.* Alain Brossat, *Les Tondues. Un Carnaval moche*, Manya, París, 1993, quien se inspira en la interpretación del carnaval realizada por Mijail Bajtín, *L'Oeuvre de François Rabelais et la culture populaire au Moyen Âge et sous la Renaissance*, Gallimard, París, 1970.

[64] Michel Vovelle, *La Mentalité révolutionnaire. Société et mentalité sous la Révolution française*, Éditions sociales, París, 1985, p. 85.

[65] Paolo Viola, *Il trono vuoto. La transizione della sovranità nella rivoluzione francese*, Einaudi, Turín, 1989.

el pueblo gobierna *absolutus legibus*. El pueblo, al que la monarquía absoluta oprimía y protegía al mismo tiempo, que padecía un poder aplastante contra el que podía rebelarse, pero al que nunca había osado reemplazar, se siente de pronto solo. Deben fabricarse nuevos órganos de poder. Es entonces cuando se producen esas masacres donde las multitudes, después de haber cortado las cabezas de los aristócratas, las llevan en cortejos, montadas sobre picas. El Terror pondrá fin a esta violencia popular y espontánea encauzándola dentro de un marco legal. Según Robespierre y Danton, se trataba de reemplazar la venganza popular, ciega y peligrosamente llevada al extremo, por la «espada de la ley».[66]

Rasgos similares se descubren en la Revolución rusa. Contrariamente a una visión hoy extendida en la historiografía, que intenta explicarlo exclusivamente como un producto de la ideología bolchevique, el Terror fue la respuesta del nuevo poder soviético a una violencia que surgía desde abajo y que había devenido endémica en el curso del año 1917. Al igual que en el caso de la Revolución francesa, la ideología intervenía *a posteriori* para legitimar métodos que se inventaban sobre la marcha. Según Marc Ferro, la dictadura comunista «legitimó y alentó un terror nacido del resentimiento y que venía de lo más profundo: explotó su fuerza para perpetuarse en el poder».[67] A diferencia de la violencia campesina, explosiva y descontrolada, los excesos de la Tcheka no eran espontáneos; se inscribían dentro de la lógica despiadada de una guerra civil que oponía revolución y contrarrevolución, rojos y blancos, campesinos y terratenientes, clases populares urbanas y aristocracia zarista, comunismo ruso y anticomunismo occidental.

La lógica del «trono vacío» actúa durante los primeros meses de la guerra civil española, cuando el pronunciamiento[68] franquista dispara una verdadera revolución social en las zonas republicanas. José Luis Ledesma ha mostrado, analizando el caso de la represión republicana en Aragón, que la gran mayoría de sus víctimas se produce durante el verano de 1936. Se asiste entonces a una erupción de violencia popular que está relacionada con la desintegración del Estado y el vacío de poder resultante. Es el período de la persecución de los párrocos y los terratenientes, en el cual la represión responde a un criterio de clase, particularmente en el campo: perdona la vida a aquellos cuyos cuerpos revelan la práctica del trabajo manual y condena al resto. Esta violencia anárquica (y anarquista) llega a su fin en el otoño, cuando el Estado republicano se reconstituye e impone su ley. Los tribunales populares emiten todavía sentencias de muerte, pero la oleada de violencia se frena: la revolución comienza

[66] Citado en Arno J. Mayer, *Les Furies. Violence, vengeance, terreur aux temps de la Révolution française et de la révolution russe, op. cit.*, pp. 171-172.

[67] Marc Ferro, «Nazisme et communisme: les limites d'une comparaison», en Marc Ferro (ed.), *Nazisme et communisme. Deux régimes dans le siècle*, Hachette, Paris, 1999, p. 17.

[68] N. del T.: en español en el original.

a crear sus propias instituciones.[69] Ahí reside una diferencia fundamental con respecto a la violencia antirrepublicana que se acentúa a medida que el ejército franquista consolida sus posiciones, para proseguir diez años después del término de la Guerra Civil y la instauración del régimen del Caudillo.[70]

Las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial, especialmente las perpetradas en el frente oriental, están ampliamente documentadas a través de miles de fotos tomadas por los soldados de la Wehrmacht. Estas imágenes, a menudo insoportables, que muestran la violencia y la muerte en su facticidad más despojada y terrible, no son fáciles de interpretar, más allá de su dimensión primaria e ineludible de pruebas, de «instantes de verdad» capturados por el objetivo.[71] En algunos casos, forman parte de acciones homicidas y son testimonio de una mirada cómplice que acompaña al placer de matar. Las leyendas que ciertos soldados escribieron, en el dorso de sus fotos o a manera de comentario en sus álbumes de recuerdos, hablan de esta dimensión del documento visual: el trofeo de guerra.[72] Pero, más frecuentemente, responden a un motivo diferente. Tomadas no para ejecutar una orden, dada su difusión, sino a iniciativa de los mismos soldados y depositadas en sus archivos privados, revelan otra dimensión de la guerra y otra mirada sobre la violencia. La máquina «neutraliza» los sentimientos y las emociones del soldado, fotógrafo *amateur* que, aun tomando parte en las matanzas, puede de esta forma mirarlas con un «ojo frío».[73] Puede tomar distancia del objeto observado –el acto de matar y la víctima– por un procedimiento de distanciamiento y de neutralización que le provee la sensación de no ser un sujeto y lo relega al rol de observador. Hoy, estas fotos escapan a su destino original, el imaginario secreto de los soldados, para inscribirse en nuestra memoria colectiva como testimonios de la muerte en el siglo XX.

VIOLENCIA FRÍA

Para comprender la violencia de las guerras civiles, sin embargo, hace falta compararla con aquella, mucho más macroscópica, de las guerras totales de las que son muchas veces un componente o apéndice. La diferencia salta a la vista: los conflictos cruentos que desgarraron a Alemania en el momento de su derro-

[69] José Luis Ledesma, *Los días de llama de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2003.

[70] N. del T.: en español en el original.

[71] Georges Didi-Hubermann, *Images malgré tout*, Éditions de Minuit, París, 2003, p. 47.

[72] *Cf.* Judith Levin y Daniel Uziel, «Ordinary Men, Extraordinary Photos», *Yad Vashem Studies* (26), 1998, pp. 265-293.

[73] *Cf.* Dieter Reifahrth, Viktoria Schmidt-Linsenhoff, «Die Kamera der Täter», en Hannes Heer, Klaus Naumann (ed.), *Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944*, Hamburger Edition, Hamburgo, 1995, p. 497.

ta y del nacimiento de la República de Weimar, entre enero y mayo de 1919, se cobran un número de víctimas ubicado en un nivel diferente del de la batalla del Somme o de Verdún. La especificidad de la guerra civil europea del siglo XX se debe al hecho de que ésta se presenta como un *maelstrom* de guerras totales, revoluciones, guerras civiles y genocidios. Engendra un contexto en el que una violencia salvaje y ancestral se mezcla con la violencia moderna, la tecnología de los bombardeos aéreos y el exterminio industrial de las cámaras de gas. En esta guerra, las «pulsiones dionisíacas» de la multitud vengativa, podríamos decir con Alain Corbin, coexisten con las «masacres pasteurizadas» de la violencia de Estado.[74] En otras palabras, la violencia surgida de la regresión del proceso de civilización se une, en una sorprendente dialéctica de la no-contemporaneidad, con la violencia moderna, mucho más letal, que implica la tecnología de las sociedades industriales. Esta violencia presupone, tanto en el plano social como en el antropológico, los logros del proceso de civilización: la monopolización estatal de las armas, la racionalidad administrativa y productiva, la división del trabajo, la fragmentación de las tareas, el autocontrol de las pulsiones, la irresponsabilización ética de los actores sociales, la separación espacial entre ejecutores y víctimas. Mientras que los soldados de los *Einsatzgruppen* mataban judíos en los pueblos polacos apiñándolos en fosas comunes, el teniente-coronel de las SS, Adolf Eichmann, permanecía sentado en su oficina, desde donde organizaba la deportación de otros judíos hacia los campos de la muerte. Un ejército de funcionarios ejecutaba tareas indispensables para el desarrollo del proceso de exterminio –pensemos en los censos, en los decretos de expropiación o, simplemente, en la circulación de trenes que permitía el envío de los convoyes hacia los campos de la muerte–, pero que no tenían nada de mortífero en sí mismas. Sólo se volvían mortíferas al integrarse en una cadena que culminaba en las cámaras de gas. Una cadena cuyos diferentes responsables no necesariamente conocían el desenlace, pues la «producción social de la indiferencia moral», típica de las sociedades modernas, era una de sus premisas.[75] La imagen de Oradour-sur-Glane, donde el 10 de junio de 1944 las SS quemaron a toda la población en la iglesia del pueblo, pertenece a la memoria de la Segunda Guerra Mundial tanto como la de las chimeneas de Auschwitz. Ambas formas de violencia, una «caliente» y otra «fría», coexistieron dentro de la misma guerra. Si, por un lado, la teoría de Norbert Elias nos ayuda a estudiar las manifestaciones de la multitud vengativa en una guerra civil, por el otro, su tentativa de explicar el genocidio de los judíos como una «recaída en la barbarie y el salvajismo de los tiempos primitivos»[76] se revela como falsa. Sería más apropiado, siguiendo a Adorno y la Escuela de Frankfurt, pensar el Holocausto como la expresión de «una barbarie que se inscribe en el principio

[74] Alain Corbin, *Le Village des cannibales*, Aubier, París, 1990.
[75] Zygmunt Bauman, *Modernité et Holocauste*, La fabrique, París, 2002, p. 47.
[76] Norbert Elias, *The Germans*, *op. cit.* p. 302.

mismo de la civilización».[77] Civilización y barbarie no son términos antinómicos, sino dos aspectos indisociables de un mismo proceso histórico portador de instancias emancipadoras y, al mismo tiempo, de tendencias destructivas. Emancipación y dominación marchan juntas, como dos potencialidades de un mismo movimiento dialéctico.

En una reflexión sobre las implicaciones de la distancia como fuente de indiferencia moral –reflexión cuya genealogía, desde Aristóteles a Chateaubriand, ha reconstituido–, Carlo Ginzburg retoma la metáfora de la *Carta sobre los ciegos* de Diderot. Si no existiera el temor a un castigo, muchos hombres preferirían matar a otro hombre ubicado a una distancia tal que tuviera el tamaño de una golondrina antes que utilizar sus propias manos para matar a un buey. La distancia hace desaparecer el pavor del asesinato y vuelve al criminal indiferente, a la manera de un ciego que, al no ser consciente de nada, neutraliza de esa forma sus reacciones morales. Según Ginzburg, la guerra aérea del siglo XX, que transforma al enemigo en un blanco minúsculo y ahorra la visión de la sangre a los ejecutores de las masacres, parece confirmar el diagnóstico de Diderot. «La distancia, llevada al extremo, puede engendrar una falta absoluta de compasión respecto de otros seres humanos».[78] Estas observaciones captan un aspecto de la guerra y de la violencia de masas del mundo moderno. Pero en la guerra civil europea la violencia fría y «distante» se une a la violencia caliente y apasionada de la cruzada contra un enemigo que se conoce, que se desea matar y cuyo cuerpo se desea exhibir. La distancia y la indiferencia moral, que permiten bombardear las ciudades y eliminar en serie, se mezclan con la proximidad física y la implicación emocional del combate cuyo objetivo es matar al bolchevique, torturar al partisano, eliminar al «hombre» en una lucha vivida como «redentora».[79] Las imágenes de ejecución de partisanos y judíos que los soldados de la Wehrmacht envían desde el frente oriental a sus esposas, al igual que las películas que muestran a soldados riéndose sarcásticamente mientras le cortan la barba a un judío o humillan a mujeres desnudas en el invierno polaco, son el espejo de esta «brutalización» de las facultades mentales y de las prácticas de la violencia de guerra.[80]

[77] Theodor W. Adorno, «Éduquer après Auschwitz», *Modèles critiques,* Payot, París, 1984, p. 205.

[78] Carlo Ginzburg, «Uccidere un mandarino cinese. Implicazioni morali della distanza», *Occhiacci di legno. Nove riflessioni sulla distanza*, Feltrinelli, Milán, 1998, p. 202.

[79] Véase Saul Friedländer, *L'Allemagne nazie et les juifs, I. Les années de persécution,* Seuil, París, 1997, pp. 83 y ss.

[80] Estas imágenes se encuentran publicadas en Daniel J. Goldhagen, *Les Bourreaux volontaires de Hitler. Les Allemands ordinaires et l'Holocauste*, Seuil, París, 1997. Sobre este tema, véase, sobre todo, Bernd Hüppauf, «Der entleere Blick hinter der Kamera», en Hannes Heer y Klaus Naumann (ed.), *Vernichtungskrieg, op. cit.*, pp. 504-527.

DICTADURA

La guerra civil europea transformó el sentido y el uso de la noción de dictadura. Después de los regímenes de Mussolini, Hitler, Franco y Stalin, se ha convertido en sinónimo de régimen autoritario, incluso totalitario, de opresión y de terror, eclipsando el significado que había tenido durante siglos.[81] La parodia de Hitler realizada en Hollywood por Chaplin en 1938, *El gran dictador*, introdujo en la cultura de masas esta nueva acepción de la palabra. Desde la Antigüedad hasta el siglo XIX, la dictadura fue considerada como un corolario de la democracia. En su acepción clásica, designa una forma de gobierno republicano en tiempos de crisis, cuando el ejercicio del poder es monopolizado por una persona, denominada dictador. Ahora bien, la dictadura romana era una magistratura con unas prerrogativas, un campo de acción y una duración limitados. No se trataba de un poder despótico, arbitrario o ilegal y su fundamento seguía siendo democrático. El dictador era designado por un cónsul, a requerimiento del Senado, y su mandato tenía una duración de seis meses. En su condición de «magistrado extraordinario», era nombrado para hacer frente a un peligro mayor, ya fuera interno (una sedición) o externo (una guerra). Si el dictador encarnaba la autoridad, la dictadura no era, desde un punto de vista rigurosamente institucional, *el* poder, sino solamente un *órgano extraordinario* del poder, cuyo carácter era coyuntural y no estructural.[82] En el imaginario popular, la figura del dictador era encarnada por Cincinnatus, el comandante legendario que había sido llamado para salvar a la República romana en peligro y que, después de haber vencido a sus enemigos en dos semanas, había regresado a trabajar sus campos.

La dictadura implica el *estado de excepción*, es decir, la suspensión del derecho y la limitación de las libertades individuales. Pero se trata de medidas transitorias, autorizadas por las instancias legítimas del Estado. Según la definición de Giorgio Agamben, inspirándose en este punto en Carl Schmitt, el estado de excepción separa la norma de su aplicación, a fin de preservarla y de hacerla efectiva: «El estado de excepción es un espacio anómico, cuyo objetivo es una fuerza de ley sin ley».[83] El dictador no es, por lo tanto, asimilable a un usurpador o a un tirano que se apodera del poder por un golpe de Estado, pues ejerce un poder no solamente *de facto* sino también *de iure*. Puede suspender provisionalmente la aplicación del derecho, pero no puede ni modificar la ley

[81] Giovanni Sartori, «Dittatura», *Enciclopedia del Diritto,* vol. 13, Giuffré, Milán, 1964, p. 357.

[82] Alfred Cobban, *Dictatorship. Its History and Theory* (1939), Haskell House Publishers, Nueva York, 1971; Franz Neumann, «Notizen zur Theorie der Diktatur» (1954), *Demokratischer und autoritäter Staat,* Fisch, Fráncfort del Meno, 1986, pp. 224-247; Giovanni Sartori, «Dittatura», en *Enciclopedia del Diritto*, *op. cit.*, pp. 359-360.

[83] Giorgio Agamben, *Stato di eccezione,* Bollati Boringhieri, Turín, 2003, p. 52 (trad. fr. *État d'exception*, Seuil, París, 2003.

ni suprimir la Constitución ni promulgar nuevas leyes. Esta concepción de la dictadura atraviesa toda la historia del pensamiento político.

Inspirándose en Bodin, Carl Schmitt definió dos tipos de dictadura. En 1920, distingue la dictadura clásica, que califica de dictadura de *comisario*, y la dictadura *soberana*; la primera actúa como emanación de un poder constituido, la segunda como órgano de un poder constituyente.[84] El modelo de esta última reside, a sus ojos, en la Revolución inglesa del siglo XVII: tras disolver el *Long Parliament*, Cromwell había instaurado una dictadura militar que no respondía a ninguna instancia superior y que se había transformado en verdadero poder soberano, ya no delegado ni provisional, sino permanente y absoluto. En esta categoría, Schmitt incluye también la Revolución francesa, en la cual tiene un rol análogo la Asamblea Constituyente que, en 1793, había creado su propio órgano de Terror, el Comité de Salvación Pública. El último ejemplo que da es el del régimen instaurado por los bolcheviques en Rusia en octubre de 1917, prefigurado por el concepto marxista de dictadura del proletariado. En este caso, también, la dictadura no es un órgano extraordinario de un poder legal, sino un poder constituyente, creador de un orden nuevo. Se trataba, así, de un poder revolucionario que no podía reivindicar una legitimidad nacional –había disuelto la Asamblea Constituyente, donde se encontraba en minoría– y que se apoyaba sobre una legitimidad de clase –los sóviets– cuya representación fue inmediatamente confiscada por el partido que había organizado la insurrección. En el curso de la guerra civil, el poder constituyente se identificó inevitablemente con la dictadura de un partido revolucionario militarizado.[85]

Es en el contexto de la inmediata posguerra, caracterizado en Europa Central por el feroz enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución, con el surgimiento de dictaduras militares más o menos duraderas, en el que Max Weber reformula su teoría de la «dominación carismática», incorporando a ésta ahora los diferentes tipos de cesarismo cuya tipología había establecido en *Economía y sociedad*.[86] El poder carismático es el del hombre providencial, el conductor de multitudes por vocación, el jefe de cualidades pretendidamente extraordinarias que hace su aparición, como un «salvador», en los períodos de crisis. Parece tocado por la «gracia» y capaz de hacer milagros al igual que los reyes taumaturgos del Medioevo. Alrededor suyo se constituye la «comunidad carismática» de sus adeptos que, unidos por un sentimiento casi religioso de creencia en sus facultades extraordinarias, hacen acto de sumisión a su volun-

[84] Carl Schmitt, *La Dictature*, Seuil, París, 2000.

[85] Sobre la revolución como «poder constituyente», *cf.* Toni Negri, *Le Pouvoir constituant*, Presses Universitaires de France, París, 1997, pp. 352-385.

[86] Max Weber, *Économie et Societé, I. Les catégories de la sociologie* (1920), Pocket, París, 1995, pp. 320-325. Sobre esta mutación, véase Peter Baehr, «Max Weber and the Avatars of Caesarism», en Peter Baehr y Melvin Richter (eds.), *Dictatorship in History and Theory. Bonapartism, Caesarism, and Totalitarianism*, Cambridge University Press, Nueva York, 2004, p. 167.

tad. De manera análoga a las comunidades cristianas de los orígenes (*ecclesiae*) que no tenían una estructura jurídica, sino un fundamento carismático ligado a la figura de Cristo, las dictaduras surgidas de la primera guerra mundial revindicaban, a menudo, una legitimidad extralegal, apelando no al derecho, sino a leyes superiores de la Naturaleza o de la Historia. Se diferenciaban tanto del poder tradicional, cuya legitimidad se imponía con la fuerza del derecho consuetudinario, como de las formas modernas de dominación, fundadas sobre la coacción racional de la ley. El rasgo compartido por sus jefes, subraya Weber, estriba en el hecho de que «se les obedecía no en virtud de una costumbre o de una ley, sino porque eran objeto de una fe».[87] El poder carismático es por naturaleza frágil, transitorio, como los tiempos confusos y caóticos que lo engendran y está ineluctablemente condenado, según Weber, a una «rutinización» (*Veralltäglichung*) que erosiona y pulveriza sus atributos. En el momento de su surgimiento, sin embargo, anula o neutraliza la ley y la reemplaza por la decisión de un jefe. Se trata así de un poder personal que se pretende originario y liberado de obligaciones jurídicas. Un poder personal encarnado por un cuerpo único, sagrado, irremplazable, ni dinástico ni institucional, sino precisamente carismático; un cuerpo identificado con gestos y expresiones, con una voz; el objeto místico alrededor del cual la multitud puede reunirse y comulgar. Es el cuerpo del Führer representado por Leni Riefenstahl en su película sobre el congreso nazi de Núremberg, *El triunfo de la voluntad*. Es el cuerpo del Duce, cuyo efecto sobre sus adeptos el escritor Vitaliano Brancati destacaba de esta forma: «Si se encuentra en medio de una multitud, la multitud comienza a regurgitar y hervir alrededor suyo; el pueblo lo rodea, se dispone en forma de pirámide y lo coloca espontáneamente en su cúspide».[88] Inevitablemente, el fin de este poder carismático pasará por la destrucción de su cuerpo: pisoteado, humillado y colgado de los pies como el de Mussolini en abril de 1945; «autoinmolado», como el de Hitler, algunos días más tarde, tras la caída del Tercer Reich, para escapar a una muerte igualmente horrible. El cuerpo de los dictadores no sobrevive a la guerra civil europea, cuyo fin culmina a menudo con su inmolación. Como en el caso de la ejecución de Luis XVI o del zar Nicolás II, este momento simbólico marca la aparición de una nueva legitimidad.

En 1920, el panfleto de Trotsky contra Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*, parece anticipar el ensayo de Schmitt sobre la dictadura. En esta obra, el jefe del Ejército Rojo analiza y legitima el Terror revolucionario como una herramienta indispensable para la creación de un nuevo poder. Después de recordar que la guerra «no es una escuela de humanidad, mucho menos la guerra civil», justifica la política de los bolcheviques en nombre de las leyes de la historia, intentando demostrar que esa política no hace más que seguir el ejemplo

[87] Max Weber, *Le Savant et le Politique* (1919), Plon, París, 1959, p. 103.

[88] Citado en Sergio Luzzatto, *Il corpo del Duce. Un cadavere tra immaginazione, storia e memoria*, *op. cit.*, p. 19.

de Cromwell, de los jacobinos y de la Comuna de París. En cada uno de esos casos, los revolucionarios fueron acusados de terrorismo. En cada caso, la defensa de la revolución exigió la toma y la ejecución de rehenes, la instauración de la censura, la neutralización o eliminación de los enemigos (por necesidad, especifica Trotsky, y no por principio). La violencia del poder bolchevique, concluye, reposa sobre fundamentos de clase que la inscriben dentro del sentido de la historia. Estrictamente historicista, la argumentación de Trotsky se desarrolla en los siguientes términos: «El terror rojo es el arma empleada contra una clase condenada a morir y que no se resigna a este destino. Si el terror blanco solamente puede retrasar el ascenso histórico del proletariado, el terror rojo no hace más que apresurar la caída de la burguesía. En ciertas épocas, la aceleración (...) tiene una importancia decisiva. Sin el terror rojo, la burguesía rusa, concertada con la burguesía internacional, nos habría sofocado mucho antes del advenimiento de la revolución en Europa. Hace falta estar ciego para no verlo, o ser un falsario para negarlo».[89] Unos meses antes, Victor Serge había afirmado el mismo principio con una fórmula igualmente atroz, aun si estaba inspirada más por el impulso revolucionario que por la razón de Estado: «Nosotros –los Rojos–, a pesar del hambre y los errores –incluso los crímenes– nos encaminamos hacia la Ciudad futura».[90]

Estos pasajes ilustran bien la posición paradójica de los bolcheviques en 1920. Por un lado, practican el terror como un arma de supervivencia en una lucha desesperada contra un enemigo que amenaza con aplastarlos; por el otro, lo justifican en nombre de leyes de la historia y lo teorizan como el fórceps necesario para llevar a cabo el parto de una nueva sociedad. Respetando los códigos de la escolástica revolucionaria, las prácticas de la Tcheka incluso pueden encontrar una legitimación teórica en la tesis de Marx sobre la violencia como «partera» de la historia.

Esta apología del terror no era, en el fondo, más que un aspecto de la nueva percepción de la violencia en las sociedades europeas que emergían del trauma de la Gran Guerra. Del lado nacionalista, fascistas y «revolucionarios conservadores» idealizaban la guerra como laboratorio de una forma de civilización organizada por el Estado total y encarnada en una nueva humanidad surgida de las trincheras. La Gran Guerra había forjado los valores, la mentalidad y la visión política de los dirigentes fascistas. Mussolini y Hitler eran veteranos que creían haber descubierto en la experiencia de guerra el sentido de la existencia. La guerra había creado una «comunidad de combate» (*Kampgemeinschaft*) que, después de 1918, se convertía en un modelo de sociedad y se transformaba en una «comunidad nacional» (*Volksgemeinschaft*) monolítica y totalitaria.[91]

[89] Leon Trotsky, *Terrorisme et Communisme* (1920), 10/18, París, 1974, pp. 106-107.

[90] Victor Serge, «La ville en danger», *Mémoires díun révolutionnaire*, *op. cit.*, p. 79.

[91] *Cf.* Omer Bartow, «Fields of Glory», *Mirrors of.Destruction. War, Genocide and Modern Identity*, Oxford University Press, Nueva York, 2000, pp. 9-44.

Unas veces idealizada por el futurismo como experiencia estética, otras veces exaltada por el nacionalismo como misión del «hombre nuevo», la guerra se encuentra en el centro de la visión del mundo fascista. El Estado es en ella concebido como una herramienta al servicio de la guerra. A diferencia de Rusia, donde la dictadura bolchevique había surgido de una revolución social y política que desmanteló el aparato de Estado heredado del zarismo y destruyó a las antiguas elites dominantes, en Italia y en Alemania, el fascismo conquistó el poder a través de la vía legal. La edificación de un régimen totalitario implicaba, en ambos países, una «revolución legal»[92] que, sin cortar en lo inmediato la fachada institucional del Estado, suspendía sus leyes de manera permanente. En Italia, la demolición del Estado liberal concluyó hacia fines de 1925, con la promulgación de las «leyes fascistísimas» que siguieron al atentado de Anteo Zamboni contra Mussolini. En tres años, el sistema parlamentario fue prácticamente destruido, todos los poderes fueron concentrados en el ejecutivo y las libertades fundamentales suprimidas (desde la libertad de asociación, hasta el derecho de huelga). El pluralismo de la prensa fue aniquilado a través de la instauración de la censura, la pena de muerte reintroducida, las administraciones locales confiadas a los *podestá* nombrados por la autoridad central, y finalmente, en 1929, el Gran Consejo del fascismo se convirtió en el órgano constitucional supremo del régimen. En Alemania, fue el decreto de urgencia «para la protección del pueblo y del Estado», promulgado por Hitler el 28 de febrero de 1933, a la mañana siguiente del incendio del Reichstag, el que suspendió *sine die* todas las libertades consagradas por la Constitución de Weimar. Es por eso por lo que Roman Schnur definió al régimen nazi como una «guerra civil legal».[93] La dictadura hitleriana «legalizaba» la guerra civil, pues sólo podía consolidarse volviendo permanente el estado de excepción propio de la guerra civil. El politólogo Ernst Fraenkel lo había calificado de Estado «doble», es decir, un Estado capaz de hacer coexistir dos estructuras jurídicas antinómicas: por un lado, el derecho racional moderno relativo a la economía y a la esfera privada; por el otro, la ley de excepción que permitía al poder político liberarse de todo procedimiento legal-racional.[94] La dictadura fascista suspendía el derecho para instaurar el estado de excepción como norma permanente. Este contexto de crisis, durante el período de entreguerras, constituye el terreno de donde extrae Schmitt los elementos de su teología política, que actualiza, bajo una forma secular, los postulados del absolutismo. La prerrogativa de los

[92] Emilio Gentile, *Qu'est-ce que le fascisme? Histoire et interprétation*, Folio-Galimard, París, 2004, p. 45.

[93] Roman Schnur, «Zwischenbilanz: zur Theorie des Bürgerkrieges. Bemerkungen über einem vernachlässigten Gegenstand», *Revolution und Weltbürgerkrieg. Studien zur Ouverture nach 1789*, *op. cit.*, p. 134.

[94] Ernst Fraenkel, *The Dual State*, Oxford University Press, Nueva York, 1941.

detentadores del poder absoluto se convierte así en el *nomos* de la política moderna: «Es soberano aquel que decide sobre la situación excepcional».[95]

[95] Carl Schmitt, *Théologie politique* (1922), Gallimard, París, 1988, p. 15.

GUERRA CONTRA LOS CIVILES

ANIQUILAR

El primer conflicto mundial, acta de nacimiento de la guerra civil europea, comienza como un enfrentamiento clásico entre Estados. Por este motivo sus actores resultan conmocionados por las formas inéditas e inesperadas que rápidamente toma el conflicto. Su reacción revela una cultura y una mentalidad típicas de la Europa del siglo XIX, aristocrática e imperial, imbuida de su propia fuerza, contrariada al observar la «barbarie», hasta ese momento relegada al mundo «no civilizado», reemerger en su interior, al advertir la impotencia de sus diplomacias y al descubrir que la guerra ya no es un asunto de *gentlemen*, sino una erupción de violencia devastadora.[1] La ocupación alemana de Bélgica se realiza bajo el temor a los «francotiradores», arraigado entre los militares alemanes desde de la guerra de 1870. El resultado es una oleada de violencia contra los civiles de los pueblos fronterizos, que son inmediatamente arrasados e incendiados. Según los cálculos de los historiadores John Horne y Alan Kramer, son 6.247 las víctimas civiles durante las primeras semanas de las hostilidades en Francia y Bélgica.[2] Estos sucesos alimentan una campaña francobritánica contra las «atrocidades alemanas» en la que se entremezclan rumores y mitos, pero que parte de un núcleo de hechos indudables. La violencia del ejército prusiano cruza un umbral hasta entonces desconocido en el manejo de la guerra, al convertirla, de entrada, en una guerra contra los civiles.

[1] Es precisamente este estupor el que manifiestó Sigmund Freud en 1915, cuando señalaba que «las grandes naciones de raza blanca que dominan el mundo, a las cuales ha tocado en suerte la dirección del género humano», se habían revelado incapaces de hacerlo evolucionar por vías pacíficas. La guerra, concluía, «nos arrebata los sedimentos de cultura recientes y hace reaparecer entre nosotros al hombre originario» («Considérations actuelles sur la guerre et la mort», *Oeuvres complètes*, vol. XIII, Presses Universitaires de France, París, 1988, pp. 128 y 154).

[2] John Horne y Alan Kramer, *German Atrocities. A History of Denial*, Yale University Press, New Haven y Londres, 2001, p. 74.

No se trata de medidas reactivas imputables a una situación imprevista, sino de acciones preventivas decididas por el Estado Mayor alemán.[3] La censura, la limitación de las libertades individuales, las intimidaciones, las incautaciones, las tomas de rehenes y el trabajo forzado se convierten en la realidad cotidiana de las poblaciones en los países ocupados. En noviembre de 1914, dos millones de belgas, de una población de siete millones y medio, han buscado refugio en Francia, Holanda y Gran Bretaña; seiscientos mil de entre ellos no regresarán a sus casas hasta el final del conflicto.[4] Prácticas similares se repiten, al año siguiente, en el frente oriental, llevadas a cabo esta vez por el ejército ruso que, en el curso de su retirada, decide la deportación hacia el interior de 300.000 lituanos, 250.000 letones, 350.000 judíos y 743.000 polacos.[5]

En 1915, una comisión de investigación francesa publica su informe sobre los crímenes de guerra alemanes, clasficados bajo el título de «actos cometidos por el enemigo en violación del derecho de gentes». Los cargos van mucho más allá de la violación de la neutralidad de Bélgica. Hacen referencia al uso de armas químicas, el bombardeo de ciudades, los saqueos, las violaciones, los asesinatos y los incendios. Los alemanes han adoptado «métodos pérfidos de guerra» y han infligido un trato «cruel» a las poblaciones civiles. En pocas palabras, han transgredido los códigos del *jus publicum europaeum*, demostrando de esta forma su naturaleza bárbara. Esto reconforta a los diseñadores de la propaganda francesa que han basado su campaña en la denuncia de la brutalidad de los «hunos». Los alemanes responden con un informe análogo sobre «la guerra mundial y el derrumbe del derecho de gentes» (*Der Weltkrieg und der Zusammenbruch des Völkerrechts*). Además de recordar que ciertos «métodos de guerra inhumanos» de los cuales son acusados, como los bombardeos aéreos y el uso de armas químicas, son también ampliamente utilizados por sus adversarios, no dejan de estigmatizar a las fuerzas de la Entente por el bloqueo que imponen a los imperios centrales (e incluso, en el caso de la Rusia zarista, por los pogromos que infligen a los judíos). Como prueba del hecho de que británicos y franceses pisotean las normas tradicionales de la guerra, invocan el «no respeto de los usos para con los diplomáticos alemanes» y, sobre todo, la «utilización de pueblos no civilizados en la guerra entre europeos».[6]

Estos reproches recíprocos, que son la marca de una cultura y de una época, refieren hechos y vehiculan mitos; son testimonio también de un enfrentamiento con la realidad de una violación sistemática del derecho de guerra y anuncian la mutación en curso hacia una guerra total que se asemeja, en varios aspectos,

[3] *Ibíd.*, p. 43.

[4] *Cf.* Sophie Schaepdrijver, «Occupation, Propaganda, and the Idea of Belgium», en Ariel Rohswald y Richard Stites (ed.), *European Culture in the Great War. The Arts, Entertainment, and Propaganda 1914-1918*, Cambridge University Press, Nueva York, 1999, p. 270.

[5] John Horne y Alan Kramer, *German Atrocities*, *op. cit.*, pp. 74-84.

[6] *Cf.* Marc Ferro, *La Grande Guerre 1914-1918*, Folio/Gallimard, París, 1990, p. 219.

a una guerra civil. Es lo que constata con gran lucidez, en octubre de 1915, sir Henry Erle Richards, al inaugurar el año universitario en el All Souls College de Oxford: «Si el asesinato de civiles y la destrucción generalizada de la propiedad civil ha de continuar, es necesario prever que, en las guerras futuras, cada beligerante estará equipado con una flota aérea, y que todas las zonas habitadas de cada país enemigo serán devastadas por bombas lanzadas desde el cielo. El objetivo del derecho de la guerra ha sido limitar sus efectos devastadores, en la medida de lo posible, y circunscribir la acción de los beligerantes al debilitamiento de las fuerzas militares enemigas, por lo tanto, a resguardar a los no combatientes, en interés de la humanidad. Pero la guerra actual implica una completa inversión de este principio político».[7]

Desde este punto de vista, la primera guerra mundial no es más que un principio. Los crímenes de guerra evocados por Erle Richards en 1915 son poca cosa si se los compara con los que jalonan el segundo conflicto mundial. El verdadero vuelco de éste no es ni la invasión de Polonia en 1939 ni el triunfo fulminante de la *Blitzkrieg* en el frente occidental, un año más tarde, que aniquila en unas semanas la defensa francesa; es la agresión alemana contra la Unión Soviética, en junio de 1941. A partir de ahí, el conflicto cambia de naturaleza y, en el frente oriental, comienza a ser manejado como una guerra civil, es decir, como una guerra en la cual la única regla admitida es la del terror, el odio y la violencia sin límites.

El 22 de junio de 1940, los representantes de Francia y del Tercer Reich firman el armisticio en el mismo vagón donde, el 11 de noviembre de 1918, se había firmado la capitulación del ejército alemán. Este acto altamente simbólico reviste diversos significados. No es solamente testimonio de la voluntad de Hitler de tomarse la revancha sobre uno de los responsables de la humillación alemana en Versalles, sino también de la supervivencia de un último vestigio del *jus publicum europaeum*. Francia, vencida, sigue siendo una nación europea, civilizada, susceptible de formar parte de una Europa dominada por el nazismo. Aunque sometida, podrá preservar un simulacro de soberanía sobre una parte de su territorio. Su cultura será amordazada, pero no destruida, sus elites alentadas a adentrarse en el camino de una colaboración de la cual podrán obtener ventajas. Las editoriales, los cines, los teatros no serán clausurados, solamente puestos en vereda, y las recepciones dadas por Otto Abetz en París atraerán a la alta sociedad. La guerra en el Este, en cambio, toma una forma totalmente diferente. Hitler la ha concebido como una guerra de conquista y exterminio: conquista del «espacio vital» alemán, colonización del mundo eslavo, destrucción del bolchevismo, exterminio de los judíos. Desde el principio, esta guerra difiere de todas las que la han precedido en el continente. Se desencadena como una guerra colonial sin distinción entre combatientes y civiles, en la cual pueblos

[7] Sir H. Erle Richards, *International Law. Some Problems of War,* Clarendon Press, Oxford, 1915, p. 35.

enteros deben ser transformados en esclavos mientras que otros son exterminados recurriendo a dispositivos específicos, primero los guetos y los *Einsatzgruppen*, luego las cámaras de gas en los campos, especialmente concebidos como mataderos humanos. Dentro de la visión nazi del mundo, la simbiosis entre los judíos y el bolchevismo es tan profunda que su aniquilamiento constituye un único e idéntico objetivo. Durante el primer año de la guerra, cientos de miles de comisarios políticos del Ejército Rojo son fusilados en el acto por los *Einsatzgruppen* que siguen el avance de la Wehrmacht. Las consignas son claras desde el principio: los soldados rusos no son dignos de respeto, no son «camaradas».[8] De los 3.350.000 prisioneros de guerra soviéticos capturados por la Wehrmacht en 1941, durante la Operación Barbarossa, más de dos millones serán ejecutados o no sobrevivirán hasta el final de la guerra, a causa de las condiciones de detención a las que serán sometidos.[9] Con sólo comparar el número de víctimas civiles y militares saltan a la vista las diferencias entre los frentes oriental y occidental. El número global de muertos, incluyendo los soldados caídos en combate, los civiles muertos durante los bombardeos, las víctimas de los conflictos entre las fuerzas de la Resistencia y las fuerzas de ocupación, al igual que los judíos y los deportados políticos, muestra un desnivel impresionante entre ambos teatros de guerra.[10] En Francia son seiscientos mil los muertos (dos tercios de ellos en la Francia metropolitana), al igual que en Italia (tanto entre los soldados que combaten junto al Tercer Reich como entre los partisanos y los civiles caídos bajo la ocupación alemana, después de 1943). Gran Bretaña, por su parte, contabiliza menos de cuatrocientas mil víctimas (sesenta mil son civiles), el doble que los Países Bajos (más de la mitad de las cuales son judías). Comparadas con los estragos de la guerra en el Este, estas cifras parecen bajas. Ahí, las víctimas se cuentan por millones: veintitrés millones de soviéticos (10% de la población total, del que, al menos ocho millones son civiles) y seis millones de polacos (20% de la población total, de los cuales tres millones y medio son judíos). Se constatan proporciones similares en los Balcanes, con dos millones de muertos (10,6% de la población en Yugoslavia y 6,8% en Grecia). La diferencia es igualmente impresionante si se comparan los índices respectivos de mortalidad de los ejércitos británico y soviético: una víctima cada ciento cincuenta soldados británicos, una víctima

[8] *Cf.* Omer Bartov, «Savage War. German Warfare and Moral Choice in World War II», *Germany's War and the Holocaust. Disputed Histories*, Cornell University Press, Ítaca, 2003, p. 8. Sobre este tema, véase sobre todo Christian Streit, *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945*, Dietz, Bonn, 1997.

[9] *Cf.* Pavel Polian, «La violence contre les prisonniers de guerre soviétiques dans le Troisième Reich et en URSS», en Stéphane Audoin-Rouzeau, Annette Becker, Christian Ingrao y Henry Rousso (eds.), *La Violence de guerre 1914-1945*, *op. cit.*, p. 121.

[10] Las cifras que siguen están sacadas de Philippe Masson (ed.), *Dictionnaire de la Deuxième Guerre mondiale*, vol. I, Larousse, París, 1979, pp. 875-876.

cada veintidós soldados del Ejército Rojo.[11] Durante la última fase de la guerra, de hecho, Hitler se quejaba de las «molestas» convenciones que limitaban considerablemente el ardor de los soldados alemanes en el frente occidental.[12] Ahí donde la rendición no constituía una amenaza para la vida de los soldados, éstos se mostraban menos belicosos. Sería necesario también establecer diferencias dentro de las pérdidas alemanas, según las líneas del frente. De los tres millones y medio de soldados del Tercer Reich caídos en el curso de la guerra, las muertes en el frente occidental, entre la primavera de 1940 y el fin de 1944, son «solamente» ciento veintiocho mil, es decir, el 3,2% de las bajas totales. Recordando el carácter extraordinariamente feroz de la guerra en el Este, Pieter Lagrou ha resaltado el hecho de que el número total de víctimas civiles de los bombardeos sobre las ciudades alemanas (alrededor de 600.000 personas) es inferior al de las víctimas puramente civiles de ciudades como Leningrado o Varsovia.[13]

Los soldados alemanes no dejan de señalar la ferocidad de esta guerra en las cartas que escriben desde el frente: «Aquí la guerra se encuentra en su "forma pura", todo rasgo de humanidad parece borrado de los acciones, de los corazones y los pensamientos. Las imágenes que se ven parecen propias del delirio y la pesadilla».[14] En pocas palabras, la Segunda Guerra Mundial tiene lugar esencialmente en el frente oriental, ahí donde sus diferentes dimensiones –ideológica (la lucha contra el bolchevismo), colonial (la conquista del «espacio vital») y racial (el sometimiento de las poblaciones eslavas, el genocidio de los judíos y los gitanos)– se despliegan enteramente. En esto difiere de la Gran Guerra, en la cual, tratándose de un conflicto interestatal en el sentido del derecho internacional, el número de víctimas fue proporcionalmente comparable en todos lados.[15] Habiendo perdido este carácter de guerra clásica, es mucho más cruenta allí donde se manifiesta de manera más abierta su carácter de guerra ideológica, colonial y de exterminio.

El vínculo indisociable entre estas diferentes dimensiones del conflicto
7 es recalcado por la propaganda difundida en los ejércitos alemanes del frente oriental. El historiador Omer Bartov ha realizado un inventario de los temas privilegiados de esta guerra ideológica –la noción de *Weltanschauungskrieg* [guerra ideológica] es recurrente en el lenguaje nazi de la época–, subrayando que se desarrollaban en boletines, documentos y órdenes emanados de oficiales

[11] *Cf.* Joann Bourke, *The Second War. A Peopleís History*, cap. 8, Oxford University Press, Nueva York, 2001.

[12] Cd. Ian Kershaw, *Hitler. Némésis 1936-1945*, Flammarion, París, 2000, p. 112.

[13] Pieter Lagrou, «Las guerres, les morts, le deuil: bilan chiffré de la Deuxième Guerre mondiale», *La Violence de guerre*, *op. cit.*, p. 323.

[14] Citado en Omer Bartov, *L'Armée d'Hitler. La Wehrmacht, les nazis et la guerre*, Hachette, París, 1999, p. 49.

[15] Pieter Lagrou, «Les guerres, les morts, le deuil», *La Violence de guerre*, *op. cit.*, p. 323.

que no estaban sujetos, en la mayoría de los casos, al control del Ministerio de Goebbels. La deshumanización del enemigo, definido según las categorías del léxico nazi, es su elemento distintivo, como lo muestra un boletín difundido entre las tropas: «Todos aquellos que han mirado a la cara a un comisario rojo saben a qué se asemeja un bolchevique. No hay necesidad de expresiones teóricas. Sería un insulto a los animales presentar a estos hombres, que son en su mayoría judíos, como bestias. Ellos son la encarnación del odio satánico contra el conjunto de la humanidad noble. El aspecto de estos comisarios es el espejo de la revuelta de los infrahombres contra la nobleza de sangre».[16] La extirpación del bolchevismo es una revancha legítima de Alemania, según las consignas del comandante del XXXVII Cuerpo de Blindados:

> Nuestro objetivo consiste en destruir al Ejército Rojo y erradicar para siempre el bolchevismo, el enemigo mortal del nacionalsocialismo. No hemos olvidado que el bolchevismo ha apuñalado por la espalda a nuestro ejército durante la [primera] guerra mundial y que es el responsable de todas las desgracias sufridas por nuestro pueblo después de la guerra. Nadie debe olvidarlo.[17]

Los objetivos y los métodos de esta guerra están resumidos en una orden de los comandantes del XVI Ejército, Walther von Reichenau, Erich von Manstein y Hermann Hoth, transmitida a las tropas en noviembre de 1941, en momentos del gran ataque alemán sobre Leningrado y Moscú. El objetivo esencial de la guerra es la destrucción del «judeobolchevismo», así como la «erradicación de la influencia asiática sobre la esfera cultural europea». En consecuencia, los soldados del frente oriental no son los combatientes de una guerra ordinaria, sino los «portadores de una concepción racial inexorable y los vengadores de todas las brutalidades padecidas por los alemanes». Por eso, deben comprender claramente la «necesidad de medidas duras pero justas contra la subhumanidad judía (...) De esta manera podremos cumplir nuestra misión histórica: liberar de una vez por todas al pueblo alemán de la amenaza judeoasiática».[18]

Según Bartov, esta propaganda contribuye a crear, en las condiciones de una guerra salvaje, una nueva concepción del heroísmo.[19] Un heroísmo, podríamos agregar, cuya motivación última no es ya la mística patriótica, sino el advenimiento del nihilismo. Si liberar a Europa del bolchevismo y de los judíos es una misión redentora, los soldados que se encargan de ello se transforman en guerreros heroicos. En las condiciones concretas del frente oriental, esta cruzada ideológica toma el aspecto de un combate de una crueldad extrema. El

[16] Citado en Omer Bartov, *The Eastern Front, 1941-1945. German Troops and the Barbarization of Warfare*, Basingstoke, Nueva York, 2001, p. 83.

[17] *Ibid.*, p. 84.

[18] *Ibid.*, p. 85.

[19] *Cf.* Omer Bartov, *L'Armée de Hitler. La Wehrmacht, les nazis et la guerre*, *op. cit.*, p. 49. Al respecto, véanse también las pp. 104-138.

soldado no percibe ya la guerra, a la manera de 1914, como un enfrentamiento entre aparatos militares; se acostumbra a vivirla de forma cotidiana como un hecho brutal, fanático y amoral, en el marco de un ejército que predica una «moral del exterminio»[20] (*Vernichtungsmoral*). Concebida en términos darwinianos, esta guerra se presenta bajo la forma de una lucha por la existencia. Se puede hablar en efecto, en este caso, de una regresión en cuanto a las normas del proceso de civilización.

El hecho de que el rechazo de las normas tradicionales de la guerra sea consustancial a la guerra nazi, pensada como una guerra ideológica y racial e implementada como una guerra colonial, introduce mutaciones en el manejo del conflicto que afectan a todos los actores. Los bombardeos aéreos de los británicos, lo veremos después, apuntan a destruir las ciudades alemanas y a aterrorizar a las poblaciones civiles. El carácter salvaje del conflicto provoca una «brutalización» del lenguaje. Después de las incursiones aéreas alemanas sobre Londres en la primavera de 1941, Churchill interviene en la Cámara de los Comunes para afirmar su adhesión al deseo de revancha que crece entre sus compatriotas: «Give it them back».[21] En una entrevista, radicaliza su discurso: «Existen al menos setenta millones de hunos malignos, de los cuales algunos son curables, y el resto matables (*killable*)».[22] Sobre el campo de batalla, los discursos son aún más claros. Durante el desembarco en Sicilia, en julio de 1943, el general George S. Patton se dirige de esta forma a los oficiales de la 45.ª División de Infantería: «Cuando nos enfrentemos al enemigo, lo mataremos. No tendremos piedad de él. Él ha matado a miles de nuestros camaradas, y debe morir». Qué importa, explica, si desea rendirse: «¡Este bastardo morirá! Debéis matarlo».[23] Si la guerra norteamericana en Europa no recurre al lenguaje y las prácticas racistas que caracterizan a la guerra contra los japoneses en el Pacífico,[24] el derecho de guerra se pone en gran medida entre paréntesis.

En el frente oriental, la brutalidad de la guerra no podía sino afectar profundamente a las tropas soviéticas. Se organiza la defensa. Leningrado, Moscú y Stalingrado no deben caer. En los territorios ocupados por la Wehrmacht, Stalin decide responder a la agresión nazi recurriendo a la guerra de los partisanos. Los soldados soviéticos no deben rendirse; los prisioneros son considerados como desertores. Dos órdenes célebres dictadas por el Alto Mando del Ejér-

[20] Hannes Heer, «Die Logik des Vernichtungskrieges. Wehrmacht und Partisanenkampf», en Hannes Heer y Klaus Naumann (ed.), *Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944*, *op. cit.*, p. 115.

[21] Citado en Stephen Garrett, *Ethics and Airpower in World War II. The British Bombing of German Cities*, St Martin Press, Nueva York, 1993, p. 12.

[22] *Ibid.*, p. 91.

[23] Citado en Joanna Bourke, *An Intimate History of Killing. Face to Face Killing in Twentieth Century Warfare,* Basic Books, Londres, 1999, p. 171.

[24] *Cf* John W. Dower, *War Without Mercy. Race and Power in the Pacific War,* Pantheon Books, Nueva York, 1986.

cito Rojo en agosto de 1941 (n.º 270) y en julio de 1942 (n.º 227), firmadas por el general Yukov y Stalin mismo, califican de desertores susceptibles de ejecución a todos los oficiales y responsables políticos del ejército soviético capturados por el enemigo.[25] En su discurso del 3 de julio de 1941 transmitido por radio, Stalin había lanzado su llamamiento a la «gran guerra patriótica», cuyo objetivo no era solamente defender a la URSS, amenazada, sino también contribuir a la liberación de «todos los pueblos de Europa que sufren bajo el yugo del fascismo alemán».[26] Con el paso de los meses de una guerra cada vez más bárbara, el lenguaje se radicaliza. En una obra destinada a los soldados soviéticos, el escritor Ilya Ehrenburg se niega a considerar a los alemanes como seres humanos e incita a matarlos: «No cuentes los días, no cuentes los kilómetros, cuenta solamente el número de alemanes que has matado. Mata a los alemanes, es la súplica de tu madre. Mata a los alemanes, es la súplica de la tierra rusa. No desistas. Mata».[27]

En 1944, cuando las tropas soviéticas penetran en Prusia oriental, los muros se cubren de carteles que llaman a la venganza: «Soldado del Ejército Rojo: te encuentras ahora sobre suelo alemán; la hora de la venganza ha sonado».[28] Un panfleto incita a matar a los soldados y violar a las mujeres: «Mata. Nadie es inocente en Alemania ni los vivos ni aquellos que aún no han nacido. Escucha al camarada Stalin y aplasta para siempre a la bestia alemana en su guarida. Destruye el orgullo racial de la mujer alemana. Tómala como tu legítimo botín. Mata, oh soldado valiente del victorioso Ejército Rojo».[29] Se sabe que la llegada de los rusos a Berlín estuvo acompañada de una violencia extrema, con ejecuciones sumarias y saqueos en la ciudad destruida. Según algunas estimaciones, noventa mil mujeres fueron violadas.[30] No se trata evidentemente de establecer una simetría entre la guerra de agresión nazi y la guerra de liberación soviética, como ciertos historiadores (apologéticos o cegados por su anticomu-

[25] *Cf.* Pavel Polian, «La violence contra les prisionniers de guerre soviétiques dans le Troisième Reich», en *La Violence de guerre, 1914-1945*, *op. cit.*, pp. 124-125.

[26] Stalin, «Sur la grande guerre de l'Union Soviétique pour la défense de la patrie», en *Marx, Engels, Lénine, Staline, La Lutte des partisans*, 10/18, París, 1975, p. 180. Sobre el impacto de este discurso, *cf.* Isaac Deutscher, *Stalin*, cap. 12, Oxford, University Press, Londres, 1965.

[27] Citado en Antony Beevor, *La Chute de Berlin*, Le Livre de Poche, París, 2002, p. 259.

[28] Citado en Alfred M. de Zayas, *Nemesis at Postdam. The Anglo-Americans and the Expulsion of the Germans*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1977, p. 66.

[29] *Ibid.*, p. 65.

[30] *Cf.* Tony Judt, «The Past is another Country: Myth and Memory in Postwar Europe», en Istvan Deak, Jan T. Gross y Tony Judt (eds.), *The Politics of Retribution in Europe. World War II and its Aftermath, op. cit.*, p. 294. Véase también Antony Beevor, quien aporta una cifra similar: entre 95.000 y 140.000 (*La Chute de Berlin, op. cit.*, p. 562).

nismo) a menudo han estado tentados de hacer.[31] Stalin había entablado una guerra de defensa que se convirtió en una guerra de ocupación, hasta imponer su dominación sobre una parte de Europa; el sometimiento de los alemanes a la esclavitud o su exterminio físico no entraba, sin embargo, entre sus objetivos. La violencia y los excesos perpetrados por el Ejército Rojo, a menudo susceptibles, a semejanza de la guerra aérea británica o de la guerra norteamericana contra Japón, de entrar en la categoría de crímenes de guerra, son testimonio de la crueldad de la Segunda Guerra Mundial. Son la expresión de la brutalidad de un conflicto llevado a cabo por ejércitos modernos dotados de medios de destrucción extremadamente poderosos, pero vivido también con los métodos, los sentimientos y las pasiones propias de una guerra civil.

Este conflicto se desarrolla bajo el signo del *odio*. El fascismo había preparado el camino para éste al proclamar el fin del humanismo, al idealizar la guerra como «higiene del mundo», al erigir un culto a la fuerza y a la violencia. Los nazis lo revindicaban. Josef Goebbels lo ubicaba en el centro de sus discursos radiofónicos. Europa, afirmaba en junio de 1944, no había conocido jamás un odio tan grande y tan profundo: «Durante estos últimos meses, los pueblos de Europa han vivido de este odio y se han alimentado de la voluntad de poner fin a este terror, sí, ¡de hacer pagar este terror!».[32]

BOMBARDEAR

La guerra aérea se desarrolla como una escalada de acciones y reacciones que desemboca en una ciega oleada devastadora, literalmente apocalíptica para las poblaciones que la padecen. Los bombardeos aéreos sistemáticos contra las ciudades y las poblaciones civiles, iniciados en 1940 y finalizados en agosto de 1945, con la destrucción atómica de Hiroshima y Nagasaki, ilustran la introducción de un nuevo paradigma de la guerra que Peter Sloterdijk ha calificado de «atmoterrorista».[33] Su fundamento, cuya primera manifestación él encuentra en el ataque con gas realizado por el ejército alemán contra las fuerzas francocanadienses en Ypres, el 22 de abril de 1915, no reside ya en la *intentio directa* que apunta al cuerpo del enemigo, como fue el caso siempre de las guerras desde la Antigüedad, sino en la destrucción de sus condiciones ecológicas de existencia. La guerra aérea mata a los civiles –Hiroshima será el ejemplo macroscópico de esto– eliminando su hábitat natural, en el sentido biológico del término. En *Sobre la historia natural de la destrucción*, W. G. Sebald ha dado

[31] *Cf.* Andreas Hillgruber, *Zweierlei Untergang. Die Zerschlagung des Deutschen Reich und das Ende des europäischen Judentums*, Siedler, Berlín, 1986. Se recordará que las tesis de esta obra fueron una de las fuentes de la *Historikerstreit* alemana.

[32] Citado *en* Ralf Georg Reuth, *Goebbels*, Piper, Múnich, 1995, p. 543.

[33] *Cf.* Peter Solterdijk, *Luftbeben. An den Quellen des Terrors*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 2002.

una imagen sobrecogedora de la guerra «atmoterrorista», al describir la destrucción de Hamburgo, la noche del 28 de julio de 1943, durante la operación de la RAF bautizada como «Gomorra».[34] Algunos minutos después del primer bombardeo, se habían declarado incendios en toda la ciudad, transformada rápidamente en una inmensa hoguera que se elevaba hacia el cielo. Las llamas brotaban de las fachadas de los edificios destrozados, aspirando el oxígeno de manera tan poderosa que el aire soplaba con la fuerza de un huracán. Aquellos que se habían puesto a cubierto en los refugios se encontraban enterrados bajo los escombros y aquellos que habían intentado huir habían sido alcanzados por las llamas, que los habían quemado como a antorchas vivientes, o habían sido engullidos por el asfalto hirviente. A la mañana siguiente, la ciudad estaba cubierta por una espesa capa de humo que no dejaba penetrar la luz. En sus cabinas, los pilotos habían sentido el calor que surgía de ese infierno.

Los primeros bombardeos aéreos habían sido experimentados durante la Primera Guerra Mundial, pero estaban en ese momento circunscritos a las zonas limítrofes de las líneas del frente. Entre enero de 1915 y diciembre de 1916, zepelines alemanes bombardean ciudades inglesas, entre ellas la capital, pero producen un número reducido de víctimas (no más de mil cuatrocientos muertos y algunas decenas de miles de heridos). Poco después de finalizado el conflicto, la Sociedad de las Naciones crea una comisión de juristas encargada de elaborar un código de la guerra aérea. Reunida en La Haya entre diciembre de 1922 y febrero 1923, esta comisión fija un conjunto de reglas restrictivas que prohíben el ataque contra las ciudades. Sus conclusiones son claras: «El bombardeo aéreo con el fin de aterrorizar a la población civil, de destruir o dañar la propiedad privada sin carácter militar, o de herir a los no combatientes, está prohibido».[35] Aunque estas normas serán violadas de manera flagrante por la Italia fascista durante la guerra de Etiopía en 1935, la mayoría de los líderes políticos las reafirman solemnemente durante el período de la entreguerras. En junio de 1938, el primer ministro Neville Chamberlain remite instrucciones al mando de la fuerza aérea británica (*Bomber Command*) que especifican que el bombardeo de ciudades y de poblaciones civiles es «absolutamente contrario a la ley internacional».[36] Ahora bien, estas reglas son rápidamente olvidadas a partir del inicio de la Segunda Guerra Mundial. Pese a las buenas intenciones de los jefes de Estado, su violación está inscrita en la naturaleza misma de los ejércitos modernos, así como la guerra total está inscrita en las condiciones creadas por la revolución industrial. Ya en 1930, Ernst Jünger había constatado

[34] W. G. Sebald, *De la destruction comme élément de l'histoire naturelle*, Actes Sud, Arles, 2004, pp. 37-38. Véase también Nicolás Sánchez Durá, «Palabras e imágenes, límites y alcance de los testimonios del dolor de la guerra», en Nicolás Sánchez Durá (ed.), *La guerra*, Pre-textos, Valencia, 2006, pp. 207-246.

[35] *Cf.* Stephen Garret, *Ethics and Airpower in World War II, op. cit.*, p. 26.

[36] *Ibid.*, p. 29.

esto de manera sumamente lúcida al subrayar que «el ejército motorizado que se desplaza por tierra y por el cielo no aceptará demasiado tiempo mantener la guerra dentro de los límites del campo» y que «las grandes ciudades ejercerán una atracción creciente sobre los nuevos ejércitos en cuanto centros y puntos neurálgicos del mundo técnico».[37]

Los primeros bombardeos aéreos se producen en septiembre de 1939; afectan a las ciudades polacas y preparan la conquista alemana de Varsovia. En mayo de 1940, con el inicio de las hostilidades en el frente occidental, es el turno de Rotterdam. Después de la derrota francesa, el Reino Unido se encuentra aislado y, al no disponer de otros medios de combate, lanza una ofensiva aérea contra las instalaciones industriales alemanas de Renania, adoptando la estrategia del *area bombing*, es decir, el lanzamiento de bombas incendiarias en las zonas urbanas. La respuesta alemana será el bombardeo intensivo de las ciudades inglesas. Entre el otoño de 1940 y la primavera de 1941, las incursiones alemanas matan a más de cuarenta mil civiles. La ciudad industrial de Coventry es arrasada. La escalada que sigue llega a su fin en 1945, con la destrucción más o menos completa de las ciudades alemanas.

En la Conferencia de Casablanca, los Aliados acuerdan una estrategia militar cuyo fin explícito es el de impactar, a través de los bombardeos masivos de las ciudades, en la sociedad civil alemana en su conjunto.[38] Ahí se encuentra una de las razones que explican la incomprensión y la indiferencia con las que el mundo asiste, en agosto de 1945, al exterminio atómico de las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. En total, durante la guerra, la aviación británica, ubicada bajo la dirección de sir Arthur Harris, lanza trescientos noventa mil ataques contra Alemania (que cuestan la vida a cincuenta y seis mil pilotos). En cuanto a los alemanes, se estima en más de quinientos mil el número de civiles muertos, en cien mil el de las personas gravemente heridas y en tres millones el número de viviendas destruidas.[39] Hamburgo es bombardeada entre el verano y el otoño de 1943, Dresde en febrero de 1945. Los refugiados que deben huir de las ciudades en llamas se cuentan por millones. Si los daños provocados por

[37] Ernst Jünger, «Das große Bild des Krieges (*Das Antlitz des Weltkrieges)*», (1930), *Politische Publizistik, 1919 bis 1933,* Klett-Cotta, Stuttgart, 2001, p. 606.

[38] Richard Overy, «Die Alliirte Bombenstrategie als Ausdruck des "Totalen Krieges"», en Lothar Kettenacker (ed.), *Ein Volk von Opfern? Die neue Debatte um den Bombenkrieg, 1940-1945,* Rowohlt, Hamburgo, 2003, p. 40. Véase también Danièle Voldman, «Les populations civiles, enjeux du bombardement des villes (1914-1945)», *La Violence de guerre, op. cit.*, pp. 151-174. Sobre la base de esta constatación, pero también en contradicción con su brillante análisis sobre las diferencias entre genocidio y guerra total, Eric Markusen y David Kopf creen descubrir un carácter «genocida» (*genocidal*) en los bombardeos aliados durante la Segunda Guerra Mundial (*The Holocaust and Strategic Bombing. Genocide and Total War in Twentieth Century,* Westview Press, Boulder, 1995, p. 255.

[39] Jörg Friedrich, *Der Brand. Deutschland in Bombenkrieg 1940-1945*, Ullstein, Berlín, 2002, p. 63; Stephen Garrett, *Ethics and Airpower in World War II, op. cit.*, p. 21.

los bombardeos alemanes son bastante inferiores a los de la guerra aérea aliada, ello se debe esencialmente al declive progresivo de los medios a disposición del régimen nazi. Los V1 y los V2 con los que Hitler espera dar la vuelta al curso de la guerra carecen de precisión y no causan nunca más que algunos miles de víctimas, entre muertos y heridos.

Este conflicto desmintió radicalmente las previsiones del oficial italiano Giulio Douhet, que se hizo célebre en 1921 gracias a su obra de estrategia militar, *Il dominio dell'aria*. Si Douhet había previsto correctamente el carácter destructor y mortífero de los bombardeos aéreos en una futura guerra, se equivocó completamente al pensar que aquéllos provocarían motines civiles para poner fin a las hostilidades y que, a fin de cuentas, el costo de una guerra semejante sería insostenible para los Estados.[40] Las poblaciones civiles aceptan con estoicismo su nuevo rol de «combatientes de retaguardia» y de blancos del enemigo. Los sobrevivientes barren los escombros, mientras los gobernantes llaman a la venganza. Los bombardeos masivos de las ciudades alemanas incluso favorecen la estabilidad del régimen nazi hasta su caída final, al suscitar en los civiles, pese al derrumbe del mito de Hitler,[41] un sentimiento de miedo y odio al enemigo. Proveen argumentos para la propaganda de Goebbels, como éste señala en su diario. Los miles de habitantes de Hamburgo bombardeados durante el otoño de 1943 se convierten, así, en «la vanguardia de la venganza [*Avantgarde der Rache*]».[42] La prensa popular británica, por su parte, anuncia irónicamente en primera plana que «Hamburgo ha sido hamburguesada».[43]

De esta forma, se crea una situación paradójica en la cual la guerra de los Aliados, para liberar a los países ocupados por las fuerzas del Eje, toma el aspecto de una guerra contra las poblaciones civiles, que aceptan con resignación las pérdidas y las destrucciones como una consecuencia inevitable del conflicto. La memoria colectiva conserva el recuerdo de los combates épicos y feroces del desembarco aliado en Normandía, en junio de 1944, que desemboca, algunas semanas después, en la liberación de París e inicia la fase final de la guerra del Oeste. Lo cierto es que el número de las víctimas civiles de los bombardeos que preceden o acompañan el desembarco supera al de los soldados caídos en combate en las playas normandas (el pueblo de Portel, en el Paso de Calais, ya había sido destruido en septiembre de 1943, durante un bombardeo destinado a probar las defensas alemanas, que se cobró quinientas víctimas civiles).[44] Esta

[40] Giulio Douhet, *Il dominio dell'aria, Roma, 1921*. Ver Sven Lindqvist, *Maintenant tu es mort: le siècle des bombes*, Serpent à plumes, París, 2002, section 104.

[41] *Cf.* Ian Kershaw, *Le Mythe Hitler Image et réalité sous le Troisème Reich*, Flammarion, París, 2006, pp. 252-253.

[42] Citado por Jörg Friedrich, *Der Brand*, *op. cit.*, p. 481.

[43] Stephen Garrett, *Ethics and Airpower in World War II*, *op. cit.*, p. 103.

[44] Véase Christophe Beaudufe, *L'Été 1944. Le sacrifice des Normands*, Perrin, Paris, 1994; también Gabriele Ranzato, «Guerre totale e nemico totale», en Marcello Flores (ed.), *Storia, verità, giustizia. I crimini del XX° secolo*, Bruno Mondadori, Milán, 2001, p. 75.

paradoja se inscribe, sin embargo, en la lógica de la guerra total, una guerra que no distingue ya a los combatientes de los civiles.

La desmesura de los bombardeos revela los efectos perversos de un conflicto sin reglas, en el que el odio al enemigo se transforma en voluntad de destrucción total. Es la idea misma de Europa como pasado, herencia y tradición cultural compartidos lo que resulta enterrado bajo los escombros de las ciudades destruidas. Este aspecto inédito de la guerra total se resume en una expresión inglesa: *cultural bombing*. El 29 de marzo de 1942, la RAF bombardea la ciudad medieval de Lübeck, sobre la costa hanseática, y destruye sus monumentos históricos, desde la *Marienkirche* hasta los palacios del Renacimiento en el centro, incluido el edificio del ayuntamiento. Hitler decide entonces golpear sobre las ciudades históricas inglesas, lanzando las «Incursiones Baedecker», denominadas así por la guía turística utilizada para seleccionar los blancos. Las ciudades medievales de Exeter, Bath y York son bombardeadas. La radio alemana anuncia, exultante: «Exeter era una joya: la hemos destruido». Los bombardeos ingleses han tocado los símbolos de la *Kultur*, la herencia arquitectónica y artística de un pasado al que el nacionalismo alemán, no sólo el nazismo, profesa un verdadero culto. Han golpeado en su centro el principio mismo de «protección de la patria» (*Heimatschutz*) que, después de la Gran Guerra, había sido investido de un carácter sagrado por parte de los responsables de la política cultural alemana (Max Dvorak lo había teorizado, en 1916, en su *Katechismus der Denkmahlpflege*).[45] La respuesta, por lo tanto, debe estar a la altura de la ofensa sufrida.

El *cultural bombing* aliado prosigue y se intensifica a lo largo del conflicto, sin que prácticamente ninguna ciudad permanezca a salvo, desde Wuppertal, importante centro industrial de Renania, hasta Würzburg, pequeña ciudad histórica bombardeada en marzo de 1945, aun cuando su destrucción no representaba ninguna ventaja estratégica. Durante la noche del 10 de marzo de 1943, la Biblioteca Nacional de Múnich pierde quinientos mil volúmenes (el 23% de su fondo) a causa del incendio provocado por los bombardeos. Seis meses más tarde, la Biblioteca Universitaria de Hamburgo pierde entre las llamas seiscientos veinticinco mil volúmenes. De los cuarenta millones de libros existentes en las bibliotecas públicas alemanas, treinta millones son enterrados para escapar a esta furia devastadora. De los diez millones que permanecen sobre los anaqueles, ocho son devorados por el fuego.[46] Las bombas deben sepultar a la sociedad civil alemana bajo una montaña de ruinas y hacer tabla rasa de su cultura. El nihilismo, que había hecho su primera y espectacular aparición durante las quemas de libros organizadas por Goebbels en mayo de 1933, encuentra de esta forma su epílogo, en el apogeo de la guerra civil europea. La destruc-

[45] *Cf.* Miles Glendinning, «The Conservation Movement: a Cult of the Modern Age», *Royal Historical Society Transactions*, 6/13, 2003, pp. 359-376.

[46] Jörg Friedrich, *Der Brand*, *op. cit.*, p. 539.

ción de las ciudades, con sus catedrales, sus monumentos, sus obras de arte y sus bibliotecas, se les aparece a numerosos observadores como una suerte de ineluctable Némesis. En sus discursos a los alemanes transmitidos por la BBC, Thomas Mann no puede evitar lamentarse por la destrucción de Lübeck, su ciudad natal, pero recuerda Coventry y concluye que «todo debe pagarse».[47]

En Gran Bretaña, son pocos quienes se oponen a esta política de destrucción de la sociedad civil alemana. Se trata, sobre todo, de representantes de las Iglesias, como los obispos de York, de Canterbury y de Chichester, de algunos diputados laboristas y de militantes pacifistas aislados, además de algunos intelectuales, como el dramaturgo Bernard Shaw, el filólogo Gilbert Murray y la escritora Vera Brittain, que definió los bombardeos como un «carnaval de muerte».[48] En la ocasión en que, para responder a las preguntas parlamentarias presentadas, tanto en la Cámara de los Comunes como en la Cámara de los Lores, el jefe del *Bomber Command*, sir Arthur Harris, pronuncia una conferencia titulada «La ética de los bombardeos», el reverendo John Collins, su capellán, se limita a señalar que «El bombardeo de la ética» hubiera sido un título más apropiado.[49] Pero estas voces resultan aisladas. En Núremberg, a fin de despojar de todo argumento a una eventual defensa alemana, el fiscal norteamericano Telford Taylor presenta al bombardeo aéreo de las ciudades como «una parte reconocida de la guerra moderna», integrándolo así en el derecho consuetudinario.[50] En otras palabras, la masacre de los civiles es implícitamente admitida como una fatalidad de la guerra total. Si el silencio aliado sobre estos crímenes, considerados como el precio que se debía pagar por una guerra justa, no es difícil de explicar, el silencio alemán tiene razones más complejas. Puede verse allí un síntoma de lo que Karl Jaspers denominó, en 1945, la «cuestión de la culpa alemana»[51] (*deutsche Schuldfrage*). No hay que descartar, como lo sugiere W. G. Sebald, que «muchos de aquellos que habían sufrido los ataques aéreos, pese a toda su cólera impotente ante esta locura evidente, hayan visto en las gigantescas hogueras (...) un castigo justo, sino incluso la represalia de una instancia superior contra la cual no existe remedio».[52] En otras palabras, es posible que las llamas que devoraban las catedrales alemanas hayan traído a la memoria aquellas que surgían de las sinagogas, el 8 de noviembre de 1938, durante la Noche de los Cristales Rotos. Y que las filas de los sin techo empobrecidos hayan hecho recordar aquéllas, todas disciplinadas y organizadas (pero sin ninguna solidaridad por parte de los observadores al borde de los caminos),

[47] *Ibid.*, p. 182.
[48] *Cf.* Stephen Garrett, *Ethics and Airpower Internet World War II*, *op. cit.*, p. 124.
[49] *Ibid.*, p. 97.
[50] Citado en Sven Lindqvist, *Maintenant tu es mort*, *op. cit.*, section 239.
[51] Karl Jaspers, *La Culpabilité allemande*, Éditions de Minuit, París, 1990.
[52] W. G. Sebald, *De la destruction comme élément de l'histoire naturelle*, *op. cit.*, p. 25.

de los judíos dirigidos hacia las estaciones, desde donde eran deportados a los campos de la muerte.

DESARRAIGAR

Si los dos conflictos mundiales mostraron desde el principio caracerísticas de guerra civil, se debe a que fueron conducidos como *guerras totales*. Surgido en 1915, este término se generaliza rápidamente en todas las lenguas occidentales antes de ser consagrado por la obra homónima del general alemán Erich Ludendorff, veinte años más tarde. La guerra total supera, por definición, los límites de una guerra clásica para invadir el espacio de la sociedad civil, tradicionalmente excluida del dominio militar. No se combate ya solamente sobre las líneas del frente, sino también sobre la retaguardia. Los submarinos llevan el combate a los mares y los bombardeos aéreos impactan sobre las ciudades. Todo el continente se convierte en teatro de las operaciones militares: los civiles son implicados en los conflictos, tanto al producir para el ejército como al transformarse en blanco de las bombas enemigas. La guerra se convierte de esta forma, escribe Ludendorff, en una «lucha por la existencia», lo que constituye para él su verdadera «justificación ética».[53] Durante la primera guerra mundial, las economías se transforman en economías de guerra, poniendo en cuestión los postulados liberales del «laissez faire». Los obreros se convierten en «milicianos del trabajo» activos en la retaguardia y las mujeres entran masivamente en la producción en nombre del deber patriótico, reemplazando a los hombres enrolados. La cultura se transforma en propaganda, la prensa ilustrada y el cine son colocados bajo el control de los Gobiernos para defender la Unión Sagrada. Los Gobiernos crean oficinas de propaganda en las cuales trabajan intelectuales con «uniforme», como los historiadores Arnold J. Toynbee en Inglaterra y Gioacchino Volpe en Italia. Desde 1792, la lógica de la guerra es la de la movilización nacional. La «Unión Sagrada», subraya John Horne, no es más que una «tentativa de secularización de la idea de cruzada».[54] Pero 1914 cruza un umbral en esta «nacionalización» de la guerra –asunto de los pueblos y no ya solamente de las dinastías– y en la contaminación del dominio civil por el militar. En este sentido, la guerra total se impone sobre el conjunto del continente como una guerra *civil*. No porque oponga fuerzas enemigas pertenecientes a una misma comunidad política, a un mismo Estado, sino porque afecta profundamente a las sociedades civiles de todos los países involucrados. Es por eso por lo que Alexandre Koyré veía la guerra moderna, a causa de los

[53] Erich Ludendorff, *Der totale Krieg,* Ludendorff Verlag, Múnich, 1935. *Cf.* Hans Ulrich Wehler, «"Absoluter" und "totaler" Krieg. Vom Clausewitz zu Ludendorff», *Politische Vierteljahresschrift*, Jg. X, 1969, pp. 220-248.

[54] *Cf.* John Horne, «Les civils et la violence de guerre», *La Violence de guerre, op. cit.*, p. 142.

trastornos sociales, económicos, políticos y demográficos que provoca, como una «especie de revolución».[55]

La naturaleza misma de los medios de destrucción modernos pulveriza la distinción, hasta entonces normativa, entre combatientes y civiles. En 1914, los imperios centrales son golpeados por el bloqueo económico que, al término del conflicto, habrá costado la vida a un alto número de civiles alemanes; la cifra oscila, según diferentes estimaciones, entre cuatrocientos veinticuatro mil y ochocientas mil personas.[56] Las ciudades cercanas al frente se convierten rápidamente en objetivos militares; son sometidas a bombardeos intensivos y, a menudo, destruidas, como mostraba con gran detallismo Ernst Friedrich, en 1924, en su panfleto pacifista *¡Guerra a la guerra!*[57] Las poblaciones de los territorios ocupados son, con frecuencia, obligadas a realizar trabajos forzados, mientras que los residentes de países enemigos son percibidos como una potencial «quinta columna» y recluidos debido a su condición de extranjeros indeseables. Se asiste, así, a las primeras formas de traslados forzosos de poblaciones por parte de los ejércitos de ocupación en Francia, en Bélgica y en la Galicia habsbúrgica. La guerra contra los civiles, resaltan Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, «es una verdadera guerra cuyos objetivos no difieren de los de la guerra que se lleva a cabo en los campos de batalla».[58] Hacia el final del conflicto, nadie podía ignorar hasta qué punto las sociedades europeas se habían visto sacudidas por este gigantesco trauma: una generación entera había sido abatida en las trincheras, las naciones estaban empobrecidas, los Estados endeudados, las elites aristocráticas mermadas, las relaciones comerciales y diplomáticas destruidas, los sistemas políticos profundamente quebrantados y, en varios países, los regímenes gobernantes desafiados por movimientos insurgentes.

Es en medio de este clima de guerra cuando, dentro del Imperio otomano en decadencia, el régimen turco lleva a cabo el genocidio de más de un millón de armenios sospechosos de actuar como «quinta columna». Una larga historia de persecuciones encuentra su epílogo trágico en el contexto de una guerra total que radicaliza el nacionalismo turco y transforma su hostilidad hacia las minorías alógenas en un proyecto de exterminio. Los armenios son acusados de estar aliados con el enemigo ruso en su calidad de cristianos y de ser solidarios con sus connacionales del ejército zarista. Las formas y los medios de este primer genocidio del siglo XX son arcaicas, pero su realización procede del contexto de crisis, de violencia generalizada y de habituación a la muerte en

[55] Alexandre Koyré, *La Cinquième Colonne*, Allia, París, 1997, p. 33.

[56] *Cf.* Jonathan Glover, *Humanity. A Moral History of the Twentieth Century,* Jonathan Cape, Londres, 1999, p. 65.

[57] Ernst Friedrich, *Krieg dem Kriege,* DVA, Múnich, 2004.

[58] Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, *14-18. Retrouver la guerre,* Gallimard, París, 2000, p. 72.

masa creado por la guerra total.[59] A causa de su rol social, económico y cultural dentro del Imperio otomano, los armenios constituyen uno de los obstáculos más importantes para el proceso de homogeneización nacional impulsado por el movimiento de los Jóvenes Turcos. Se trata del primer genocidio perpetrado en nombre del nacionalismo moderno, acta de nacimiento de un Estado-nación de tipo occidental que sustituye a un antiguo Imperio multinacional.

Una lógica análoga preside las vastas operaciones de limpieza étnica que tienen lugar en Europa Central y en los Balcanes al final de la guerra. Ésta –Hannah Arendt lo mostró en *Los orígenes del totalitarismo*– da origen a una nueva categoría de personas sin ciudadanía y sin derechos: los refugiados y los apátridas (*stateless people*). La legitimidad de la que podía valerse el orden europeo anterior a 1914 no era nacional, sino, salvo excepciones, dinástica e imperial. La legitimidad de los Estados surgidos de su derrumbe está lejos de corresponder, especialmente en Europa Central, al crisol religioso, étnico, lingüístico y cultural de sus poblaciones. Numerosas son las minorías que no encuentran lugar dentro del nuevo sistema político basado en el modelo del Estado-nación. El estallido del viejo dispositivo de las relaciones internacionales intensifica las crisis de la posguerra, provocando una mezcla explosiva de guerras civiles y de revoluciones. A diferencia de sus predecesores de los tiempos de las guerras religiosas –los hugonotes acogidos por la Europa protestante–, los apátridas del siglo XX se encuentran solos.[60] Una de las consecuencias de los tratados de paz que, a partir de 1919, sancionan la disolución de los Imperios centrales, es el desplazamiento forzoso de casi diez millones de personas.[61] Alrededor de un millón de alemanes son expulsados de los territorios arrebatados al antiguo Imperio prusiano (Posnania, Pomerania, Alta Silesia) o huyen de los países bálticos inmersos en la guerra civil. Dos millones de polacos son desplazados y repatriados dentro de las fronteras del Estado nuevamente creado fuera de su tierra natal. La guerra civil en el ex Imperio zarista provoca el éxodo de más de dos millones de rusos y ucranianos. A semejanza de Rumania, de Checoslovaquia y de Yugoslavia, Hungría recibe cientos de miles de sus connacionales provenientes de los países surgidos de la disolución del Imperio habsbúrgico, mientras que otros abandonan Budapest a causa de la guerra civil, una primera oleada huyendo de los comunistas de Béla Kun, una segunda intentando escapar de la represión del mariscal Horthy. Los desplazamientos cruzados de población y los éxodos forzosos no son menos importantes en el ex Imperio otomano. El Tratado de Lausana (1923) decide

[59] *Cf.* Jay Winter, «Under Cover of War. The Armenian Genocide in the Context of Total War», en Robert Gelatelly, Ben Kiernan (eds.), *Genocide. Mass Murder in Historical Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003, pp. 189-214.

[60] Hannah Arendt, *Les Origines du totalitarisme*, *op. cit.*, p. 561.

[61] Los datos indicados abajo están extraídos de Michael Marrus, *The Unwanted. European Refugees in the Twentieth Century*, Oxford University Press, Nueva York, 1985.

la expulsión de más de un millón de griegos ortodoxos residentes en Turquía y de cuatrocientos mil turcos residentes en Grecia, país que se ve invadido por una oleada de refugiados, que conforman a partir de ese momento la cuarta parte de su población, haciendo que la de Atenas y Salónica se duplique. En virtud del Tratado de Neuilly (1923), cincuenta y dos mil personas abandonan Bulgaria con destino a Grecia y treinta mil hacen el camino inverso. Más de trescientos mil armenios, que han sobrevivido al genocidio, abandonan Turquía durante los años posteriores al fin de la guerra. Puesto que muchos refugiados han sido privados de la nacionalidad por su Estado de origen –una práctica iniciada por Alemania y luego seguida por la Rusia soviética respecto de los emigrados blancos–, la Sociedad de Naciones crea, a partir de 1921, un Alto Comisariado de los Refugiados, presidido por el noruego Fridtjof Nansen, para otorgar documentos a los «apátridas», cuya ayuda recaerá especialmente sobre aquellos de origen ruso y armenio. A esta masa de *Heimatlosen* se añadirán, a partir de 1933, los judíos que huyen de la Alemania nazi, pronto seguidos por los de Austria y Checoslovaquia, cuyo número alcanzará cerca de cuatrocientas cincuenta mil personas al principio de la Segunda Guerra Mundial.[62] En 1939, un número semejante de republicanos españoles cruza la frontera francesa.[63] Este inmenso trastorno es el producto de una crisis europea en la cual la reformulación de las fronteras confirma el resultado de los enfrentamientos políticos y de las guerras civiles.

Para Hannah Arendt, el surgimiento de los apátridas, estos individuos desprovistos de reconocimiento y de protección legal, revela una paradoja de la modernidad. Encarnan la humanidad abstracta postulada por la filosofía de la Ilustración y, al mismo tiempo, son personas fuera de la ley, no porque la hayan transgredido, sino simplemente porque no hay ninguna ley susceptible de reconocerlos como ciudadanos. «La transformación del Estado de instrumento de la ley en instrumento de la nación», escribe, ha creado una situación inédita en la cual los apátridas no solamente han perdido su patria, sino que ya no están en condiciones de obtener una nueva. «El primer golpe asestado contra los Estados-naciones con la llegada de cientos de miles de apátridas fue que el derecho de asilo, el único derecho que alguna vez había figurado como símbolo de los Derechos del hombre en el dominio de las relaciones internacionales, fue abolido».[64] Una condición que, por una ironía de la historia, parece dar la razón a un conservador como Edmund Burke. Ya en 1790, en efecto, éste había criticado como una abstracción vacía de sentido la noción universal de humanidad elaborada por la filosofía de la Ilustración, con sus «derechos naturales», a los cuales él oponía los «derechos de los ingleses», es decir, los privilegios

[62] *Cf.* Herbert Strauss (ed.), *Jewish Immigrants of the Nazi Period in the USA*, 6 vol., Saur, Múnich, 1987.

[63] *Cf.* Paul Preston, *A Concise History of the Spanish Civil War*, *op. cit.*, p. 107, cap. 9.

[64] Hannah Arendt, *Les Origines du totalitarisme*, *op. cit.*, p. 578.

de la aristocracia británica, bien concretos y transmitidos como herencia de una generación a otra.[65] En su condición de «fuera de la ley», expulsados de la humanidad en la medida en que están privados de derechos políticos, los apátridas a menudo son recluidos en campos. Y esta reclusión de un grupo humano cuya única falta consiste en existir sin pertenecer a una comunidad política, más precisamente a una entidad política, prosigue Hannah Arendt, fue el primer paso, en la Europa de los años treinta, de un proceso que condujo a estos individuos «superfluos» hacia los campos de exterminio nazis. «Antes de hacer funcionar las cámaras de gas, los nazis habían estudiado cuidadosamente la cuestión y descubierto para su gran satisfacción que ningún país reclamaría a esas personas. Lo que es necesario saber es que una situación de completa privación de derechos había sido creada mucho antes de que el derecho mismo a vivir fuera impugnado».[66]

Esta reflexión de Arendt sobre el destino de los apátridas descubre las premisas del genocidio judío en el contexto creado por la Gran Guerra y la dislocación de Europa. Pero también hay, en la aparición repentina de esta masa de apátridas en el escenario de la historia, un síntoma de la guerra civil europea. En su condición de «fuera de la ley» excluido de la comunidad política, el apátrida comparte ciertos rasgos con el enemigo en la guerra civil, con la diferencia de que, pese a no ser un beligerante, su estatus de «fuera de la ley», sin protección, lo condena *a priori* al rol de víctima. Por eso se convierte en una figura emblemática de la crisis europea, que tiene su punto de partida en 1914.

Evidentemente, es la Segunda Guerra Mundial la que revela de manera plena su carácter de *guerra contra los civiles*, los cuales constituyen alrededor de la mitad de sus víctimas (veinticinco millones sobre un total de cuarenta y ocho). Asimismo, entre 1939 y 1948, al menos cuarenta millones de personas son desplazadas a causa de las deportaciones, del terror y de los cambios en el trazado de las fronteras. Los primeros traslados forzosos de poblaciones se producen después de la división de Polonia y de los países bálticos entre la URSS y el Tercer Reich, en 1939. Dos años después, la ofensiva alemana contra el Estado soviético es concebida por Hitler como una campaña de colonización germánica de Europa Oriental –la primera conquista del *Lebensraum*, el «espacio vital»– que conllevaba la deportación y luego la eliminación de varios millones de eslavos mediante el hambre. Polonia no es solamente vencida; debe desaparecer como entidad nacional, a través del exterminio de su elite política, militar e intelectual. En esta guerra, las víctimas civiles no constituyen «daños colaterales», sino blancos cuya destrucción es planificada. La reordenación de los territorios conquistados implica gigantescas operaciones de limpieza étnica, con traslados forzosos de las poblaciones eslavas y el asentamiento de gru-

[65] Edmund Burke, *Réflexions sur la Révolution de France*, Hachette, París, 1989, pp. 42-43.

[66] Hannah Arendt, *Les Origines du totalitarisme*, *op. cit.*, p. 598.

pos de «alemanes de pura cepa» (*Volksdeutsche*). El exterminio de los judíos se inscribe, con sus características específicas, en este vasto proyecto que prevé también una reducción de la población eslava mediante la desnutrición. En el otoño de 1941, cuando la ofensiva alemana contra la URSS se encuentra en su apogeo, Göring prevé que el hambre aniquilará entre veinte y treinta millones de ciudadanos soviéticos en los territorios conquistados por la Wehrmacht durante el curso del invierno siguiente.[67] Los prisioneros de guerra soviéticos, por su parte, son internados en campos que funcionan como centros de exterminio lento, cuando no son inmediatamente ejecutados (en *Kaputt*, Malaparte evoca una de estas operaciones en las cuales las víctimas son seleccionadas a través de una prueba de lectura: sólo los semianalfabetos son mantenidos con vida).[68]

Si los tratados de paz de 1919-1923 habían reformulado el mapa político de Europa, las potencias victoriosas procedieron, en 1945, a un retoque mucho más drástico de las fronteras, intentando homogeneizar en el plano étnico vastos territorios. Versalles había reconocido el desmoronamiento de los Imperios multinacionales y había dado origen a un conjunto de Estados que reivindicaban con fuerza su carácter nacional, pero que no poseían, a menudo, más que una homogeneidad nacional y lingüística muy endeble. En Potsdam, los vencedores buscaron hacer coincidir las fronteras nacionales y las fronteras políticas a través de los traslados forzosos de poblaciones. La guerra rediseña a fondo no solamente el mapa político, sino también el mapa etnográfico del continente, sobre todo en la parte central y oriental. Esta vasta campaña de limpieza étnica se traduce, entre 1945 y 1948, en la expulsión de quince millones de alemanes: siete millones de la Silesia, de Pomerania y de Prusia oriental; tres millones de los Sudetes; dos millones de Polonia y de la URSS; dos millones setecientos mil de Yugoslavia, de Rumanía y de Hungría. Esto permite la formación de una Polonia homogénea en el plano nacional y la anexión de Prusia oriental a la URSS. El éxodo había comenzado en 1944 con la entrada del Ejército Rojo en los territorios del Reich alemán. Según el diplomático americano George Kennan, que se dirige a la zona en 1945, «el espectáculo era el de un país totalmente arruinado y destruido; de una punta a la otra, era muy difícil percibir un signo de vida».[69] Polonia, que contaba con un tercio de población no polaca en 1939, pasa a ser polaca en un 97% a partir de 1948. Rumania, que se había transformado en un Estado multinacional después de la Primera Guerra Mundial, no conserva ya, después de la segunda, más que una minoría consistente, la de los húngaros. Checoslovaquia, que contaba con un 23% de alemanes en 1939, casi no tiene ninguno hacia 1948.

[67] *Cf.* Götz Aly, «*Endlösung*», *Völkerschiebung und der Mord an den europäischen Juden*, Fischer, Fráncfort del Meno, 1995, p. 285.

[68] Curzio Malaparte, *Kaputt*, *op. cit.*, pp. 208-209.

[69] Citado por Michael Marrus, *The Unwanted*, *op. cit.*, p. 301; véase también Alfred M. de Zayas, *Nemesis at Potsdam*, *op. cit.*, p. 60.

El fin de la *Mitteleuropa* fue una de las consecuencias de la guerra civil europea.[70] Este concepto vehiculó siempre múltiples significados a lo largo de su historia. En un principio, la idea geopolítica de una *Großdeutschland* como potencia dominante en el corazón del continente, según la visión elaborada por Friedrich Naumann durante la Primera Guerra Mundial.[71] Luego, la idea de la unidad cultural del mundo germánico, más allá de sus fronteras políticas, fundada sobre la lengua y la presencia de minorías germanófonas en un vasto espacio que se extiende desde Könisberg a Trieste. Junto a esta forma de pangermanismo cultural, defendido por Karl Jaspers en su correspondencia con Hannah Arendt,[72] encontramos otra variante, inevitablemente cargada de una fuerte connotación nostálgica después de 1948, que identifica *Mitteleuropa* con la herencia del Imperio habsbúrgico, multinacional y cosmpolita, opuesto a una Alemania monolítica fundada en el *Volk* germánico. Es el mito habsbúrgico, que ha encontrado sus intérpretes literarios en Joseph Roth y Elias Canetti, y sus historiadores en François Fejtö y Claudio Magris.[73] En esta visión, Europa Central aparece como un espacio de identidades plurales, compartido por el mosaico de pueblos enclavado entre Rusia y Alemania. En otras palabras, es una encrucijada de culturas germánicas y eslavas, pero también latinas (Rumanía, Trieste), y de religiones diferentes (protestantes, católicos, ortodoxos, judíos y, en sus márgenes, musulmanes). Ahora bien, ninguna de estas diferentes concepciones de la *Mitteleuropa* sobrevivió a los estragos de la guerra civil europea. Los tratados de paz firmados al final de la Gran Guerra «nacionalizaron» países cuya identidad misma provenía de su diversidad. Después de 1945, la idea de *Mitteleuropa* sufrió un eclipse a partir de la desaparición de sus pilares: la anexión de Prusia oriental a Polonia y a la URSS, la expulsión de las minorías alemanas, el fin de las «pequeñas naciones» multiétnicas del área danubiana y, sobre todo, el exterminio de los judíos, su verdadero cemento cultural.

[70] *Cf.* Mark Mazower, *Le Continent des ténèbres. Une histoire de l'Europe au XX^e siècle*, *op. cit.*, pp. 223-229.

[71] Sobre la historia del concepto de *Mitteleuropa*, *cf.* Jacques Le Rider, *La Mitteleuropa*, Presses Universitaires de France, París, 1994 y, sobre todo, Alexandra Laignel-Levastine, *Esprits d'Europe. Autour de Czeslaw Mislosz, Jan Patocka, Istvan Bibo*, Calmann-Lévy, París, 2005.

[72] Hannah Arendt, Karl Jaspers, *Correspondance, 1926-1969*, Payot, París, 1995, pp. 143-144.

[73] François Fejtö, *Requiem pour un empire défunt. Histoire de la destruction de l'Autriche-Hongrie*, Seuil, París, 1988; Claudio Magris, *Danube*, Gallimard, París, 1986. Véanse también las reflexiones fundamentales de Istvan Bibo, *Misère des petits États de l'Europe de l'Est*, Albin Michel, 1993 y Milán Kundera, «L'Occident kidnappé ou la tragédie de l'Europe centrale», *Le Débat*, 27, 1983, pp. 3-22.

JUZGAR AL ENEMIGO

DEBELLATIO

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Europa es un montón de ruinas.[1] Los muertos, más de la mitad de los cuales son civiles, se cuentan por decenas de millones. En algunos países, las pérdidas de población son gigantescas: 14% en la URSS, 18% en Polonia, más del 10% en Yugoslavia. El nazismo ha aniquilado a seis millones de judíos y quinientos mil gitanos. Los prisioneros de guerra también se cuentan por millones, incluidos dos millones doscientos setenta mil soldados soviéticos y más de un millón y medio de alemanes. El número de «personas desplazadas» a causa de los bombardeos, de las destrucciones o de las deportaciones, roza los veinte millones. En Europa Central, los traslados forzosos de poblaciones van a modificar en profundidad la estructura y la identidad de varios países, desde Alemania hasta Polonia, desde Checoslovaquia hasta Hungría. El continente está dividido en esferas de influencia y la estructura social de algunas naciones ha sido profundamente afectada. Además de sus minorías, Polonia ha perdido un cuarto de su población urbana, el 55% de sus abogados, el 40% de sus médicos y un tercio de sus profesores universitarios. Los daños materiales también son enormes. Los centros urbanos han sido arrasados por los bombardeos, especialmente en Alemania. La red viaria está ampliamente dañada, también en países que han sufrido pérdidas humanas mucho menores que la URSS o Polonia. La fotografía, la literatura y el cine de la época han mostrado el estado de miseria del continente, donde conseguir alimento y techo se ha convertido en una preocupación fundamental para la mayoría de la población. Dejando de lado las epidemias, estos simples datos proveen la sustancia de la comparación ritual con la guerra de los Treinta Años.

En 1945, Alemania no se encuentra sujeta a un estado de «ocupación beligerante», según la definición de la Convención de La Haya de 1907. En otras

[1] La mayor parte de los datos que siguen están extraídos de Stéphane Courtois y Annette Wieviorka (ed.), *L'État du monde en 1945*, La Découverte, París, 1994.

palabras, no es una nación vencida y temporalmente ocupada por fuerzas que la reconocen como Estado beligerante. Después de su «rendición incondicional» y la disolución del último Gobierno del Reich presidido por el almirante Dönitz, el país ha perdido su soberanía, que ha sido transferida *de facto* a las cuatro potencias ocupantes. Simplemente, ya no hay un Estado alemán. La URSS, Estados Unidos, Reino Unido y Francia no desean firmar un tratado de paz con su enemigo vencido, desean decidir sobre su futuro. «Tras la rendición incondicional –explica Hans Kelsen en 1945–, Alemania ha cesado de existir como Estado desde el punto de vista del Derecho Internacional».[2] Su estatus, añade, corresponde más bien al de la *debellatio*.[3] Puesto que las fuerzas de ocupación no desean «anexar» el país, establecen una especie de condominio comparable con aquel que Prusia y Austria habían impuesto a Schleswig-Holstein en 1864, el Reino Unido y Egipto a Sudán en 1898, o Austria y Hungría a Bosnia Herzegovina en 1908.[4] En un primer momento, los Aliados no excluyen la posibilidad de arrebatar a Alemania su soberanía durante al menos una generación. Henry Morgenthau, uno de los colaboradores más íntimos de Roosevelt, deseaba transformar a los alemanes en una «población agrícola de pequeños propietarios».[5] Si el país recobra su independencia en 1949, tras el estallido de la guerra fría, no es en virtud de un tratado de paz, sino por la voluntad de sus ocupantes de crear dos Estados separados.

La salida de una guerra civil supone la creación de un nuevo orden por parte de los vencedores y la aplicación –podría casi decirse la puesta en escena– de su justicia. El vencido no sobrevive como entidad institucional o política al aceptar las condiciones del vencedor; es inculpado, juzgado, condenado y ejecutado por el vencedor. El hecho de que el enjuiciamiento del enemigo satisfaga una necesidad de justicia y aparezca como éticamente fundamentado, incluso necesario, a ojos de la opinión internacional, no disminuye en lo más mínimo su carácter eminentemente político. Lejos de imponerse por encima de los partidos en cuestión, el derecho funciona en estas circunstancias como un instrumento a disposición de los vencedores, cuya victoria se mide también desde el punto de vista del impacto simbólico de su justicia política.[6] El enjuiciamiento del enemigo sirve para consolidar la victoria, legitimarla, sacralizarla en el plano

[2] Hans Kelsen, «The Legal Status of Germany According to the Declaration of Berlin», *The American Journal of International Law*, art. citado, n.º 3, 1945, p. 519.

[3] *Ibid.*, p. 520.

[4] *Ibid.*, p. 524.

[5] *Cf.* Michael R. Marrus, *The Nuremberg War Crimes Trial 1945-1946. A Documentary History*, Boston- Bedford-St. Martin's, Nueva York, 1997, p. 24.

[6] Sobre esta noción, véase Otto Kirchheimer, *Political Justice. The Use of Legal Procedure for Political Ends*, Princeton University Press, Princeton, 1961. Sobre el contexto de los procesos políticos que siguen al término de la Segunda Guerra Mundial, *Cf.* Marcelo Flores, *L'età del sospetto. I processi politici della guerra fredda*, cap. 1, Il Mulino, Bolonia, 1995.

moral, y también para ahogar un deseo de venganza, impedir una oleada de violencia sin control, desmesurada, excitada por la pasión o, al menos, si esta oleada ya se ha desencadenado, para contenerla y lograr que refluya. La justicia política apacigua los sentimientos y desactiva el potencial explosivo, compuesto de emociones y odios, que la guerra civil había activado. En pocas palabras, la justicia política es, a la vez, una necesidad y una conveniencia.

JUSTICIA POLÍTICA

En su desarrollo concreto, el proceso de Núremberg es bastante improvisado. Los acusados son jefes nazis caídos en poder de los vencedores. A fin de respetar un cierto equilibrio, se conviene en juzgar también a los responsables capturados por las fuerzas soviéticas, aunque fueran pocos y de menor importancia. Sin embargo, la lógica profunda del proceso de Núremberg se esbozaba ya desde hacía más de dos años. La primera opción de Stalin, que, en marzo de 1943, proponía la ejecución sumaria de varias decenas de miles de responsables del Tercer Reich, fue descartada a causa de la oposición de Churchill, que había sugerido redactar una lista de alrededor de cien nombres (algunos meses antes, él mismo había considerado una solución análoga a la de Stalin).[7] De hecho, los soviéticos mismos tomaron rápidamente conciencia de la importancia de que existiera un juicio (dándose cuenta de que tendría una dimensión totalmente diferente de las farsas de Moscú de 1936-1938). En diciembre de 1943, en Jarkov, en el frente ucraniano, habían juzgado y ejecutado, ante una multitud de cuarenta mil personas, a tres soldados alemanes y un colaborador ruso capturados después de la batalla de Stalingrado y acusados de haber matado a ciudadanos soviéticos con «cámaras de gas móviles».[8] La *Pravda* había dado gran trascendencia a este suceso que sonaba como una advertencia dirigida a los nazis y como el anuncio del carácter implacable de la justicia que los esperaba cuando fuesen derrotados. Ya durante la guerra, este episodio había inspirado una película realizada con un fin propagandístico.

Es esta lógica –el castigo del enemigo a través del veredicto de un proceso ejemplar– lo que lleva a la creación del Tribunal Militar Internacional (TMI) de Núremberg. La idea de confiar la organización del proceso a la justicia de un país neutral no fue jamás siquiera considerada, pues haber sido neutral durante esta guerra no aparecía como una virtud. El TMI es, por lo tanto, instituido por los vencedores, sobre la base de las reglas fijadas por ellos en el curso de la

[7] *Cf.* Telford Taylor, *Procureur à Nuremberg,* Seuil, París, 1995, p. 42; Arieh J. Kochavi, *Prelude to Nuremberg. Allied War Crimes Policy and the Question of Punishment*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1998, p. 75.

[8] *Cf.* Arieh J. Kochavi, *Prelude to Nuremberg*, *op. cit.*, p. 66-72; Alfred de Zayas, «Der Nürnberg Prozess», en Alexander Demandt (ed.), *Macht und Recht. Große Prozesse in der Geschichte*, C.H. Beck, Múnich, 1990, p. 250.

guerra. Para que el proyecto llegara a buen término, era necesario evitar los errores del pasado. En 1919, el Tratado de Versalles preveía llevar frente a una Corte Penal Internacional a cientos de responsables alemanes acusados de crímenes de guerra, desde el emperador Guillermo II hasta el canciller Bethmann-Hollweg, desde el mariscal de campo Hindenburg, futuro presidente de la República de Weimar, hasta el general Ludendorff. Pero este proceso no tuvo lugar, a causa de la negativa alemana a someterse a semejante humillación, aunque también de la negativa de Holanda a extraditar al emperador derrocado. Un simulacro de proceso se realizará, finalmente, en Leipzig, en 1921, contra algunas decenas de criminales de guerra, cuyo resultado será numerosas absoluciones y algunas condenas simbólicas, seguidas por liberaciones precoces.[9] Una solución semejante no es imaginable en 1945, cuando la lógica de la guerra civil se ha impuesto plenamente.

Producto de una prolongada negociación (en Londres, durante el verano de 1945) entre los representantes de las cuatro potencias victoriosas, la jurisdicción del Tribunal de Núremberg, ante el que comparecen cerca de veinte jerarcas del régimen nazi, del ejército y de la economía alemanes, alcanza tres dominios esenciales.[10] Se trata, en primer lugar, de los «crímenes contra la paz», es decir, la violación del derecho internacional y la «conspiración» con vistas a una guerra de conquista («la dirección, la preparación, la activación y dirección de una guerra de agresión»). Les siguen los «crímenes de guerra», es decir, la «violación de las leyes y costumbres de la guerra» por el trato inhumano a los prisioneros o a los civiles, y el saqueo y la destrucción de los bienes públicos y privados de los países enemigos, no justificados por motivos militares. Se añaden, finalmente, los «crímenes contra la humanidad», es decir, la deportación, la esclavización y exterminio de poblaciones civiles, llevados a cabo sobre la base de principios políticos, raciales o religiosos.

Las doce condenas a muerte y las demás penas duras dictaminadas en Núremberg suscitaron pronto un vasto debate jurídico y político. Las nociones de «crímenes contra la paz» y de «crimen contra la humanidad» no existían antes de la guerra y los abogados de la defensa protestaron vigorosamente contra la aplicación de leyes *ex post facto* que contradecían un principio fundamental del derecho: existe una no retroactividad de la ley (*nullum crimen, nulla poena sine lege*). Ya durante la instrucción, los juristas franceses y soviéticos habían manifestado su perplejidad ante la noción de «crímenes contra la paz» que implicaba la «guerra de agresión».[11] Para los franceses la adopción de este principio jurídico corría el riesgo de reducir el conjunto de los crímenes alemanes al

[9] *Cf.* Jean-Jacques Becker, «Le procès de Leipzig», en Annette Wieviorka (ed.), *Les Procès de Nuremberg et de Tokyo*, Complexe, Bruselas, 1996, pp. 51-51.

[10] Véase el estatuto del TMI en anexo de Telford Taylor, *Procureur à Nuremberg*, *op. cit.*, pp. 661-667.

[11] *Ibid.*, p. 81.

«complot» de un pequeño grupo de jerarcas nazis, colocando en segundo plano los crímenes «sustanciales» perpetrados durante esta guerra de agresión. La oposición de los soviéticos se apoyaba en motivos diferentes. Al adoptar este principio, la URSS debería haber sido condenada por su agresión a Polonia y a los países bálticos, en 1939, al mismo nivel que Alemania. Casi simultáneamente, Francia y el Reino Unido habían declarado una «guerra de agresión» contra Alemania, país que no les había presentado ninguna amenaza, aunque esta guerra estuviera justificada a causa de la violación del derecho internacional por la invasión de Polonia. Puesto que en 1939 no existía ningún tratado que colocara a la guerra fuera de la ley, resultaba altamente contradictorio acusar a los Estados vencidos de «crímenes contra la paz». Ciertamente, la noción de «guerra de agresión» ya había aparecido en 1919, durante la Conferencia de Versalles, pero no había ingresado en el derecho. Reconocida como culpable del estallido de la guerra, Alemania había sido castigada con duras sanciones económicas, no con sanciones penales. Es verdad que, en 1928, el Pacto Briand-Kellogg había intentado desterrar la guerra de las relaciones internacionales, pero aquél constituía apenas un compromiso moral de parte de sus firmantes (será finalmente suscrito por cincuenta y cuatro Estados) y no un acto de derecho, pues no indicaba ninguna medida que se debiera adoptar en caso de «guerra de agresión». Desde este punto de vista, se inscribía dentro de la lógica de Versalles, que preveía sanciones económicas contra los Estados transgresores. En el proceso de Núremberg, en cambio, el TMI había dictado condenas por estos cargos sobre la base de la responsabilidad individual de los acusados. Telford Taylor, uno de los fiscales y, sin duda, el principal memorialista de Núremberg, reconoce abiertamente que los principios del TMI «establecían el castigo *ex post facto*». No podrían haber sido aceptados, agrega, sin el elemento «político y emocional» que sostenía la acusación, es decir, el deseo de condenar al nazismo expresado por la opinión pública internacional.[12] Según el jurista Hans Kelsen, la noción de «crimen contra la paz» no era necesaria para juzgar y condenar los crímenes de guerra perpetrados por estos Estados a lo largo de un conflicto cuyo estallido podía convertirse en objeto de una condena política, pero no de sanciones penales contra los individuos en el marco del derecho.[13] De manera paradójica, esta innovación jurídica corría el riesgo de disminuir el crimen condenado, en la medida en que la guerra de agresión era atribuida a una «conspiración» que –este aspecto fue subrayado por el juez francés Donnedieu des Vabres– no podía ser más que la obra maléfica de una pequeña camarilla, sin cuestionar toda la cadena de responsabilidades alemanas.[14]

[12] *Ibid.*, p. 644.

[13] *Cf.* Hans Kelsen, «Will the Judgement in the Nuremberg Trial Constitute a Precedent in International Law?», *International Law Quarterly*, vol. 1, n.° 2, 1947, pp. 157-158.

[14] *Cf.* Michael R. Marrus, *The Nuremberg War Crimes Trial*, *op. cit.*, p. 236.

La noción de «crimen contra la humanidad» –otra innovación jurídica del TMI– no suscitó objeciones, pero quedó en un lugar marginal dentro de un proceso concebido antes que nada para castigar a los responsables de una «conspiración» contra la paz. La mayoría de los crímenes nazis contra las poblaciones civiles fueron juzgados bajo el título de crímenes de guerra. Para los norteamericanos, los «crímenes contra la humanidad» sólo tenían un carácter «subsidiario».[15] El «crimen de crímenes», según las palabras del fiscal Robert H. Jackson, seguía siendo la «conspiración» contra la paz, pues es de ahí de donde derivaban el resto de los crímenes nazis.[16] La posición secundaria de los «crímenes contra la humanidad» contribuyó a la aceptación general de este cargo. Incluso un normativista riguroso como Hans Kelsen aprobaba la excepción representada por esta sanción penal introducida *a posteriori*. Ésta castigaba crímenes que, cuando fueron perpetrados, constituían, sin lugar a dudas, una violación del derecho existente, aun cuando no se encontrasen reunidos bajo un cargo específico. La introducción del criterio de la responsabilidad individual para estos crímenes no contradecía la legislación anterior. Sus responsables no podían ignorar la naturaleza criminal de sus actos y su castigo se imponía de manera natural, aun si era necesario recurrir a una ley *ex post facto*.[17] En otras palabras, el principio de justicia prevalecía en este caso sobre el respeto formal de la norma, en tanto la definición del «crimen contra la humanidad» hacía alusión al derecho natural, como una suerte de norma ética anterior y subyacente al derecho histórico positivo históricamente constituido.

Curiosamente, el punto de vista de Kelsen sobre la noción de «crimen contra la humanidad» fue compartido, al menos durante un breve momento, por Carl Schmitt. Éste fue uno de los primeros juristas en elaborar un análisis crítico del estatuto del TMI, hecho público el 8 de agosto de 1945. Tres semanas más tarde, en medio de las ruinas de Berlín y de la incertidumbre de una libertad provisional, entre dos detenciones, primero por parte de los soviéticos y luego por parte de los norteamericanos, el ex *Kronjurist* del Reich finalizaba un estudio sobre la historia de la idea de «guerra de agresión» (*Angriffskrieg*). Con consideraciones muy similares a las de Kelsen, manifestaba dudas sobre la pertinencia de este concepto que, de manera paradójica, podía acarrear la minimización del concepto, ya inscrito dentro del derecho, de «crimen de guerra», del cual el conflicto que acaba de finalizar había sido el teatro más cruel imaginable. En este marco, tomaba en consideración los «crímenes contra la humanidad», actos *mala in se* que denominaba con el nombre latino de *scelus infandum* [crimen abominable],[18] contra los cuales la justicia reclamaba sanciones más

[15] *Ibíd.*, p. 187.

[16] *Ibíd.*, p. 123.

[17] *Ibíd.*, p. 165.

[18] Carl Schmitt, *Das internationalrechtliche Verbrechen des Angriffskriegen und das Grundsatz «Nullum crimen, nulla poena sine lege»*, Duncker & Humblot, Berlín, 1994, p. 81.

allá de toda consideración respecto de la no retroactividad de la ley. «La inhumanidad [de estos actos] es tan grande y tan evidente –escribía Schmitt– que basta con demostrar los hechos y los ejecutores para fundamentar su castigo sin necesidad de considerar en cada caso las leyes penales entonces vigentes en el derecho positivo. Aquí, todos los argumentos de la percepción natural, de los sentimientos humanos, de la razón y de la justicia convergen de una manera tan elemental que justifican un veredicto de condena, frente a la cual ninguna norma positiva, no importa en qué sentido formal, aparece como necesaria. En estos casos, no hace falta tampoco plantearse la pregunta de hasta qué punto los ejecutores tenían una intención asesina, una premeditación criminal, pues resulta obvio».[19] Algunos años más tarde –después de dos detenciones, interrogatorios, la incautación de su biblioteca y la prohibición de enseñar–, Schmitt cambiará de opinión en cuanto a la definición de los «crímenes contra la humanidad». En 1949, por ejemplo, ironiza sobre la noción de «genocidio» y se presenta a sí mismo como víctima, por haber padecido la «erradicación (*Ausrottung*) de los funcionarios germanoprusianos».[20] Pero es precisamente a causa de su condición de ex nazi por lo que sus escritos de 1945 toman un relieve particular. Son testimonio de la percepción de los crímenes nazis por parte de la opinión alemana de la época y confirman el comentario de Telford Taylor sobre la importancia del contexto emocional en el que el veredicto de Núremberg fue pronunciado.

Aunque había consenso sobre ella, la noción nueva de «crimen contra la humanidad» fue manejada por la parte acusadora con torpeza e imprecisión. Informaciones aproximativas, hábitos mentales, actitudes psicológicas y cálculos políticos contribuyeron a dejar en la sombra los genocidios nazis, en una época en la que el concepto de genocidio se presentaba a los ojos de numerosos juristas como un «crimen contra la lengua inglesa».[21] Los fiscales soviéticos destacaron la deportación política; los anglonorteamericanos, por su parte, no hicieron nunca distinciones entre los campos de concentración y los campos de exterminio nazis, cuya existencia fue objeto, sin embargo, en las sesiones del juicio, de varios testimonios, a menudo acompañados de pruebas bajo la forma de documentos fílmicos.[22] Los judíos no fueron tomados en cuenta como grupo, sino solamente en el marco de sus diferentes países de pertenencia, pese a los testimonios y las pruebas de su exterminio sistemático presentados durante las audiencias. Los campos de Belzec, Sobibor y Treblinka son apenas mencionados en las actas. Puesto que la distinción entre deportación política y exter-

[19] *Ibid.*, p. 23.

[20] Carl Schmitt, *Glossarium. Aufzeichnungen der Jahre 1947-1951*, Duncker & Humblot, Berlín, 1991, p. 265.

[21] *Cf.* Annette Wieviorka, *Le Procès de Nuremberg*, Éditions Ouest-France, Rennes, 1995, p. 127.

[22] *Cf.* Christian Delage, *La Vérité par l'image. De Nuremberg au procès Milosevic*, Denoël, París, 2006.

minio racial no se llevó a cabo en ese momento, Núremberg aparece hoy en día como el espejo del silencio y de la incomprensión del mundo frente a la *Shoah*. La cifra de seis millones de víctimas judías fue ampliamente difundida durante el proceso, pero esto tuvo lugar, según el historiador Donald Bloxham, «en un ambiente donde las estadísticas eran lanzadas al aire con desenvoltura y donde falsas equivalencias eran planteadas con regularidad –de manera inconsciente o deliberada– entre los diferentes grupos de víctimas, mientras que la cobertura de la prensa contribuía a intensificar las distorsiones del Tribunal».[23] En sus comentarios del momento sobre el proceso, uno de sus actores, el juez francés Donnedieu de Vabres, señalaba que la carta del TMI había hecho ingresar «por la puerta pequeña» este nuevo tipo de crimen, el crimen contra la humanidad, que, sin embargo, «desapareció por la misma puerta cuando el Tribunal pronunció su fallo».[24]

El principal arquitecto de la acusación, el fiscal norteamericano Robert H. Jackson, deseaba un veredicto «para el futuro», susceptible de convertirse en un modelo de alcance universal. El impacto simbólico del proceso fue inmenso, pero esta justicia política de los vencedores no podía adquirir semejante carácter ejemplar. Sus límites habían sido lúcidamente señalados por Hans Kelsen: éste recordaba que, pese a la pretensión de decidir en nombre de las Naciones Unidas recién constituidas, el TMI reconocía en su preámbulo que extraía su legitimidad del «ejercicio del poder legislativo soberano de los países a los cuales el Reich alemán se ha rendido incondicionalmente».[25] Según el jurista austríaco, el fallo emitido por el Tribunal de Núremberg no podía adquirir el estatus de un principio constrictivo de carácter universal, por la simple razón de que no había sido establecido como «un principio general del derecho, sino como una regla aplicable exclusivamente a los Estados vencidos por los vencedores».[26] Esto constituía a sus ojos un *privilegium odiosum* que debía empañar la imagen del proceso para la posteridad.

El reparto de Polonia en 1939 fue considerada como un «crimen contra la paz», pero achacada solamente a Alemania, no a la URSS, cuya ocupación de Finlandia y de los países bálticos no fue recordada en ningún momento. Algunos crímenes de guerra soviéticos, como la masacre de los oficiales polacos en Katyn, fueron atribuidos a los alemanes, aunque la verdad sobre este episodio

[23] Donald Bloxham, *Genocide on Trial. War Crimes Trials and the Formation of Holocaust History and Memory*, Oxford University Press, Oxford, 2001, p. 124.

[24] Citado en Hannah Arendt, *Eichmann à Jérusalem*, Gallimard, París, 1991, pp. 415-416. Es la tesis defendida durante el proceso por el juez francés Henri Donnedieu de Vabres, «Le procès de Nuremberg», *Revue de droit pénal et de criminologie*, 27, 1946, pp. 480-490.

[25] Hans Kelsen, «Will the Judgement in the Nuremberg Trial Constitute a Precedent in International Law», art. citado, p. 169.

[26] *Ibíd.*, p. 170.

trágico era conocida por todos los actores del proceso.[27] A diferencia de los Aliados, que hubieran preferido ignorar este episodio, los fiscales soviéticos –entre los cuales se contaban algunos protagonistas de los procesos de Moscú de 1936-1938– insistieron en que se insertara esta mentira en las actas del proceso. Puesto que el TMI no había sido establecido para juzgar los crímenes de guerra aliados, ni la guerra naval ni los bombardeos masivos sobre las ciudades alemanas fueron aludidos en Núremberg, salvo para reconocer la conformidad de estos actos de destrucción con las «reglas» del derecho consuetudinario.

En relación con los «crímenes contra la humanidad», sorprende el contraste entre la poca atención dedicada al genocidio de los judíos y los gitanos y la insistencia de la acusación sobre actos que aparecen como de menor importancia, no solamente en la perspectiva del conjunto de los crímenes nazis, sino también en relación con las prácticas análogas de las fuerzas aliadas durante el conflicto. El TMI consideró como crímenes contra la humanidad la deportación de un millón de polacos del Warthegau (la Posnania anexada al Reich) y la de cien mil alsacianos hacia la Francia de Vichy. No le preocupó el hecho de que, en el momento en que este veredicto era pronunciado, más de diez millones de alemanes de Europa Central y varios millones de ciudadanos soviéticos pertenecientes a pueblos acusados de colaboración (desde los tártaros de Crimea hasta los alemanes del Volga, desde los chechenos hasta los ingusetios) eran expulsados de su tierra por la fuerza.[28]

El estatuto del TMI que incluía la noción de «crimen contra la humanidad» fue hecho público el 8 de agosto de 1945, en sincronía casi perfecta con el bombardeo atómico de las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. El exiliado judeoalemán Günther Anders escribió que la condena de los crímenes nazis pronunciada por el Tribunal de Núremberg «tenía lugar, desde el principio, en el marco de otros crímenes contra la humanidad».[29] En el editorial del mes de agosto de 1945 de la revista *Politics*, Dwight MacDonald calificaba a la bomba atómica de «acción atroz» que ponía a sus responsables «al mismo nivel moral que los carniceros de Majdanek».[30] Hablando de los «tribunales de los vencedores» organizados en Núremberg, Hannah Arendt arriesgará incluso la hipótesis de que, si habían optado por juzgar a un número muy limitado de criminales nazis, era esencialmente por prudencia, evitando el caso de «crí-

[27] *Cf.* Telford Taylor, *Procureur à Nuremberg*, *op. cit.*, pp. 134 y 328; Alfred de Zayas, «Der Nürnberger Prozess», *op. cit.*, p. 160.

[28] *Ibid.*, pp. 163-164.

[29] Günther Anders, *Die Atomare Drohung. Radikale Überlegungen*, C.H. Beck, Múnich, 1981, pp. 168-169.

[30] Dwight MacDonald, «The Bomb», *The Responsability of Peoples and Other Essays in Political Criticism*, Victor Gollancz, Londres, 1957, p. 103. Sobre Anders y MacDonald, *cf.* Enzo Traverso, *L'Histoire dechirée. Essai sur Auschwitz et les intellectuels*, cap. 4 y 8, Éditions du Cerf, París, 1997.

menes a propósito de los cuales se habría podido invocar el *tu quoque*»[tú también].[31]

Núremberg fue, por lo tanto, un proceso político en el cual una puesta en escena altamente dramática –un espectáculo sensacional, según Hannah Arendt–[32] sirvió tanto para satisfacer una demanda generalizada de justicia como para legitimar, incluso sacralizar, a los vencedores en su condición de nuevos amos del continente. A semejanza de todos los procesos políticos de la historia, su veredicto era conocido de antemano y su desarrollo adoptaba los rasgos, más allá del respeto por los procedimientos formales, de una liturgia dirigida a la opinión internacional. Los vencedores se expresaban en nombre del bien, de la moral y de la humanidad: el querellante, había proclamado Robert H. Jackson, era la «Civilización». Mientras que la acusación pudo consultar una documentación considerable, que constituirá la base de la primera investigación histórica sobre la violencia nazi, los archivos permanecieron prácticamente inaccesibles para la defensa, como se lamentaba el abogado del almirante Dönitz, Otto Kranzbühler.[33] En varios aspectos, Núremberg entra en la categoría de los procesos políticos que Max Weber había calificado de «justicia del cadí [*Kadijustiz*]». En esos procesos, escribía en *Economía y sociedad*, «las partes actuaban sobre los jueces a través del patetismo, de las lágrimas y los insultos dirigidos al adversario», siguiendo una partitura escrita de antemano donde «un magistrado nombraba a un *judex* dándole indicaciones insoslayables sobre las condiciones de condena de los acusados».[34]

Más allá de la sacralización de los vencedores, Núremberg tuvo una consecuencia fundamental para la redefinición del orden político de posguerra. Su veredicto establecía y castigaba responsabilidades individuales. Esto eliminaba la noción de «culpabilidad colectiva» que pesaba todavía sobre Alemania, condición necesaria para restablecer un Estado alemán (finalmente serán dos) poniendo fin al *condominium* surgido de la derrota del Reich hitleriano. Cuando el veredicto de Núremberg fue pronunciado, la alianza de los vencedores comenzaba a fisurarse y se escuchaban los primeros crujidos que anunciaban la guerra fría. El proceso permitió integrar una gran parte de Alemania en el dispositivo político-militar atlántico y, simétricamente, hizo posible la anexión de su parte oriental al bloque soviético, con lo que se encontraron ambas rehabilitadas, una en nombre del anticomunismo y la otra en nombre del antifascismo. En cierta forma, el veredicto de Núremberg zanjaba, volviéndolas caducas y obsoletas, todas las preguntas planteadas por Karl Jaspers en su ensayo sobre

[31] Hannah Arendt, *Eichmann à Jérusalem*, *op. cit.*, p. 414. La opinión de Arendt es compartida por Michael R. Marrus, *The Nuremberg War Crimes Trial*, *op. cit.*, pp. 131-132.

[32] Hannah Arendt, *Eichmann à Jérusalem*, *op. cit.*, p. 16.

[33] Citado en Michael R. Marrus, *The Nuremberg War Crimes Trial*, *op. cit.*, p. 248.

[34] *Cf.* Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, t. 2, J. C. B. Mohr, Tübingen, 1956, p. 1035.

la «cuestión de la culpa alemana», aparecido en Heidelberg en abril de 1946.[35] En los términos en que la definía el filósofo, la «culpabilidad metafísica» derivada de una comunidad de existencia y pesando sobre el conjunto de la nación alemana más allá de las responsabilidades penales de sus dirigentes, no tenía ya razón de ser. Núremberg había lavado a Alemania de su falta y ésta podía dejar de aparecer (y de percibirse) como una «nación paria».[36] El ensayo de Jaspers sigue siendo un texto mayor de filosofía moral, pero no suscitó ningún debate en la Alemania del «año cero». Durante los veinte años que siguieron a la caída del nazismo, Alemania vivió más bien en el sentimiento de una «inocencia colectiva (*kollektive Unschuld*)».[37]

DEPURACIÓN

Al término del conflicto, Europa no se encuentra dedicada solamente a curar sus heridas. También se halla enfrentada de manera dramática a sus propios desgarramientos, tanto a los que han opuesto a las grandes potencias como a los que se han producido dentro de cada país. Las personas acusadas de colaboración con las fuerzas de la Alemania nazi y sus aliados se cuentan por millones; según el historiador Istvan Deak, esto afecta a un número de personas que oscila entre el 2 y el 3% de la población global.[38] Si no son ejecutados por la Resistencia, como Mussolini en abril de 1945, los principales responsables de la colaboración con el Reich hitleriano son detenidos. El mariscal Pétain, el húngaro Szàlasi, el noruego Quisling, el eslovaco Tiso y el rumano Antonescu son enjuiciados y, a menudo, condenados a la pena capital por alta traición.

La depuración que sigue a la caída del nazismo y de sus aliados toma un carácter multiforme según los países y las zonas geopolíticas. En la URSS, donde no existe un Estado de derecho, conduce a la deportación de los pueblos acusados de colaboración en su conjunto.[39] En virtud de los decretos que, para obligar a los soldados a pelear hasta el final, consideraban como desertores a todos aquellos que eran capturados por el enemigo, la mayoría de los dos millones doscientos setenta mil prisioneros de guerra que regresaron a la URSS a partir de 1945 fueron deportados a campos de trabajos forzados. En los países

[35] *Cf.* Karl Jaspers, *La Culpabilité allemande*, *op. cit.*, 1990.

[36] *Cf.* Anson Rabinach, «The German as Pariah: Karl Jaspers' The Question of the German Guilt», *The Shadow of Catastrophe. German Intellectuals Between Apocalypse and Enlightenment*, University of California Press, Berkeley, 1997, p. 129-165.

[37] Ralph Giordano, *Die zweite Schuld oder von der Last Deutscher zu sein*, Knaur, Múnich, 1990, p. 266.

[38] *Cf.* Istvan Deak, «Introduction», *en* Istvan Deak, Jan T. Gross y Tony Judt (eds.), *The Politics of Retribution in Europe*, *op. cit.*, p. 4.

[39] *Cf.* Jean-Jacques Marie, *Les Peuples déportés d'Union soviétique*, Complexe, Bruselas, 1995.

que integraban el bloque soviético, la depuración antifascista coincidió con la instauración de las democracias populares y terminó por identificarse con la eliminación de todas las antiguas elites dominantes, tanto económicas como políticas. El apoyo popular a estas transformaciones profundas podía variar considerablemente según la influencia de los partidos comunistas y la relación de los movimientos de resistencia con la URSS, pero se trataba en todos los casos de medidas tomadas desde arriba e impuestas por la fuerza.

Allí donde la ocupación alemana había sido particularmente feroz y donde la guerra de liberación nacional había tomado las características de una guerra civil contra los regímenes colaboracionistas, la depuración resultó «salvaje», con la creación de tribunales populares y numerosas ejecuciones extrajudiciales. En Yugoslavia, como una reacción contra los crímenes del régimen de los *ustachis* croatas, tuvo lugar una verdadera masacre donde murieron sesenta mil personas.[40] La depuración también tomó grandes dimensiones en Europa Occidental. En Francia, las ejecuciones extrajudiciales de 1944 eliminaron entre ocho y diez mil colaboracionistas y funcionarios del régimen de Vichy.[41] En Italia, a lo largo del año 1945, la Resistencia ejecutó a entre diez y quince mil representantes de la República de Saló.[42] La violencia de esta depuración espontánea y brutal estaba en relación con los sufrimientos y el resentimiento acumulados durante un año y medio de ocupación. Era posible gracias al vacío de poder ya aludido, es decir, a los errores y las debilidades de las nuevas autoridades en busca de legitimidad, o incluso a las inercias y los corporativismos de las administraciones perpetuadas bajo diferentes regímenes políticos. Un episodio tristemente célebre de depuración extrajudicial es el linchamiento del director de las prisiones de Roma, Donato Carretta, en septiembre de 1944, durante el juicio al jefe de la policía de la capital italiana. La ciudad había sido liberada hacía poco tiempo y los espíritus estaban todavía muy marcados por la masacre de las Fosas Ardeatinas en la cual, en el mes de marzo, trescientos treinta y cinco civiles habían sido ejecutados por los alemanes en represalia por un atentado de la Resistencia. La multitud, que no había podido asistir a la audiencia del juicio, confundió a Carretta con Pietro Caruso, el verdadero acusado, y se arrojó sobre él temiendo su fuga. Varias tentativas de impedir esta

[40] *Cf.* Klaus-Dietmar Henke y Hans Woller (eds.), *Politische Säuberungen in Europa. Die Abrechnung mit Faschismus und Kollaboration*, DTV, Múnich, 1991.

[41] *Cf.* Peter Novick, *L'Épuration française*, Seuil, París, 1991, pp. 317-324; Henry Rousso, «L'épuration en France: une histoire inachevée», *Vichy, l'événement, la mémoire, l'histoire*, Gallimard, París, 2001, pp. 497-500.

[42] *Cf.* Hans Woller, *I conti con il fascismo. L'epurazione in Italia*, Il Mulino, Bolonia, 1997; y Guido Crainz, «La giustizia sommaria in Italia dopo la seconda guerra mondiale», en Marcello Flores (ed.), *Storia, verità, giustizia. I crimini del XX secolo*, *op. cit.*, pp. 162-170.

muerte fracasaron frente a la fuerza de la multitud descontrolada.[43] En marzo de 1945, Albert Camus presentaba como «la última y más duradera victoria del hitlerismo (...) estas marcas vengorzosas dejadas en el corazón de aquellos mismos que lo han combatido con todas sus fuerzas». Abogando por una justicia de la razón en contra de una venganza ciega, criticaba la depuración salvaje a la vez que la explicaba como una herencia de la ocupación nazi y de la colaboración. «Nos ha quedado el odio. Nos ha quedado este movimiento que el otro día, en Dijon, arrojaba a un chico de catorce años sobre un colaboracionista linchado, para reventarle la cara. Nos ha quedado este furor que nos quema el alma al recordar ciertas imágenes y caras. Al odio de los verdugos ha respondido el odio de las víctimas. Y desaparecidos los verdugos, los franceses se han quedado con su odio en parte sin uso. Se miran todavía con un resto de cólera. Y bien, es sobre eso sobre lo que debemos triunfar en primer lugar. Hace falta curar estos corazones envenenados. Y mañana, la victoria más difícil que habremos de conseguir sobre el enemigo, resultará de una batalla librada contra nosotros mismos, mediante este esfuerzo superior que transformará nuestro apetito de odio en deseo de justicia».[44]

En varios países, la depuración legal fue el resultado de una tensión entre la demanda de sanción política surgida de la opinión pública y la reticencia de los magistrados a la aplicación de una justicia retroactiva. Ésta se reveló, sin embargo, como inevitable, en el marco de una transición política que imponía a la justicia un rol excepcional, superando el mero respeto de las normas jurídicas que, por otra parte, estaban experimentando, también ellas, una mutación profunda. Noruega, Holanda y Dinamarca, que habían abolido la pena capital en el siglo XIX, decidieron restablecerla, los dos primeros por decisión de sus Gobiernos en el exilio, el tercero por un decreto promulgado el 1.º de junio de 1945.[45] En Bélgica, donde no hubo, propiamente hablando, guerra civil, a causa de la rápida liberación del país por parte de las fuerzas aliadas (en septiembre de 1944), las salas de justicia encargadas de instruir los procesos por colaboracionismo abrieron cuatrocientos mil expedientes e imputaron a cincuenta y siete mil individuos, de los cuales dos mil novecientos cuarenta fueron condenados a la pena capital (doscientos cuarenta y dos ejecutados).[46] En Francia, los tribunales de depuración iniciaron trescientos once mil expedientes y dictaron ciento veinticuatro mil sentencias, incluidas cuarenta y cuatro mil condenas. Entre mil quinientas y mil seiscientas condenas a la pena de muerte fueron ejecutadas; cincuenta mil personas fueron acusadas de «degradación nacional»

[43] *Cf.* Gabriele Ranzato, *Il linciaggio di Carretta (Roma 1944). Violenza politica e violenza ordinaria,* Il Saggiatore, Milán, 1997.

[44] Albert Camus, «Défense de l'intelligence», *Actuelles. Écrits politiques,* Gallimard, París, 1997, p. 96.

[45] *Cf.* Peter Novick, *L'Épuration française*, *op. cit.*, p. 325.

[46] *Cf.* Martin Conway, «Justice in Postwar Belgium: Popular Passions and Political Realities», *The Politics of Retribution in Europe*, *op. cit.*, p. 135.

y al menos veintidós mil funcionarios fueron sancionados.[47] En Bélgica, en Holanda y en Noruega, puesto que la justicia no podía hacer frente al número tan grande de expedientes abiertos, se decidió proceder a través de «arreglos negociados» (en Holanda, sobre un total de doscientos cincuenta mil personas a la espera de jucio, cien mil se encontraban en prisión).[48]

El contraste resulta impactante en Italia, entre las dimensiones de la depuración espontánea, «salvaje», llevada a cabo durante la Liberación, y la falta casi total de depuración legal por parte de las instituciones judiciales. Creado en mayo de 1944 por el Gobierno de Bonomi, el Alto Comisariado para la depuración fue disuelto en marzo de 1946, al final de casi dos años de parálisis, durante los cuales se había limitado a avalar *a posteriori* la represión realizada por la Resistencia en el centro y el norte de la península. En el origen de esta anomalía, en la cual se inscribe el naufragio del proyecto de un «Núremberg italiano»,[49] se encuentra evidentemente la posición *sui géneris* de la Monarquía italiana, país ocupante durante la primera fase del conflicto mundial, luego país ocupado a partir del otoño de 1943. Por un lado, aquélla hubiera tenido que pagar por los crímenes de guerra perpetrados por su Ejército en calidad de miembro del Eje; por el otro, había obtenido de los angloamericanos un estatus de cobeligerante que le permitía reclamar justicia por los crímenes de los ocupantes alemanes y de la República de Saló. En nombre de la continuidad del Estado –y gracias a la complicidad de las fuerzas de ocupación aliadas, que percibían cada vez más a la Resistencia como una amenaza de subversión social y política–, el Gobierno italiano impidió toda investigación sobre las grandes empresas que habían apoyado al fascismo y se negó a entregar a los principales responsables de los crímenes perpetrados por el Ejército fascista en Yugoslavia, Grecia y Albania. Los miembros de la elite dirigente del régimen fascista y de la República de Saló, que habían eludido la depuración salvaje podrán, a partir de 1946, acogerse a los beneficios de la amnistía. La mayoría de ellos se reincorporán a su profesión, e incluso, muy a menudo, a la alta función pública. El cambio de régimen tuvo lugar en el marco de una continuidad sustancial de la Magistratura, de la Administración y del personal burocrático. Sólo algunos jefes del régimen colaboracionista de Saló, como los ministros del Interior y de Defensa, Guido Buffarini Guidi y Augusto Graziani, al igual que algunos torturadores célebres, fueron condenados por alta traición, mientras que los tribunales de la War Crimes Commission para Italia, dirigidos por los británicos, condenaban a los principales responsables de la ocupación alemana, los oficiales Herbert Kappler y Albert Kesselring. De los veinte mil

[47] *Cf.* Henry Rousso, «L'épuration en France», *en Vichy, l'événement, la mémoire, l'histoire*, *op. cit.*, pp. 543-544.

[48] *Cf.* Peter Novick, *L'Épuration française*, *op. cit.*, p. 325.

[49] *Cf.* Michele Battini, *Peccati di memoria. La mancata Norimberga italiana*, Laterza, Bari-Roma, 2003.

expedientes examinados por los tribunales extraordinarios creados en abril de 1945, menos de un tercio terminaron con una condena y solamente noventa y una penas capitales fueron ejecutadas.[50]

AMNISTÍA

En un artículo publicado anónimamente en 1949, Carl Schmitt, quien fue víctima de la depuración norteamericana, formulaba una solicitud de amnistía. Veía en esta reivindicación, en ese entonces ampliamente generalizada en Alemania, «la única forma de poner fin de manera humana a la guerra civil».[51] Volvía después sobre la cuestión en una nota de su diario donde escribía que «una guerra civil no puede terminar con las condenas de una justicia política, sólo puede terminar con una amnistía».[52] Sería sin duda más pertinente afirmar que aquélla termina por lo general, con ambas. Primero, con los castigos ejemplares y simbólicos de la justicia política; luego, una vez apaciguado el resentimiento popular y asegurada sobre bases sólidas la transición hacia un nuevo poder, cuando los vencidos han admitido su derrota y ya no se encuentran en condiciones de hacer daño, con una amnistía que apunta a la reconciliación. En Francia, la depuración legal fue seguida de varias oleadas de amnistías, entre 1947 y 1953, que redujeron el número de presos por cargos de colaboracionismo de setenta mil a sólo algunos cientos.[53] El caso más emblemático de una amnistía producida después de una amplia depuración «salvaje», y que sustituyó de alguna manera a una justicia política endeble, sigue siendo el de Italia. En junio de 1946, Palmiro Togliatti, ministro comunista de Justicia, promulga una amnistía que otorga la libertad a doscientos diecinueve mil cuatrocientos ochenta y un acusados, seguida por una medida de rebaja de penas (*condono*) que beneficia a tres mil fascistas culpables de crímenes graves.[54] La amnistía abarca a todos los crímenes perpetrados por razones políticas, pero deja afuera a los altos dirigentes de la política colaboracionista, a los autores de las masacres y de «sevicias particularmente atroces», aunque numerosos torturadores también se verán beneficiados (suscitando a menudo la cólera popular). En el espíritu del ministro de Justicia, estas limitaciones del decreto apuntan a satisfacer «una exigencia no solamente jurídica y política, sino también moral,

[50] *Cf.* Valeria Galimi, «Collaborationnisme et épuration judiciaire en Italie et en France», *en* François Guedji y Valeria Galimi (eds.), *Le Siècle des guerres*, Éditions de l'Atelier, París, 2004, p. 378.

[51] Carl Schmitt, «Amnestie, Urform des Rechts», *Staat, Grossraum, Nomos*, Duncker & Humblot, Berlín, 1995.

[52] Carl Schmitt, *Glossarium*, *op. cit.*, 1991, p. 257.

[53] *Cf.* Henry Rousso, «L'épuration en France», en *Vichy, l'événement, la mémoire, l'histoire*, *op. cit.*, p. 245.

[54] *Cf.* Mariuccia Salvati, «Amnistia e amnesia nell'Italia del 1946», en Marcello Flores (ed.), *Storia, verità, giustizia*, *op. cit.*, pp. 141-161.

de justicia», pues la impunidad de los responsables de la «traición nacional», en vez de ayudar a la reconciliación, hubiera exacerbado el resentimiento.[55] Fuertemente discutido, por su amplitud y su carácter extremadamente precoz, apenas un año después de la liberación del país, este acto jurídico tenía lugar después del referéndum que, unos días antes, había dado origen a la República y acompañado a las elecciones para una nueva Asamblea Constituyente. Italia había pasado página y el nuevo Estado deseaba, a través de este acto de clemencia, reconciliar a sus ciudadanos.

En los hechos, sin embargo, la amnistía fue total. Casi todos los responsables de la colaboración –desde las cumbres del Estado, del Ejército y del Partido Fascista, hasta los pequeños torturadores del *squadrismo* de provincia, sin olvidarse de los arquitectos de las persecuciones antisemitas– fueron liberados. Surgida como un acto de clemencia y de reconciliación, la amnistía se convirtió, antes incluso del estallido de la guerra fría, en la primera etapa de un proceso de restauración. Lo que había sido anunciado como la expresión de las virtudes de la democracia renaciente rápidamente comenzó a ser visto como un signo de su debilidad, y como una revancha del fascismo vencido. En 1947, el historiador, jurista y militante de la Resistencia, Carlo Galante, constataba con amargura que «la magistratura de la nueva Italia [había] borrado todo, o casi todo, y recubierto todo de un velo indulgente de perdón y olvido. Todo, incluso las faltas más graves y las responsabilidades más grandes».[56] A principios de los años cincuenta, cuando todos los criminales fascistas habían recobrado su libertad, se abría una nueva oleada de juicios que apuntaban contra los actos de violencia perpetrados por la Resistencia.

Aunque de manera menos abrupta y tajante, todos los países de Europa Occidental, con o sin amnistía, pusieron en libertad a la casi totalidad de los presos acusados de fascismo y de colaboracionismo, a menudo reintegrándolos en la Administración. En Italia, en 1960, sesenta y dos prefectos sobre un total de sesenta y cuatro habían sido funcionarios de alto rango bajo el régimen fascista.[57] En Francia, una gran cantidad de altos funcionarios del régimen de Vichy hicieron una carrera brillante durante la Cuarta y la Quinta República. En Alemania federal, donde la Constitución preveía la reintegración de los ex funcionarios del Reich hitleriano, uno de los redactores de las Leyes de Núremberg de 1935, Hans Globke, cumplió incluso una función de ministro bajo el Gobierno de Adenauer.[58] El lugar secundario que ocupa entonces la *Shoah* en la conciencia histórica es un testimonio de esta voluntad de pasar página

[55] *Cf.* el discurso de Togliatti del 22 de junio de 1946 en Mimmo Fanzinelli, *L'amnistia Togliatti. 22 giugno 1946. Colpo di spugna sui crimini fascisti*, Mondadori, Milán, 2006, pp. 309-312.

[56] *Ibid.*, p. 136.

[57] *Cf.* Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy. Society and Politics 1943-1988*, Penguin Books, Londres, 1990, p. 92.

[58] *Cf.* Enzo Traverso, *Les Juifs et l'Allemagne*, La Découverte, París, 1992, p. 179.

poniendo fin a las depuraciones y rehabilitando a los enemigos de ayer. Será necesario esperar hasta la década de los sesenta para que la noción de imprescriptibilidad ingrese gradualmente en las jurisprudencias de los diferentes países del continente, permitiendo así instruir procesos tardíos para juzgar crímenes que permanecían impunes.

Estos actos que, a partir de 1946, clausuraban la guerra civil en el plano jurídico se inscribían en una larga tradición histórica. Más o menos sumaria, más o menos precipitada según el caso, la amnistía, en todas las épocas, ha puesto fin a los conflictos y a las guerras civiles. En 1598, el Edicto de Nantes proclamaba la «memoria de todas las cosas pasadas de una parte y de otra, liquidada y dormida, como cosa no sucedida».[59] En 1660, con la restauración de la Monarquía en Inglaterra, Carlos II promulgaba una amnistía (*a free and general pardon, indemnity and oblivion*) que abarcaba toda la época de la revolución de Cromwell, incluyendo la ejecución de su predecesor.[60] Luis XVIII hizo de manera semejante, gracias a un olvido «ordenado a los tribunales y a los ciudadanos», por el cual, con magnanimidad, deseaba «perdonar a los franceses extraviados».[61] En 1865, el presidente Andrew Johnson finalizaba la guerra de Secesión con una *Proclamation of Pardon and Amnesty* que apuntaba a reintegrar en la Unión a todos los antiguos Estados esclavistas que se habían enfrentado tan violentamente a ella.

El paradigma de estas amnistías concebidas y aplicadas como políticas de reconciliación nacional sigue siendo la democracia ateniense, en la Antigua Grecia. En el año 403 a. de C., cuando la democracia regresa a Atenas después de la sangrienta oligarquía de los Treinta, las nuevas autoridades dirigidas por Trasíbulo deciden promulgar una amnistía para pacificar la ciudad dividida. Esta amnistía procede a través de un pacto voluntario de olvido, no solamente anhelado, sino también grabado en la ley. Todos los ciudadanos son llamados a prestar juramento: «No guardaré recuerdo de los males».[62] «Conteniendo la hostilidad que anula a través de su decir –subraya Nicole Loraux en *La Cité divisée*–, el juramento puede y debe al mismo tiempo renunciar a la memoria, pues la memoria de los males es la memoria del odio».[63] Esta prohibición política del recuerdo, cuya transgresión es castigada, es indisociable del compromiso de defender la democracia. Ésta es la razón por la que los Treinta Tiranos quedan excluidos de esta negación de la memoria. Permanecen como los únicos responsables de la *stasis* que ha desgarrado la ciudad y su condena

[59] *Cf.* Stéphane Gacon, *L'Amnistie. De la Commune à la guerre d'Algérie,* Seuil, París, 2002, p. 25.

[60] *Cf.* Helmut Quaritch, «Über Bürgerkriegs und Feind-Amnestien», *Der Staat*, t. 32, 3, 1992, p. 411.

[61] *Ibíd.*, pp. 414-415, y Stéphane Gacon, *L'Amnistie*, *op. cit.*, p. 31.

[62] Nicole Loraux, *La Cité divisée. L'oubli dans la mémoire d'Athènes*, Payot/Rivages, Paris, 2005, p. 145.

[63] *Ibíd.*, pp. 145-146.

permite a la comunidad reencontrar su unidad después de una guerra fratricida. La prohibición política del recuerdo cobra entonces un carácter fundacional. Es un pacto que sella la reconciliación e impide la venganza. En otras palabras, la política nace del olvido, del esfuerzo voluntario por sobrepasar el pasado con sus conflictos y sus divisiones.

Al principio de la Tercera República, apenas algunos años después de la amnistía tardía que ponía fin a la persecución de los partidarios de la Comuna, Ernest Renan retoma esta visión del olvido como pacto fundacional de la nación. El olvido es, a sus ojos, uno de los ingredientes esenciales del «plebiscito de todos los días» que permite a una nación, más allá de su pasado, vivir en el presente como comunidad de destino. Siguiendo con una reflexión de la que la Comuna de París, es decir, la guerra civil, constituye el horizonte implícito, el filólogo agrega a su elogio del olvido un corolario importante: la desconfianza respecto de la historia. «El olvido e incluso diría el error histórico –escribe– son un factor esencial para la creación de una nación, y por ello el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad. La investigación histórica, en efecto, saca a la luz los hechos de violencia que acompañan el origen de todas las formaciones políticas, incluso aquellos cuyas consecuencias han sido más beneficiosas».[64] En otras palabras, las naciones nacen de la violencia y de las masacres, de las guerras de religión y las guerras civiles, pero, para construirse, deben aprender a olvidar. «Para todos –concluye Renan–, es bueno saber olvidar».[65]

Esta dialéctica de la amnistía y del olvido caracteriza a menudo la salida de la guerra. Puede en ocasiones conocer manifestaciones tardías, como en España, en 1975, en el momento de la muerte de Franco y de la transición a la democracia. Aquí también las fuerzas políticas sellan un pacto de olvido. No se trata de un pacto oficial, como el de Atenas en el 403 a. de C.; se trata de un pacto tácito, subterráneo, simbólico, pero igualmente constrictivo. Evidentemente, no existe ninguna prohibición oficial del recuerdo y es en esta época cuando comienza a tomar forma en España una nueva historiografía de la guerra civil que supera los clichés de la propaganda franquista y quiebra el aislamiento de la historiografía antifascista en el exilio. Pero el temor a recaer en la guerra civil y la voluntad de reconciliación sustentan la reivindicación de una amnistía (que concierne a la vez a los exiliados antifascistas y a los responsables de los crímenes del franquismo) que no puede sino conducir hacia una amnesia colectiva. Según el historiador Ismael Saz Campos, este *pacto de olvido* que surgía de una demanda social era legítimo puesto que era concebido como un medio para enterrar el franquismo y permitir la transición democrática. Será necesario esperar un cuarto de siglo para que la sociedad española exprese una demanda

[64] Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation?*, Pocket, París, 1992, p. 41.
[65] *Ibíd.*, p. 49.

de memoria, a menudo impulsada por una nueva generación.[66] Esta demanda se traduce hoy, más allá de la profundización de la investigación histórica, en una campaña a favor del reconocimiento de las víctimas del franquismo, la creación de lugares de la memoria republicana dentro del espacio público y el cuestionamiento o, al menos, la redefinición de la dimensión simbólica de los monumentos y de los vestigios del régimen del *caudillo*.[67]

Lo que Renan y Nicole Loraux pasan por alto, en su análisis de la dialéctica que liga la amnistía al olvido, es la parte de erosión de la conciencia histórica que aquélla conlleva inevitablemente, con la consecuencia, a veces, de la negación de la memoria de las víctimas, abandonadas al sentimiento de una injusticia perpetuada y para siempre privadas de un reconocimiento público. Aunque ambos sean consideros a menudo como sinónimos, la amnistía no es equivalente al perdón. Éste supone el recuerdo del crimen y de la injusticia, que inscribe dentro de una memoria aplacada, liberada de la tentación de venganza. La amnistía, en cambio, prescribe un olvido que consiste en borrar las huellas del crimen, pues obliga a actuar como si nada hubiera sucedido.[68] Si se desea establecer distinciones más rigurosas, haría falta añadir que, al anular el carácter delictivo de los hechos discutidos, la amnistía no debe ser confundida ni con el indulto, que no borra la condena sino que se limita a dispensar de la aplicación de la pena, ni con la prescripción, que suspende la pena al término de un plazo determinado.[69] La amnistía puede revelarse sumamente eficaz en lo inmediato como política de reconciliación, pero anestesia la memoria creando las condiciones de su resurgimiento posterior, con la expresión de un sufrimiento largamente ahogado y de una justicia incumplida.

En pocas palabras, si la dialéctica de la amnistía y del olvido se instala antes de que la justicia haya actuado, esta memoria resurgirá más tarde, a menudo cargada de resentimiento. El resentimiento que nace de una memoria herida puede traducirse en odio o engendrar una nueva explosión de violencia, como lo ha mostrado la guerra en la ex Yugoslavia, el último episodio de la guerra civil europea. Las virtudes de una amnistía no amnésica, de una reconciliación preocupada por una búsqueda de la verdad y de admnistración de la justicia, han sido experimentadas en Suráfrica, en los años noventa. Tal vez no sea errado pensar que es de esta forma, reflexionando sobre los malos usos de la memoria exhibidos en Europa a lo largo del siglo XX, como los herederos

[66] *Cf.* Ismael Saz Campos, «El pasado que aún no puede pasar», *Fascismo y franquismo*, PUV, Valencia, 2004, p. 277-291. Sobre la memoria del franquismo, *cf.* sobre todo Paloma Aguilar, *Memoria y olvido de la Guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1996.

[67] N. del T.: en español en el original.

[68] Peter Krapp, «Amnesty: Between an Ethics of Forgiveness and the Politics of Forgetting», *German Law Journal*, vol. 6, 1, 2005, pp. 191-192.

[69] Para una distinción rigurosa entre amnistía, indulto y prescripción, *cf.* Louis Joinet, «L'amnistie. Le droit à la mémoire entre pardon et oubli», *Communications*, 49, 1989, p. 124.

del *apartheid* descubrieron las virtudes políticas de una justicia reparadora, ni olvidadiza ni vengativa.

SEGUNDA PARTE: Culturas de guerra

En julio de 1936 estaba en París. No me gusta la guerra; pero lo que siempre me causó más horror de la guerra es la situación de aquellos que están en la retaguardia. Cuando comprendí que, a pesar de mis esfuerzos, no podía evitar participar moralmente en esta guerra, es decir, esperar todos los días, a toda hora, la victoria de unos, el fracaso de otros, me dije que París era para mí la retaguardia, y tomé el tren para Barcelona con la intención de comprometerme. Era a primeros de agosto de 1936.
Simone Weil, *Carta a George Bernanos*, 1938

Estábamos sobre el Titanic y todo el mundo sabía que iba a chocar contra un iceberg. La única incógnita concernía a lo que se produciría entonces. ¿Quién proveería un nuevo barco? Era imposible permanecer fuera de la política.
Eric Hobsbawm, *Tiempos interesantes. Autobiografía*

EL ESTALLIDO

PRESAGIOS DE LA CATÁSTROFE

Pocos acontecimientos en la historia del mundo moderno han causado un impacto tan profundo como aquel que produjo la Gran Guerra sobre la cultura europea; así como hay pocos puntos de inflexión en la historia tan imprevistos y devastadores como éste. Ya hemos visto que algunos intelectuales habían imaginado la posibilidad de una guerra. Algunos pensadores habían pronosticado incluso el advenimiento de un caos generalizado en todo el continente, recordando el incendio producido a causa de la Revolución francesa y las guerras napoleónicas un siglo antes, que cambiaron la faz de Europa. Las previsiones no fueron refutadas, pero nadie pudo imaginar que se desataría una guerra total que transformaría al Viejo Continente, modificándolo no sólo en su aspecto político-social, sino también en sus estilos de vida, en sus mentalidades, en sus culturas y en sus modos de percepción.

El pesimismo cultural que se difunde en el seno de la cultura europea a fines del siglo XIX –cuando la idea de progreso es dejada de lado en beneficio de una visión de la modernidad como *decadencia*– no suscita el temor de una nueva guerra. Las catástrofes del mundo moderno, enemigas del hombre y de la naturaleza, se imputan a otros factores: el advenimiento de la sociedad de masas, la «era de las multitudes» y de la democracia, la degeneración física e intelectual de las naciones ligada a la urbanización y a la rebelión de las «clases peligrosas», la degeneración racial producida por el mestizaje, el crecimiento malthusiano de la población mundial, etc. Se presentan entonces diferentes escenarios de catástrofe inminentes, aunque casi ninguno de ellos hace prever millones de muertes causadas por una guerra total. O bien, el pronóstico era tan abstracto que neutralizaba el horror, como en el caso de los darwinistas sociales y los eugenistas, los cuales festejaban la invención de armas químicas y veían en una nueva guerra la posibilidad de seleccionar a los más aptos y así eliminar el excedente demográfico mundial. Éste era el punto de vista de dos sabios británicos, sir Reginald Clare Hart y Karl Pearson. En un ensayo de 1911, el primero anhelaba «una guerra de exterminio implacable contra los

individuos y las naciones inferiores», mientras que el segundo daba una justificación biológica de la guerra en tanto que medio para reforzar la virilidad de las naciones.[1] Pero, a pesar de que estas teorías aparecieran como legítimas en el debate científico de la época y fueran tremendamente reveladoras de una predisposición intelectual que daría lugar en las décadas siguientes a los peores delirios nacionalistas y racistas, nunca se traducían en un proyecto concreto de exterminio. El optimismo de Comte y de Spencer, que habían visto en la sociedad industrial un vector de paz y de progreso, prevalecía. Fértil en diversos puntos de vista, el imaginario europeo se mostró incapaz de prever la Gran Guerra. Los intelectuales representan la imagen de esta ceguera.

Los presagios de la catástrofe no provienen de las ciencias sociales, sino de la literatura y de las artes, lugares privilegiados de la imaginación utópica. Hacia finales del siglo XIX, el escritor Herbert George Wells publica novelas de ciencia ficcción totalmente premonitorias, entre las cuales hay que recordar *La guerra de los mundos* (1898), donde anticipa un futuro sombrío de decadencia. Describe la invasión de Inglaterra por un ejército de marcianos que prueban allí sus armas mecánicas de destrucción masiva: cañones móviles que anticipan los tanques y armas químicas que prefiguran no solamente los ataques de gas de Yprès, sino también las armas atómicas de la Segunda Guerra Mundial; en tanto que las epidemias terrestres que eliminan finalmente a los marcianos anuncian el temor a una guerra bacteriológica.[2]

El lazo entre tĕcnica y guerra moderna está presente en Émile Zola, quien publica en la misma década *La bestia humana* (1890), novela en la que diseña una metáfora del progreso como catástrofe describiendo la carrera ciega y loca de un tren propulsado por una locomotora sin conductor. En los escritos preparatorios, planeaba llenar el tren de «soldados felices, inconscientes del peligro, que cantan himnos patrióticos», agregando que ese tren era «la imagen de Francia».[3] Zola estaba lejos de ser el único en execrar a la técnica. En un estilo realista tendente a describir, no el futuro, sino una tendencia del presente, Giovanni Papini, un escritor y crítico de vanguardia que se sumaría posteriormente al fascismo, dedica un ensayo profético a la guerra moderna. No está de más recordar que el libro aparece en 1913, año durante el cual salen los primeros automóviles producidos en serie de las fábricas Ford de Detroit.

El siglo que comienza, observa Papini, no será feliz, porque será un siglo de exterminio industrial en el cual la vida humana perderá definitivamente su valor. Su ensayo es una extraña mezcla de existencialismo prefascista y de resignación weberiana frente a una modernidad percibida como una raciona-

[1] *Cf.* Daniel Pick, *War Machine. The Rationalization of.Slaughter in the Modern Age*, Yale University Press, New Haven, 1993, pp. 79-81.

[2] *Cf.* Herbert George Wells, *La guerre des mondes*, Gallimard, París, 1998.

[3] *Cf.* Émile Zola, *La Bête Humaine*, Gallimard, París, 2001; Daniel Pick, *War Machine*, *op. cit.*, p. 106.

lidad mecánica inhumana y opresiva. «La vida de estos tiempos –escribe– es una organización de masacres necesarias, visibles e invisibles. Aquellos que se rebelan en nombre de la vida serán aplastados por la vida misma. Como la guerra, la sociedad industrial se alimenta de carroña. Carne de cañón y carne de máquina. Sangre en el campo de batalla y en la calle: sangre en las tiendas de campaña y en la fábrica. La vida no sigue su curso si no es dejando de lado, como haciendo una concesión, una parte de ella misma».[4]

La fusión ecléctica y paradójica entre la revuelta romántica contra el desencantamiento de la modernidad y la exaltación vitalista de la técnica es la premisa de la «revolución conservadora» o, para retomar las palabras del historiador Jeffrey Herf, del «modernismo reaccionario»,[5] que se difunde en Europa durante el período de entreguerras. Sin embargo, esta tendencia ya había aparecido antes de 1914, anticipada por ciertas vanguardias como el futurismo. En su célebre manifiesto de 1909, Marinetti invocaba la guerra como «higiene del mundo», anhelándola como un enfrentamiento entre fuerzas tecnológicas. Su culto estético a la máquina y a la velocidad no tenía todavía los tintes existencialistas de los ensayos de Jünger de los años veinte, pero reivindicaba un irracionalismo belicoso que establecía una continuidad entre el nacionalismo anterior a 1914 y el fascismo, al cual los futuristas se adherían de manera casi natural. En el fondo, el futurismo anticipa la *estetización de la política* que caracteriza al fascismo y a una buena parte de la cultura europea del período de entreguerras. No es, por lo tanto, sorprendente que los futuristas sean intervencionistas en 1914 y creen, en el momento de la entrada en la guerra de Italia, un año más tarde, un batallón motorizado que se incorpora al frente de batalla gritando «Zang-Timb-Tuuum».[6]

Pero es la vanguardia en su conjunto, sean cuales fueren sus divisiones políticas al comienzo del conflicto, la que, durante la década anterior, expresó los síntomas de una fractura histórica profunda en la percepción y representación del mundo. El cubismo de Braque y de Picasso descompone las formas en la pintura, del mismo modo que Arnold Schönberg, Alban Berg y Anton von Webern rompen las armonías clásicas sentando las bases de la música atonal y dodecafónica. Para el historiador Modris Eksteins, la primera representación de *La consagración de la primavera* de Stravinski, en el teatro de los Campos Elíseos, en mayo de 1913, marca el comienzo de una nueva época.[7] Esta pieza –rebautizada por los críticos como «la masacre de la primavera»– pone radical-

[4] Giovanni Papini, «La vita non è sacra», *Lacerba*, I, 20,1913, p. 208, citado en Mario Isnenghi, *Il mito della Grande Guerra da Marinetti a Malaparte*, Laterza, Bari-Roma, 1970, p. 94.

[5] *Cf.* Jeffrey Herf, *Reactionary Modernism. Technology, Culture and Politics in Weimar and the Third Reich*, Cambridge University Press, Nueva York, 1984.

[6] *Cf.* Renzo De Felice (ed.), *Futurismo, cultura e politica*, Fondazione Giovanni Anelli, Turín, 1988.

[7] *Cf.* Modris Eksteins, *Rites of Spring*, *op. cit.*, pp. 10-16.

mente en cuestión la visión tradicional del mundo: por su primitivismo feroz y salvaje, reniega de las formas de la civilización; se desprende del racionalismo por su vitalismo (o, tal vez, lo atrapa y lo transforma), y por su rechazo de las convenciones musicales (y de las normas sociales) expresa una rebelión de la subjetividad. El escándalo que suscita Stravinski no hace más que anunciar, con un año de anticipación, el colapso del Antiguo Orden. No por casualidad tampoco el pintor Fernand Léger ve en las ruinas de Verdún la puesta en escena de una realidad descompuesta y fragmentada en mil pedazos. La guerra aparece a sus ojos como una suerte de adecuación de la realidad a las representaciones que ya había dado la pintura cubista en los años precedentes. Fascinado por este paisaje de destrucción que «autoriza todas las fantasías pictóricas», abandona el arte abstracto para recrear figuras mecánicas.[8]

FIEBRE CHAUVINISTA

En agosto de 1914 las declaraciones de guerra suscitan en todas las capitales europeas una increíble ola de entusiasmo colectivo. La fiebre nacionalista invade repentinamente la cultura ganando la adhesión de todos los espíritus, o de casi todos.[9] En París, la Unión Sagrada es celebrada, con adhesiones que van mucho más allá de los partidarios de Acción Francesa.[10] El presidente, Raymond Poincaré lanza una proclama a los miembros de la Academia Francesa para que contribuyan «con la pluma» a la gesta patriótica. Las voces de Barrès y de Maurras se mezclan con las de los dreyfusistas. De Gide a Proust, de Anatole France a Claudel, de Durkheim a Bergson y Péguy, todos saludan la guerra como una suerte de liberación. El historiador «jacobino» Albert Mathiez ve en este fervor patriótico una continuación de la rebelión masiva de 1792. En Bélgica, el medievalista Henri Pirenne rompe su amistad con su colega alemán Karl Lamprecht.

Más allá del Rhin, el *Berliner Tagblatt* publica, en octubre de 1914, un célebre manifiesto en el cual noventa y tres eruditos de renombre mundial, muchos de ellos eran premios Nobel, defienden la causa alemana por ser la causa de la *Kultur*. El manifiesto lo firman personalidades tales como el naturalista Ernst Haeckel, el físico Max Planck, el historiador Karl Lamprecht, el politólogo

[8] *Cf.* Philippe Dagen, *Le silence des peintres. Les artistes face à la Grande Guerre,* Fayard, Paris, 1996, pp. 173-183.

[9] Véase Wolfgang Mommsen, «Der Erste Weltkrieg und die Krise Europas», en Gerthard Hirschfeld, Gerd Krumeich e Irina Reiz (eds.), *Keiner fühlt sich hier mehr als Mensch, Erlebnis und Wirkung des Ersten Weltkrieges,* Klartext, Essen, 1993, pp. 30-52.

[10] Acerca de Francia, *cf.* Christophe Prochasson y Anne Rasmussen, *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la Première Guerre mondiale (1910-1919)*, La Découverte, París, 1996; y en Martha Hanna, *The Mobilization of the Intellect. French Scholars and Writers During the Great War*, Harvard University Press, Cambridge, 1996. Algunos apuntes en Michel Winock, *La siècle des intellectuels*, cap. 15, Seuil, París, 1997.

Friedrich Naumann y el psicólogo Wilhelm Wundt. El filósofo de la historia Ernst Troeltsch desea «transformar las palabras en bayonetas».[11] El filósofo Max Scheler atribuye a Alemania la misión de «regenerar la civilización»,[12] mientras que el poeta Stefan George canta la gloria del guerrero. El economista Werner Sombart opone el espíritu heroico de los alemanes (*Helden*) al espíritu comercial de los ingleses (*Händler*).[13] En cuanto a Thomas Mann, idealiza el Imperio de los Hohenzollern en tanto que receptáculo de los valores de la *Kultur* alemana contra las tendencias corruptoras de la *Zivilisation* moderna, mecánica y sin alma. Las «ideas de 1914» se erigen en contra de los principios de 1789, punto de partida de una época de «progreso» que debilitó a los espíritus y alejó a los hombres de los valores más auténticos de la existencia: el coraje, la virilidad, el sacrificio, el combate y la gloria. En sus célebres *Consideraciones de un apolítico*, Thomas Mann afirma su «malestar», pidiendo en préstamo la expresión de Nietzsche, frente a los principios de la Ilustración. La guerra le parece la búsqueda por las armas de un combate que ha sido preparado durante mucho tiempo en el terreno de la cultura.[14] En Austria, todos los grandes intelectuales, desde Wittgenstein hasta Freud, son arrastrados por la oleada chauvinista. En Rusia, los enemigos del zarismo como el libertario Kropotkin y el socialista Plejanov, o incluso poetas tales como Blok, Esenin y Maiakovski, se enrolan en la cruzada contra la «barbarie germánica». Los nacionalistas italianos, desde el socialista Mussolini al imperialista Enrico Corradini, desde el poeta futurista Tomasso Marinetti al «decadentista» Gabriele D'Annunzio, invocan el fin de la neutralidad de su país y la entrada en guerra contra el Imperio de los Habsburgos para liberar las tierras *irredentas* de Trento y Trieste.[15] «Ningún hombre de letras italiano que tuviese la autoridad de un Romain Rolland –escribió a ese propósito Norberto Bobbio– tuvo el coraje de colocarse *au-dessus de la mêlée*».[16] Inglaterra recupera una pasión política

[11] Citado en Roland N. Stromberg, *Redemption by War. The intellectuals and 1914*, The Regent Press of Kansas, Lawrence, 1982, p. 137.

[12] Max Scheler, *Der Genius des Krieges und der Deutsche Krieg*, Weissen Bücher, Leipzig, 1915, p. 65. Sobre la movilización nacionalista de la *intelligentsia* alemana, *Cf.* Kurt Flasch, *Die geistige Mobilmachung. Die deutsche Intellektuellen und der Erste Weltkrieg*, Alexander Fest Verlag, Berlín, 2000.

[13] Werner Sombart, *Händler und Helden*, Múnich-Leipzig, Duncker & Humblot, Leipzig, 1915. Acerca de Sombart durante la Gran Guerra, *cf.* Arthur Mitzman, *Sociology and Estrangement. Three Sociologists of Imperial Germany*, Transaction Books, New Brunswick, 1987, pp. 254-264.

[14] Thomas Mann, *Considérations d'un apolitique*, Grasset, París, 2002. Sobre Mann y la guerra, *Cf.* Eckart Koester, «"Kultur" versus "Zivilisation". Thomas Mann, Kriegspublizistik als weltanschaulich-ästheticher Standortsuche», en Wolfgang Mommsen (ed.), *Kultur und Krieg. Die Rolle der Intellektuellen, Künstler und Schriftsteller im Ersten Welthrieg*, Oldenbourg, Múnich, 1996, pp. 249-258.

[15] *Cf.* Mario Isnenghi, *Il mito della Grande Guerra*, *op. cit.*

[16] Norberto Bobbio, *Profilo ideologico del Novecento*, Garzanti, Milán, 1990, p. 129.

que seNcreía extinta desde la revolución puritana de Cromwell y que se ejerce a partir de ese momento contra Alemania. H. G. Wells, Thomas Hardy y el escritor popular Chesterton se transforman en propagandistas de la cruzada antialemana.[17] Las personalidades del mundo intelectual que alcanzan a escapar a la oleada chauvinista son muy pocos: Karl Kraus en Viena, Bertrand Russell en Londres, Henri Barbusse y Romain Rolland en París, Gramsci, aún muy poco conocido en aquella época, en Turín.

Pero la ebriedad patriótica se apacigua durante la guerra. Porque ésta revela rápidamente una faceta que difería bastante de la mitología que había invadido las calles de las capitales europeas en agosto de 1914 y que los responsables de las grandes potencias, víctimas de la ilusión de una guerra de corta duración, habían pergeñado. Frente a esta realidad, un gran número de intelectuales abandonan el nacionalismo para adherirse a un pacifismo humanista. El itinerario de Siegfried Kracauer, una de las figuras destacadas de la cultura de la Alemania de Weimar, es un claro ejemplo de esta mutación. Después de haberse enrolado como voluntario al comienzo del conflicto, publica en 1915 en los *Preußische Jahrbücher* un artículo titulado «La guerra como experiencia vivida», que restituye perfectamente el clima intelectual de esos años. En un tono exaltado, saluda a la guerra como la conclusión de la rutina y del tedio de la era guillermina y describe el patriotismo en términos nietzscheanos como una suerte de impulso vital que debería permitir que Alemania se emancipe de los valores materialistas de un mundo sin alma, sin Dios y sin profetas. Exalta, por lo tanto, la guerra como una experiencia redentora en la cual el espíritu se vigoriza por «la alegría de combatir».[18] Para el joven Kracauer, la guerra no necesita justificaciones sociales o políticas porque satisface una exigencia existencial al ofrecer al espíritu una experiencia mística, casi religiosa. Pero en 1917 Kracauer abandona la retórica patriótica y escribe un artículo para *Das Neue Deutschland*, en el que reconoce su decepción. La guerra ha mostrado su verdadera naturaleza al aparecer como una horrenda carnicería en la cual se expone «la descomposición cada vez más profunda de la humanidad europea».[19] Este cambio de postura es la versión condensada de un recorrido transitado por muchos otros intelectuales europeos.

El escritor vienés Stefan Zweig, que asistió a las manifestaciones de júbilo de ese verano fatídico, dejó la descripción más cautivadora de la nacionalización de las masas, de la cual la Gran Guerra marca el apogeo. Más bien escéptico frente a «una guerra fratricida», no puede permanecer insensible ante la

[17] *Cf.* Roland N. Stromberg, *Redemption by War*, *op. cit.*

[18] Siegfried Kracauer, «Vom Erleben des Krieges», *Schriften 5.1*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1990, p. 21.

[19] Siegfried Kracauer, «Max Scheler. Krieg und Aufbau», ibid., p. 27. Sobre la evolución de Kracauer, muy sintomática de toda una corriente intelectual alemana, véase Enzo Traverso, *Siegfried Kracauer. Itinéraire d'un intellectuel nomade*, La découverte, Paris, 1994, pp. 18 y ss.

eclosión de tal comunión mística. En sus memorias, ha subrayado la diferencia impactante entre ese clima y aquel en el cual fue recibido, veinticinco años más tarde, el estallido de la Segunda Guerra Mundial. «Una rápida excursión al país romántico, una aventura salvaje y viril: con estos colores la guerra se presentaba en 1914 en la imaginación del hombre del pueblo, en tanto que los jóvenes tenían incluso miedo de perderse la oportunidad única en la vida de pasar por una experiencia tan maravillosa y excitante. Por eso se arremolinaban en masa alrededor de las banderas; por eso cantaban y gritaban con júbilo en los trenes que los conducían a la masacre. Torrentes de sangre salvaje y febril se abatían en las venas del Imperio. Por el contrario, la generación de 1939 conocía la guerra. Ya no se ilusionaba. Sabía que la guerra no era romántica, sino bárbara».[20]

La ilusión durará poco. A partir de 1916, en su panfleto antipatriótico *Au-dessus de la mêlée*, Romain Rolland denuncia que la guerra es una carnicería de la cual Europa saldrá mutilada. Las páginas más contundentes contra esta masacre se deben a la pluma de una de las raras personalidades que, en el seno del movimiento socialista internacional, se opusieron a apoyar la guerra. Rosa Luxemburgo, una revolucionaria polaca que se había trasladado a Berlín, no vivió las manifestaciones de agosto de 1914 como una explosión de alegría contagiosa; le parecieron, en cambio, una oleada de histeria colectiva en la cual se revelaba « el clima de un asesinato ritual, una atmósfera de Kishinev».[21] La guerra reveló la verdadera cara de la sociedad burguesa, «corrupta, sin honor, chapoteando en sangre y cubierta de mugre». Una vez caída la fachada de la civilización y de la ética, de la paz y del derecho, muestra su verdadera naturaleza, la naturaleza de una «bestia feroz» que baila la danza diabólica de la anarquía, insuflando «una miasma pestilente sobre la civilización y la humanidad».[22] Sin experimentar la misma indignación, Franz Kafka permaneció igualmente inmune al virus nacionalista. El 6 de agosto de 1914, anota en su diario: «Desfile patriótico. Discurso del alcalde. (...) Presencio estas manifestaciones con mi mirada malvada. Estos desfiles son uno de los fenómenos más repugnantes que acompañan a la guerra».[23]

EL MATADERO Y EL CAMPO DE HONOR

Entre 1914 y 1918 los sentimientos cambian bruscamente y se pasa de la ciega idealización y del entusiasmo desenfrenado al horror y al pánico. Por un

[20] Stefan Zweig, *Le Monde d'hier. Souvenirs d'un Européen*, Belfond, París, 1993, p. 281.

[21] Rosa Luxemburg, «Die Krise der Sozialdemokratie», *Gesammelte Werke*, Dietz Verlag, Berlín, 1990, p. 52.

[22] *Ibid.*, p. 53.

[23] Franz Kafka, *Journal*, Grasset, París, 1954, p. 385.

lado, la guerra señala el triunfo de una concepción del honor y del heroísmo que se expresa mediante el lema «morir por la patria» y que culmina en agosto de 1914. Es también el recuerdo de estas jornadas de fervor patriótico el que hará que el historiador Ernst Kantorowicz trace la genealogía del nacionalismo partiendo de la Europa medieval. Por otro lado, la Primera Guerra Mundial destruye el mito de la muerte en el campo de honor al revelar los horrores de la masacre tecnológica y de la muerte anónima en masa. La leyenda de la guerra heroica es simbolizada, desde los primeros meses de combate, por Langemarck, el pueblo de Flandes que los soldados alemanes habrían conquistado, en noviembre de 1914, cantando el himno nacional y al precio de una enorme cantidad de bajas.[24] El combatiente de Langemarck es la encarnación perfecta del héroe: bello, idealista, viril, generoso, valiente y dispuesto al sacrificio. Tal héroe no puede tener miedo a la muerte, la cual –por el contrario– lo glorifica. De acuerdo con el código de honor de los guerreros homéricos, la muerte es el precio que se debe pagar para alcanzar la gloria (*kleos*). Pero la gloria obtenida al precio del sacrificio supremo es un valor que trasciende a la vida misma, porque es eterna y hace al mártir inmortal.[25] Su sacrificio se carga, así, de un aura que lo sitúa en un espacio intermedio entre lo profano y lo religioso.[26] La patria agradecida no lo podrá olvidar; le erigirá monumentos y evocará su memoria en sus ceremonias. El sociólogo Max Weber, uno de los que se dejaron arrastrar por la oleada chauvinista, es sin duda uno de los últimos intelectuales europeos en adherirse al mito de la muerte en el campo de honor. Así, intenta conceptualizarlo en 1915, en el momento en que está en vías de derrumbarse. En su *Zwischenbetrachtung* constata, en primer lugar, el «pathos» y el «sentimiento de comunidad» que la guerra genera en el espíritu de los combatientes, incentivándolos a hacer «don de sí» y a realizar «una comunidad incondicional en el sacrificio». Al aprehender la naturaleza de la guerra como cruzada secular, refuerza el poder irresistible de tal sentimiento, «en vista del cual, en general, las religiones no pueden ofrecer nada equivalente, sino en las comunidades de héroes que descansan sobre la ética de la fraternidad». El elemento esencial que reúne a esta comunidad guerrera reside en la sacralización que hace de la muerte, por la cual el soldado puede dar a su existencia un sentido único y profundo. Irreductible a la muerte ordinaria, natural, que se inscribe en la continuidad de las sociedades y permite la transmisión de experiencias de una generación a la otra, la muerte en combate posee un sentido particular y sublime, porque entra

[24] *Cf.* Bernd Hüppauf, «Schlachtenmythen und die Konstruktion des "Neuen Menschen"», en Gerhard Hirschfield, Gerd Krumeich e Irina Renz (eds.), *Keiner fühlt sich hier als Mensch*, *op. cit.*, pp. 43-84, así como George L. Mosse, *Fallen Soldiers, Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford University Press, Nueva York, 1990, pp. 70-73.

[25] *Cf.* Antonio Scurati, *Guerra. Nazioni e culture nella tradizione occidentale,* Donzelli, Roma, 2003, p. 52.

[26] *Cf.* Éric Desmons, *Mourir pour la patrie?*, Presses Universitaires de France, París, 2001, p. 30.

en armonía con la «vocación» (*Beruf*) del soldado. Según Weber, «este carácter extraordinario de la fraternidad y de la muerte en la guerra» constituye un fenómeno moderno y secular «que el combate comparte con el carisma sagrado y la experiencia de la comunidad con Dios».[27]

Estas palabras preceden en algunos meses a la batalla del Somme, que dejará un saldo de un millón de víctimas. Inaugurada por el mito de la muerte heroica, la Gran Guerra culmina con las conmemoraciones del «soldado desconocido». Éste representa a las innumerables víctimas de un conflicto en el cual el acto de matar se transforma en una operación mecánica y donde la muerte toma el carácter de una experiencia colectiva, anónima, y trivial. En suma, una muerte «mecánicamente reproducible» a la cual le han retirado su «aura» en el barro de las trincheras. Arrojado al azar entre numerosos cadáveres desfigurados e irreconocibles, el «soldado desconocido» encarna, según Roger Caillois, el «fin de la guerra heroica».[28] En la Europa de posguerra se multiplican los monumentos dedicados a él. Simbolizan la ruptura con la visión romántica de la muerte cultivada por el nacionalismo del siglo XIX, desechando la noción de sacrificio individual heroico en provecho de la hipótesis del holocausto colectivo. Con la Gran Guerra aparece entonces el cambio repentino de una imagen a otra que le es antinómica: la figura del héroe es reemplazada por aquella del «soldado desconocido», la muerte en el campo de honor es reemplazada por la muerte en el matadero. El episodio delirante que se desarrolla al comienzo de la batalla del Somme, donde caen miles de soldados británicos, derribados por ametralladoras alemanas, mientras avanzan en grupos compactos, sin ninguna protección, bajo el sonido de las gaitas y lanzando una pelota de rugbi, es el testimonio del hiato infranqueable que se interpuso entre la visión tradicional de la guerra y la realidad de la guerra total. Es una fisura entre la modernización de la sociedad y la persistencia de antiguas mentalidades particularmente tenaces en el seno de las jerarquías militares, formadas por elites aristocráticas y colocadas al mando de ejércitos de masas. Como escribe Dan Diner, la guerra no es sólo un conflicto entre ejércitos, ella se convirtió en una guerra entre el hombre y la máquina».[29] El paso del campo de honor al matadero, representa un cambio antropológico significativo que se produjo en el seno de Europa.[30] Eso es lo que constata lúcidamente Kantorowicz en la conclusión de su ensayo genealógico sobre la idea de «morir por la patria» (*pro patria mori*). Ésta parece haber triunfado en 1914, cuando la visión cristiana de la autoinmolación del guerrero por la fe, la Iglesia y el rey, encontró su forma secular en el sacrificio

[27] Max Weber, «Considérations intermédiaires» (1915), *Sociologie des religions*, Gallimard, París, 1996, pp. 426-427.

[28] Roger Caillois, «Le vertige de la guerre», *Quatre essais de sociologie*, Perrin, París, 1951, p. 107.

[29] Dan Diner, *Das Jahrhundert verstehen*, *op. cit.*, p. 40.

[30] Geroge Mosse, *Fallen Soldiers*, *op.cit.*, p. 160.

del soldado sobre el altar del *corpus mysticum* de la nación. Sin embargo, con la llegada de la guerra total, el Estado impuso al soldado morir sin ofrecerle ni consuelos emocionales ni gloria para toda la posteridad por el don de su vida. Con sus dispositivos impersonales de exterminio tecnológico, la Segunda Guerra Mundial corona el camino hacia el desencantamiento respecto de la muerte. Una vez «desprovisto de toda idea que lo enlazara a la *humanitas*, ya fuese Dios, el rey o la patria», concluye Kantorowicz, el sacrificio de los soldados y de los civiles no guarda ningún rasgo de nobleza. No es más que una «muerte a sangre fría».[31]

Se podría ilustrar esta metamorfosis con la ayuda de dos pasajes singularmente antinómicos escritos durante y después de la guerra por el historiador Marc Bloch y el escritor Louis-Ferdinand Céline. El primero de ellos es una arenga patriótica inspirada por un sentimiento trágico y solemne acerca del honor; el segundo es un repudio a la guerra que da lugar a una apología sarcástica de la cobardía. El 1.º de junio de 1915, justo antes de volver al frente después de un período de convalecencia en París, Marc Bloch escribe una carta a sus seres más queridos anticipando su muerte.

> Morí voluntariamente por una causa que amaba; al partir al frente me sacrifiqué a mí mismo; es la más bella de las muertes. Mentiría si dijera que no añoro la vida; sería injusto con vosotros que me la hicisteis tan dulce; pero también me habéis enseñado a valorar ciertas cosas por encima de la vida. (...) Morí seguro de la victoria y feliz –sí, verdaderamente feliz, lo digo con toda la sinceridad del alma– de derramar mi sangre.[32]

Después de la guerra, esta retórica suscitará la burla por parte de Céline, quien hace de Bardamu, el héroe de su *Viaje al fin de la noche*, la antítesis perfecta del soldado dispuesto a morir por la patria. Internado en un hospital psiquiátrico, Bardamu lanza un elogio desmesurado de la cobardía:

> –Oh, usted es un cobarde por completo, Ferdinand. Usted es repugnante como una rata...
> – Sí, un cobarde por completo, Lola, rechazo la guerra y todo lo que ella conlleva (...) y soy yo quien tiene razón, porque soy el único que sabe lo que quiere.
> –¡Pero es imposible rechazar la guerra, Ferdinand! Sólo los locos y los cobardes rechazan la guerra cuando la patria está en peligro...
> –Entonces ¡que vivan los locos y los cobardes! O más bien que sobrevivan los locos y los cobardes. ¿Se acuerda de un solo nombre, por ejemplo, Lola, de uno de esos soldados asesinados durante la guerra de los Cien Años?... No, ¿no es

[31] Ernst Kantorowicz, «Mourir pour la patrie (*pro patria mori*) dans la pensée politique médievale», *Mourir pour la patrie et autres essais*, Presses Universitaires de France, París, 1984, pp. 139-141.

[32] Marc Bloch, «Lettre d'adieu», *L'Histoire, la Guerre, la Résistance,* Quarto/Gallimard, París, 2006, p. 188.

> cierto?... Jamás se lo ha preguntado, ¿no? Para Ud. son anónimos, indiferentes y más desconocidos que el último átomo de esos papeles de diario que se encuentran delante suyo, que su caca de todas las mañanas...[33]

La visión de la guerra como matadero fue esbozada por Churchill, al comienzo de los años veinte, en una conferencia que impresiona por su clarividencia y su vigor. En ella describe la Primera Guerra Mundial como una herida horrenda infligida a la civilización europea, siendo éste un pasaje verdaderamente significativo, pues emana de un político conservador que hizo una carrera militar, un representante del imperialismo liberal que reflexiona sobre el estado del mundo que él contribuyó a engendrar.

> La Gran Guerra que acabamos de atravesar se diferenció de todas las guerras anteriores por el monstruoso poder de las armas de fuego de los adversarios, así como por sus temibles medios de destrucción, y se distinguió de las otras guerras modernas por la extrema brutalidad con la cual las operaciones han sido conducidas. Los temores de todas las épocas se hicieron realidad en ella; no tan sólo los de los ejércitos, sino los de poblaciones enteras que se han visto involucradas (...) Ni armisticios ni treguas pudieron hacer menos violenta la confrontación entre los ejércitos. Los heridos murieron en las líneas enemigas y los muertos mancharon los campos de batalla. Barcos mercantes, barcos-hospital y embarcaciones neutrales se hundieron en el fondo del mar, lo cual provocó la pérdida de cuerpos humanos y de bienes materiales. El mundo fue sometido a los peores padecimientos y, así, la hambruna redujo a poblaciones enteras sin consideración de edad ni de sexo. Pueblos y monumentos culturales fueron dañados por la artillería. Gases venenosos asfixiaron y quemaron soldados y el fuego del fósforo devoró sus cuerpos. Hombres cayeron del cielo cubiertos en llamas y otros murieron lentamente, asfixiados en los bancos de aire de los barcos hundidos. El tamaño de los ejércitos no ha tenido ningún otro límite más que aquel de la población de los países correspondientes. Europa y una gran parte de Asia y África se convirtieron en un inmenso campo de batalla devastado, el cual vio engullirse ejércitos y países enteros. Por último, la tortura y el canibalismo son los únicos medios a los cuales los Estados civilizados, científicamente desarrollados y cristianos renunciaron, únicamente porque eran de una utilidad problemática.[34]

El paisaje apocalíptico que se desprende de esta descripción no es el de una guerra convencional, es decir, de una guerra entre Estados, sino el de una guerra *total* que engulle a las naciones, en el cual los ejércitos aniquilan a las

[33] Louis Ferdinand Céline, *Voyage au bout de la nuit,* Paris, Gallimard, 1972, pp. 65-66. Véase Eric Desmons, *Mourir pour la patrie?*, *op. cit.*, pp. 97-98.

[34] Este pasaje de Churchill (*The World Crisis 1911-1918*, Mac Millan, Nueva York, 1942, pp. 19-20) mereció la atención de muchos historiadores: George Lichtheim, *Europe in the Twentieh Century,* Praeger Publishers, Nueva York, 1972, pp. 105-106, y Hagen Schulze, *État et nation dans l'histoire de l'Europe,* Seuil, Paris, 1996, p. 300.

poblaciones civiles y donde no hay, simplemente, más regla que aquella que consiste en destruir completamente al enemigo. En definitiva, es el esquema de una guerra civil a escala continental.

IMAGINARIOS DE LA VIOLENCIA

MIEDO

«Colosal frente a la mirada estupefacta, hermana de la Muerte, el Miedo es nuestro rey y nada se escapa a su poder. El pasado dijo bastantes tonterías sobre el miedo para que tengamos que recordar que el soldado intrépido es un mito».[1] Este testimonio del soldado Jean Marot es citado por Jean Norton Cru, en su extraordinario documento de 1929 sobre la memoria de la Gran Guerra, como prueba de la inexistencia de la guerra heroica. A pesar de que deriva de una amenaza impersonal y mecánica más que de un enemigo de carne y hueso, el miedo a la muerte violenta está siempre presente y nadie allí escapa a él.

«Entonces abre los ojos. Sin duda me ha escuchado y me mira con una expresión de terror espantoso. El cuerpo está inmóvil, pero en los ojos se lee un deseo de huir tan intenso que yo creo por un instante que tendrán la fuerza de llevarse el cuerpo con ellos, de hacer cientos de kilómetros en una sola secuencia. El cuerpo está inmóvil, completamente calmo, y, hasta ahora, silencioso; la voz se apagó, pero los ojos gritan y chillan; en ellos toda la vida se concentró en un esfuerzo extraordinario por escaparse de ella, en un horror atroz frente a la muerte, frente a mí».[2] De esta manera Erich Maria Remarque describe el temor del enemigo agonizante en *Sin novedad en el frente* (1928), su célebre novela autobiográfica sobre la Gran Guerra. Con su persistencia, la violencia y la muerte destruyen los hábitos adquiridos en la vida civil. Todo sentimiento de solidaridad parece disuelto en estos seres humanos que luchan por su supervivencia: «Apenas nos reconocemos cuando la imagen de otro cae bajo nuestra mirada de bestia forzada». Los soldados no son más que «muertos insensibles que, por una estratagema y un peligroso encantamiento, son capaces de correr y de matar».[3]

[1] Jean Norton Cru, *Du témoignage,* Allia, París, 1989, p. 68.

[2] Erich Maria Remarque, *À l'ouest rien de nouveau* (1928), Le Livre de Poche, París, 2000, pp. 165-166.

[3] *Ibíd.*, p. 90.

«Somos tan vírgenes del horror como de la voluptuosidad», constata Ferdinand Bardamu, el héroe de *Viaje al fin de la noche* de Céline, al darse cuenta de que, contra lo que se pensaba, la guerra en la cual él se enroló como voluntario es una verdadera «cruzada apocalíptica».[4] En *Tormentas de acero* (1920), Ernst Jünger describe el miedo del soldado en su trinchera como «un frío extraño, de naturaleza espiritual». El peligro hace temblar al soldado y este estremecimiento, agrega, «se torna más fuerte cuando, más allá de las alambradas, se entra en tierra de nadie, camino de una angustia ligera que hace temblar los dientes».[5] Una vasta literatura testimonial designa una característica distintiva de la experiencia compartida por los soldados de la Gran Guerra: la sensación terrible y aplastante de la presencia de la muerte en el día a día. En su gran obra sobre la guerra del 14 vivida por las clases subaltenas, Antonio Gibelli cita la carta de un soldado a sus padres, fechada el día de Carnaval de 1916. Recuerda los bailes de esta fiesta tradicional, pero ahora tiene la impresión de bailar con la muerte: «Me encuentro aquí cerca de la muerte, que a cada instante me pasa de costado».[6]

Los ataques eran sincronizados. En cada trinchera un oficial iniciaba la cuenta atrás y luego los soldados se introducían en tierra de nadie. En pocas horas el fuego de las ametralladoras enemigas los podía matar por miles. Esperando la orden de salida, vivían momentos terribles durante los cuales la angustia aumentaba, haciendo temblar sus manos, plegar sus rodillas, castañear sus dientes, mientras la sangre les subía a la cabeza. Aquellos que se quedaban paralizados por el miedo y no encontraban la fuerza para saltar fuera de la trinchera eran amenazados y, a menudo, asesinados por la policía militar: un castigo necesario a fin de imponer el respeto a las órdenes y de impedir eventuales motines. Según el testimonio de un soldado inglés, ellos estaban literalmente aterrorizados: «Algunos tosían, otros vomitaban y, finalmente, otros cantaban o gritaban; era verdaderamente terrible». Las horribles heridas infligidas por las armas mecánicas eran conocidas por todos los hombres que vivían en las trincheras. La masacre tecnológica producía miles de cadáveres irreconocibles, es decir, «soldados desconocidos», los símbolos de la guerra total.

La trincheras y el campo de batalla fueron la herencia de una generación, pero esta experiencia traumática, al no ser transmisible, no podía ser integrada en un continuo histórico que anudara el lazo entre generaciones y consolidara el sentimiento de una cultura heredada. Walter Benjamin hizo de esta vivencia singular (*Erlebnis*) el punto de partida de su reflexión sobre la decadencia del narrador en las sociedades modernas, una figura cuyo relato supone precisa-

[4] Louis Ferdinand Céline, *Voyage au bout de la nuit*, *op. cit.*, 1972, p. 14.

[5] Ernst Jünger, *Orages d'acier. Journal de guerre (1920)*, Le Livre de Poche, Paris, 1970, p. 70.

[6] Citada en Antonio Gibelli, *L'officina della guerra, La Grande Guerra e le transformasioni del mondo mentale*, Bollati Boringhieri, Turín, 1990, p. 197.

mente una experiencia transmisible (*Erfahrung*), fundadora de la tradición de una comunidad susceptible de extraer del pasado los elementos que articulan la trama de su existencia en el presente. La muerte violenta, industrializada y anónima de la guerra moderna se opone a la muerte familiar de las sociedades arcaicas vista como un hecho natural, susceptible de cobrar, a los ojos de los seres vivos, «un valor altamente ejemplar». Benjamin recuerda la representación que da de ella la pintura medieval, «donde el lecho de muerte se convierte en un verdadero trono, hacia el cual el pueblo afluye a través de las grandes puertas abiertas de la casa mortuoria», para indicar que esta percepción de la muerte constituye la fuente de autoridad del narrador.

> Es sobre todo en el lecho de muerte donde cobra forma no solamente el saber o la sabiduría de un hombre, sino en primer lugar la vida que ha vivido, es decir, de la cual están hechas las historias. De la misma manera que al término de su existencia él ve desfilar interiormente una serie de imágenes –visiones de su propia persona, en las cuales, sin darse cuenta, se ha reencontrado a sí mismo–, así, en sus expresiones y en sus miradas, surge de repente lo inolvidable, que confiere a todo lo que ha tocado este hombre la autoridad que reviste frente a los ojos de los seres vivos que lo rodean, a la hora de su muerte, incluso si éste es el último de los miserables. Es esta autoridad la que da origen al relato.[7]

Benjamin prosigue su análisis caracterizando a la Gran Guerra como un momento de ruptura en el cual la vivencia corporal de la muerte en la batalla tecnológica no puede ser más restituida por la narración ni evocada bajo una forma épica, dejando sus testimonios abandonados a ellos mismos.

> Una generación que había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos se encontraba al descubierto en un paisaje en el que nada era reconocible, salvo las nubes y, en el medio del mismo, en un campo de fuerzas atravesado por tensiones y explosiones destructivas, el minúsculo y frágil cuerpo humano.[8]

La experiencia de la muerte violenta en la guerra moderna no es solamente intransmisible, es también irrepresentable, como han subrayado los historiadores del arte que han analizado la pintura consagrada a la Gran Guerra. Philippe Dagen da cuenta del hiato profundo que existe entre los testimonios, a menudo crudos y terriblemente realistas, de los pintores que se movilizaron por el frente de batalla, y sus obras, casi siempre incapaces de restituir el horror de la experiencia vivida. Sus cuadros esbozan los contornos de una «guerra cubista» dominada por la tecnología, las máquina y el acero, o bien muestran un paisaje en ruinas de donde se desprende un mensaje pacifista que no se corresponde,

[7] Walter Benjamin, «Le conteur. Réflexion sur l'oeuvre de Nicolas Leskov», *OEuvres III*, Paris, Gallimard, 2000, p. 130.

[8] *Ibíd.*, p. 116.

ni por asomo, con la violencia de la masacre en cadena. Es así como «la Gran Guerra marca la ruptura entre historia contemporánea y pintura».[9] Entre las raras excepciones, se podrían evocar las acuarelas y algunas telas pintadas por Otto Dix durante la guerra, las cuales muestran soldados agonizantes en sus trincheras. Éstas son mucho más impactantes que un cuadro bastante convencional como el *Tríptico de la guerra*, que el mismo Dix realiza a fines de los años veinte.

La fotografía y el cine de los años de la guerra no escapan a esta regla que, impuesta esta vez por la censura de los Estados mayores, era a menudo interiorizada por los soldados como un deber de decencia y de pudor que preservaba su dignidad. En las fotos realizadas por Marc Bloch en Argonne en 1915 no se ven ni muertos ni heridos, solamente la vida en las trincheras y los paisajes destruidos por los obuses.[10] La sangre corría mucho más en los melodramas del cine mudo que en las películas dedicadas a la guerra. En 1919, el crítico italiano Pier Antonio Gariazzo subrayaba con fuerza el ocultamiento de la violencia en la pantalla, siempre evocada por metáforas, alusiones o sublimaciones edulcoradas y jamás presentada en su realidad más cruda: «Vemos a nuestros soldados heroicos que saltan de las trincheras, vemos el asalto con bayonetas. (...) No olemos este olor de cadáver difuso, permanente, implacable, que impregna el aire por doquier, mezclado con el olor un poco rancio del rancho».[11] De la misma manera, escribía con un humor frío y ácido, que la retórica patriótica exaltaba «una bella muerte» en el campo de honor y no «una bella doble amputación», las películas guardaban discreción respecto de las formas concretas del sufrimiento físico y psicológico de los soldados. «No podremos jamás ver en la pantalla la angustia terrible que obliga a un hombre simple (...) a vivir esperando la muerte inminente en una cueva cavada en la tierra, en un hoyo en las rocas, o detrás de su cañón».[12] Inmediatamente utilizado por los gobiernos como un arma de propaganda, el cine se convierte en el transcurso del conflicto, en el refugio privilegiado de un ejército y de una población civil que quieren huir, durante el tiempo que dura la proyección, de las preocupaciones cotidianas. Según Gian Piero Brunetta, las salas de cine fueron los lugares en los que se intentaba exorcizar la muerte».[13]

Después de la Primera Guerra Mundial, la muerte ya no será narrada ni representada por un relato o por imágenes de duelo que la inscriben en el flujo ininterrumpido de una historia natural. Aquí tambien, la Gran Guerra marca una cesura histórica, quiebra la continuidad de las experiencias de vida y trans-

[9] Philippe Dagen, *Le Silence des peintres*, *op. cit.*, p. 313.

[10] Véanse las aclaraciones de Annette Becker en su prefacio a Marc Bloch, *L'histoire, La Guerre, la Résistance*, *op. cit.*, 2006, p. XX.

[11] Citado en Gian Piero Brunetta, «Cinema e prima guerra mondiale», en Gian Piero Brunetta (ed.), *Storia del cinema mondiale*, vol. I, Einaudi, Turín, 1999, p. 269.

[12] Citado en Antonio Gibelli, *L'officina della guerra*, *op. cit.*, p. 48.

[13] Gian Piero Brunetta, «Cinema e prima guerra mondiale», *op. cit.*, p. 274.

forma el paisaje mental de las sociedades europeas. Los puntos de referencia se confunden, la tradición aparece destruida y el viejo orden aniquilado. Si la violencia de la guerra se manifiesta, entre los soldados, como una experiencia singular e incomunicable desde distintos puntos de vista, el miedo a la muerte que la accompaña parece invadir al mundo que ha salido del conflicto. Aquí reside, se podría decir con George L. Mosse, uno de los rasgos de las sociedades europeas sometidas al trauma de la Primera Guerra Mundial.[14] Extrañamente, pocos trabajos investigaron las marcas dejadas por los sentimientos y emociones que acompañan a la irrupción de la violencia en la sociedad, en la lucha política y en el lenguaje. El miedo surgido en el siglo XX en un mundo herido por las guerras totales, la masacre industrial y las ciudades bombardeadas no encontró todavía un historiador. No hay nada comparable al estudio de Jean Delumeau sobre el miedo cristiano de la «ciudad sitiada», cuando la vida de los hombres era dominada por el miedo de Satán, del Juicio Final y de las guerras de religión.[15] Para salvar esta laguna, Joanna Bourke propone apelar a la aestesiología (del griego *aesthesis*), es decir, al conocimiento de las sensaciones y de las emociones en un mundo secularizado que tiende a privilegiar los tratamientos «anestésicos» con el objetivo de neutralizar las sensaciones. Sería necesario entonces, según esta perspectiva, sondear la cultura de las sociedades de posguerra trazando «la historia de las reacciones corporales y emocionales en el mundo exterior».[16] Esto vale sobre todo para el temor a la muerte, más precisamente para el temor a la muerte violenta, que atormenta profundamente a la Europa de los años veinte y treinta. En algunos aspectos, este análisis revela las contradicciones del proceso de civilización, el cual conduce a la vez a la racionalización de las prácticas sociales y al autocontrol de las pulsiones individuales: por un lado, la racionalidad moderna de las tecnologías destructivas y de los ejércitos de masas; por el otro, las emociones ocultas en un mundo social desfigurado por la violencia.

Este sentimiento de miedo no es siempre explícito. Lo que sucede más a menudo es que este sentimiento persigue a los espíritus como una angustia difusa e inasible, sin emerger a la superficie. Subyace a un mundo que guarda una apariencia de civilidad y cuya historia, según nos explicaba Lucien Febvre en 1941, es de «una represión, más o menos lenta, de la actividad emocional por parte de la actividad intelectual».[17] Es la cara oculta de los innumerables monumentos a los muertos que se erigen en todo el continente, desde los altares

[14] *Cf.* George L. Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, *op. cit.*

[15] *Cf.* Jean Delumeau, *La Peur en Occident XIVe-XVIIIe siècles. Une cité assiegée*, Fayard, París, 1978.

[16] Joanna Bourke, «Fear and Anxiety: Writing about Emotion in Modern History», *History Workshop Journal*, 55, 2003, p. 113.

[17] Lucien Febvre, «Comment reconstituer la vie affective? La sensibilité et l'histoire», *Combats pour l'histoire*, Armand Colin, París, 1992, p. 225.

majestuosos en el centro de las grandes capitales hasta las pequeñas estatuas y las placas conmemorativas, símbolos de una memoria popular que reconoce el sacrificio de los vencidos. Un rasgo común de estos monumentos dedicados a los muertos, en todos los países –Reinhart Koselleck lo remarcó pertinentemente–, alude al hecho de que «eluden voluntariamente el fenómeno concreto de la muerte».[18] Estos monumentos vehiculan los valores morales, celebran la patria y glorifican el heroísmo de los combatientes. A veces, como es el caso de la escultura realizada por Käthe Kollwitz para el cementerio de guerra alemán de Vladslo, en Bélgica, pueden representar el duelo, mostrando padres llorando sobre la tumba de sus hijos. Con menos frecuencia, es el caso del monumento de Casamassima, un pueblo italiano cerca de Bari, pueden evocar la muerte de una manera más explícita, mostrando un cadáver sobre el cual se recuesta un ángel –una *mater dolorosa* con alas– que le coloca una corona. Pero la imagen de la muerte violenta, la experiencia más universal compartida por los combatientes, permanece invisible. Constantemente exorcizada, sublimada por la imagen de Épinal de la guerra heroica, está de alguna manera sacralizada. Incluso las películas más antimilitaristas la evocan mediante metáforas o imágenes del más allá, como en la escena final de *Yo acuso* de Abel Gance (1919), donde se ve a los soldados caídos levantarse de sus tumbas para denunciar a los Estados responsables de su sacrificio inútil.

La historiografía –particularmente los trabajos de Philippe Ariès– ha subrayado a menudo la tendencia a que la muerte pase a la esfera privada en las sociedades modernas. No aceptada ya como un aspecto ineluctable y natural de la existencia, es decir, como una instancia que marca el ritmo de la vida de una comunidad, es mirada con horror como una pérdida irreparable, la fuente de un sufrimiento y de un duelo sustraídos al espacio público y replegados en la esfera íntima de los individuos.[19] Un efecto mayor de este paso de la muerte a la esfera privada se manifiesta en su aislamiento: es controlada por la medicina en el espacio familiar y luego relegada a los cementerios, a partir de ese momento clausurados y alejados de los centros urbanos. Por consiguiente, el duelo se transforma en una práctica individual. Ahora bien, es evidente que la Gran Guerra rompe con esta tendencia que se había profundizado a lo largo del siglo XIX. La intolerancia moderna hacia la muerte da paso a su apropiación pública bajo la forma de rituales conmemorativos que aglutinan a la comunidad nacional alrededor de sus hijos caídos en combate. Estas prácticas colectivas del duelo se inscriben en el proceso, muy bien descrito por George L. Mosse, de «nacionalización de las masas» y de transformación del nacionalismo en una *religión civil* del mundo secularizado. Los millones de muertos de la guerra

[18] Reinhart Koselleck, «Les monuments aux morts, lieux de fondation de l'identité des vivants», *L'Expérience de l'histoire*, Seuil/Gallimard, París, 1997, p. 149.

[19] *Cf.* Philippe Ariès, *L'homme devant la mort, 2. La mort ensauvagée*, Seuil, París, 1977.

cobran, así, la apariencia de víctimas sacrificadas en nombre de un holocausto ofrecido a la patria. Pero esta reapropiación colectiva de la muerte supone siempre la exorcización de sus modalidades, de sus formas y de su fenomenología. No se puede mostrar a la muerte en la guerra como lo hacía la pintura de otra época que representaba al muerto agonizante en su lecho.

Las marcas de la violencia son, sin embargo, visibles en las sociedades de posguerra. Los pintores alemanes de la época de Weimar restituyen la imagen de un mundo herido, desfigurado y brutalizado. Max Beckmann, Ludwig Meidner, Otto Dix y George Grosz nos muestran escenas de asesinato, ciudades pobladas por desechos humanos, cuerpos corroídos por la enfermedad, y también mutilados en las esquinas de las calles que –de cerca– hacen recordar a las fotografías de rostros destrozados [ilustración 1]. En un ensayo tremendamente perspicaz sobre Grosz, Günther Anders le atribuye la genialidad de haber reinterpretado el género pictórico clásico de la « naturaleza muerta», después de la guerra, al crear uno nuevo: «la naturaleza asesinada». En la historia de la pintura, las naturalezas muertas «siempre representaron objetos inanimados, fríos, sustraídos al tamiz de la vida humana». Las acuarelas y los cuadros de Grosz, por su parte, representan paisajes dominados por el horror en los cuales la muerte nunca es natural. Salvo, añade Anders, si se entiende el adjetivo «natural» en el sentido hobbesiano, es decir, inscribiendo la muerte en un universo en el que el hecho de «ser asesinado» (*Getötet-sein*) deviene «la más natural y la más extendida de las modalidades del ser».[20] Es suficiente, para entender la magnitud de la mutación provocada por la Gran Guerra, comparar dos célebres representaciones pictóricas de la muerte realizadas en Alemania, una anterior y la otra posterior a 1914. La *Muerte en el dormitorio de la enferma* (*Der Tod im Krankenzimmer*), pintado por Edvard Munch en Berlín en 1893, es un cuadro dominado por el silencio [ilustración 2]. La actitud de los diferentes personajes expresa la pena y la aflicción de una familia que, reunida alrededor de la cama de una enferma, la acompaña en su agonía. Algunos están rezando. El sentimiento que se desprende de esta escena es el de una resignación y un dolor interiorizados, en un decorado austero de dignidad, de honorabilidad y de respetabilidad típicos de una familia burguesa del siglo XIX. Lejos de convulsionar a la comunidad, la muerte parece reforzar su unidad y sus valores.[21] Muy diferente es *La Noche* (*Die Nacht*), el cuadro pintado por Max Beckmann entre 1918 y 1919; el contraste es impactante [ilustración 3]. Representa una escena de asesinato en una buhardilla. Tres criminales intentan estrangular a un hombre sentado a una mesa que evoca un instrumento de tortura. Un asesino le hace un nudo alrededor del cuello, mientras que otro lo inmoviliza. Su mujer,

[20] Günther Anders, « George Grosz», *Mensch ohne Welt. Schriften zur Kunst und Literatur*, C. H. Beck, Múnich, 1983, p. 221.

[21] Sobre los cuadros de Munch dedicados a la muerte, *Cf.* Arthur E. Imhof, *Ars moriendi. Die Kunst des Sterbens einst und heute*, Böhlau, Viena, 1991, pp. 123-159.

a un lado, parece colgar de los brazos, las piernas abiertas, medio desnuda, como si hubiera sido violada. Una chica observa, asustada, este espectáculo de violencia, al igual que una mujer vestida de rojo, sin duda una cómplice de los asesinos. Hay objetos por el suelo en una gran confusión. La muerte aquí ya no tiene nada de natural ni de apacible; forma parte de un contexto de caos y de violencia. Este cuadro expresionista, así como otros del mismo período, restituye el clima dominante en Alemania entre la derrota, la disolución del Reich y la represión sangrienta de la revuelta espartaquista. Se podría ver aquí una alegoría de la ejecución de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo, cuyo cuerpo será arrojado a un canal de Berlín después de que ella fuera asesinada, durante la noche, por una banda de *Freikorps*. Se podría también ver también una transfiguración de los recuerdos de guerra del pintor, vuelto a la vida civil en 1915, después de menos de un año de combate en el frente occidental, después de su colapso psíquico.

Presentados bajo una forma alegórica, el miedo y el horror ante la violencia y la muerte son los ingredientes del *Guernica*, un icono del siglo XX que no necesita descripción. Inspirado a Picasso por la destrucción de la pequeña ciudad vasca de ese mismo nombre bajo las bombas de la aviación alemana aliada a Franco, este cuadro será presentado en París en el Pabellón de la República Española, en el marco de la Exposición Universal de 1937. En esta alegoría de la guerra civil española, la muerte violenta domina a los seres humanos, los animales y los objetos; adquiere una dimensión coral, trágica, que trasciende los diferentes elementos de la composición para capturar el núcleo de toda una época.

El miedo engendrado por la muerte violenta deviene, desde los años de la Gran Guerra, el objeto de una nueva rama de la medicina y de la psicología que se ocupa de las neurosis traumáticas que afligen a los soldados, y más tarde a los sobrevivientes de las trincheras. Desde los primeros años del conflicto hay interés por este problema al cual Sàndor Ferenczi, Karl Abraham y Sigmund Freud dedican estudios importantes.[22] El léxico científico se enriquece con nuevas palabras: *shock* traumático, histeria de guerra, neurastenia, fatiga de combate, *shell shock*... El psicólogo André Leri, uno de sus primeros analistas, describe así este fenómeno: «Después de un fuerte trauma emocional, más o menos acompañado por conmociones o heridas psíquicas, el soldado más valiente se convierte en un cobarde. Pierde su coraje de guerrero; cuando escucha el cañón, tiene miedo, tiembla, ya no puede vencer ni ocultar su agitación».[23] Testimoniando en 1921 ante la comisión creada por la British War Office a fin de estudiar el *shell shock*, el oficial J. F. C. Fuller constata que el soldado

[22] Para una visión de conjunto del enfoque psicoanalítico de estas cuestiones, *cf.* Louis Crocq, *Les Traumatismes psychiques de guerre*, Odile Jacob, París, 1999.

[23] Citado en Eric J. Leed, *No man's land*, cap. 5, Cambridge University Press, Nueva York, 1979.

expuesto de manera prolongada a la violencia del combate permanece «obsesionado por el miedo» y tiende a una sobreexcitación que se asemeja más bien a una forma de «terror mental» que a un miedo físico en el sentido tradicional del término.[24] El director del Hospital Psiquiátrico de Moscú, A. I. Ozereckowski, cita un testimonio que aporta otros detalles acerca de este síndrome: «Después de la batalla (...) comencé a sufrir insomnio: estaba extremadamente sensible y me sobresaltaba con el menor ruido; tenía siempre la impresión de escuchar disparos; mis nervios estaban particularmente afectados por el temor a la batalla, la visión de sangre y los lamentos de los heridos».[25] El psicólogo militar alemán F. Pick piensa, por su parte, que la impotencia sexual podría ser la consecuencia «de un miedo reprimido a la muerte»[26] (un diagnóstico que coincide con el del psicoanalista Karl Abraham).[27]

En su historia social de la guerra del 14, Frédéric Rousseau estableció una fenomenología detallada de este temor «censurado»: «Piernas débiles, piernas que no responden, manos temblorosas, palidez, aceleración del ritmo cardíaco, pequeños tics imperceptibles, vértigo en el vientre, ruidos en la panza, zumbidos en la cabeza...».[28] Después de haber pasado revista a las diferentes patologías de la neurosis de guerra, el historiador Eric Leed constata que comparten un mismo síntoma esencial: «Cobardía, *shell shock*, cansancio de combate, ansiedad, depresión, terror, trauma, neurastenia y crisis de identidad son términos que presuponen todos el miedo como un estado íntimo, invisible y oculto».[29] Una vez que alcanza al cuerpo, el miedo penetra el espíritu y quiebra la barrera que protege lo íntimo de las amenazas del mundo exterior. En los hospitales, los soldados traumatizados adoptaban los mismos gestos que tomaban en las trincheras para protegerse del fuego enemigo (acurrucado en posición fetal, los brazos cruzados sobre el vientre). Podían encerrarse en el mutismo o bien, repentinamente, lanzar gritos de terror. Algunos eran golpeados por la parálisis o capturados por formas incontrolables de temblor, de amnesia, de balbuceo, de deseos de fuga. La fenomenología del temor es multiforme y variada.[30]

[24] Citado en Eric J. Leed, «Fateful Memories: Industrialized War and Traumatic Neurosis», *Journal of Contemporary History*, I. 35, n.º 1, 2000, p. 95.

[25] Citado en Antonio Gibelli, *L'officina della guerra*, *op. cit.*, p. 29.

[26] *Ibíd.*, p. 96.

[27] *Cf.* Karl Abraham, «Contribution à la psychanalyse des névroses de guerre», *Oeuvres complètes,* vol. II, Payot, París, 1965, p. 57.

[28] Frédéric Rousseau, *La Guerre censurée. Une histoire des combattants de 14-18*, Seuil, Paris, 1999, p. 157.

[29] Eric J. Leed, «Fateful Memories: Industrialized War and Traumatic Neurosis», artículo citado, p. 98.

[30] *Cf.* Bruna Bianchi, «Delirio, smemoratezza e fuga. Il soldato e la patología della paura», en Diego Leoni y Camillo Zadra (ed.), *La Grande Guerra. Esperienza, memoria, immagini,* Il Mulino, Bolonia, 1986, pp. 73-104.

La tendencia a atribuir todos estos síntomas a una misma enfermedad moderna ya analizada bastante antes de la cesura histórica de 1914, la *histeria*,[31] estaba fuertemente difundida en las ciencias médicas y antropológicas de la época. Todas las manifestaciones de las neurosis de guerra parecen coincidir con los rasgos de la histeria detectados por Charcot en la Salpetrière a fines del siglo XIX y más tarde sistematizados por el imaginario conservador en una visión negativa del *outsider*, que era a menudo identificado con el judío o el homosexual, encarnaciones ideales típicas de la *degeneración* en el mundo moderno. Afeminados, nerviosos, timoratos, cobardes, psíquicamente inestables, débiles tanto desde el punto físico como en el carácter, predispuestos más bien a la intelectualización que a la acción, los *outsiders* anticipaban las patologías del soldado víctima del *shell shock*. A partir de ahí, la guerra no era la causa sino la simple reveladora de una degeneración preexistente, y su virtud residía en purificar a la sociedad liberándola de sus desechos. «La guerra –escribe George L. Mosse resumiendo esta visión– era el test supremo de la virilidad y las víctimas del *shell shock* habían fallado en esta prueba».[32] Contrariamente a esta estigmatización por parte de los nacionalistas, la locura de guerra era a menudo objeto de compasión para los pacifistas, hasta el punto de devenir una fuente de inspiración para las vanguardias artísticas atraídas por el anarquismo y el comunismo. Así, se encuentra un «loco de guerra» –Jean Arp, que había simulado la locura para sustraerse al combate– en los orígenes del movimiento dadá. Por su parte, André Breton, médico en un hospital militar durante la Gran Guerra, inventó el principio surrealista de escritura automática escuchando los relatos de los soldados traumatizados.[33]

Frente a estos estereotipos del débil y del «degenerado», surgía también el del héroe combatiente forjado en las trincheras. En las antípodas del soldado traumatizado, ésta hallaba en el conflicto la ocasión de expresar su virilidad y su fuerza. En su ensayo *La guerra como experiencia interior* (1922), Ernst Jünger describe el combate como una experiencia catártica, originaria: «Es él el que nos ha martillado, cincelado y fortalecido para hacer de nosotros lo que

[31] Sobre la invención de la histeria en Francia, *cf.* Georges Didi-Huberman, *Invention de l'hystérie. Charcot et l'iconographie photographique de la Salpetrière*, Macula, París, 1999; sobre la introducción y la difusión del concepto de la histeria en Alemania, *cf.* Joachim Radkau, *Das Zeitalter der Nervosität. Deutschland zwischen Bismarck und Hitler*, Carl Hanser, Múnich, 1998.

[32] George L. Mosse, «Shell-Shock as a Social Disease», *Journal of Contemporary History*, vol. 35, 1, 2000, p. 104. Sobre la relación establecida en la época entre histeria y degeneración y los usos políticos que se desprenden de ella, véase sobre todo Paul Lerner, *Hysterical Men: War, Psychiatry and the Politics of Trauma in Germany, 1890-1930*, Cornell University Press, Ítaca, 2003.

[33] *Cf.* Annette Becker, «The Avant-Garde, Madness and the Great War», *Journal of Contemporary History*, vol. 35, 1, 2000, pp. 71-84.

somos. Esta guerra (...) nos formó en el combate, hasta tal punto que seremos, seguiremos siendo combatientes».[34]

La experiencia de los *arditi*, las tropas de asalto creadas por el ejército italiano en 1917 a fin de ejecutar las operaciones militares más peligrosas y de aterrorizar al enemigo, ilustra esta metamorfosis del miedo en odio. Eran voluntarios, al principio unidos más por el espíritu de aventura que por afinidades ideológicas. Inmediatamente celebrados por el poeta D'Annunzio, que veía en ellos la encarnación del superhombre nietzscheano, compartían un culto casi místico, fundado en la exaltación del coraje físico y el menosprecio por la vida. El escritor italiano los presentaba como una «aristocracia del coraje» que amaba la lucha y florecía poniendo en práctica sus instintos más agresivos. Su himno celebratorio de la juventud (*Giovinezza, Giovinezza*) proclamaba la muerte en el combate a la vez como un objetivo existencial y como un sacrificio patriótico: «Soy joven y fuerte / mi corazón no tiembla / encuentro a la muerte sonriendo / antes que caer en el deshonor [*Son giovane et son forte / non mi trema il petto in cuore / sorridendo vo' alla morte/prima di andare al disonor*]».[35] Después de la guerra, los *arditi* no deponen las armas y experimentan grandes dificultades para reintegrarse en la vida civil. Se convierten en los grandes artífices de la guerra civil que sacude a Italia de 1920 a 1925, entre la ocupación de las fábricas de Turín y el advenimiento del régimen fascista. Su nacionalismo vitalista y agresivo modela el estilo y las prácticas del fascismo en sus orígenes –el *squadrismo*– y pasa a ser uno de sus mitos fundadores. La visión de los milicianos fascistas como «una clase de guerreros, siempre prestos a morir»,[36] capaces de atacar las redes de los sindicatos y de los partidos de izquierda «como tomarían por asalto una trinchera austríaca», será uno de los latiguillos de la retórica fascista. Después de haber encarnado los rasgos del combatiente nacionalista, el *arditi* será celebrado como el anticipo del «hombre nuevo» fascista, modelo de una especie superior grandiosa en el combate y fermento de la nueva civilización que el Duce quiere construir. El fascismo introdujo el mito de la amenaza bolchevique sobre la inquietud y la seguridad extendidas en las sociedades europeas después de la Gran Guerra. Transformó la *angustia* –que el psicoanálisis define como un sentimiento de temor genérico e incapaz de focalizarse sobre un objeto– en miedo a un enemigo concreto:[37] el comunismo y la revolución. Pero su ambición no se detuvo ahí, porque hacía falta transformar el miedo en odio y movilizar a las masas contra el enemigo.

[34] Ernst Jünger, *La Guerre comme expérience intérieure*, Christian Bourgois, París, 1997, p. 32.

[35] *Cf.* Emilio Gentile, *Le Origini dell'ideologia fascista 1918-1925*, Il Mulino, Bolonia, 1996, p. 166.

[36] Citado en Simonetta Falaschi-Zamponi, *Fascist Spectacle. The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*, University of California Press, Berkeley, 1997, p. 88.

[37] Sobre la dimensión histórica del problema, *cf.* Joanna Bourke, *Fear. A Cultural History*, Virage, Londres, 2005, pp. 189-192.

Tal era, según Carl Schmitt, la clave secreta de lo *político*.[38] Una vez llegado al poder, constatará más tarde Franz Neumann, el fascismo «institucionalizó» este odio por el recurso sistemático a la propaganda y al terror.[39] La angustia nacida a partir de la guerra total se mezcló, así, con el miedo que, como un terrible temblor, había agitado a las clases dominantes en Europa después de la Revolución de octubre de 1917. Este miedo podía alimentarse de rumores –la traición, la puñalada por la espalda, el complot– que exacerbaban las tensiones e incitaban a la violencia. En este clima, los mitos tales como el del «oro alemán» entregado a los bolcheviques, o el de una conspiración judía para dominar el mundo –propagado por los «Protocolos de los sabios de Sión»–, a los cuales numerosos órganos de prensa parecían dar crédito, podían encontrar un eco muy vasto.[40] Los mecanismos de propagación de estos mitos y rumores eran análogos a aquellos del «Gran Miedo» de 1789 analizados por Georges Lefebvre, pero, esta vez, la ola de violencia que se desprendía de ellos no se dirigía contra el «complot aristocrático», sino contra la revolución. En lugar de quemar los castillos, se cazaba a «los rojos» en Berlín, en Múnich y en Budapest.

¿De qué manera la angustia que atormentaba a los sobrevivientes de las trincheras podía transmitirse al conjunto de la sociedad? El interrogante se plantea porque las neurosis, ligadas a la experiencia traumática de la guerra que afectaban a la generación de ex combatientes, eran solamente el aspecto visible de un miedo que desbordaba sus recuerdos para invadir el espacio social y mental europeo, después de una guerra total que había difuminado la frontera entre combatientes y civiles y en la que la sociedad civil no era más que la retaguardia del campo de batalla. Dicho de otra manera, este miedo había capturado el inconsciente colectivo.

El escritor checo de lengua alemana Ernst Weiss, en su novela *El testigo ocular* (1938), narra la historia imaginaria de Hitler, un soldado austríaco afectado por «la ceguera histérica» a raíz de un ataque de gas en el frente occidental y, más tarde, salvado por un médico judío practicante de la hipnosis. Tras haber comprendido la extraordinaria potencia de este método terapéutico, el antiguo soldado enceguecido cobra una fe ciega en sí mismo y alcanza a «hipnotizar» a una nación entera, sometiéndola a su voluntad de nacionalista fanático y antisemita.[41] Guerra, *shell shock*, locura, histeria, nacionalismo y antisemitismo son los ingredientes de esta novela que ilustra la tendencia del fascismo

[38] *Cf.* Carl Schmitt, «La notion de politique», *La Notion de politique/Théorie du partisan*, *op. cit.*, 1992.

[39] Franz Neumann, «Angst und Politik», *Demokratischer und autoritärer Staat*, *op. cit.*, p. 284.

[40] *Cf.* Norman Cohn, *Histoire d'un mythe. La «conspiration» juive et les protocoles des sages de Sion*, Gallimard, París, 1966.

[41] Ernst Weiss, *Le Témoin oculaire* (1938), Gallimard, París, 1988. Véase Annette Becker, «The Avant-Garde, Madness and the Great War», artículo citado, p. 83.

a transformar la angustia engendrada por la guerra en odio al enemigo (judío, bolchevique, antialemán).

En una obra que es ya clásica, *De Caligari a Hitler*, Siegfried Kracauer revela las marcas de esta angustia en el cine alemán de los años veinte, lugar privilegiado de la cultura de masas, en donde «las disposiciones interiores del pueblo» encuentran su expresión en la pantalla.[42] Kracauer halla un conjunto de síntomas, o más bien, según sus propios términos, «jeroglíficos visibles» que descifrar. Dejemos de lado las querellas estéticas –un película no es jamás el simple reflejo de un inconsciente colectivo– e intentemos ver si este miedo a la muerte violenta, tan rigurosamente censurada en los monumentos consagrados a los muertos, los lugares del duelo público, encuentra una expresión en la pantalla.

Carlo Ginzburg atrajo la atención, hace algunos años, sobre una película olvidada de Ernst Lubitsch, *Broken Lullaby*, cuya historia de amor, sobre un fondo de reconciliación francoalemana, se desarrolla en un contexto marcado por el horror de la guerra. Estamos en París, el 11 de noviembre, el día del aniversario del armisticio. En un clima de fiesta popular, una fanfarria abre el desfile militar al cual asisten, desde la acera, antiguos combatientes, entre los cuales se encuentran numerosos mutilados. Un primer plano sobre sus piernas de madera muestra los estragos de la guerra sobre una generación y sugiere todo el sufrimiento que se oculta detrás de esta fachada festiva. Más tarde, el cortejo pasa junto a un hospital delante del cual un cartel invita a los peatones al silencio. La cámara entra entonces en las salas del establecimiento donde se encuentran los restos de la guerra, exhibiendo su dolor, sus miradas horrorizadas, su infelicidad muda. De repente, al sonar un despertador en un dormitorio, un grito salvaje rompe el silencio, un grito de terror emitido por un enfermo, uno de los innombrables «locos» que han vuelto del frente. Esta escena, subraya Ginzburg acertadamente, vale más que un tratado contra la guerra.[43]

El miedo colectivo es el tema de la clásica película de Fritz Lang, *M, el maldito* (1931). Muestra el terror que se apodera de una ciudad donde hace de las suyas un asesino de niños. Y este terror captura al propio asesino: víctima de un impulso homicida incontrolable, esquizofrénico, descubre con horror sus propias maldades, como lo asevera después de su captura (llevada a cabo por criminales de los bajos fondos de la ciudad, en una inversión de roles que subraya el desorden de la Alemania de posguerra). Kracauer presenta al héroe de *M, el maldito*, interpretado en la pantalla por Peter Lorre, como un «rebelde regresivo», símbolo de una psicología colectiva, creada por la guerra, que conduce a la sociedad a someterse al orden nacional-socialista como si fuera una

[42] Siegfried Kracauer, *De Caligari à Hitler, Une histoire psychologique du cinéma allemand* (1947), Flammarion, París, 1987, p. 8.

[43] Conferencia de Carlo Ginzburg en la Biblioteca Nacional de Francia en febrero del 2001, *Cf.* Philippe Lancon, *Libération*, 2 de febrero del 2001.

autoridad protectora. Este película, concluye, oscila permanentemente «entre las nociones de anarquía y de autoridad».[44] El lazo de *M, el maldito* con la experiencia traumática de la guerra es sugerido por una escena de la primera parte de la película, en la cual se ve al asesino pasearse por la villa en busca de su presa. Sobre un muro, se distingue claramente el cartel de la película de G. W. Pabst, *Westfront 1918*, producida por la misma firma que la de Lang, *Nero Film* [ilustración 6]. Esta alusión fugaz es mucho más que un simple señalamiento publicitario, pues ofrece una clave de lectura de la película.[45] La violencia que mata vidas inocentes y el miedo que la rodea nace de la guerra. El asesino es imposible de apresar, se pasea por la ciudad discretamente tal como el enemigo, siempre presente, próximo, amenazante y, al mismo tiempo, oculto en su trinchera.

Lang había pensado colocar una escena de guerra en el comienzo de la película, a fin de mostrar el origen de la pulsión asesina de su personaje, el cual se habría así defendido, en el transcurso de su «proceso», evocando el trauma soportado en el frente. Renunció finalmente a esta referencia explícita por temor a otorgar una tonalidad apologética al retrato del asesino.[46] Toda la película, sin embargo, se sumerge en una atmósfera de miedo y de terror típico de la Alemania de posguerra. La movilización de los habitantes en busca del asesino hace pensar en la «movilización total» de los años de la guerra (el ensayo de ese mismo título de Ernst Jünger data de 1930), mientras que el jefe de los criminales evoca a Goebbels, tanto por su forma de vestir como por su voz.

La muerte violenta y el temor están también en la primera película americana de Lang, *Fury* (1937), que narra la historia de un linchamiento en una pequeña ciudad apacible, Strand, donde un honesto ciudadano, interpretado por Spencer Tracy, es apresado como sospechoso de un crimen que no ha cometido. Cuando el rumor de su arresto comienza a circular, la multitud se reúne y decide prender fuego a la prisión donde el inocente está encerrado. Verdadera ilustración cinematográfica de la «jauría humana», analizada por Elias Canetti en *Masa y poder*, esta multitud histérica deviene incontrolable y asesina. El mensaje transmitido por este película profundiza en el diagnóstico implícito en *M, el maldito*: el proceso civilizatorio no es irreversible; la regresión hacia un estado de naturaleza primitiva, propiamente hobbesiana, en el que domina la ley de la violencia, es siempre posible. Si *M, el maldito* nos muestra, según las palabras de Lang citadas por Lotte Eisner, que «cada uno de nosotros puede convertirse en un asesino»,[47] *Fury* añade un corolario indispensable: cada uno de nosotros puede ser asesinado. La Gran Guerra constituye el sentido último

[44] Siegfried Kracauer, *De Caligari à Hitler*, *op. cit.*, p. 249.

[45] *Cf.* Anton Kaes, *M.*, Londres, British Film Institute Publishing, 2000, p. 42.

[46] *Ibid.*, pp. 44-46.

[47] Citado en Lotte Eisner, *Fritz Lang*, Cahiers du cinéma, París, 1984, p. 136.

de *Fury*, mientras que el linchamiento de los negros en el sur de Estados Unidos y la quema de libros de mayo de 1933, en Alemania, son, sin duda, los eventos inspiradores. Estrenada en 1937, esta película anuncia las persecuciones de los judíos de los guetos en la Noche de los Cristales Rotos, un año más tarde.

La muerte ligada a la violencia no está ausente de la fotografía de los años veinte y treinta. Lo testimonian los reportajes de la prensa ilustrada que presentan, particularmente durante la guerra civil española, imágenes destinadas a la posteridad, verdaderos iconos de una época, como aquella del miliciano republicano abatido captado (o, más probablemente, puesto en escena) por Robert Capa en 1937. Es visible también en las obras fotográficas dedicadas a la Primera Guerra Mundial por un antimilitarista irreductible como Ernst Friedrich, el autor de *¡Guerra a la guerra!* (1924), o por el escritor nacionalista Ernst Jünger, detractor del pacisfismo y del humanismo abstracto, que escribe el prefacio de *Das Antlitz des Weltkrieges*[48] (1930). Pero el miedo a la muerte misma no es verdaderamente «representado» en estas obras y otras similares. Sugerido o indirectamente revelado, no es siempre detectable por una lectura iconográfica centrada en los valores vehiculados por las imágenes. Su omnipresencia se hace, sin embargo, visible para una lectura iconológica que, concentrándose en los signos de la imagen despojada de su «aura» y descifrada en su contexto, revela la significación intrínseca de la misma.[49] Hace falta recuperar sus huellas con la ayuda de un «paradigma indiciario».[50] Tal aproximación, anticipada a su manera por Kracauer en 1927 cuando sugería analizar los documentos fotográficos, no solamente como obras de arte, sino sobre todo como «huellas de indicios» de la realidad,[51] puede deparar sorpresas. Así, la historiadora americana Susan Buck-Morss interpretó una célebre serie de imágenes de Hitler como testimonios visuales del miedo de su tiempo. Se trata de una serie de tarjetas postales realizadas en 1927 por el fotógrafo personal del Führer, Heinrich Hoffmann, y muy ampliamente difundidas en la Alemania nazi [ilustración 4]. Expresión emblemática de estetización de la política celebrada por el nazismo, estas fotos nos muestran a Hitler pronunciando un discurso. Su figura, que parece poseída por una fuerza mística, aparece resaltada sobre un fondo negro. Se adivina el *pathos* de su discurso, del cual se comprende el mensaje gracias a las leyendas impresas debajo de la imagen. La amplitud de sus gestos, su brazo extendido hacia el cielo, sus manos abiertas o colocadas sobre el pecho,

[48] Ernst Friedrich, *Krieg dem Kriege (1924)*, DVA, Múnich, 2004; Ernst Jünger, «Das groβe Bild des Krieges» (1930), *Politische Publizistik. 1919 bis 1933*, *op. cit.*, pp. 605-612.

[49] Sobre el concepto de iconología, *cf.* Erwin Panofsky, *Essais d'iconologie* (1939), Gallimard, Paris, 1967, pp. 16-17. Sobre su uso en historia, *cf.* Peter Burke, *Eyewitnessing. The Uses of Images as Historical Evidence*, cap. 2, Cornell University Press, Ítaca, 2001.

[50] *Cf.* Carlo Ginzburg, «Traces, racines d'un paradigme indiciaire», *Mythes, emblèmes, traces. Morphologie et histoire*, Flammarion, París, 1989.

[51] Véase Myriam Hansen, «Decentric Prespectives: Kracauer's Early Writings in Film and Mass Culture», *New German Critique*, 54, 1991, p. 55.

su mirada concentrada, sus ojos pestañeando, su boca abierta en el impulso del discurso, expresan la fuerza inquebrantable, el fanatismo nacional y una sed de conquista que tienden a capturar y a dirigir las fuerzas vivas de Alemania hacia una acción salvadora. Es el aura que la propaganda nazi confiere a la imagen carismática del Führer, sobre la que quiere que se proyecten las esperanzas milenaristas del pueblo. Este icono secular que contiene todos los elementos sobre los que, en los años treinta, se fundaba el culto nazi del caudillo, representa hoy en día la imagen demoníaca del totalitarismo, con su simbolismo y su poder de «fascinación» negativo.[52] Sin embargo, despojadas de su dimensión simbólica, estas imágenes se convierten en documentos que nos restituyen otra imagen del pasado. Sabemos que estas fotos no fueron tomadas durante una concentración nazi, sino en el estudio de Hoffmann en Múnich.[53] Sabemos también, gracias a diversos testimonios, que Hitler estudiaba cuidadosamente sus gestos y la expresión de su rostro mirándose en un espejo, según el consejo del cantante lírico Paul Devrient.[54] Susan Buck-Morss sugiere entonces dar la vuelta a la lectura tradicional de estas fotos, no viendo en ellas un efecto *expresivo*, sino más bien *reflexivo*, por el cual Hitler transmite a la multitud su propia imagen (y le restituye sus sentimientos auténticos, en vez de suscitar una emoción en torno a una transfiguración mítica y a un símbolo).[55] Esta lectura, por otra parte, es autorizada por ciertos observadores de la época, tales como el crítico Konrad Heiden, que denunciaba en 1936 el carácter fáctico de estas imágenes, proponiendo no ver en ellas sino «tomas objetivas de la materia Hitler».[56] Vistas bajo este ángulo, es decir, despojadas de su «aura» artificial, estas fotos de Hitler no muestran ni fuerza ni agresividad, sino simplemente un sentimiento de *miedo*. Corresponden perfectamente a la tipología de los síntomas del miedo elaborada por los sabios del siglo XIX, desde el Dr. G. B. Duchenne, autor, en 1862, de un tratado titulado *Mecanismo de la fisonomía humana*, en el que procedía a un «análisis electro-fisiológico de las pasiones», hasta Darwin que, diez años más tarde, estudiaba a su vez este sentimiento con la ayuda de numerosas fotografías publicadas en la obra de su colega francés[57] [ilustración 5]. Cuando el temor aumenta hasta traspasar el umbral del terror, explica Darwin, las fosas nasales se dilatan, los labios tiemblan, los ojos se fijan sobre el objeto del te-

[52] Susan Sontag, «Fascinating Fascism», *Under the Sign of Saturn*, Vintage Books, Nueva York, 1976, pp. 73-105.

[53] Éric Michaud, *Un art de l'éternité. L'image et le temps du national-socialisme*, Gallimard, París, 1996, p. 72.

[54] *Ibid.*, p. 72.

[55] Susan Buck-Morss, «Aesthetics and Anaesthetics: Walter Benjamin's Artwork Essay Reconsidered», *October*, 62, 1992, p. 102.

[56] Citado en Rudolf Herz, *Hoffmann & Hitler. Fotografie als Medium des Führer-Mythos*, Klinkhardt & Biermann, Múnich, 1994, p. 102.

[57] Véase la más reciente reedición americana: G. B. Duchenne, *The Mechanism of Human Facial Expression* (1862), Cambridge University Press, Nueva York, 1990.

mor, los músculos se tensan, los brazos se levantan como para indicar una amenaza, las manos se dirigen espontáneamente a la cara en un gesto protector.[58] Si hacemos abstracción de los elementos convencionales que, inevitablemente, orientan nuestra recepción de las fotos de Hitler (pues conocemos su aspecto y su historia), dicho de otra manera, si hacemos abstracción de su dimensión iconográfica y olvidamos la figura histórica que ponen en escena para no ver allí más que a un hombre, aparecen como una representación del terror, o la captación de un acceso de locura en un individuo histérico. Recuerdan ciertas manifestaciones descritas en la literatura sobre las neurosis de guerra. Recuerdan también otras imágenes de la época, cargadas de la misma significación, y son otros tantos signos del miedo apoderándose de la sociedad, a la manera de Peter Lorre, en *M, el maldito*, evocando los demonios asesinos que la habitan [ilustración 7]. Así interpretadas, estas imágenes son documentos históricos, incluso si no son rotuladas como «piezas de convicción» como sí lo son las fotos o las películas presentadas en las sesiones del proceso de Núremberg, que constituyen fuentes en el sentido estrictamente historicista del término (el pasado «tal como ha sido verdaderamente»). Estos documentos revelan, a su pesar, la esencia de una época. Susan Buck-Morss habría podido recordar a los artistas que, desde los años treinta, habían tenido la misma intuición que ella. Así, los fotomontajes –Günther Anders prefería llamarlos «contramontajes»–[59] que el diseñador gráfico comunista alemán John Heartfield publicaba en el semanario *Arbeiter Illustrierte Zeitung* para desmitificar a la propaganda nazi, se fundaban sobre el mismo principio. En el número especial del periódico que cubre el proceso por el incendio del Reichstag, en septiembre de 1933, nos muestra a Göring, «el verdugo del Tercer Reich» [ilustración 8]: su figura robusta ocupa toda la escena, sobre el fondo del Reichstag en llamas. Porta un hacha en la mano y su uniforme está manchado de sangre. Tiene la boca muy abierta, los ojos rojos, la mirada exaltada por un sentimiento de odio (pero que podría también, si se saca el rostro del resto de la imagen, aparecer como una expresión de terror). El miedo y la violencia son los elementos que componen este fotomontaje cargado de una nueva dimensión iconográfica, en las antípodas de la de la propaganda nazi.

Es necesario todavía hacer mención del *Angelus Novus* de Walter Benjamin. Ciertamente, el miedo no aparece explícitamente en el cuadro de Klee, a partir del cual el filósofo judeoalemán hizo una alegoría de la historia en sus tesis de 1940. Sin embargo, está presente en la descripción que hace del cuadro en su tesis novena. Alejado del paraíso por una tempestad que le impide

[58] Charles Darwin, *The Expression of the Emotions in Man and Animals* (1872), Oxford Univesity Press, Nueva York, 2002, p. 291. Véanse los comentarios de Susan Buck-Morss, «Aesthetics and Anaesthetics», artículo citado, p. 39 y Joanna Bourke, *Fear*, *op. cit.*, pp. 11-19.

[59] Günther Anders, «Über Heartfield», *Mensch ohne Welt*, *op. cit.*, p. 179.

volver a cerrar sus alas y recomponer las ruinas de la historia que se acumulan en el suelo, por debajo de él, este ángel vuelve su mirada hacia el pasado y su mirada es de horror. Su aspecto no difiere de aquellos que vimos desfilar hasta aquí, desde soldados traumatizados de la Gran Guerra hasta los personajes de los cuadros expresionistas y de los películas de Weimar. «Sus ojos están parpadeando, su boca abierta, sus alas desplegadas. Es a esto a lo que debe asemejarse el ángel de la historia».[60] Contempla un paisaje de escombros que habíamos llamado progreso, pero que no es sino una cadena ininterrumpida de catástrofes. Su miedo es el de los vencidos de las luchas del pasado que corren el riesgo de perderlo todo, hasta el derecho a la memoria, si el fascismo no es detenido en su marcha implacable («si el enemigo triunfa, ni los muertos estarán a salvo»).[61] El temor es entonces un sentimiento íntimamente ligado al desciframiento de la historia, porque es indisociable de «la imagen del pasado que se ofrece inopinadamente al sujeto histórico en el instante del peligro». Este miedo que desecha la posibilidad de una empatía de los vencidos con sus enemigos es el corolario de la «débil fuerza mesiánica sobre la cual el pasado hace valer una pretensión»,[62] es decir, la esperanza de una interrupción revolucionaria del curso catastrófico de la historia.

BEHEMOTH

En un ensayo de 1955 consagrado al escritor Hermann Broch, Hannah Arendt coloca la «experiencia de la muerte» en el centro de las preocupaciones de una generación intelectual salida de la guerra del 14, sobe todo en Alemania. Esta generación, subraya, devuelve a este tema una «dignidad filósofica» que había perdido desde la época de Hobbes. Los filósofos de posguerra se inspiraban en la experiencia de un conflicto dominado por el «miedo a la muerte violenta» para pensar «la angustia» del Hombre ante la «muerte inevitable». Si tratamos de ir más allá de esta afirmación general, se constata que la nueva visión de la muerte, suscitada por la Gran Guerra, se expresa bajo diferentes formas: del pacifismo humanista de un Rolland y un Remarque a la exaltación estética de la violencia mecánica de los futuristas; y del menosprecio fascista por la muerte a la mística nihilista de un Jünger que celebra la guerra como sacrificio regenerador de la nación. La aproximación existencialista a la muerte encuentra su expresión más profunda en Heidegger, un autor del cual sería muy interesante releer su principal obra, *Ser y tiempo* (1929), a la luz de la cesura histórica marcada por la guerra. El miedo a la muerte es tematizado aquí en un capítulo que resume la fórmula siguiente: «El ser hacia la muerte [Sein

[60] Walter Benjamin, «Sur le concept d'histoire» (1940), *Oeuvres III*, *op. cit.*, p. 434.
[61] *Ibid.*, p. 431.
[62] *Ibid.*, p. 429.

zum Tode] es esencialmente angustia [*Angst*]».[63] Heidegger tiene cuidado en precisar que no se refiere a la muerte como consecuencia del ciclo de la vida, esto es, como fenómeno fisiológico y natural, y que, por lo tanto, no hace falta interpretar esta angustia como la reacción ocasional frente a un deceso. En *Ser y tiempo*, la muerte es definida como una condición existencial permanente, una posibilidad que domina y aplasta al hombre a cada instante. Es la modalidad natural del ser «arrojado» (*geworfen*) al mundo, que deviene así un «ser para la muerte». La angustia ligada a la comprensión de esta posibilidad de muerte como condición ontológica constituye, para Heidegger, el súmmum de la *Eigentlichkeit*, la forma más auténtica de la existencia.[64]

En 1933, cuando intenta, una vez nombrado rector de la Universidad de Friburgo, dar una dimensión política a su existencialismo, Heidegger toma como ejemplo de existencia auténtica a Leo Schlageter, el militante de los *Freikorps* ejecutado en 1923 por haber organizado atentados contra las fuerzas francesas de ocupación del Ruhr y celebrado cada año por los nazis como un mártir de su causa. En su discurso conmemorativo, Heidegger presenta a Schlageter como un héroe nacional que aceptó el sacrificio de su vida, porque «él no podía eludir su destino que consistía en morir de la muerte más dura y más grande, con una voluntad indeleble y un corazón lúcido».[65] Su sacrificio no había sido en vano y encontraba su significación en la lucha por el renacimiento de Alemania. A partir de ahí, la autenticidad ya no reside solamente en la comprensión de la muerte como condición ontológica, sino sobre todo en la aceptación de las consecuencias de un compromiso político durante una guerra civil.

Mucho más allá de Heidegger, el miedo a la muerte domina la filosofía política del período de entreguerras suscitando en particular una relectura de Hobbes. Para el filósofo inglés del siglo XVII, como es sabido, el estado de naturaleza es un *bellum omnium contra omnes*, un estado de guerra permanente donde triunfan la anarquía y la violencia derivadas de una condición primaria de igualdad entre los seres humanos. El Estado, por el contrario, es la autoridad absoluta capaz de imponer el orden y de someter a los hombres a su voluntad soberana, a cambio de protección: la paz contra la obediencia. El temor a la muerte es una suerte de hilo conductor del *Leviathan*, subyacente a su definición del «derecho natural» (la igualdad conflictiva) y de la «ley natural» (la asociación racional).[66] En su lectura de Hobbes, Carl Schmitt ignora todo lo que ha podido hacer de él un precursor del liberalismo –su teoría del contrato–

[63] Martin Heidegger, *Être et Temps*, Gallimard, París, p. 321.

[64] *Ibid.*

[65] Martin Heidegger, «Allocution pronocée le vendredi 26 mai 1933 à la mémoire d'Albert Leo Schlageter» (1933), *Écrits politiques 1933-1966*, Gallimard, París, 1995, p. 115. Véase Rüdiger Safranski, *Heidegger et son temps. Biographie*, Grasset, París, 1996, p. 256.

[66] *Cf.* Thomas Hobbes, *Léviathan*, *op. cit.* Para una historia de la reflexión filósofica sobre el miedo, *Cf.* Corey Robin, *Fear. The History of a Political Idea*, Oxford University Press, Nueva York, 2004 (sobre Hobbes, pp. 30-50).

para colocar en primer plano su visión de la política como respuesta al miedo a la muerte violenta. Transformando radicalmente la perspectiva hobbesiana, ya no identifica la violencia con un estado natural *prepolítico*, sino, en efecto, por el contrario, con la esencia misma de lo político. Retoma el tema central de Hobbes, protección y sumisión, que deviene bajo su pluma en el paradigma del Estado en la época de la guerra total. Esta actualidad del autor del *Leviathan* responde, a sus ojos, a una afinidad esencial entre la Inglaterra de la revolución de Cromwell y la Europa del siglo XX. Según Schmitt, Hobbes elaboró su visión del Estado «en las horas trágicas de la guerra civil», cuando los hombres se desprenden de sus ilusiones normativistas.[67] Por consiguiente, añade, no debemos considerar la idea de una «guerra de todos contra todos» como el «producto monstruoso de una imaginación inquieta y perturbada» ni como la descripción del espíritu de competición que se desprende de una economía de mercado emergente (según la visión de Ferdinand Tönnies y, más recientemente, de C. B. Macpherson), sino más bien como el fundamento de un «sistema de pensamiento específicamente político».[68] Con un acento existencialista, subraya que el pensamiento de Hobbes nació en medio de una guerra civil en la cual «grupos humanos de carne y hueso» se enfrentan violentamente a otros «grupos humanos de carne y hueso».[69] Sobre esta base, propone su propia definición de lo político como ámbito del conflicto entre el *amigo* y el *enemigo*, implicando siempre la posibilidad de la muerte física. La guerra no es, a sus ojos, el «objetivo» de la política, sino –aquí se sitúa el núcleo profundo de su existencialismo político– su condición ontológica.

Esta lectura de Hobbes es compartida, en sus líneas esenciales, por el joven Leo Strauss. En 1932, antes de convertirse en una de las figuras de primera línea del liberalismo conservador, él escribe sus comentarios críticos sobre *La idea de lo político* de Schmitt para el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*. Strauss captó perfectamente la tendencia de Schmitt a transferir al campo político el estado de naturaleza hobbesiana e indicó el objetivo de esta transformación: «Mientras Hobbes, en un mundo no liberal, sienta las bases del liberalismo, Schmitt, en un mundo liberal, emprende la crítica del liberalismo».[70] Este enfoque le parece completamente apropiado para la época, en la cual la tarea esencial de la política consiste, no en «ocultar», sino en solucionar en su debido término los conflictos. «La afirmación de lo político

[67] Carl Schmitt, «La notion de "politique"», *La Notion de politique/Théorie du politique, op. cit.*, p. 94.

[68] *Ibid.*, p. 110.

[69] *Ibid.*, p. 112.

[70] Leo Strauss, «Commentaire de la *Notion de politique* de Carl Schmitt» (1932), en Heinrich Meier, *Carl Schmitt, Leo Strauss et la notion de politique*, Julliard, París, 1990, p. 141. Sobre este diálogo véase también John Mc Cormick, «Fear, technology, and the State. Carl Schmitt, Leo Strauss, and the Revival of Hobbes in Weimar and National Socialist Germany», *Political Theory*, vol. 22, 4, 1994, pp. 619-652.

–escribe Strauss– es la afirmación del estado de naturaleza. Schmitt opone la afirmación del estado de naturaleza a la negación hobbesiana del estado de naturaleza. El estado de naturaleza es simplemente el *status belli*».[71]

Algunos años más tarde, ya exiliado en Estados Unidos, Strauss publica su primera obra, *La filosofía política de Hobbes* (1936). Allí retoma los temas de su diálogo interrumpido con Schmitt, reafirmando que el temor a la muerte constituye el pilar de toda la teoría política de Hobbes. Reflexionando sobre las elecciones semánticas del filósofo inglés –este último no utiliza la expresión «conservación de la vida», sino «temor a la muerte»–, Strauss deduce de aquéllas que se refiere inevitablemente a la «muerte violenta». Es el temor a ser asesinado lo que está en el origen de su construcción racional del Estado. Toda la filosofía de Hobbes descansa sobre un postulado moral: «La muerte, el primer y el más grande de los males, el mal supremo, la medida única y absoluta de la vida humana, el comienzo de todo conocimiento del mundo real, no la conoce originalmente más que como muerte *violenta*».[72] Este miedo, este deseo profundo de autoconservación en un mundo hostil, constituye el cimiento antropológico de toda la filosofía del autor del *Leviathan*, en la cual «tomará el lugar del *telos*», escribirá más tarde.[73]

En 1938, Schmitt publica, a su vez, una obra sobre Hobbes.[74] El acento es ahora desplazado hacia la oposición entre Leviathan y Behemoth, las dos alegorías hobbesianas del Estado y de la guerra civil. Dicho de otra manera, la noción de muerte violenta aparece ahora bajo su forma más explícitamente política, la de la guerra civil. En *Leviathan*, donde el Estado cobra figura antropomórfica –a la vez «dios mortal», cuerpo artificial y mecanismo animado, por ende, humano–, la guerra civil es asimilada a una enfermedad.[75] En *Behemoth*, la obra que Hobbes, ya anciano, consagra al análisis de la guerra civil inglesa, esta última es reducida, más allá de toda consideración sobre sus causas sociales y políticas, a un acto de sedición por parte de un populacho inculto y brutal. Sus orígenes se sitúan en la desobediencia y Hobbes se apresura a agregar que una acción represiva habría podido poner fin a la revuelta antes de que ésta se desarrollara hasta destruir el poder.[76] Behemoth y Leviathan, los dos mons-

[71] Leo Strauss, «Commentaire de *La Notion de politique* de Carl Schmitt», *op. cit.*, p. 155.

[72] Leo Strauss, *La Philosophie politique de Thomas Hobbes* (1936), Belin, París, 1991, p. 45.

[73] Leo Strauss, *Droit naturel et histoire* (1951), Flammarion, París, 1986, p. 165.

[74] Carl Schmitt, *Le Léviathan dans la doctrine de l'État de Thomas Hobbes* (1938), Seuil, París, 2002.

[75] Thomas Hobbes, *Léviathan*, *op. cit.*, p. 485.

[76] Thomas Hobbes, *Béhémoth ou le long Parlement*, Vrin, París, 1990, p. 134, y Arnold A. Rogow, *Thomas Hobbes*, Presses Universitaires de France, París, 1990, p. 258. Sobre el concepto hobbesiano de guerra civil, *cf.* Ninon Grange, «L'état de nature: miroir et modèle de la guerra civile», *Astérion;* 2, 2004, pp. 157-178.

truos bíblicos del *Libro de Job*, el señor de las tierras y el señor de las aguas, no son tratados por Hobbes con gran rigor filológico.[77] Son para él simples metáforas políticas de la anarquía y del orden, de la desobediencia y de la autoridad soberana, de la guerra civil y del Estado. Schmitt retoma esta dicotomía identificando a Behemoth con la democracia, y a Leviathan con la dictadura. El *bellum omnium contra omnes* corresponde a la guerra civil, a la anarquía y al comunismo. El liberalismo, por su parte, se inclina a «neutralizar» los conflictos separando al Estado de la sociedad civil, pero con el único resultado de favorecer el retorno al caos, debilitando el Estado y legitimando, con su pluralismo, una igualdad conflictiva. El Estado, por el contrario, transforma a los «lobos» en «ciudadanos» y asegura su existencia física sometiéndolos a su poder. Gracias a él, reinan «la calma, la seguridad y el orden». Bajo la República de Weimar, concluye, la democracia se comportó como un peligroso Behemoth, mientras que el nazismo mismo reconstituyó el Leviathan después de 1933. «El Estado moderno y la policía moderna –agrega Schmitt– nacieron juntos, y la institución más esencial de este Estado que privilegia el control es la policía».[78] En esta lectura fascista, la crítica del liberalismo cobra una fuerte connotación antisemita. Esbozando una genealogía del liberalismo como dispositivo de «neutralización» del Estado, Schmitt establece el origen de la tradición liberal a partir del *Tratado teológico-político* de Spinoza y sitúa su apogeo en el constitucionalismo de Friedrich J. Stahl; para Schmitt, este positivismo jurídico de raíz judía habría alcanzado el único resultado, muy visible bajo la República de Weimar, de «desarticular un Leviathan desbordante de vida».[79]

En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, la imagen metafórica de Behemoth es utilizada, en un sentido opuesto, e incluso implícitamente en polémica con Schmitt, por un politólogo de la Escuela de Frankfurt en el exilio, que había sido uno de sus estudiantes, Franz Neumann. En 1942, publica *Behemoth*, obra capital en la que el monstruo bíblico es evocado con el objeto de describir el sistema de poder nacional-socialista. Contra la visión corriente del Tercer Reich como un poder absoluto, monolítico y centralizado, una suerte de Leviathan todopoderoso reinando sobre una nación de sujetos obedientes, Neumann pinta el retrato de la Alemania hitleriana bajo los rasgos de un moderno Behemoth. Se trata, por supuesto, de un Estado totalitario, racista e imperialista, pero este Estado está corroído por contradicciones internas que no

[77] Véase Patricia Springborg: «Hobbe's Biblical Beasts: Leviathan and Behemoth», *Political Theory*, vol. 23, 1995, pp. 353-375, y Paulette Carrive, «Behemoth et Leviathan», *Cahiers de philosophie politique de l'Université de Caen*, 3, 1983, pp. 11-48. Sobre las diferentes imágenes metafóricas del *Leviathan*, véase sobre todo Horst Bredekamp, *Stratégies visuelles de Thomas Hobbes. Le Leviathan, archétype de L'État moderne. Illustrations des oeuvres et portraits*, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, París, 2003.

[78] Carl Schmitt, *Le Leviathan dans la doctrine de l'État de Thomas Hobbes*, *op. cit.*, p. 93.

[79] *Ibid.*, p. 131.

alcanza a superar. Éstas derivan de un poder carismático que no puede pasar por alto su instrumento esencial, el Estado, de manera que saca provecho de sus prerrogativas (el monopolio de la violencia), pero padece también por sus restricciones (la coexistencia de un conjunto de aparatos burocráticos y «racionales» incompatibles con una pura dominación carismática). Hitler aparece a los ojos de Neumann más como un mediador que como un dictador absoluto. La estructura *policrática* del sistema hitleriano refleja un conflicto de poderes entre el Ejército, las elites económicas, el Partido Nazi y la burocracia estatal. Todos ellos sacan ventajas del régimen, pero todos ellos persiguen sus propios objetivos y defienden intereses susceptibles, en un plazo determinado, de entrar en contradicción con un poder carismático para el cual la ley, la economía, el Ejército y la burocracia son sólo herramientas al servicio de un proyecto de dominación racial. A partir de estas contradicciones surgen, durante la guerra, el Behemoth nazi, «un no-Estado, un caos, un reino del no-derecho y de la anarquía».[80]

Este diagnóstico de Neumann había sido anticipado por la imaginación artística. En 1933, John Heartfield recrea un célebre cuadro del pintor simbolista Franz Von Stuck, *La Guerra* (1894), en el cual un joven guerrero, con una lanza sobre el hombro, monta un caballo que avanza lentamente en medio de una montaña de cadáveres. Detrás de él, Hitler lo guía con su látigo. La guerra heroica es una mentira: en este paisaje de muerte, Behemoth no es más que una yegua cansada que inspira un sentimiento de piedad. En 1939, el pintor alemán Magnus Zeller realiza *El Estado de Hitler*, un cuadro en el que Behemoth cobra la forma de una divinidad gigantesca y horrible, sentada en un trono sobre un tanque tirado por una masa de esclavos. La multitud ya no constituye, como en la alegoría hobbesiana del Leviathan, la figura del soberano. Este último no es más que un Behemoth a partir de ese momento, un fetiche monstruoso que oprime y aplasta a sus sujetos.

Schmitt, Strauss y Neumann no se habían equivocado en ver el Leviathan y el Behemoth como dos figuras de la modernidad. Su antinomia no impide su coexistencia. Los años de entreguerras vieron el fortalecimiento de los Estados, en toda Europa, hasta el auge de los totalitarismos. La emergencia de numerosos Leviathan, al final la Primera Guerra Mundial, restableció el orden en los diferentes contextos nacionales, a menudo al precio de contrarrevoluciones sangrientas y de la instauración de dictaduras, pero no impidió la marcha del continente hacia una nueva guerra todavía más devastadora que la anterior. En suma, la Europa de entre 1914 y 1945 tomó los rasgos de un gigantesco Behemoth, una era de caos y de guerra civil. Su marca antropológica ha sido la irrupción de la violencia y el miedo en el espíritu de los hombres, en una época

[80] Franz Neumann, *Béhémoth. Theorie et pratique du national-socialisme* (1942), Payot, París, 1987, p. 9.

en la que la muerte reencontraba su significado hobbesiano: la posibilidad de ser asesinado.

JUVENTUD MASCULINA

Los actores de la guerra civil europea son en su mayoría jóvenes y las representaciones que se forjan de su época quedan fuertemente marcadas por un sesgo de *género*. Conviene detenerse un instante en estos dos aspectos: la edad y el género. La irrupción masiva de la juventud está, en principio, ligada a la mutación demográfica. La población mundial, que era de mil millones de personas al comienzo del siglo XIX, aumentó casi al doble en 1930.[81] En Europa, varios países conocieron un crecimiento demográfico considerable. Entre 1880 y 1914, Alemania pasó de 45 a 68 millones de habitantes, el Imperio ruso de menos de 98 a 161 millones, Italia de 28,5 a 36 millones, a pesar de una fuerte emigración, y Austria-Hungría de 37,6 a 51 millones.[82] La juventud se impone como un sujeto histórico afirmando su deseo de cambio, su necesidad de acción, su dinamismo e incluso, a menudo, su rechazo de la tradición. Es celebrada como un valor en sí misma, idealizada como una fuerza redentora capaz de revitalizar a las sociedades europeas estancadas en un orden dinástico obsoleto y deteriorado.[83] En 1914, la disolución de este orden, simbolizado por los uniformes y las testas coronadas, abre el horizonte hacia un porvenir del cual hace falta esbozar el perfil, un porvenir que los jóvenes están llamados a construir.

Durante el período de entreguerras se esboza una nueva visión sociológica de la juventud. En 1928, Karl Mannheim elabora su concepto de *generación* que hará historia en los anales de las ciencias sociales. A sus ojos, una generación no se reduce a una clase de edad engendrada por una renovación natural de la población. Según su definición, una generación es un grupo que posee una identidad particular, marcada por un acontecimiento fundacional alrededor del cual se delinean nuevas problemáticas y nuevos esquemas políticos, en el seno de un mismo espacio social y cultural. Sus miembros comparten las mismas experiencias y se dividen en grupos –«unidades de generación»– en función de su pertenencia social, de su cultura y de sus opciones políticas.[84]

Los protagonistas de la guerra civil europea pertenecen, en principio, a la «generación del frente» –bautizada también, en francés, «generación de fue-

[81] *Cf.* Marcello Flores, *Il secolo mondo. Storia del Novecento,* Il Mulino, Bolonia, 2002, p. 29.

[82] *Cf.* Eric J. Hobsbawm, *L'ère des empires 1875-1914,* Pluriel-Hachette, París, 1997, anexos.

[83] George L. Mosse, *Fallen Soldiers*, *op. cit.*, p. 63.

[84] Karl Mannheim, *Le problème des générations* (1928), Nathan, Paris, 1990. Véase sobre este tema Nia Perivolaropoulou, «Temps socio-hostorique et générations chez Mannheim», *L'homme et la société,* n 11-112, 1994, pp. 23-34.

go»–, surgida de las trincheras de la Gran Guerra. En una carta de 1936 a Élie Halévy, Marcel Mauss llamaba la atención sobre los rasgos característicos de «las minorías activas» nacidas de la guerra, especialmente los bolcheviques en Rusia y los nazis en Alemania, que estaban formadas por hombres jóvenes, se estructuraban como «sectas secretas» y cultivaban la pasión del activismo y de la violencia.[85] Este juicio no denotaba una imperturbable «neutralidad axiológica», pero captaba un aspecto importante del contexto político europeo.

El Partido Bolchevique que conquista el poder en Rusia en octubre de 1917 está integrado por jóvenes militantes y aglutina todavía más jóvenes durante la guerra civil. Lenin, su fundador y jefe carismático, de cuarenta y siete años cuando toma el mando del Gobierno soviético, es como un decano. Trotsky, el más popular de los dirigentes revolucionarios, tenía menos de cuarenta años, Zinoviev treinta y cinco, Kamenev treinta y cuatro, Sverdlov treinta y dos, Bujarin veintinueve, Frunze y Tujachevski, los dos principales comandantes del Ejército Rojo a las órdenes de Trotsky, veintinueve y veintiuno, respectivamente. En 1919, el 50% de los militantes bolcheviques tienen menos de treinta años, y solamente el 10% más de cuarenta.[86] El entusiasmo con el que el nuevo régimen soviético quiere disolver la antigua familia patriarcal y «burguesa» deriva, sin duda, de esta composición de activistas dispuestos a cambiar todo radicalmente, en un conflicto en el que se lucha para sobrevivir y donde se puede hacerlo solamente al precio de una transformación total de la sociedad. Uno de los eslóganes del partido durante la guerra civil –«Abajo la tiranía capitalista de los padres»[87]– traduce fielmente este espíritu.

Consideraciones análogas valen para los partidos comunistas que ven la luz del día en Europa a partir de 1919. Béla Kun, el jefe de la República de los Consejos Obreros de Budapest, había nacido en 1885, al igual que su vicecomisario del pueblo de Instrucción Pública, György Lukács, mientras que el secretario del Partido Comunista, Màtyàs Ràkosi, en 1892. En Italia, Amadeo Bordiga, el primer secretario del Partido Comunista, tiene sólo treinta y dos años cuando dirige, en Livorno, en 1921, la escisión del Partido Socialista; Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti, que tomarán la dirección del partido en la clandestinidad, en 1926, habían nacido en 1891 y 1893, respectivamente. En Alemania, la revolución espartaquista es dirigida por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, de la misma edad que Lenin, pero aquellos que toman la dirección del KPD, después de su asesinato en enero de 1919, son mucho más jóvenes: Paul Levi había nacido en 1893, Ruth Fischer en 1895 y Arkadi Maslow en 1891. Y se

[85] Élie Halévy, *L'Ére des tyrannies* (1936), Tel-Gallimard, París, 1990, p. 230-231. Sobre la «generación del frente», el mejor trabajo sigue siendo el de Robert Wohl, *The Generation of 1914,* Harvard Uuniversity Press, Cambridge, 1979.

[86] Pierre Broué, *Le Parti bolchevique. Histoire du Parti communiste de l'URSS,* Éditions de Minuit, París, 1971, p. 131.

[87] *Cf.* Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution, op. cit.*, 1994, p. 86.

podría decir otro tanto de los líderes de la República de los Consejos Obreros de Baviera, como Eugen Levine, nacido en 1881, o el dramaturgo Ernst Toller, nacido en 1893. El principal dirigente del KPD durante los años treinta, Ernst Thälmann, nació en 1896. En 1926, el 80% de los funcionarios del KPD tienen menos de cuarenta años. La mitad de los cuadros del partido y el 70% de los militantes descubrieron la política después de la caída del imperio guillermino; aquellos que fueron miembros de la Liga Espartaquista constituyen, a partir de ahí, una minoría, por no decir nada de aquellos que se adhirieron al SPD antes de la guerra.[88] En la República de Weimar, el KPD es un partido de jóvenes obreros; más tarde, a partir de la crisis económica de 1930, de jóvenes desocupados, a los cuales se añade un núcleo, pequeño, pero completamente destacable, de jóvenes intelectuales, tales como Karl Korsch y Werner Scholem, nacidos en 1886.

Los movimientos fascistas constituyen la otra gran corriente susceptible de polarizar la radicalización política de la juventud. Esto explica tanto su retórica «revolucionaria» como su voluntad de regenerar el mundo, de construir un orden nuevo que no tiene mucho que ver con el nacionalismo y las ideologías conservadoras anteriores a 1914. Los fundadores del nazismo pertenecen todos a la *Front generation*, desde Hitler (1889) hasta Hermann Göring (1893), desde Alfred Rosenberg (1893) hasta Josef Goebbels (1897). Leo Schlageter, el militante nacionalista nacido en 1894 y muerto en 1923 mientras luchaba contra la ocupación francesa del Ruhr, es su mártir y el emblema del movimiento. Las filas del NSDAP engrosan, a partir de 1930, con la llegada de una nueva generación muy joven para haber participado en la guerra, pero que ha sido profundamente marcada por los tormentos de la derrota y de la crisis económica, así como por el clima de guerra civil al comienzo de la República de Weimar. La crisis económica y política en la que cae de nuevo el país con el desempleo en masa y la parálisis de la gran coalición dirigida por el SPD empuja a estos jóvenes a una revuelta (social, política y también *generacional*) que encuentra su vía de escape en la mitología nazi de redención nacional, de construcción de un Reich milenario, de reestructuración racial de la sociedad. Las asociaciones estudiantiles son controladas por el NSDAP desde mediados de los años veinte. Tras su llegada al poder en 1933, el nazismo ganó el apoyo de esta franja de jóvenes que se califica en la época como «generación perdida» y que Detlev Peukert rebautizó como la «generación superflua»[89] (*überflüssige Generation*), golpeada por un fuerte sentimiento de impotencia y a menudo

[88] *Cf.* Eric J. Hobsbawm, *Revolutionaries*, cap. 6, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1974.

[89] Detlev Peukert, *Die Weimater Republik*, *op. cit.*, pp. 26-30 y 234-235. Véase también Michael Kater, «Generationskonflikt als Entwicklungsfaktor in der NS-Bewegung vor 1933», *Geschichte und Gesellschaft*, vol. 11, 1985, pp. 229-234, y diversas contribuciones reunidas en Mark Roseman (ed.), *Generations in Conflict. Youth Revolt and Gneration Formation in Germany 1770-1968*, Cambridge University Press, Nueva York, 1995.

tentada por el nihilismo. Diversos dirigentes nazis forman parte de ella, desde Heinrich Himmler y Hans Frank (1900) hasta Reinhard Heydrich (1904), desde Albert Speer (1905) hasta Adolf Eichmann (1906). Subrayando la dimensión generacional del movimiento nazi, el historiador Götz Aly analiza el régimen hitleriano como una suerte de «dictadura de la juventud» (*Jugenddiktatur*) que, a decir verdad, no se presenta como una dictadura, sino como prolongación de los movimientos juveniles, con su idealización de la naturaleza, su espíritu comunitario y su sed de aventura.[90]

El movimiento político que se enraíza de la manera más explícita en las jóvenes generaciones, elaborando un verdadero mito de la juventud, es, sin embargo, el fascismo italiano. La «revolución» fascista que apunta a regenerar la nación se presenta como la obra de una aristocracia que se forjó en las trincheras (*trincerocracia*), que se hizo adulta desafiando a la muerte, dando pruebas de coraje y de espíritu de combate. El mito de la juventud es tan fuerte en el fascismo italiano que no posee, por lo menos en sus orígenes, una visión del mundo orientada sobre la noción de raza (y todavía menos, esto va de suyo, sobre la noción de clase, en el centro de la ideología comunista).[91] Mussolini, el líder del movimiento, tiene treinta y un años en 1914, cuando deja el Partido Socialista para adherirse al nacionalismo intervencionista, y treinta y nueve cuando es nombrado jefe del Gobierno, en 1922. Durante la posguerra, el fascismo consigue aglutinar un magma heteróclito de corrientes nacionalistas, del sindicalismo revolucionario al futurismo, pero su núcleo central está formado por militantes surgidos de la «generación del frente» como Achille Starace (1889), Roberto Farinacci (1892), Dino Grandi o Giuseppe Bottai (1895). Durante veinte años, el régimen fascista intentará fomentar el mito de la juventud gracias a una vasta red de organizaciones deportivas y estudiantiles tendentes a dar a sus miembros la ilusión de constituir su fuerza dirigente. La iconografía fascista pone siempre en primer plano a la juventud (los *Balilla*), cuya alegría de vivir es exaltada por las *canzonetas* que pautaban el ritmo de la vida cotidiana: *Giovinezza, giovinezza, primavera di bellezza...* «La mayoría de los dirigentes fascistas eran jóvenes durante la última guerra», escribía Togliatti en 1943, porque se habían adherido al fascismo «con la esperanza de una revolución social y de una renovación de la vida nacional». Pero sus ilusiones se habían evaporado, mientras que otros se habían aburguesado o transformado en burócratas. Son, por otra parte, la burocratización del régimen y el envejecimiento relativo de su grupo dirigente los que favorecen, a partir de mediados de los años treinta, la formación de una nueva generación menos permeable a la propaganda, abiertamente crítica, en el seno de la cual se reconstituyen las

[90] Götz Aly, *Hitlers Volkstaat. Raub, Rassenkring und nationaler Sozialismus*, Fischer, Fráncfort del Meno, 2005, p. 14.

[91] *Cf.* Bruno Wanrooij, «The Rise and Fall of Italian Fascism as a Generational Revolt», *Journal of Contemporary History*, vol. 22, 3, 1987, p. 401.

organizaciones antifascistas desmanteladas por la represión y vaciadas por el exilio, una generación que será un vivero de la Resistencia después de 1943. «Una vez más –concluía Togliatti–, llegamos a una de estas rupturas que los historiadores llaman una ruptura generacional».[92]

Esta generación realiza la guerra civil europea, en el curso de un conflicto en el que estallan definitivamente todos los elementos del imaginario guerrero, nacionalista y fascista. Este último, que había tomado forma después de 1918, había sido así descrito por el secretario del Partido Fascista, Giuseppe Bottai, en su diario: «Para mí, hacer la guerra y llegar a adulto fue lo mismo. Y para hacer la guerra, no teníamos necesidad ni de voluntad de poder, ni de decisiones solemnes, ni de transgredir las normas. No se puede evitar la pubertad. La guerra fue nuestra pubertad».[93] El *ethos* de esta generación fascista es afirmado por Ernst Jünger, a mediados de los años veinte, con tonos exaltados que resumen la retórica totalitaria: «La guerra es lo que ha hecho a los hombres y a su tiempo lo que son. Jamás un conjunto humano como el nuestro había bajado a la arena para dirimir quién se haría con el poder sobre la época. Porque nunca una generación había salido de un portón tan oscuro y grandioso como esta guerra para regresar en la luz de la vida».[94]

Por otra parte, los que devienen adultos entre 1939 y 1945 no viven la eclosión de tal mitología, sino su crisis y su disolución. El «mundo nuevo» surgido de las trincheras en las cuales se había inmolado una generación está en vías de derrumbarse. El deseo de pasar página y de construir una nueva sociedad toma otra dirección. La Resistencia es el movimiento de una juventud que ya no cree en regímenes que la habían idealizado, mitificado, colmado de ilusiones. Frente a la dominación nazi en Europa, el nacionalismo redescubre su dimensión emancipadora –la Liberación de la patria oprimida– y se articula, a menudo, con un compromiso político fundado sobre valores universalistas. En breve, el imaginario de aquellos que abren la guerra civil europea, la generación del 14, difiere profundamente de aquel de la generación de 1945.

ALEGORÍAS FEMENINAS

Es insuficiente constatar que el primer conflicto mundial propulsó a un primer plano a una nueva generación. El héroe que la encarna bajo rasgos diferentes –primero los del soldado, después los del militante nacionalista o revolucionario y, finalmente, otra vez los del soldado, el miliciano o el resistente– se adhiere con fiereza a su género: es varón. George L. Mosse nos recuerda que el

[92] Palmiro Togliatti, «Generazioni vecchie e giovani nel Partito fascista» (1943), *Opere*, vol. V, t. 2, Editori Riuniti, Roma, p. 244. Citado en Bruno Wanrooij, «The Rise and Fall of Italian Fascism as a Generational Revolt», artículo citado, p. 413.

[93] Giuseppe Bottai, *Diario 1933-1944*, Rizzoli, Milán, 1982, p. 217.

[94] Ernst Jünger, *La Guerre comme expérience intérieure* (1923), *op. cit.*, p. 32.

modelo de masculinidad surgido de la Gran Guerra remite a una tradición más antigua. A partir del final del siglo XVIII, Winckelmann fijó los códigos de ésta por referencia al arte de la Antigüedad griega: una suerte de ideal físico, estético y moral identificó la armonía del cuerpo, el coraje y la pureza espiritual. Hacia el final del siglo XIX, el movimiento de la juventud alemana –llamados a sí mismos «aves migratorias» (*Wandervogeln*)– los desarrolla y los carga con un significado nuevo, bien resumido por el mito de la fraternidad masculina, el *Männerbund*. A partir de 1914, este ideal estético y moral acentúa fuertemente su carácter nacionalista y se identifica con la imagen del soldado. La guerra se convierte en el lugar de realización de este arquetipo masculino que se transforma en virilidad agresiva. La masculinidad deviene sinónimo de fuerza, coraje, virilidad, energía, voluntad de acción, solidez de nervios, pero también rectitud moral, generosidad, belleza, nobleza de espíritu, idealismo. Así esquematizado, el ideal masculino se opone inevitablemente, como una antinomia absoluta e irreductible, a todos los síntomas de la «decadencia»: debilidad, cobardía, inmoralidad, fealdad, monstruosidad.[95] Estas marcas nefastas y despreciables se concentran entonces, como hemos visto, en los *outsiders* judíos y homosexuales. Los rasgos afeminados, una sexualidad desenfrenada, un exceso de nerviosismo y de intelectualismo a expensas de la actividad física son las características de los individuos «fuera de la norma» que debilitan el cuerpo de la nación y la condenan a un declive inexorable. La nueva humanidad forjada en las trincheras los desprecia y los aborrece; no tendrán ya lugar en el mundo que aquélla se apresta a construir. El «Trabajador» descrito por Jünger posee músculos y nervios de acero, a imagen de la técnica que, mediante su unión con la naturaleza, realizada en la guerra se desembarazó de la frialdad calculadora y anónima de la *Zivilization* para reencontrar el encantamiento tenebroso de los elementos. Para el autor de *Tempestades de acero*, el combate es una experiencia masculina de retorno a la naturaleza primordial, mientras que para Robert Brasillach, Pierre Drieu la Rochelle, Ezra Pound y Julius Evola, anuncia el final del parasitismo y de la decadencia burguesa.

En su versión más radical, la del nacionalismo alemán, esta concepción conduce a una forma extrema de misoginia. Como lo subrayó Klaus Theweleit en *Männerphantasien*, «el amor por las mujeres y el amor por la patria son antinómicos».[96] El acopio de citas que da para probarlo es elocuente. De Jünger a Ernst von Salomon, ninguno duda un solo instante del hecho de que los placeres del combate son más sublimes que todos los encuentros amorosos. Evocando a los *Freikorps* de 1919, Salomon escribe por ejemplo: «El capitán Flotow amaba a sus cadetes y sus cadetes lo amaban a él». En sus memorias, el capitán Freiherr von Steinaecker explica así su decisión de partir hacia el

[95] *Cf.* George L. Mosse, *L'image de l'homme. L'invention de la virilité moderne*, cap. 4, Éditions Abbeville, París, 1997.

[96] Klaus Theweleit, *Männerphantasien*, vol. I, Piper, Múnich, 2000, p. 40.

Báltico a fin de combatir al Ejército Rojo: «Yo no dudé en abandonar a mi mujer y a mis hijos para arrojarme a las fauces de los bolcheviques».[97] En esas facuces, comenta Theweleit, parecían ocultarse placeres que ninguna mujer podía darle.

Para Jünger, como hemos visto, la Gran Guerra está hecha de bruscas erupciones de sensualidad y su violencia engendra un «culto viril exacerbado, que introduce una modificación en las relaciones entre los sexos».[98] Ha sido vivida por los soldados, agrega, como una experiencia sensual, «noche tras noche, bajo el signo de Eros frenético».[99] El enfrentamiento con el enemigo es una fuente de «éxtasis», es decir, un orgasmo, «un frenesí sin consideración ni límites, comparable sólo a las fuerzas de la naturaleza. El hombre se parece entonces a la tempestad que ruge, al mar furioso, al resonar del trueno».[100]

La misoginia y la erotización de la técnica como herramienta de destrucción son los ingredientes de la novela futurista de Marinetti *La alcoba de acero*, donde cuenta sus aventuras, durante la Gran Guerra, con su vehículo blindado A-74, dotado de una ametralladora instalada detrás como una especie de «aguijón». Mantiene una relación de amor con su vehículo, fuente de placeres estéticos y sensuales celebrados por la exaltación futurista de la máquina. Las entradas al pueblo y los combates devienen «coitos furibundos».[101] No cabe duda, al leer esta literatura, de que el militante nacionalista «ama»: ama a su pueblo, a su patria, a su tierra natal, a su uniforme, a sus camaradas, al combate, a la comunidad guerrera, a sus armas y a su vehículo blindado. En suma, la lista de sus objetos de amor es rica y variada, pero en ella no se encuentra jamás a las mujeres.[102] Estas últimas están totalmente excluidas del universo viril del soldado.

La guerra total pone en cuestión la división tradicional entre las líneas del frente, donde se desarrollan los combates, y la sociedad civil, en la retaguardia. Esta última se encuentra cada vez más implicada en el conflicto, como lugar de producción militar (material y simbólica) y como blanco de las armas enemigas. Las mujeres entran masivamente en la producción para sustituir a los hombres enrolados o se enrolan ellas mismas en calidad de personal auxiliar o de enfermeras. Pero es precisamente esta participación considerable en el esfuerzo militar la que crea la necesidad de restaurar, en la propaganda y en las representaciones colectivas de la guerra, una rigurosa división de género. Hay

[97] *Ibíd.*, p. 39.

[98] Ernst Jünger, *La Guerre comme expérience intérieure*, *op. cit.*, p. 68.

[99] *Ibíd.*, p. 72.

[100] *Ibíd.*, p. 95.

[101] Filippo Tommaso Marinetti, *L'alcova d'acciato. Romanzo vissuto*, Serra e Riva, Milán, 1985, p. 23. Véase con respecto a este sujeto Timothy Campbell «Infinite Remoteness: Marinetti, Bontempelli, and the Emergence of Modern Italian Visual Culture», *MLN*, 120, 2005, pp. 116-121.

[102] Klaus Theweleit, *Männerphantasien*, *op. cit.*, p. 70.

una continuidad impresionante en la visión de las mujeres vehiculada por los carteles de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial. Ellas son estrictamente relegadas al frente interior, que dominan con el mismo título con el que los hombres detentan el monopolio del uso de las armas. Maternal y procreador, el cuerpo femenino deviene el símbolo tanto de la nación, como de la víctima.[103] Con sus hijos en los brazos, las mujeres miran a sus esposos partir hacia el frente (*Women of Britain say: go!*),[104] piden a sus compatriotas que compren títulos de deuda nacional o llaman a los combatientes a salvarlas, como en un cartel soviético de 1942 mostrando a una madre, con su hijo en los brazos, amenazada por una bayoneta nazi. Ya que los combatientes son siempre masculinos y que los agresores toman a menudo los rasgos de brutos, de bestias feroces, las víctimas, por oposición, son niños o mujeres indefensos. Madrinas de soldados, ellas aseguran un sustento moral a la nación combatiente. A menudo, carteles y tarjetas postales las pintan como enfermeras ocupadas en curar y reconfortar a los soldados heridos. Un cartel de la Primera Guerra Mundial muestra a una enfermera de aire angelical, con una blusa provista de alas de auxilio. En un cartel americano del mismo período –*La Mejor Madre del Mundo*– figura una enfermera que tiene en sus brazos, como a un niño, a un soldado herido sobre una camilla[105] [ilustración 9]. Menos dramática, la portada de una ilustrada revista italiana presenta a una madre opulenta con una sonrisa tranquilizadora, ofreciendo sus pechos a un cortejo de bebés, que se transforman, gracias a su leche, en pequeños soldados dispuestos a servir a su patria.[106]

En los grandes acontecimientos, la mujer encarna el imaginario nacional heredado del siglo XIX. En 1944, en Francia, la Liberación toma los rasgos de una mujer radiante ataviada de tricolor. Pero la alegoría no es siempre halagüeña, porque exalta tanto los momentos felices como las tragedias de la patria. Como el cuerpo femenino simboliza el cuerpo nacional, su violación deviene una metáfora de la nación agredida y asesinada. Un célebre cartel de 1917 muestra a un gorila que avanza a grandes pasos, con la boca abierta, hambriento y amenzante. Lleva un casco prusiano sobre el cual está inscrito

[103] Susan R. Graysel, *Women's Iidentities at War. Gender, Motherhoohd, and Politics in Britain and France During the First World War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999, p. 11; Joanna Burke, *An intimate History of Killing. Face-to-Face Killing in Twentieth Century Warfare, op. cit.*, pp. 338-339. Sobre la feminización de la víctima, *cf.* Marianne Hirsch, «Nazi Photographs in Post-Holocaust Art, Gender as an Idiom of Memorialization», en Omer Bartow, Atina Grosmann y Mary Nolan (eds.), *Crimes of War. Guilt and Denial in the Twentieth Century*, The New Press, Nueva York, 2000, p. 193.

[104] Véanse estos carteles en Peter Paret, Beth Irwin Lewis y Paul Paret (eds.), *Persuasive Images. Posters of War and Revolution from the Hoover Institution Archives*, Princeton University Press, Princeton, 1992, p. 52.

[105] *Ibíd.*, p. 60. Véase también Susan R. Graysel, *Women's Identities at War*, *op. cit.*, pp. 51-53.

[106] *Cf.* Antonio Gibelli, *Il popolo bambino. Iinfanzia e nazione dalla Grande Guerra a Salò*, Einaudi, Turín, 2005, p. 158.

su lema, «militarismo». Su mano derecha agita amenazante una espada sobre la cual se puede leer otra consigna de la propaganda alemana, *Kultur*, mientras que la mano izquierda toma a una joven horrorizada, con el pecho descubierto, que trata vanamente de rechazar esta presión criminal.[107] Esta imagen conoce, sin embargo, una modificación entre 1914 y 1945. Es la lógica misma de la guerra civil la que transforma el mensaje. Durante la Segunda Guerra Mundial, el cuerpo femenino no es sólo un símbolo de la patria violada; deviene también un símbolo de traición, de connivencia con el enemigo y de indignidad nacional. En 1944 y 1945, una nueva representación se yuxtapone a ésta, anterior, de la mujer violada: la «colaboradora horizontal». De santuario profanado, su cuerpo muta en fuente de pecado y en vergüenza nacional, cuyo castigo pasa inevitablemente a la vez por la estigmatización moral y por la humillación física: el rapado como espectáculo popular.[108]

El fascismo heredó divisorias de género tradicionales y las llevó al paroxismo, con su estética viril y su visión de la mujer como madre prolífica, reproductora de la raza y «ángel del hogar». El comunismo parece, en una primera época, romper este cliché. Proclama la emancipación de las mujeres y la disolución de la familia burguesa, promulga la igualdad entre los sexos y legaliza el aborto. Alexandra Kollonta teoriza sobre el amor libre y anuncia la llegada de una nueva mujer, independiente y dueña de su destino. Las mujeres se alistan en gran número en el Ejército Rojo (74.000 combatientes y 2.000 víctimas) y los cuadros de los años veinte las muestran desfilando armadas, al lado de los hombres, durante la defensa de Petrogrado. Pero sólo se trata finalmente de un paréntesis efímero porque, por una suerte de pesada y fatal inercia histórica, la división de género se impone de nuevo en la cultura comunista. Eric J. Hobsbawm ha señalado incluso un declive del lugar de las mujeres en la iconografía revolucionaria del siglo XX. Entre los siglos XIX y XX, la imagen popular del sujeto revolucionario acentúa su carácter masculino. La *Libertad conduciendo al pueblo* de Delacroix deja el lugar a los vigorosos proletarios de la estética bolchevique.[109] La portada de la revista del *Komintern*, publicada en diferentes lenguas a partir de 1920, muestra a un metalúrgico musculoso, con los brazos y el torso desnudos, rompiendo con un martillo gigantesco las cadenas de la opresión capitalista que aprisionan al planeta. Tanto la revolución como la guerra implican una división de género. «El *ethos* combativo, paramilitar, de algunos partidos comunistas, en particular el Partido Comunista Alemán –escribe Brigitte Studer–, induce a una virilización de las formas de exhibición y de es-

[107] Cartel reproducido en Peter Paret, Beth Irwin y Paul Paret (eds.), *Persuasive Images*, *op. cit.*, p. 24.

[108] *Cf.* Alain Brossat, *Les Tondues. Un carnaval moche*, *op. cit.*

[109] Eric J. Hobsbawm, «Men and Women: Images on the Left», *Uncommen people*, Abacus, Londres, 1998, p. 130, y George L. Mosse, *Nationalism and Sexuality, Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*, cap. 5, University of Wisconsin Press, Madison, 1982.

tilización de la identidad bolchevique».[110] Débiles y oprimidas, las mujeres son socorridas por la intervención salvadora del movimiento revolucionario; ellas aparecen raramente como sujetos históricos. Alejándose mucho del modelo andrógino exaltado por el feminismo «burgués», la representación comunista del cuerpo femenino termina por reproducir el cliché de la mujer madre relegada al hogar, a pesar de ser reformulado en un contexto rigurosamente proletario. En suma, como la madrina y la enfermera durante la guerra, la mujer debe asistir al proletario masculino en su empresa de transformación del mundo. Michael Rohrwasser y George L. Mosse llamaron la atención sobre una novela de Karl Grünberg, *Brennende Ruhr* (*El Ruhr en llamas*), publicada en 1929 en una colección del KPD, las «novelas rojas a un marco», que vehicula de manera emblemática este culto proletario a la fuerza y a la virilidad. Junto a las mujeres burguesas, elegantes pero frívolas y corrompidas, presentadas como una suerte de arquetipo negativo, aparecen mujeres proletarias llenas de valores sanos y constructivos que sostienen la huelga de sus esposos, conducida victoriosamente con el eslogan siguiente: «Todos los engranajes se inmovilizan si tu brazo poderoso los detiene».[111] Un cartel soviético de 1920 resume bien la visión «sexuada» de la historia que domina la cultura comunista [ilustración 10]. En segundo plano se aparecen fábricas y tajos. Por delante de la escena se impone una vez más la figura de un metalúrgico musculoso que golpea con fuerza sobre un yunque. A su lado se encuentra una mujer que, con la ayuda de dos gruesas tenazas, sostiene el pedazo de metal incandescente que está modelando.[112] La alegoría es explícita: si el socialismo es el objetivo de la historia, es a un proletario masculino a quien le corresponde la tarea de construirlo; la mujer es sólo su asistente, relegada a un rol de apoyo.

Como en 1917 en Rusia, la división de género que domina las representaciones de la guerra civil europea es duramente puesta a prueba en España, en 1936. George Orwell lo constata cuando describe las calles de Barcelona, durante los primeros meses siguientes al levantamiento, donde los comportamientos, las formas de sociabilidad, e incluso los códigos indumentarios conocieron una repentina mutación. En este contexto aparece una figura nueva: la *miliciana*, que se apropia de los caracteres tradicionales de la virilidad tales como llevar uniforme y armas, el arrojo y la participación en los combates. Ella echa por tierra la visión católica de la mujer «ángel del hogar» poderosamente vehiculada por la propaganda franquista. Pero, a pesar del mito que se constituye alrededor de esta figura ampliamente representada en los carteles republicanos, la *miliciana* sigue siendo una excepción. Las mujeres dominan la

[110] Brigitte Studer, «La femme nouvelle», en Michel Dreyfus y Bruno Groppo (eds.), *Le siècle des communistes*, *op. cit.*, p. 379.

[111] Citado en George L. Mosse, *L'image de l'homme*, *op. cit.*, p. 133.

[112] Este cartel es reproducido y analizado en Victoria Bonnell, *Iconography of Power. Soviet Posters under Lenin y Stalin*, University of California Press, Berkeley, 1997, p. 47.

resistencia civil, desapareciendo poco a poco de las líneas del frente. A partir de 1937, una estricta división de género se impone también en el seno del campo republicano, donde vuelve a prevalecer la consigna tradicional, «Los hombres al frente, las mujeres a la retaguardia». La propaganda republicana transforma a las mujeres en madres llorosas y en víctimas sufridas. En sus discursos inflamados, Dolores Ibárruri, la *Pasionaria*, lanza proclamas al mundo entero para que escuche «el grito doloroso de nuestras madres y nuestras esposas».[113] El imaginario guerrero termina por imponerse incluso en el seno del POUM, el partido de extrema izquierda, que, sin embargo, organiza en 1936 batallones de voluntarias femeninas. Una foto nos muestra a estas militantes desfilando con una bandera que apoya la visión de la guerra como asunto de hombres: «¡Vale más ser la viuda de un héroe que la esposa de un miserable!».[114]

Las mujeres armadas reaparecen en las fotos de la Resistencia y en los carteles soviéticos de la Segunda Guerra Mundial, al lado de la iconografía más tradicional que las trata como productoras, enfermeras y madrinas. Esto ilustra las tensiones que atraviesa el imaginario de los años 1914-1945, sin, por ello, revolucionar sus códigos. El historiador Claudio Pavone recuerda que en Francia la Resistencia atribuía a las mujeres un rol de «madrinas de los francotiradores y partisanos», mientras que en Italia se las reunía en una organización «para la asistencia a los combatientes de la libertad». En Turín, el día de la Liberación, el mando (comunista) de las Brigadas Garibaldi impidió a las mujeres combatientes desfilar con sus compañeros, por temor a que pudieran ser tratadas de «putas».[115]

Es en este contexto en el que habría que resituar el mito del «hombre nuevo» que, tanto en la URSS como en los regímenes fascistas, caracteriza a esta época. Si hay un rasgo compartido entre el hombre nuevo socialista y su homólogo fascista, entre Stajanov, el héroe del trabajo, y el atleta ariano esculpido por Arno Breker, ése es su género.

[113] *Ibid.*, p. 103.

[114] *Ibid.*, ilustración n.º 15.

[115] *Cf.* Claudio Pavone, *Una guerra civile*, *op. cit.*, pp. 444-445.

LA CRÍTICA DE LAS ARMAS

LAS MUSAS COMBATIENTES

En 1919, Paul Valéry daba su diagnóstico, cuyos acentos no dejaban de evocar a Spengler, en relación con el carácter «mortal» de las civilizaciones. Meditando sobre el «escalofrío extraordinario» que había recorrido a Europa por dentro, describía el sentimiento apocalíptico que se había apoderado de la cultura. Pero su artículo no se limitaba a caracterizar la *Stimmung* de la época que acababa de comenzar, él mismo designaba también los dilemas a los que se enfrentaban los intelectuales. Se imaginaba, tal como un nuevo Hamlet, sobre una terraza de Elsinor desde donde se podía contemplar un inmenso paisaje de ruinas, habitado por «millones de espectros» y extendido desde Basilea hasta Colonia, del Somme a Alsacia. Como dos fronteras, «el orden y el desorden» delimitaban el espacio de este continente maltrecho: el desorden de la guerra y el orden, diríamos hoy, del totalitarismo. Un interrogante obsesionaba a este Hamlet moderno: «Yo, el intelectual europeo, ¿en qué me voy a convertir?».[1] La historia cultural del período de entreguerras se resume en diferentes tentativas, irreductiblemente antinómicas, de responder a este angustioso interrogante. Entre el final del siglo XIX y la Gran Guerra, la cultura europea había conocido un punto de inflexión *estético*, perceptible tanto en la música (Ravel, Debussy, Schönberg, Berg), como en la literatura (Proust, Mann, Kafka, Conrad, Joyce); tanto en la pintura (Braque, Picasso, Kandinsky, Klee), como en la arquitectura (Gropius).[2] Después de 1918, es un punto de inflexión *político* el que afecta a las artes y a las letras del Viejo Mundo.

Uno de los últimos ensayos de George Orwell, *Writers and Leviathan* (1948), está consagrado a la relación que se anuda en Europa, durante el período de entreguerras, entre los intelectuales y la política. A partir de una re-

[1] Paul Valéry, «La crise de l'esprit», *Oeuvres I*, La Pléiade-Gallimard, París, 1957, p. 993.

[2] *Cf.* George Lichtheim, *Europe in the Twentieth Century*, *op. cit.*, 1972, pp. 82-95.

flexión en buena medida autobiográfica, subraya el carácter casi irresistible de la irrupción de la política en la cultura. Sumergidos en una «era política», los escritores no pueden escapar a temas como «la guerra, el fascismo, los campos de concentración, los machetes, las bombas atómicas», incluso si a menudo utilizan metáforas literarias, sin nombrarlos explícitamente. No pueden encerrarse en un universo de valores estéticos, al abrigo de los conflictos que desgarran al mundo. «Hoy –agrega Orwell– nadie podría dedicarse a la literatura de manera absoluta, como lo hacían Joyce o Henry James».[3]

En el manifiesto «Por un arte revolucionario independiente», redactado en México en 1938 por el escritor André Bréton, el pintor Diego Rivera y Leon Trotsky, se lee el pasaje siguiente: «Estimamos que la tarea suprema del arte en nuestra época consiste en participar consciente y activamente en la preparación de la revolución».[4] A la misma conclusión había llegado ya, dos años antes, Walter Benjamin. El crítico alemán, exiliado en Francia, oponía la politización del arte y de la cultura –por lo tanto, el compromiso de los artistas y de los intelectuales– a la estetización de la política puesta en práctica por el fascismo: «*Fiat ars, pereat mundus*», tal es el lema del fascismo, que, con la misma aprobación de Marinetti, espera de la guerra la satisfacción artística de una percepción sensible modificada por la técnica. *L'art pour l'art* parece encontrar ahí su realización. En los tiempos de Homero, la humanidad se ofrecía como espectáculo a los dioses del Olimpo; es a ella misma, hoy día, a la que se ofrece como espectáculo. Ella está lo suficientemente alienada como para ser capaz de vivir su propia destrucción como un gozo estético de primer orden. Así cobra forma la estetización de la política que practica el fascismo. El comunismo le responde a través de la politización del arte».[5] Dicho de otra manera, el intelectual debe lidiar con las asperezas del presente, hacerse «militante» a su manera si no quiere verse convertido en un anacrónico e inútil «hombre de letras» viviendo fuera de su tiempo.

La noción de «intelectual», que entra definitivamente en el léxico occidental con el caso Dreyfus, designa esta interferencia entre cultura y política que marca tan profundamente la historia del siglo XX. Por supuesto, esta figura no carece de ancestros, desde los filósofos de las Luces hasta las revoluciones de 1848, en las que participaron numerosos hombres y mujeres de letras. Pero es a partir del cambio de siglo cuando este fenómeno cobra dimensiones nuevas hasta convertirse, durante el período de entreguerras, en un aspecto importante de la cultura europea y occidental. En la *La traición de los intelectuales*, Julien

[3] George Orwell, «Writers and Leviathan», *Collected Essays*, vol. IV, Penguin Books, Londres, 1986, p. 409.

[4] André Breton, Diego Rivera y Leon Trotsky, «Pour un art révolutionnaire indépendant», en Leon Trotsky, *Littérature et révolution*, 10/18, París, 1977, p. 497.

[5] Walter Benjamin, «L'oeuvre d'art à l'ère de sa reproductibilité technique», *Oeuvres II*, *op. cit.*, p. 113.

Benda intentó capturar esta imagen del lierato comprometido esbozando el retrato de una figura dedicada a la defensa desinteresada de valores universales, como la justicia y la razón.[6] Sin embargo, mirándolo bien, la entrada en política de los intelectuales no siempre está fundada sobre estos valores. Ya el caso Dreyfus fue una querella entre intelectuales: Maurice Barrès contra Émile Zola, Édouard Drumont contra Bernard Lazare. Dicho de otra manera, el nacionalismo contra el universalismo, el antisemitismo contra la igualdad, el militarismo contra la república. Durante los años veinte y treinta, estos conflictos van a acentuarse: al lado de los intelectuales que se movilizan para defender la democracia, hay otros que trabajan para derrotarla. Con su *brutalización* de las sociedades europeas, la guerra polarizó el campo intelectual entre corrientes antagónicas. La división entre Ilustración y Contra-Ilustración, de la cual el caso Dreyfus había dado un atisbo, cobra a partir de ahí una dimensión más radical, más apocalíptica, notoriamente en los países vencidos. Se superpone al enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución, bolchevismo y fascismo. En primer plano se encuentra ahora una nueva generación para la que el uso de la fuerza y de la violencia ya no constituye un dilema moral, sino un hecho casi normal, inscrito naturalmente en el curso de la historia como una suerte de ley antropológica.[7] Esta «generación del fuego» busca a menudo su inspiración en una pléyade de intelectuales de mayor edad, a su vez radicalizados por la guerra, que metamorfosean el mito de la decadencia, de la que ellos han sido los profetas y los ideólogos, en convocatoria guerrera para la regeneración nacional. Gabriele D'Annunzio, el «poeta soldado» italiano, es un caso emblemático. Sus antiguos vituperios contra la democracia –la «bestia electiva»– pasan a ser, durante la guerra, activismo nacionalista desenfrenado y subversivo, marcado por el descubrimiento de un estilo político nuevo que ejerce una influencia considerable sobre Mussolini. Es D'Annunzio el que inventa algunos símbolos del fascismo, como el brazo levantado (*saluto romano*), la camisa negra, los gritos guerreros durante las concetraciones nacionalistas («Eia, eia, eia, alalà!») y las acciones audaces, tales como el lanzamiento de folletos de propaganda sobre Viena. La aventura militar de la ocupación de Fiume, donde proclama en 1919 una efímera República, da el ejemplo de un intelectual para el que el arte y la vida, la estética y la política, la exaltación romántica de la naturaleza y la idealización irracionalista de la técnica son indisociables, y para el que, de manera coherente, el compromiso nacionalista se traduce en acción. Es por esto por lo que George L. Mosse identifica en la

[6] Julien Benda, *La Trahison des clercs*, Grasset, París, 1975.

[7] Hans Kohn, *Revolutions and Dictatorships: Essays in Contemporary History*, Harvard University Press, Cambridge, 1939, p. 61-62.

parábola de D'Annunzio los ingredientes de una nueva liturgia política que el fascismo italiano retoma y desarrolla.[8]

Alemania es el otro país en el que, al final de la Gran Guerra, el mito de la decadencia se convierte en culto de la violencia regeneradora. Entre los escritores que elaboran esta mutación, el más leído es Ernst Jünger. En sus escritos de posguerra, se lanza a una exaltación del combate como «experiencia interior» hecha de éxtasis y de virilidad; después, en 1932, anuncia el advenimiento de una nueva era, la del «Trabajador», metáfora por la cual designa una dictadura totalitaria, crisol de raza, técnica y voluntad de poder.[9] Oswald Spengler, que había proclamado en 1918 la decadencia de Occidente,[10] condenado a perecer al final de un ciclo vital que las civilizaciones compartirían con los organismos de la naturaleza, redescubre bajo la República de Weimar la fuerza regeneradora del nacionalismo. Abandona entonces el *pathos* nietzscheano de la decadencia para adoptar una idea de combate racial que extrae del darwinismo social. Medita sobre las dos «revoluciones» que amenazan a la civilización occidental –«la lucha de clases y la lucha de razas»–[11] y designa la fuerza capaz de salvar a Europa. Los alemanes, escribe en 1933, «son todavía lo suficientemente jóvenes como para vivir, modelar y *decidir* los destinos de la historia mundial, mientras que los otros pueblos son ya demasiado viejos y escleróticos para oponer más que una simple defensa».[12]

Una gran parte de la cultura europea de entreguerras se adhiere a valores que se oponen a la tradición de 1789. El nacionalismo, el antisemitismo, la «revolución conservadora», el elitismo antidemocrático y el fascismo ejercen una atracción considerable sobre un gran número de intelectuales en Italia, en Francia, en Alemania e incluso en un bastión tradicional del liberalismo como Inglaterra.[13] En la Francia de los años treinta, Maurras y Drieu la Rochelle son tan influyentes como Malraux y Gide, mientras que, bajo la República de Weimar, la popularidad de Ernst Jünger rivaliza con la de Erich Maria Remarque y Oswald Spengler es mucho más leído que Walter Benjamin o Ernst Bloch.

Al comienzo de los años veinte, Thomas Mann esbozó en *La montaña mágica* una alegoría de este conflicto: por un lado, el intelectual democrático, racionalista y orgulloso del progreso; por el otro, el nihilista romántico y

[8] *Cf.* George L. Mosse, «The Poet and the Exercise of Political Power: Gabriele D'Annunzio», *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions of Reality,* cap. 4, Howard Fertig, Nueva York, 1980. Sobre D'Annunzio, *Cf.* también Renzo De Felice, *D'Annunzio politico (1918-1928)*, Laterza, Bari-Roma, 1978.

[9] Ernst Jünger, *Le Travailleur*, Christian Bourgois, París, 1989.

[10] Oswald Spengler, *Le Déclin de l'Occident*, *op. cit.*, 1948.

[11] Oswald Spengler, *Jahre der Entscheidung. Deutschland und die weltgeschichtliche Entwicklung,* J. C. Beck, Múnich, 1933, p. 147.

[12] *Ibid.*, p. XII.

[13] *Cf.* Alastair Hamilton, *The Appeal of Fascism. A Study of Intellectuals and Fascism 1919-1945*, MacMillan, Nueva York, 1971.

apocalíptico, rebelado contra la modernidad. Los dos héroes de esta novela, Settembrini y Naphta, son a menudo interpretados como las dos almas del autor, quien, después de la Primera Guerra Mundial, publica un manifiesto de la «revolución conservadora», *Consideraciones de un apolítico*. (Encarnará más tarde la conciencia democrática de su país cuando, exiliado en Estados Unidos, denuncie los crímenes del nacionalsocialismo en sus emisiones para la BBC). Otros ven allí la transfiguración literaria del diálogo que Thomas Mann había establecido con su hermano, Heinrich, cuya filosofía evoca de cerca el positivismo humanista de Settembrini. Más recientemente, este conflicto novelesco, ambientado por el escritor en el corazón de los Alpes suizos, en las vísperas de la primera guerra mundial, ha sido evocado como el presagio de una célebre disputa filosófica que tendrá lugar en Davos, en 1929. Ella opone al último representante de la Ilustración alemana, Ernst Cassirer, a Martin Heidegger, el joven autor de *Ser y Tiempo*, fundador de una nueva forma de ontología política que lo conducirá, algunos años más tarde, a adherirse al régimen nazi.[14] La parábola de la *intelligentsia* europea del período de entreguerras se desarrolla entre estos dos polos filosóficos y políticos ciertamente opuestos, pero no siempre sin coincidencias. Ciertos críticos incluso han formulado la hipótesis según la cual el retrato del nihilista Naphta habría sido inspirado a Thomas Mann por el joven György Lukács, el autor de *El alma y las formas* (1911), atraído por el comunismo hasta devenir vicecomisario del pueblo para la Instrucción Pública en la efímera República Soviética Húngara dirigida por Béla Kun, en 1919.[15] En tanto que romántico, Naphta es una especie de Jano con dos caras, una conservadora, la otra revolucionaria. Esta contradicción íntima nos recuerda que muchos intelectuales –a menudo judíos y antifascistas–, destinados a desempeñar un papel no desdeñable en la renovación de la filosofía política del período de posguerra, se cruzaron en su camino con figuras y corrientes del pensamiento conservador, con las cuales mantuvieron un diálogo, construido con críticas y préstamos a la vez. No solamente Hannah Arendt y Hans Jonas, sino también marxistas como Herbert Marcuse y Günther Anders fueron alumnos de Heidegger.[16] El hecho es que, durante los años treinta, Naphta debía elegir: su rechazo de la *Zivilisation* podía refugiarse tanto en las mitologías teutónicas del nacionalsocialismo, hasta aceptar la mística de la sangre y la tierra, como en una crítica radical del rostro de la modernidad encarnado por el fascismo.

[14] *Cf.* Rüdiger Safranski, *Heidegger et son temps, Biographie*, *op. cit.*, pp. 197-202.

[15] Esta hipótesis está en el centro de la segunda parte de la obra de Judith Marcus, *Georg Lukács and Thomas Mann. A Study in the Sociology of Literature*, The University of Massachusetts Press, Amherst, 1987, p. 53 y ss. Sobre las múltiples caras del comunismo, *cf.* Michael Löwy y Robert Sayre, *Révolte et mélancolie. Le romantisme à contre-courant de la modernité*, Payot, París, 1992.

[16] La progenia judía, y a menudo de izquierda, de Heidegger, ha sido analizada, aunque de manera a veces unilateral, por Richard Wolin, *Heidegger's Childen. Hannah Arendt, Karl Löwith, Hans Jonas, and Herbert Marcuse*, Princeton University Press, Princeton, 2001.

En esta coyuntura histórica, comunismo y fascismo se presentan como los únicos capaces de aportar una solución. Hay una simetría chocante entre dos textos como *Terrorismo y comunismo* (1920) de Trotsky y *El Trabajador* (1932) de Jünger, o incluso entre los *Cuadernos de cárcel* (1929-1935) de Gramsci y *La idea de lo político* (1932) de Schmitt. No se trata, sin embargo, de una afinidad política ni de una homología de contenidos: Trotsky y Gramsci teorizan la emancipación del proletariado, Jünger y Schmitt el fin de la era de la «discusión» y el advenimiento del Estado total. Unos preparan la revolución, los otros la contrarrevolución. Si hay una simetría entre ellos, deriva de su enraizamiento común en el terreno de la guerra civil, donde se enfrentan de manera implacable. Después de 1917, el teórico de la autoemancipación de las clases trabajadoras deviene el jefe del Ejército Rojo, asumiendo el imperativo de una defensa del poder soviético e identificando, incluso, la dictadura del proletariado con el poder de un partido comunista militarizado. Gramsci, por su parte, piensa la revolución en Occidente como una estrategia, en el sentido militar del término, en la cual la «guerra de posiciones» (la conquista de la hegemonía política en el seno de la sociedad civil) precede a la «guerra de movimientos» (la insurrección), de la misma manera que, en la Gran Guerra, no había ofensiva sin consolidación previa de las líneas por las trincheras.[17] Jünger delinea el perfil del «Trabajador» (*der Arbeiter*) como expresión de una humanidad nueva forjada por la experiencia de la guerra,[18] mientras que Schmitt describe la emergencia del «Estado total» como consecuencia ineluctable del conflicto.[19] La ontología creadora de un sujeto revolucionario emergente –el proletariado en tanto que fuerza capaz de reorganizar la sociedad– se traduce, en Trotsky y Gramsci, en una visión de la revolución como enfrentamiento militar, de la misma manera que para Jünger y Schmitt las virtudes de un Estado guerrero sustituyen a las ya obsoletas virtudes del liberalismo. Los marxistas dejan de lado tanto el reformismo como la espontaneidad revolucionaria en provecho de una reflexión exclusivamente centrada en el problema de la fuerza y de la coerción. En la iconografía revolucionaria el socialismo ya no se representa como el avance pacífico y confiado del pueblo trabajador, tal como lo había pintado Pellizza da Volpedo en 1901, en su cuadro *El cuarto estado* [ilustración 11].[20] A partir de ese momento es encarnado por un ejército disciplinado de obreros armados, como en *La defensa de Petrogrado* (1927) de Alexander Deineka o en las fotografías de la propaganda republicana durante la guerra

[17] *Cf.* Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, vol. III, Einaudi, Turín, 1975, pp. 1.566-1.567. Véase con respecto a este tema Perry Anderson, *Sur Gramsci*, Maspero, París, 1978.

[18] *Cf.* Ernst Jünger, *Le Travailleur*, *op. cit.*

[19] Carl Schmitt, «La notion de politique», *La Notion de politique/Théorie du partisan*, *op. cit.*, pp. 57-63.

[20] Michele Nani, «"Dalle viscere del popolo" Pellizza, il "Quarto Stato e il socialismo"», en Michele Nani, Liliana Ellena y Marco Scavino, *Il Quarto Stato di Pellizza da Volpedo tra cultura e politica*, Instituto di Studi storici Gaetano Salvemini, Turín, 2002, pp. 13-54.

civil española [ilustración 12]. Revolución y contrarrevolución, comunismo y fascismo se enfrentan en una lucha a muerte, pero comparten la conciencia de pertenecer a un siglo armado, un siglo de guerra que puso fin a la era de la paz, del liberalismo, del parlamentarismo, del progreso. Los dos piensan la política como un conflicto armado y el Estado como un instrumento de guerra; la democracia liberal les parece el recuerdo de una época concluida. En 1920, Lenin lanza sus dardos contra el socialismo reformista y parlamentario del «renegado Kautsky»;[21] algunos años más tarde, Schmitt anuncia la muerte del liberalismo, expresión arcaica de una clase que «discute» con una época que reclama un soberano que «decida».[22] La crítica bolchevique de la socialdemocracia y la crítica fascista del liberalismo comparten la misma conciencia de una ruptura irreversible con el pasado. Sus valores se enfrentan radicalmente, pero los dos piensan una sociedad nueva engendrada por la guerra y la revolución.

LEGALIDAD Y LEGITIMIDAD

Confrontados a la crisis profunda del Estado de derecho y del parlamentarismo, los actores de las revoluciones y contrarrevoluciones de la posguerra ya no creen en el diagnóstico weberiano que ve en la «dominación legal» la forma moderna del poder. No es entonces sorprendente que Carl Schmitt haya designado a Lenin y a Lukács como los precursores de la oposición entre legalidad y legitimidad de la cual deviene él mismo el principal teórico en 1932, en el crepúsculo de la República de Weimar.[23] Se refería a dos textos aparecidos en 1920 en los cuales los dos marxistas hacen el resumen de la oleada revolucionaria que sacudió a Europa central después del Octubre ruso. El primero es *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, un panfleto dirigido contra las corrientes de extrema izquierda en el seno del *Komintern*, en el cual Lenin defiende la necesidad de combinar las formas de lucha legales e ilegales, parlamentarias e insurreccionales, según las circunstancias concretas.[24] El segundo es un artículo titulado «Legalidad e ilegalidad», escrito por el filósofo húngaro en Viena, donde se refugió después de la disolución de la República de los Consejos Obreros de Béla Kun, y luego incluido en su libro *Historia y conciencia de clase* (1923). En este texto Lukács advierte contra los obstáculos simétricos

[21] Lénine, *La Révolution prolétarienne et le renégat Kautsky*, Éditions sociales, París, 1971.

[22] En 1922, Carl Schmitt subraya la actualidad de la dictadura, en la que ve «lo contrario de la discusión» (*Théologie politique*, *op. cit.*, p. 71).

[23] Véase la referencia a Lenin y Lukács en Carl Schmitt, «Das Problem der Legalität» (1950), *Verfassungsrechtliche Aufsätze aus den Jahren 1924-1954. Materialien zu einer Verfassungslehre*, Duncker & Humblot, Berlin, 1958, p. 450. Véase también Carl Schmitt, *Glossarium. Aufzeichnungen der Jahre 1947-1951*, *op. cit.*, p. 50.

[24] Lenin, *L'extremisme, maladie infantile du communisnme*, Éditions sociales, París, 1979, pp. 36-37.

del «oportunismo», que se adapta a la legalidad y rechaza salirse de ella, identificando, así, la lucha política con el parlamentarismo, y del «romanticismo», que idealiza la clandestinidad y desdeña por principio toda acción en un marco legal. Estas dos actitudes son falsas, piensa, porque la opción de la legalidad o de la ilegalidad es puramente táctica y se deduce de circunstancias concretas en las cuales debe actuar el movimiento comunista. La revolución es portadora de una nueva legitimidad que, para imponerse, debe quebrar el antiguo aparato de Estado con su dispositivo jurídico.[25] El presupuesto de esta dialéctica entre legalidad e ilegalidad es la crítica de la visión liberal del Estado como entidad que está por encima de las clases y de sus conflictos. Sobre la base de tal convicción, en diciembre de 1917, los bolcheviques deciden disolver la Asamblea Constituyente, símbolo, a sus ojos, de una legalidad históricamente obsoleta y, por lo tanto, en contradicción con la legitimidad del poder de los sóviets (en los cuales ellos constituyen la mayoría, junto con el partido de los social-revolucionarios de izquierda). Así, en su panfleto de 1919 contra Karl Kautsky, Lenin considera completamente «natural que los intereses de la revolución predominen sobre los derechos formales de la Asamblea Constituyente».[26]

Schmitt, por su parte, piensa que el Estado de derecho ya no corresponde a una era de guerra civil y que es progresivamente reemplazado por el «Estado total». En el apogeo de la crisis de Weimar, en 1932, publica un ensayo titulado *Legalidad y legitimidad* donde analiza la contradicción, ya insuperable, que se había fraguado entre estas dos nociones.[27] Para él, la legalidad no tiene contenido, es sólo un procedimiento neutro que se adapta a las diferentes mayorías parlamentarias y encuentra su expresión acabada en el liberalismo del siglo XIX. Su esencia profunda consiste en un proceso de racionalización jurídica del poder, del cual Weber había captado con lucidez el objetivo último: el Estado burocrático moderno. El poder deviene cada vez más impersonal porque aquellos que lo encarnan se limitan a ejecutar la ley, de la que son prisioneros. Pero en una época de crisis social y política como la que se abre en Europa con la Gran Guerra, y más particularmente en Alemania después de 1930, el liberalismo se revela impotente. En una época así, el poder ya no puede limitarse a la aplicación de normas, sino que exige *decisiones* constrictivas que deben forzadamente provenir de una autoridad superior: allí reside, a su criterio, su *legitimidad*. Esto vuelve a personalizar el poder, rehabilitando las formas antiguas de dominación (el absolutismo) a través de sus equivalentes modernos (la dominación carismática). Dicho de otra manera, hay que reemplazar el *ethos* de la ley por el *pathos* de la acción.

[25] György Lukács, *Historie et conscience de classe*, Éditions de Minuit, París, 1960, p. 308.

[26] Lenin, *La Révolution prolétarienne et le renégat Kautsky*, *op. cit.*, p. 148.

[27] Carl Schmitt, *Legalität und Legitimität*, Duncker & Humblot, Berlín, 1998.

Esa argumentación inspira la visión schmittiana del presidente de la República: un «guardián de la Constitución» que, a fin de preservar su espíritu, se arroga el derecho de suspender sus normas, en nombre de una legitimidad de poder que prima sobre su forma legal. En 1932, aprueba el golpe por el cual el presidente Hindenburg disuelve el Gobierno prusiano dirigido por el Partido Socialdemócrata sometiéndolo a la autoridad del canciller Franz von Papen (del cual es uno de los consejeros). Con el mismo espíritu, espera que el presidente se valga del artículo 48 de la Constitución para suspender la ley, prohibir a los partidos subversivos (el KPD y el NSDAP) e instaurar una dictadura. Frente a fuerzas que quieren utilizar la legalidad para destruirla, el Estado no puede defenderse por medios puramente legales. Debe ir más allá de la legalidad de sus instituciones y conferir plenos poderes a una autoridad soberana capaz de actuar. Es el sentido de la polémica que, a partir de 1928, opone el *decisionismo* de Schmitt al *normativismo* de Kelsen.[28] Va de suyo que esta solución autoritaria no apunta a «salvar» la República de Weimar, sino a demoler la democracia y a reemplazarla por una dictadura soberana (impuesta por el presidente, pasando, si es necesario, por una sanción plebiscitaria).[29] Que este sea el sentido profundo de la propuesta de Schmitt parece evidente a la luz de su adhesión al nazismo justo después del acceso al poder de Hitler, en 1933.

El carácter antidemocrático de las propuestas de Lenin y de Schmitt encuentra críticos en el seno de la izquierda. En su último ensayo, escrito poco antes de su asesinato por los cuerpos francos, Rosa Luxemburgo recuerda a los bolcheviques que «la tarea histórica del proletariado cuando toma el poder consiste en sustituir la democracia burguesa por la democracia socialista y no en suprimir toda democracia».[30] Otto Kirchheimer, un joven politólogo de izquierda que hará una brillante carrera universitaria en el exilio en Estados Unidos, consagra en 1933 un ensayo crítico a las tesis de Schmitt, de quien había sido discípulo. Precisa que, incluso en caso de elección democrática de la más alta autoridad del Estado, si la «legitimidad plebiscitaria y monolítica» de ésta viene a sustituir al Parlamento, ya no puede entonces ser calificada de «democrática», porque no hay democracia sin libertad, igualdad y pluralismo de sus actores, sin su derecho a participar y a deliberar.[31]

[28] *Cf.* Dan Diner y Michael Stolleis (eds.), *Hans Kelsen and Karl Schmitt. A juxtaposition,* Bleicher Verlag, Gerlingen, 1999.

[29] *Cf.* Olivier Beaud, *Les Derniers Jours de Weimar. Carl Schmitt face à l'avènement du nazisme,* Descartes & Cie, París, 1997; y Gopal Balakrishnan, *The Enemy. An Intellectual Portrait of Carl Schmitt*, caps. 12 y 13, Verso, Londres, 2000.

[30] Rosa Luxemburg, «La tragédie russe», *Oeuvres II (Écrits politiques 1917-1918)*, Maspero, Paris, 1969, p. 88.

[31] *Cf.* Otto Kirchheimer, «Remarks on Carl Schmitt's *Legality and Legitimacy*', en Franz L. Neumann, Otto Kirchheimer, *The Rule of the Law under Siege*, University of California Press, Berkeley, 1996, pp. 64-98.

El clima turbulento de posguerra polariza el campo intelectual creando figuras paradójicas de revolucionarios y de conservadores, y diálogos insólitos, inevitablemente destinados al fracaso, entre pensadores que están en las antípodas. No se trata de una *coincidentia oppositorum*, como lo pretenden los críticos liberales del totalitarismo, siempre dispuestos a forzar los síntomas de un «fascismo rojo» y de un «bolchevismo negro»; los extremos no se tocan. Auspiciada por algunas figuras aisladas y paradójicas, tal como Ernst Niekisch, el teórico del «nacionalbolchevismo» en la República de Weimar, la vía de una convergencia entre revoluciones de derecha y de izquierda queda en nada.[32] Es cierto que algunos la consideran en la época como la tendencia dominante. *Técnica del golpe de Estado* (1931), obra en la que Curzio Malaparte teoriza el advenimiento de una era dominada por los *catilinarios*,[33] es decir, los fascistas y los comunistas –unidos por la misma voluntad de apoderarse del poder por la fuerza y por la misma desconfianza respecto de los métodos del parlamentarismo–, tuvo una repercusión considerable en toda Europa. Pero su prosa brillante se queda en la superficie de la realidad y su tentativa de aproximar a Trotsky, «uno de los principales creadores de la técnica moderna del golpe de Estado», a los «catilinarios de derecha», a los fascistas, los idólatras del Estado»,[34] hace de su panfleto, mucho más que un manual de la insurrección en la era de la crisis del liberalismo, un simple «manual del equívoco».[35]

El equívoco se mantiene durante un breve momento, en 1923, durante la oleada nacionalista que sacude a Alemania después de la ocupación francesa del Ruhr. Karl Radek, emisario del *Komintern* en Berlín, analiza el Tratado de Versalles como una tentativa de someter al país al rango de una colonia en la cual, como consecuencia, el combate revolucionario debe «poner a la nación en primer plano».[36] Sobre la base de este diagnóstico elabora la «línea Schlageter», consistente en rendir homenaje a la memoria de este joven mili-

[32] Sobre el «nacional-bolchevismo» y las corrientes de la derecha nacionalista alemana atraídas por la Revolución rusa, *cf.* Louis Dupeux (ed.), *La «Révolution conservatrice» dans l'Allemagne de Weimar*, Kimé, París, 1992, pp. 361-376; Erns Otto Schüddekopf, *Linke Leute von Rechts. Die nationalrevolutionären Minderheiten und der Kommunismus in der Weimarer Republik*, Kohlhammer, Stuttgart, 1960; y Stefan Breuer, *Anatomie de la révolution conservatrice*, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, París, 1996. Para un análisis riguroso desde el punto de vista filosófico, pero menos contextualizado, *cf.* Jean-Pierre Faye, *Langages totalitaires*, Hermann, París, 1972, p. 79 y ss.

[33] Curzio Malaparte, «Tecnica del colpo di Stato» (1931), *Opere scelte*, Mondadori, Milán, 1997, p. 132.

[34] *Ibid.*, pp. 132, 139, 198.

[35] Sonia Blatmann, «La *Technique du coup d'État:* un manual del equívoco», *Chroniques italiennes*, 4, 1995. Sobre Malaparte, véase Luigi Martellini, «Malaparte saggista politico: le "rivoluzioni europee"», en Gianni Grana (ed.), *Malaparte scrittore d'Europa*, Marzorati, Prato, 1991, p. 95 y ss. Trotsky respondió a Malaparte en las conclusiones de su *Histoire de la révolution russe*, t. II, *op. cit.*, pp. 672-673.

[36] *Cf.* Pierre Broué, *Révolution en Allemagne, 1917-1923*, *op. cit.*, p. 690.

tante de extrema derecha en nombre de la lucha por la liberación socialista de Alemania. «El destino de este mártir del nacionalismo alemán –afirma en una reunión del Ejecutivo de la Internacional Comunista– no debe ser silenciado, ni homenajeado con una palabra de pasada. Porque él tiene mucho que enseñarnos, a nosotros y al pueblo alemán».[37] Convencido de que la clase obrera ya ha sido ganada por la causa comunista, Radek busca una vía para conquistar a la pequeña burguesía pauperizada y atraída por el nacionalismo. Este último hizo de Schlageter un «peregrino de la nada», mientras que el comunismo debe transformarlo en «peregrino de un porvenir mejor para la humanidad entera».[38] Esto explica los contactos del Partido Comunista con los nazis, algunos mítines comunes e incluso un opúsculo en el cual las firmas de Radek y de Paul Frölich se encuentran al lado de aquellas del conde Ernst Reventlow y de Moeller van den Bruck, antes de que los nazis acabaran con una iniciativa que les otorgaba ventaja a los comunistas.[39]

Este episodio efímero prueba la imposibilidad de un diálogo entre revolucionarios de izquierda y de derecha, pero revela, al mismo tiempo, una fuerte tendencia hacia las soluciones extremas, en una situación catastrófica. La voluntad de romper con el pasado explica la atención que prestan las corrientes nacionalistas a la experiencia soviética, así como a su lenguaje revolucionario. Mussolini y Hitler llegaron al poder por la vía legal, nombrados respectivamente jefe del Gobierno italiano por el rey Vitorio Emanuele III, en octubre de 1922, y canciller alemán por el presidente Hindenburg, en enero de 1933. La mutación del sistema político se produce después, a lo largo de algunos años en Italia y bajo formas más traumáticas y condensadas en Alemania. Sin embargo, fascismo y nazismo conciben estos cambios como auténticas revoluciones. Para Mussolini, su acceso al poder fue «una insurrección, una revolución».[40] El régimen fascista cultiva la leyenda de la marcha sobre Roma como alzamiento armado que abre una época nueva. A semejanza de la Revolución francesa, quiere introducir un nuevo calendario. El 29 de octubre de 1922 marca el año I de la era fascista, un acontecimiento que será celebrado como una fiesta nacional hasta la caída del régimen.[41] En 1932, el décimo aniversario de la «revolución fascista» es conmemorado con gran pompa.

El nacionalismo alemán adopta el mismo lenguaje. En 1925, Ernst Jünger escribe varios artículos para el diario *Standtorte* a fin de disipar el malentendido consistente en presentar a los nacionalistas como «reaccionarios». Después

[37] *Ibid.*, p. 692.

[38] *Ibid.*, p. 693.

[39] *Ibid.*, p. 694.

[40] Benito Mussolini, *Scritti e discorsi*, vol. IV, Hoepli, Milán, 1939, p. 293. Véase también Simonetta Flaschi-Zamponi, *Fascist Spectacle. The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*, *op. cit.*, p. 2.

[41] *Cf.* Emilio Gentile, *Il culto del Littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Laterza, Bari-Roma, 1993, pp. 90-98.

de haber dejado las trincheras, admite, debieron batirse en el frente interno oponiéndose a los espartaquistas, los revolucionarios comunistas que se alzaban contra ellos como «su propio enemigo mortal».[42] Pero esta oposición al bolchevismo no hace reaccionarios a los *bolchevistas* porque, al inscribirse en una antigua tradición igualmente preñada de ciertas corrientes de la cultura conservadora, reconocen la necesidad de adoptar «métodos revolucionarios»,[43] en un contexto donde el combate político significa la «continuación de la guerra por otros medios».[44] «Lo que cuenta para nosotros –concluye Jünger– no es una revolución de la forma de Estado, sino una revolución del alma capaz de crear en el caos formas nuevas surgidas de la tierra misma».[45] Dicho de otra manera, esta revolución no es más que la concreción de las transformaciones profundas provocadas por la guerra. En su discurso para la inauguración de la Cámara de la Cultura del Reich, en noviembre de 1933, el ministro de la Propaganda Josef Goebbels califica de «revolución total» el ascenso de Hitler al poder. Se trata, sostiene, de una «revolución desde abajo» que comienza a «forjar la nación alemana en un solo pueblo (*Volk*)». Como toda revolución auténtica, aspira a una «transformación radical de nuestra vida cultural y de nuestra creación espiritual».[46]

Delio Cantimori –una figura singular de sabio y de intelectual pasado del fascismo al comunismo en el curso de los años treinta– insiste con fuerza sobre la naturaleza «revolucionaria» del fascismo. En 1931, publica un ensayo titulado «Fascismo, revolución y no reacción europea», en el cual tiene cuidado de precisar la significación de una fórmula tal. Según él, se trata de un movimiento *nuevo*, al igual que el comunismo, con el cual entra en competencia para conquistar el mundo *antiguo*, la vieja Europa que es necesario reconstruir. Mussolini, subraya, no es un dictador a lo Primo de Rivera, es decir, un militar autoritario y conservador, sino el «jefe de una gran revolución nacional» que culmina la obra del Renacimiento y del *Risorgimento*. Sin embargo, su carácter subversivo no tiene mucho que ver con la tradición jacobina, que encontró más bien sus herederos en el marxismo y el comunismo. Las revoluciones fascista y comunista se oponen. Por ello, el fascismo aparece como una «síntesis dialéctica de las exigencias representadas por la revolución extrema y por la reacción extrema».[47] En la misma línea, Mussolini había definido al fascismo

[42] Ernst Jünger, «Die Methode der Revolution», *Politsche Publizistik, 1919 bis 1933*, *op. cit.*, p. 116.

[43] Ernst Jünger, «Die Reaktion», en *ibíd.*, pp. 119-125.

[44] Ernst Jünger, «Unserer Politker», en *ibíd.*, p. 64.

[45] *Ibíd.*, p. 18.

[46] Joseh Goebbels, «Die deutsche Kultur vor neuen Aufgaben. Rede zur Eröffnung der Reichskulturkammer in Berlin», *Reden 1932-1945*, Bindlach, Gondrom, 1991, pp. 131-132.

[47] Delio Cantinori, «Fascismo, rivoluzione e non reazione europea», *Politica e storia contemporanea. Scritti 1917-1942*, Einaudi, Turín, 1991, pp. 117-118. Sobre este texto, véa-

como una suerte de «revolución contra la revolución». Para historiadores tales como George L. Mosse, Emilio Gentile y Zeev Sternhell, el fascismo fue a la vez una revolución, una ideología, una visión del mundo y una cultura. Una revolución, porque quería construir una sociedad nueva. Una ideología, porque había reformulado el nacionalismo desde una perspectiva que, tras desechar el marxismo, se oponía tanto al conservadurismo como al liberalismo, buscando una vía alternativa. Una visión del mundo, porque inscribía su proyecto político en una visión de la Historia, quería crear un «hombre nuevo» y se presentaba como el destino providencial de la nación. Y una cultura, porque quería transformar el imaginario colectivo, modificar los estilos de vida, suprimir toda división entre vida privada y vida pública. Se trata, ciertamente, de una «revolución de derecha»,[48] cuyo motor social eran las clases medias y cuya ambición era la construccción de una civilización nueva, regida por el Estado, la nación o la raza.[49] Dicho de otra manera, una revolución a la vez antiliberal y antimarxista, «espiritual» y «comunitaria».[50] Ella se sitúa en las antípodas de la revolución comunista, portadora también de una ideología, de una visión del mundo y de una cultura. A diferencia de las revoluciones comunistas que modificaron radicalmente las formas de la propiedad, los fascismos siempre integraron en su sistema de poder a las antiguas elites económicas, administrativas y militares. El nacimiento de los regímenes fascistas implica siempre un cierto grado de «ósmosis» con el autoritarismo y el conservadurismo. Ningún movimiento fascista llegó al poder sin apoyo, tanto entusiasta como resignado, según los casos, de las elites tradicionales.[51] De inmediato, cuando se habla de «revolución» fascista, sería necesario siempre utilizar comillas, si no se quiere aprobar la retórica y la estética del fascismo mismo. Philippe Burrin da en el clavo cuando define al fascismo como una «revolución sin revolucionarios».[52] El «hombre nuevo» que el fascismo y el comunismo quieren forjar no es el mismo, pero el deseo de cambio que atraviesa por entonces una Europa devastada se expresa siguiendo las líneas de un campo magnético del cual los dos polos son, simbólicamente, Roma y Moscú.

se también Giovanni Micoli, *Delio Cantinori. La vicerca di una nuova critica storiografica*, Einaudi, Turín, 1970, p. 30.

[48] Emilio Gentile, *Qu'est-ce que le fascisme? Histoire et interprétation*, *op. cit.*, p. 152.

[49] George L. Mosse, «Vers une théorie générale du fascisme», *La Révolution fasciste*, Seuil, París, 2003, p. 19-74; Zeev Sternhell, «Introduction. Le concept de fascisme», en Zeev Sternhell, Mario Sznajder y Maia Ashéri, *Naissance de l'idéologie fasciste*, Gallimard, París, 1994, pp. 23-24.

[50] Zeev Sternhell, *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, Seuil, París, 1983, pp. 273-274.

[51] Robert O. Paxton, *Le fascisme en action*, Seuil, París, 2004, pp. 246-247.

[52] Philippe Burrin, «Fascisme: la révolution sans révolutionnaires», *Le Débat*, 38, 1986, pp. 164-176.

«RELACIONES PELIGROSAS»

Los extremos no se tocan, pero su oposición puede partir de una misma constante, la de la crisis de Europa, de la disolución definitiva de un orden político y de la necesidad de encontrar una solución radical para el futuro. La era del constitucionalismo y de la deliberación parece terminada, arrastrada por una ola destructiva cuyas únicas características reconocibles son las del *nihilismo*. Tal es el contexto en el cual se inscribe el «diálogo», establecido con anterioridad, entre Walter Benjamin y Carl Schmitt. Naphta ya no puede sustraerse a una opción política. El héroe de *La montaña mágica* parece reunir en él diversos rasgos del crítico judío de Berlín y del jurista católico de Renania. Thomas Mann lo describe como un filósofo apocalíptico revolucionario y reaccionario a la vez, judío ortodoxo convertido al catolicismo y formado bajo la enseñanza de los jesuítas, socialista romántico y admirador de la Contrarreforma, difamador del progreso y profeta de la catástrofe, para el cual revolución y conservación hallaban un punto de encuentro en «la disolución de todos los órdenes temporales y [en] la reorganización de la sociedad según el modelo del reinado ideal y comunista de Dios».[53]

Fue Benjamin el que tomó la iniciativa de contactar con Schmitt, en diciembre de 1930, dirigiéndole una carta en la que le anunciaba el envío de su obra sobre el drama barroco alemán. Su interés por este filósofo de derechas, católico y reaccionario, no es sorprendente en un intelectual que siempre había prestado una gran atención al pensamiento de derechas, desde Ludwig Klages a Stefan George y Marcel Jouhandeau. Según Gershom Scholem, que recuerda su amistad con el futuro filósofo nazi Hans Heyse, en Múnich, hacia el final de la Gran Guerra, Benjamin «sabía percibir el tronar de la revolución hasta en los autores más reaccionarios» y manifestaba una gran sensibilidad hacia lo que llamaba «extrañas interferencias entre la teoría reaccionaria y la práctica revolucionaria».[54] En una carta de junio de 1934 a Gretel Karplus –que iba pronto a casarse con Adorno–, afirmaba que su vida y su pensamiento se «movían sobre posiciones extremas», tomando forma gracias a la yuxtaposición de estos puntos de vista antinómicos percibidos por sus amigos como «relaciones peligrosas»[55] (*gefährliche Beziehungen*).

Su libro sobre el *Trauerspiel*, precisaba en su carta a Schmitt, debía mucho a los escritos del jurista renano, especialmente a *Teología política* (1921) y *La*

[53] Thomas Mann, *La Montagne magique*, Fayard, París, 1961, p. 634.

[54] Gershom Scholem, «Walter Benjamin», *Fidélité et Utopie. Essais sur le judaïsme contemporain*, Calmann-Lévy, París, 1978, p. 134. Sobre su amistad con Hans Heyse, *cf.* Gershom Scholem, *Walter Benjamin. Histoire d'une amitié*, Calmann-Levy, París, 1981, p. 99.

[55] *Cf.* Walter Benjamin, *Gesammelte Briefe*, Suhrkamp, t. IV, Fráncfort del Meno, 1998, p. 441. Véase también Susanne Heil, *Gefährliche Beziehungen. Walter Benjamin und Carl Schmitt*, Metzler, Stuttgart, 1996, que ha reconstruido en detalle la relación entre los dos filósofos.

Dictadura (1922), y sus propias investigaciones sobre la historia del arte no hacían más que confirmar los postulados subyacentes a la «filosofía del Estado» de Schmitt.[56] Este último no respondió, pero guardó su carta, que evocará mucho más tarde en un ensayo sobre Shakespeare plagado de referencias al *Trauerspielbuch* de Benjamin.[57] ¿En qué consiste esta afinidad entre dos autores tan diferentes el uno del otro, en la cual Jacob Taubes, uno de los primeros comentadores de esta carta, que permaneció mucho tiempo oculta –Adorno y Scholem decidieron no incluirla en la primera edición de la correspondencia de su amigo–, cree descubrir una de «las constelaciones más prometedoras de la República de Weimar»?[58] Intentemos explorar esta «relación peligrosa».

En sus escritos de principios de los años veinte, Schmitt había teorizado la dictadura como un régimen anómico que implica el «estado de excepción» (*Ausnahmezustand*). La suspensión del Estado de derecho, acompañada de la restricción de las libertades individuales y del cuestionamiento de ciertos derechos fundamentales, podía ser una medida temporal con vistas a preservar el Estado y a restablecer el derecho o, tratándose del poder constituyente de las dictaduras modernas, con vistas a instaurar un nuevo orden legal.[59] En *Teología política*, el estado de excepción está ligado a un poder de «decisión» (*Enstscheidung*) sobre el que descansa el fundamento último de la soberanía. Según la fórmula que abre su obra: «Es soberano aquel que decide acerca de la situación excepcional».[60] A diferencia del dictador tradicional, constreñido por la ley, pues no dispone más que de un poder delegado y transitorio, el soberano definido por Schmitt dispone de un poder absoluto, autónomo y sin restricción. Esbozando la genealogía del concepto de soberanía, descubre los orígenes en el absolutismo, primera expresión de una secularización de la teología política que reemplaza a Dios por el soberano. Los primeros pasos en este proceso habían sido dados por Bodin, pero es Hobbes el que, según Schmitt, lleva a cabo el tránsito de la teología a la concepción moderna de la soberanía, teorizando el Estado como un Leviathan a la vez legislador y detentador de la fuerza –en términos weberianos, *Herrschaft* y *Macht*– que exige a sus sujetos sumisión y obediencia.

A semejanza de la Iglesia, que funda su legitimidad más sobre la fe de sus adeptos que sobre reglas establecidas, y cuya acción se inspira en un Dios omnipotente más que en una simple aplicación de la ley, el poder soberano pintado por Schmitt no se somete a ninguna autoridad superior, porque posee en él las fuentes de su propia legitimidad. En el contexto de la República de Weimar na-

[56] Walter Benjamin, *Gesammelte Briefe*, *op. cit.*, Bd. III, p. 558.

[57] *Cf.* Carl Schmitt, *Hamlet oder Hekuba. Der Einbruch der Zeit in das Spiel*, Klett-Cotta, Stuttgart, 1985.

[58] Jacob Taubes, *En divergent accord. À propos de Carl Schmitt*, Payot & Rivages, París, 2003, p. 51.

[59] Carl Schmitt, *La Dictadure*, *op. cit.*, pp. 135-154.

[60] Carl Schmitt, *Théologie politique*, *op. cit.*, p. 15.

ciente, y más aún a partir de 1930, en el momento de su agonía, este elogio de la decisión soberana e irrevocable suena como una invocación a la dictadura, de la cual reclama la instauración aplicando el artículo 48 de la Constitución. Es, desde su punto de vista, el único poder capaz de superar la parálisis de una democracia encerrada en la legalidad de sus instituciones parlamentarias y desgarrada por sus conflictos internos, incapaz de generar un Ejecutivo estable y destinada a la impotencia. La decisión se opone entonces a la norma y al debate público, dos rasgos constitutivos de la tradición liberal, entonces identificada con Kelsen: una tradición de la cual Schmitt subrayará sucesivamente, en escritos de fuerte connotación antisemita, las raíces judías (de Spinoza a Mendelsohn y Stahl).[61] Esta apelación a la decisión contra el parlamentarismo se inscribe en una tradición antiliberal bien particular, la de los filósofos católicos de la contrarrevolución, Joseph de Maistre y Donoso Cortés, que entendieron la alternativa fundamental formulada en 1789 y en 1848: catolicismo o ateísmo, absolutismo o socialismo.[62] El liberalismo ya no está a la altura de una época que reclama otra elección decisiva: revolución o contrarrevolución, socialismo o Estado total. En sus escritos de los años veinte, lo hemos visto, Schmitt formula las premisas teóricas de su futura adhesión al nacionalsocialismo.

En su obra sobre el *Drama barroco* (1925), Benjamin mismo interpreta el nacimiento de la alegoría barroca, con sus imágenes de soberanos melancólicos y desgarrados por insuperables dilemas, como el reflejo estético de una época de crisis. Contrariamente al Renacimiento, época de plenitud cultural y artística, dominada por un ideal de armonía, en un contexto favorable al desarrollo de las ciencias y las artes, la era barroca está dominada por la crisis. Sus héroes están habitados por el sentimiento de una catástrofe inminente, como si estuvieran impulsados hacia una «catarata».[63] La tempestad interior que los agita tiene que ver con una época de guerras que vuelve a sus dilemas insuperables. El héroe del *Trauerspiel* es el príncipe, que a semejanza del Leviathan de Hobbes, «sostiene el curso de la historia en sus manos como un cetro»,[64] pero su drama proviene del hecho de que encarna una soberanía a partir de entonces vacía. En tanto que príncipe, es el detentador del «poder ejecutivo supremo», que permite decretar el «estado de excepción»,[65] sin embargo, las situaciones en las cuales se encuentra implicado prueban que ya no tiene la capacidad de tomar tal decisión.[66]

[61] Sobre el antisemitismo de Schmitt, *cf.* sobre todo Raphael Gross, *Carl Schmitt und die Juden*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 2000.

[62] *Cf.* Carl Schmitt, *Théologie politique*, *op. cit.*, pp. 62-75.

[63] Walter Benjamin, *Origine du drame baroque allemand*, Flammarion, París, 1985, p. 66.

[64] *Ibíd.*, p. 65.

[65] *Ibíd.*

[66] *Ibíd.*, p. 71.

Benjamín toma prestadas de Schmitt sus categorías (soberanía, decisión, estado de excepción), pero cambia la perspectiva. Esboza, en efecto, un retrato de la era barroca en el centro del cual ya no gobierna el Leviathan todopoderoso de Hobbes, sino un conjunto de figuras trágicas que, tal como Hamlet, son prisioneras de sus dilemas y, por lo tanto, incapaces de actuar. Un destino cruel los condena a no ser príncipes amados, sino tiranos o mártires. Si, para Schmitt, el estado de excepción –antítesis de la incertidumbre y de la discusión pasiva– se desprende de la decisión última y responsable del soberano, para Benjamin, por el contrario, parece designar un estado de crisis permanente. Giorgio Agamben nota con razón esta división profunda entre un planteamiento de la decisión como «milagro» restaurador, que une soberanía y excepción, y el del estado de excepción como *catástrofe*.[67] Es necesario, sin embargo, añadir que esta división se hace profunda hasta devenir infranqueable cuando Benjamin interpreta esta catástrofe desde la perspectiva del mesianismo judío, atribuyéndole los caracteres de un apocalipsis redentor. En la visión del mundo barroca, escribe, «todo lo que es terrestre se precipita transformándose en un campo de ruinas». Pero esta caída representa también una «alegoría de la resurrección».[68] Gracias a la transfiguración barroca de la muerte, el infierno se convierte, dialécticamente, en «mundo divino»; la caída contiene en sí misma las premisas de una redención que, según las palabras de un poema de Lohenstein, dará finalmente a una calavera (*Totenkopf*) los rasgos de un «ángel».[69]

Al decisionismo de Schmitt corresponde aquí el nihilismo mesiánico de Benjamin. En su ensayo *Crítica de la violencia* (1921), se había inspirado en Sorel –otra figura de frontera, a medio camino entre el marxismo y el fascismo– para teorizar una violencia ya no restauradora del orden y de la ley, sino «divina» (*götttliche Gewalt*), «destructora del derecho» e irreductible a toda obligación exterior.[70] Se desprendía de esta violencia «sin límites», y por lo tanto anómica, una dimensión «revolucionaria (...), la más alta manifestación de la violencia pura entre los hombres».[71] Ella presentaba un doble rostro, a la vez teológico y político: teológico, porque hacía irrupción en la escena de la historia quebrando su continuidad como un apocalipsis redentor; y político, a causa de su naturaleza revolucionaria, análoga a la «huelga general» de Sorel que destruye el orden burgués y crea un nuevo orden proletario. En un ensayo escrito muy probablemente en la misma época, «Fragmento teológico-político», uno de sus textos más oscuros y más enigmáticos, daba a esta violencia, a la vez divina y revolucionaria, los rasgos del «nihilismo».[72]

[67] Giorgio Agamben, *Stato di eccezione*, *op. cit.*, p. 73.
[68] Walter Benjamin, *Origine du drame baroque allemand*, *op. cit.*, p. 251.
[69] *Ibid.*
[70] Walter Benjamin, «Critique de la violence», *Oeuvres I*, *op. cit.*, p. 238.
[71] *Ibid.*, p. 242.
[72] Walter Benjamin, «Fragment théologico-politique», *Oeuvres I*, *op. cit.*, p. 265.

La teoría de Benjamin está, en este punto, en las antípodas de la de Schmitt. Porque es precisamente *contra* esta violencia redentora contra la que el jurista católico reclama un estado de excepción. A partir de los años treinta, exhuma el concepto católico de *katechón*, de origen paulino, que designa al imperio cristiano como un poder «que retiene», es decir, una fuerza que impide el advenimiento del Anticristo y que permite, así, en esta postergación pergeñada contra las potencias del mal, el desarrollo de la Historia. Entre la Edad Media cristiana y el siglo XX, esta fuerza conoció, según Schmitt, múltiples encarnaciones. Ella estaría inevitablemente destinada a resurgir en el momento en el que el Anticristo apareciera bajo la forma de la civilización del Occidente secularizado, o aquella, extrema, del comunismo ateo. «La fe en una fuerza que posterga [*Aufhalter*] el fin del mundo –escribirá en *El nomos de la tierra* (1951)– establece el único puente que conduce de la parálisis escatológica de todo devenir humano a una potencia histórica tan imponente como aquella del imperio cristiano de los reyes germánicos».[73]

La figura del Anticristo atraviesa también los escritos de Benjamin, notoriamente en sus tesis de 1940, «Sobre el concepto de historia». El recurso a esta imagen de la teología cristiana en una propuesta impregnada, desde el primero al último punto, de mesianismo judío constituye una de las numerosas sorpresas de este texto, pero el sentido de esta metáfora casi no presenta apenas ambigüedades. En la sexta tesis, donde evoca las imágenes del pasado que resurgen «en el instante del peligro», cuando la «clase dominante» amenaza con lograr una victoria definitiva destruyendo la tradición y la memoria de los vencidos, designa al Mesías, no solamente como «redentor», sino también como «vencedor del Anticristo».[74] Un estudio genealógico de esta tesis parece indicar que la referencia al Anticristo la tomó de Fritz Lieb, un teólogo protestante suizo y de orientación socialista con el que Benjamin había establecido relaciones de amistad y un fructífero intercambio intelectual. A partir de 1934, Lieb había presentado al nazismo como una versión moderna y secular del Anticristo, cargando de una fuerte dimensión religiosa el combate antifascista. Para Benjamin, el proletariado, sujeto histórico de lucha contra el nazismo, debe comprender la dimensión teológica de este enfrentamiento apocalíptico

[73] Carl Schmitt, *Le Nomos de la terre dans le droit des gens du jus publicum europaeum*, *op. cit.*, p. 64. Sobre el concepto de *katechón* en Schmitt, *cf.* Christian Meier, *The Lesson of Carl Schmitt. Four chapters in the Distinction Between Political Theology and Political Philosophy*, The University of Chicago Press, Chicago, 1998, pp. 160-167; Raphael Gross, *Carl Schmitt und die Juden*, *op. cit.*, pp. 284-301; y Horst Bredekamp, «From Walter Benjamin to Carl Schmitt, via Thomas Hobbes», *Critical Inquiry*, vol. 25, n.º 2, 1999, pp. 252-254.

[74] Walter Benjamin, «Sur le concept d'histoire», *Oeuvres III*, *op. cit.*, p. 431.

porque el enemigo, el Tercer Reich, no duda en presentarse como una promesa de salvación en un nuevo Reino milenario.[75]

Estamos entonces en presencia, con Benjamin y Schmitt, de dos teologías políticas: una judía, la otra cristiana y católica; una revolucionaria y mesiánica, la otra conservadora y ultramontana. Para las dos, el Anticristo encarna al enemigo, pero para uno cobra la forma del nazismo y para el otro, la del bolchevismo ateo. Una prefigura el advenimiento del Mesías –la ruptura del continuo de la historia inaugurada por la revolución proletaria–, la otra apela al *katechón*, asegurado por un poder absoluto decisionista. Una ve en la revolución la forma concreta del apocalipsis, es decir, del paso del tiempo histórico presente al tiempo mesiánico del futuro;[76] la otra ve el *katechón* como el lazo indispensable entre la escatología cristiana y la vida del catolicismo en un mundo secular.[77] Estas dos teologías políticas se enfrentan sobre la base de un diagnóstico común –la crisis del presente, la necesidad de tomar una decisión para salir de ella– formulado a partir de las mismas categorías analíticas, pero que desemboca en terapias políticas opuestas: revolución y contrarrevolución.[78]

La carta de Benjamin a Schmitt de diciembre de 1930 no tendrá continuación. Si su diálogo parece todavía posible en 1930, la llegada al poder de Hitler, tres años más tarde, va a interponer un foso infranqueable entre ambos. En Benjamin, el nihilismo evocado en sus escritos de principios de los años veinte tomará la forma del marxismo, un marxismo ciertamente inclasificable, fuertemente teñido de mesianismo y resueltamente antipositivista, pero sin duda dotado de un perfil político coherente. La teología política de Schmitt, por suparte, encontrará un anclaje político en el nacional-socialismo.

En su octava tesis de 1940, Benjamin hizo una última alusión a Schmitt, recordando la «tradición de los oprimidos» para los cuales el «estado de excepción» (escrito entre comillas) se ha convertido ya en la «regla». Para poner fin al continuo catastrófico de una historia que se despliega como un cortejo triunfal e ininterrumpido de los vencedores, propone instaurar el «verdadero estado

[75] Sobre la influencia de Lieb en la adopción de la imagen del Anticristo en Benjamin, *cf.* Chryssoula Kambas, «Actualité politique. Le concept d'histoire chez Benjamin et l'échec du Front populaire», en Heinz Wismann (ed.), *Walter Benjamin et Paris*, Éditions du Cerf, Paris, 1986, pp. 277-284; y Michael Löwy, *Walter Benjamin: avertissement d'incendie. Une lecture des thèses «Sur le concept d'histoire»*, Presses Universitaires de France, Paris, 2001, pp. 53-54.

[76] *Cf.* La definición del Apocalipsis sugerida por Gershom Scholem, «Pour comprendre le messianisme juif», *Le Messianisme juif. Essais sur la spiritualité du judaisme*, Calmann-Lévy, París, 1974, p. 31.

[77] En su diario, Schmitt escribía que creía en el *katechón*, donde veía, en tanto cristiano, «la única posibilidad de comprender la historia y de encontrarle un sentido» (*Glossarium Aufzeichnungen der Jahre 1947-1951*, *op. cit.*, p. 63).

[78] *Cf.* Ricardo Forster, «El estado de excepción: Benjamin y Schmitt como pensadores del riesgo», en Jorge Dotti y Julio Pino (eds.), *Carl Schmitt. Su época y su pensamiento*, Eudeba, Buenos Aires, 2002, p. 131.

de excepción», el único capaz de conducir a buen puerto la «lucha contra el fascismo», es decir, la interrupción revolucionaria del curso del mundo.[79] Benjamin todavía utiliza, salvando las distancias, los conceptos de Schmitt, pero, como subraya Taubes, lo hace, a partir de ahí, siendo completamente consciente de haberlos «asimilado y de haberlos convertido en su contrario».[80] Lejos de ser un ejemplo de *coincidentia oppositorum*, la relación entre Benjamin y Schmitt ilustra así la polarización ejercida por la guerra civil europea sobre el campo intelectual en el período de entreguerras.

El año 1933 constituye la partición de aguas en el seno de la cultura política alemana, que no solamente marca la ruptura entre Heidegger y sus discípulos de izquierda, desde Herbert Marcuse hasta Günther Anders, sino también entre Schmitt y sus discípulos de izquierda, judíos ellos también, como Franz Neumann y Otto Kirchheimer. Estos últimos habían creído captar una convergencia, en la teoría política de Schmitt, con la crítica marxista de la visión liberal del Estado como entidad «neutra», identificando legalidad y legitimidad en un poder político separado de la sociedad y situado por encima de la lucha de clases. En esta perspectiva, la *Zeitschrift für Sozialforschung*, la revista de la Escuela de Frankfurt, había publicado críticas elogiosas de los escritos de Schmitt, en especial, sobre su visión de lo político como dominio del conflicto.[81] El malentendido será rápidamente aclarado. A partir de 1934, Marcuse se dedica en la misma revista a una verdadera demolición del existencialismo político alemán, del cual captó la expresión mayor en el Discurso del Rectorado de Heidegger y en las tesis de Schmitt sobre el Estado total.[82] En cuanto a Kirchheimer, toma a partir de aquí sus distancias respecto de Schmitt subrayando que su crítica del liberalismo no desemboca en una defensa de la democracia, sino en la apología de una dictadura plebiscitaria.[83] En todos, la confrontación con la obra de Sch-

[79] Walter Benjamin, «Sur le concept d'histoire», *Oeuvres III*, *op. cit.*, p. 433.

[80] Jacob Taubes, *En divergent accord*, *op. cit.*, p. 53. Véase también Susanne Heil, *Gefährliche Beziehungen*, *op. cit.*, p. 156.

[81] *Cf* Especialmente Karl Korsch, «Carl Schmitt, *Der Hüter der Verfassung*», *Zeitschrift für Sozialforschung*, vol. 1, 1932, pp. 204-205. Sobre la influencia ejercida por el pensamiento de Schmitt en algunos miembros de la Escuela de Frankfurt, *cf.* Ellen Kennedy, «Carl Schmitt and the Frankfurt School», *Telos*, 71, 1987, pp. 37-66, y Alfons Söllner, «Disciples de gauche de la Révolution conservatrice. La théorie politique d'Otto Kirchheimer y de Herbert Marcuse dans les dernières années de la république de Weimar», en Gérard Raulet (ed.), *Weimar ou l'explosion de la modernité*, Anthropos, 1984, pp. 113-128.

[82] Herbert Marcuse, «La lutte contre le libéralisme dans la conception totalitaire de l'état», *Culture et Société*, Éditions de Minuit, París, 1970, pp. 61-102. Sobre el cambio marcado por este artículo en la relación de la Escuela de Frankfurt con Schmitt, *cf* Ellen Kennedy, «Carl Schmitt and the Frankfurt School», art. citado, p. 54.

[83] *Cf.* Otto Kirchheimer, «Remarks on Carl Schmitt's *Legality and Legitimacy*», *op. cit.* Esta crítica de Schmitt esboza la evolución política de Kirchheimer hacia un redescubrimiento del liberalismo clásico.

mitt aparece como una etapa obligada. Mario Tronti no se equivoca sin duda cuando afirma que, «en el siglo XX, Marx incorporó a Schmitt».[84]

DILEMAS ÉTICOS

Después de la Gran Guerra, la cultura europea es un campo magnético atravesado por corrientes de alta tensión. El enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución plantea dilemas de orden moral –la legitimidad de la violencia, el conflicto eterno entre la ética de los valores y la ética de la responsabilidad–, pero sus actores raramente comparten un espacio público común para debatirlos. A pesar de estar aisladas y condenadas al fracaso, ciertas tentativas merecen ser recordadas. Célebre es la carta escrita por Simone Weil a George Bernanos en 1938, en la que la filósofa expresa su admiración y su solidaridad respecto del autor de *Los grandes cementerios bajo la luna* (1938).[85] Los dos participaron en la guerra civil española y partieron entre los primeros, en 1936, una impulsada por su deseo de luchar en el frente republicano, el otro por su fe católica y su instinto conservador. Los dos retornaron disgustados por el espectáculo de una violencia desenfrenada y por un triunfo de la inmoralidad que parecía enfrentarse con valores de la ética cristiana (una ética que la filósofa judía compartía sin reserva). Tanto para el uno como para la otra, esta experiencia de desencanto agudo marcó un punto de inflexión en la política. Después de haber visto el baño de sangre infligido en Mallorca por los franquistas para imponerse, Bernanos rompe con Maurràs, cómplice de estas masacres falangistas de las cuales se constituye, en su libro, como el testigo severo y el acusador implacable. Simone Weil tomó el tren hacia Barcelona, en agosto de 1936, donde se enroló en una milicia anarquista, «una mezcla sorprendente, donde se admitía a cualquiera, y donde, por añadidura, se codeaban la inmoralidad, el cinismo, el fanatismo, la crueldad, pero también el amor, el espíritu de fraternidad y, sobre todo, la reivindicación del honor, tan bella en los hombres humillados».[86] Sus expectativas se vieron rápidamente decepcionadas, después de las primeras ejecuciones de sacerdotes y de jóvenes capturados durante los enfrentamientos con las tropas falangistas. En el libro de Bernanos, ella reconoce «este olor de guerra civil, de sangre y de terror» que ella también respiró. Un olor a partir de entonces insoportable y que ninguna causa puede justificar. Así como el escritor católico rompió con Acción Francesa a su retorno de España, Simone Weil tomó distancias respecto de los anarquistas. Los ideales originarios dejaron lugar a una guerra brutal, cruel y distinta de las guerras ordinarias por su falta total de respeto al enemigo. Casi nadie, constata ella en su carta, supo resistir la ola impetuosa de esta guerra civil preservando sus principios de humanidad.

[84] Mario Tronti, *La politica al tramonto*, Einaudi, Turín, 1998, p. 155.
[85] George Bernanos, *Les Grands Cimetières sous la lune*, Seuil, París, 1997.
[86] Simone Weil, «Lettre à George Bernanos 1938», *op. cit.*, p. 406.

Entre las excepciones, Bernanos, «monárquico, discípulo de Drumont», del cual ella se siente, así, más cerca que de sus antiguos camaradas anarquistas de Aragón, «estos camaradas a los que, sin embargo, amaba»,[87] escribe ella.

Estos temas están en el centro de un debate ético-político más vasto, que surge en los márgenes de la escena intelectual, en el terreno de los *outsiders* del comunismo y del liberalismo. Participan, por un lado, una figura histórica como Trotsky, por el otro, un escritor y un filósofo que jugaron siempre un rol discreto, separado del poder, como Víctor Serge y John Dewey. El revolucionario ruso está exiliado en México, desde donde analiza la situación internacional y prosigue su batalla contra el estalinismo, proclamando una defensa intransigente de la URSS, en momentos previos a una nueva guerra. Después de haber participado en la revolución y en la guerra civil en Rusia, Serge había sido deportado por Stalin a un gulag siberiano y se encontraba entonces en Bruselas, liberado después de una campaña internacional. Dewey, por su parte, aceptó, a la edad de sesenta y ocho años, presidir una comisión de investigación sobre los procesos de Moscú que desenmascara su carácter mentiroso y prueba la inocencia de Trotsky.[88]

Haciendo públicas las conclusiones de este «contraproceso», el filósofo liberal, cabeza visible del pragmatismo ético americano, había aprovechado la ocasión para añadir sus consideraciones personales sobre la crisis y el fracaso del marxismo, manifiestos en las siniestras puestas en escena de Vychinski en Moscú. Esta toma de posición suscita una reacción inmediata de Trotsky bajo la forma de un panfleto con un estilo vigoroso e impactante, *Su moral y la nuestra*, publicado en 1938 en NuevaYork. A pesar de que Dewey no era citado explícitamente, en ningún momento, no caben dudas de que era el verdadero blanco del mismo.[89] Con él el antiguo jefe del Ejército Rojo establecía un debate polémico sobre los fundamentos éticos del marxismo y de la revolución socialista. Las tesis del filósofo americano fueron añadidas por el prologuista anónimo de la edición francesa de este ensayo, muy probablemente Victor Serge, que también fue traductor. Trotsky escribió igualmente una respuesta, teniendo en mente, esta vez, las críticas libertarias de la Revolución rusa. Este conjunto de textos constituye un espejo extraordinario de los dilemas ético-políticos que atraviesan la época de la «segunda guerra de los Treinta Años». En el centro de esta controversia, en efecto, se sitúa la guerra civil en tanto problema moral.

[87] *Ibíd.*, p. 409.

[88] *Cf.* Commission of Inquiry (ed.), *The Case of.Leon Trotsky: Reports of the Hearings on the Charges Made against Him in the Moscow Trials*, Merit Publishers, Nueva York, 1969. Sobre la formación y los trabajos de esta comisión, *cf.* Alan B. Spitzer, «John Dewey, the "Trial" of Leon Trotsky and the Search for Historical Truth», *History and Theory*, vol. 29, 1, 1990, pp. 16-37.

[89] *Cf.* Pierre Broué, *Trotsky*, *op. cit.*, 1988, p. 865.

En segundo plano del debate se encuentran los procesos de Moscú, que aún no aparecen, más que a los ojos de una pequeña minoría, como una monstruosa falsificación, y la Guerra Civil española, cuya violencia ya prefigura los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, estos acontecimientos, que Trotsky inscribe en una era de guerras y de revoluciones, remiten inevitablemente a la experiencia soviética y a sus propias opciones políticas, en especial durante la guerra civil de los años 1918-1921. En su ensayo, se lanza a una defensa intransigente de su trayectoria, rechazando los reproches de sus críticos liberales, social-demócratas y anarquistas. En una época de reacción triunfante, escribe, tienen tendencia a «segregar moral en cantidad doble, de la misma manera que las personas transpiran más cuando tienen miedo».[90] El revolucionario exiliado refuta las simetrías formales tan caras a la «pequeña burguesía intelectual», inclinada a los «efluvios morales» e incapaz de ver la diferencia entre comunismo y fascismo, bolchevismo y estalinismo, y trotskismo. Con una pluma acerada, no exenta de humor, Trotsky emprende la defensa de los jesuitas –a los cuales atribuye el aforismo «El fin justifica los medios»– recordando hasta qué punto eran selectivos en la elección de sus armas de combate. Subraya también el carácter extremadamente discutible de los medios empleados por sus enemigos protestantes que, a semejanza de Lutero, habían recomendado la masacre de los campesinos alemanes rebeldes. Defiende luego la moral de los cafres, un pueblo a menudo calificado de «subdesarrollado», encontrando allí principios de justicia mucho más humanos que los de sus colonizadores europeos. Y concluye su argumentación reafirmando su interpretación del estalinismo: sus crímenes no derivan del «amoralismo bolchevique» o del comunismo ateo; son el producto histórico de una revolución aislada y acosada por el imperialismo en un país socialmente atrasado.

Después de haber disociado el bolchevismo del estalinismo, es decir, la violencia revolucionaria de la violencia de un poder termidoriano que a su modo de ver había usurpado la revolución, asume la primera, de la cual había sido uno de los responsables, y condena la segunda, en nombre de una moral socialista que aspira a la liberación del hombre. La defensa de la revolución implica la aprobación incondicional de todas las medidas políticas y militares adoptadas por los bolcheviques durante la guerra civil. Al tener la moral un carácter de clase, es imposible dar una definición abstracta de ella, suspendida en el vacío y alejada de los conflictos de la sociedad. En consecuencia, «la guerra civil, forma culminante de la lucha de clases, anula violentamente todos los lazos morales entre las clases enemigas».[91] Recordando los excesos que acompañan inevitablemente a toda guerra civil, Trotsky justifica entonces las ejecuciones sumarias de la Tcheka, la instauración de la censura, la ilegalización de

[90] Leon Trotsky, *Leur morale et la nôtre*, Jean-Jacques Pauvert, París, 1966, p. 17.
[91] *Ibid.*, p. 35.

los partidos opuestos al régimen bolchevique, la toma de rehenes e incluso la ejecución de los miembros de sus familias (en este caso los hijos del zar).

A decir verdad, como buen discípulo de la Ilustración, no niega la existencia de ciertas «reglas elementales de la moral elaboradas por el desarrollo de la humanidad en su conjunto y necesarias para la vida de toda colectividad».[92] Rechaza, sin embargo, como una ilusión ingenua la idea de que aquéllas pueden traducirse, según la prescripción kantiana, en imperativo categórico, que estaría destinado a quebrarse contra las rocas de la lucha de clases. La moral humana universal sólo puede vivir en la realidad concreta de una sociedad dividida en clases y, en cada conflicto, es encarnada por una de las clases en pugna. El ideal de una moral universal pudo expandirse en la época del «capitalismo liberal y progresista» –Trotsky olvida los orígenes revolucionarios de la Declaración de los Derechos del Hombre–, pero, cuando el mundo entra en una nueva era de guerras y de revoluciones, esto es, de guerra civil, sus conflictos sólo pueden destruir, «definitivamente, irrevocablemente», esta moral válida para todos. Dicha moral será reemplazada por dos morales opuestas, de un lado, la moral del fascismo, del otro, «la de la revolución proletaria».[93] En otros términos, en la época de la guerra civil europea, la moral universal es encarnada por el bolchevismo.

Acusado de auspiciar una amoralidad maquiavélica resumida por la fórmula «El fin justifica los medios», Trotsky responde que el marxismo no conoce ningún dualismo entre el fin y los medios, pues están los dos unidos por un lazo, no técnico o puramente funcional, sino eminentemente dialéctico. Esta fórmula, agrega, no hace más que plantear un nuevo interrogante: ¿Qué es lo que justifica el fin? Porque si el fin es la liberación del hombre, la supresión de la opresión del hombre por el hombre, ello implica que no todos los medios son aceptables para realizarla. Los medios que son incompatibles con el objetivo perseguido deben ser excluidos, porque «los medios están orgánicamente subordinados al fin».[94] Después de esta puntualización esencial, se esperaría que se establecieran las distinciones necesarias, precisando, por ejemplo, qué medios son inadmisibles, por parte de aquellos que luchan en la defensa de una revolución emancipadora. Se dedica, al contrario, a una apología del terror como corolario ineluctable de toda guerra civil. Bajo su pluma, esta última deviene un espacio anómico en el cual las reglas éticas están suspendidas o transgredidas en nombre de una moral superior, detentada por una de las partes en pugna.

> En las condiciones de una guerra civil, escribe, el asesinato de ciertos opresores deja de ser expresión del terrorismo individual. Si un revolucionario hiciera sal-

[92] *Ibíd.*
[93] *Ibíd.*, p. 42.
[94] *Ibíd.*, p. 98.

> tar al general Franco y su Estado mayor, cabe dudar de que este acto pueda suscitar la indignación moral, incluso en los eunucos de la democracia. En tiempos de guerra civil, un acto de este género sería políticamente útil. Así en la cuestión más grave –la del homicidio– las reglas morales absolutas son completamente inoperantes. El juicio moral está condicionado, junto con el juicio político, por las necesidades interiores de la lucha.[95]

En su respuesta, los interlocutores de Trotsky señalan las contradicciones de su argumentación. Como filósofo analítico riguroso, Dewey hace abstracción de toda consideración de orden histórico para atacar la lógica del revolucionario ruso en un texto breve e incisivo. Después de haber postulado la subordinación de los medios a un fin éticamente fundado, la liberación de la humanidad, Trotsky confunde este fin con su medio, la lucha de clases. Luego, haciendo de esta última una norma absoluta, termina por invertir su postulado originario y somete, así, el fin a los medios. Este giro lógico le permite dar rienda suelta a los medios de un fin superior. Si la lucha de clases es una suerte de «ley absoluta», este medio transformado en su propio fin ya no tiene necesidad de ninguna justificación superior, porque «es automáticamente sustraído a toda exigencia de examen crítico».[96]

Mucho más atormentada, la crítica de Serge no procede de una decodificación lógica de los textos, sino de la experiencia vivida. Su divergencia con Trotsky, que él defiende contra las calumnias de los inquisidores de Moscú, procede de una relectura crítica de los primeros años del poder soviético, en los cuales capta ahora los gérmenes del estalinismo. Su defensa de la revolución toma una tonalidad autocrítica que le conduce a pensar que la degeneración del bolchevismo comenzó cuando la Tcheka obtuvo el derecho a deliberar a puerta cerrada y a decidir a su gusto la eliminación de sus enemigos. En su nota liminar de la edición francesa de *Su moral y la nuestra*, recuerda la decisión del jefe del Ejército Rojo de autorizar el sistema de rehenes y deduce que, para éste, «fusilar rehenes cobra una significación diferente según que la orden sea dada por Stalin, por Trotsky, o por la burguesía». En breve, según Serge, Trotsky, como buen discípulo de Maquiavelo, transforma «la astucia y la violencia» en virtudes. Puestas «al servicio de un objetivo justificado», son medios perfectamente legítimos que devienen en último análisis en fuentes del bien».[97]

Una grave duda se insinúa en el espíritu de Serge, sobre los métodos adoptados por los bolcheviques durante la guerra civil. La violencia fuera de la ley practicada por la Tcheka, la supresión de la democracia y la represión de los opositores, ¿no habrían favorecido, más bien que trabado, el ascenso del esta-

[95] *Ibid.*, p. 100.

[96] John Dewey, «Means and Ends», en Leon Trosky, John Dewey y George Novack, *Their Morals and Ours*. Pathfinder Press, Nueva York, 1973, pp. 70-71.

[97] Victor Serge, «Texte de "prière d'insérer" des Éditions du Sagittaire», en Leon Trotsky, *Leur morale et la nôtre*, *op. cit.*, pp. 107-108.

linismo y la transformación del régimen soviético en una dictadura totalitaria? ¿No eran estos medios política y éticamente ilegítimos para alcanzar un objetivo de emancipación humana y social? A estas cuestiones, él ya había aportado su respuesta en 1933, en una carta escrita en un campo siberiano, que incluirá más tarde en sus memorias. Una respuesta que suena como un alegato apasionado en favor de una ética comunista libertaria:

> Defensa del hombre. Respeto al hombre. Es necesario otorgarle derechos, seguridad, valor. Sin esto, no hay socialismo. Sin esto, todo es falso, deficiente, viciado. El hombre, no importa quien fuere, aunque fuera el último de los hombres. «Enemigo de clase», hijo o nieto de burgués, qué más da, jamás hay que olvidar que un ser humano es un ser humano. Esto se olvida todos los días bajo mis ojos, donde sea, es la cosa más indignante, la más antisocialista que existe.[98]

A estos críticos, Trotsky responde con una ironía mordaz. Propone nombrar a Serge y sus amigos al frente de una comisión encargada de «escribir un código moral de la guerra civil».[99] Tendría así la libertad de prescribir una serie de normas moralmente incontestables –procesos públicos, libertad de prensa, prohibición de bombardeos, de la toma de rehenes, de la artillería pesada e incluso, por qué no, de las armas de fuego que «ejercen una influencia nefasta sobre los seres humanos y sobre la democracia»– destinadas a ser letra muerta en cuanto se iniciasen las hostilidades. Una manera de condenarse a «errar en la confusión entre los dos campos, defendiendo la causa de los oprimidos sin ser, sin embargo, capaz de sustraerse a la moral de la clase enemiga».[100] El malestar de Serge es evidente, como lo prueba su tentativa de negar que fuera el autor de la nota liminar atacada por Trotsky. Este malestar ya lo había mostrado el año anterior en un artículo sobre Kronstadt. Reconocía que los marinos insurgentes, brutalmente reprimidos en «una horrible masacre», no eran contrarrevolucionarios, pero agregaba que su victoria habría inevitablemente abierto una brecha a la contrarrevolución.[101] En suma, condenaba y aprobaba a la vez la represión de Kronstadt como una tragedia ineluctable, políticamente necesaria, pero moralmente detestable.

La reflexión de Serge, melancólica y luminosa, cargada del peso de la derrota, estaba inspirada por la experiencia de la revolución, de la guerra civil y del gulag. Trotsky, por su parte, percibía en ella los vestigios de un humanismo caído en las trincheras de la Gran Guerra y enterrado por una nueva era de

[98] Victor Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, *op. cit.*, p. 274.

[99] Leon Trotsky, «Moralistes et sycophantes contre le marxisme« (1939), en *Leur morale et la nôtre*, *op. cit.*, p. 114.

[100] *Ibíd.*, p. 115.

[101] *Cf.* Victor Serge, «Kronstadt» (1937), en *Leon Trotsky, Victor Serge, La Lutte contre le stalinisme en URSS*, Maspero, París, 1977, pp. 177-181.

tensiones y de conflictos. Hoy en día, vemos ahí el testimonio de un espíritu antitotalitario. Y sin embargo, más allá de su carácter apologético –Trotsky defendía su propio itinerario político–, son las tesis del antiguo jefe del Ejército Rojo las que reflejan de la mejor forma el espíritu de la guerra civil, con su moral y sus excesos.

En el fondo, no se equivoca cuando se pregunta lo que quiere Serge, «¿purgar la guerra civil del sistema de rehenes o purgar la historia humana de la guerra civil»?[102] A semejanza de Maquiavelo, en quien los historiadores han visto tanto un «apóstol del mal», como un representante del republicanismo cívico, y de sus parientes franceses de 1793, Trotsky permanece como una figura enigmática, a la vez dictador inflexible y revolucionario perseguido. Su prosa está ritmada por el soplo de una época de hierro y de fuego.

[102] Leon Trotsky, «Moralistes et sycophantes contre le marxisme», en *Leur morale et la nôtre*, *op. cit.*, p. 112.

LAS ANTINOMIAS DEL ANTIFASCISMO

ILUSTRACIÓN Y CONTRA-ILUSTRACIÓN

El intelectual «comprometido» –«en situación», según la definición que de él dará Sartre algunos años más tarde– conoce su edad de oro durante los años treinta. El gran cambio que inicia la politización de los intelectuales no se da en 1917, el año de la Revolución rusa, sino en 1933, el año de la llegada al poder de Hitler en Alemania. Este compromiso los coloca a menudo en el campo magnético del comunismo, que, sin embargo, no constituye el punto de partida, sino solamente el resultado de su radicalización. En 1917, John Reed, para quien los sóviets rusos iban a «estremecer al mundo», constituye una excepción.[1] En 1934, por el contrario, Heinrich Mann está lejos de ser el único cuando publica su panfleto antinazi *El odio*.[2] En 1924, Louis Aragon, el futuro poeta oficial del comunismo francés, consideraba la Revolución de octubre como una banal «crisis ministerial».[3] Nadie podría reaccionar con semejante ligereza ante el nazismo. A partir de 1933, el compromiso antifascista de los intelectuales es masivo. En 1945, al final de la guerra, el antifascismo es la corriente hegemónica en el seno de la cultura europea.

La movilización antifascista está marcada, entre 1935 y 1937, por dos congresos internacionales (el primero en París y el segundo en Valencia, en la España republicana) en los cuales participan numerosas personalidades de entre las más significativas de la cultura de la época.[4] Llega a su apogeo durante la

[1] John Red, *Dix jours qui ébranlèrent le monde*, Seuil, París, 1996.

[2] Heinrich Mann, *Der Haß*, Fischer, Fráncfort del Meno, 1987.

[3] Louis Aragon, «Communisme et révolution», en Maurice Nadeau, *Histoire du surréalisme, suivi de Documents surréalistes*, Seuil, París, 1964, p. 204. Sobre el impacto de la Revolución de octubre en el seno de la *intelligentsia* europea, *cf.* Marcello Flores, *L'immagine dell'URSS. L'Occidente e la Russia di Stalin (1927-1956)*, caps. 1 y 2, Il Saggiatore, Milán, 1990.

[4] Sobre el Congreso de Paris de 1935, *cf.* Sandra Teroni (ed.), *Pour la défense de la culture. Les textes du Congrès international des écrivains, París, juin 1935*, Dijon, Presses

Guerra Civil española, cuando la defensa de la República se identifica con la de la cultura europea. Numerosos son los escritores que se enrolan en las Brigadas Internacionales o viajan a España para apoyar a la República, de George Orwell a Ernest Hemingway, de André Malraux a Arthur Koestler, de W. H. Auden a Stephen Spender, de Benjamin Péret a Octavio Paz. Es el carácter dramático de la situación el que explica el compromiso, una opción de la cual la literatura de la época nos dejó múltiples testimonios. Orwell va a España con la idea de escribir artículos para la prensa, pero se enrola como miliciano casi inmediatamente, precisa él mismo, en *Homenaje a Cataluña*, «porque en este momento y en esta atmósfera esto le parecía lo único concebible».[5] Manuel, el héroe de *La Esperanza* (1937) de Malraux, y Robert Jordan, el héroe de *Por quién doblan las campanas* (1940) de Hemingway, son intelectuales que sacrifican al arte por el combate. La política toma la delantera. Simone Weil detesta la guerra y la violencia, pero no puede permanecer pasiva ante un conflicto que la toca en profundidad. «Cuando comprendí que, a pesar de mis esfuerzos, no podía impedirme participar moralmente en esta guerra –escribirá–, es decir, esperar todos los días, todas las horas, la victoria de unos, la derrota de otros, me dije que París quedaba para mí atrás, y tomé el tren para Barcelona con la intención de comprometerme».[6] Eric J. Hobsbawm mostró bien el papel fundador desempeñado por la Guerra Civil española en la identidad política de su generación. En la época, escribe en *La Era de los extremos*, «aquélla era el frente central de la batalla» para todos los que querían batirse contra el fascismo.[7] Con una perfecta simetría, constituía también el frente central para los que querían defender la causa del fascismo. Según el punto de vista de Robert Brasillach, se trataba de una «lucha terrible» que había estallado «sobre una de las más nobles tierras de Europa», oponiendo «el fascismo y el antifascismo». Allí se jugaba mucho más que el destino de una nación: «España –escribía– acababa de transformar en combate espiritual y material a la vez, en cruzada verdadera, la prolongada oposición que se incubaba en el mundo moderno».[8]

La Guerra Civil española toma así una dimensión simbólica decisiva trazando nuevas fronteras y clarificando las posiciones. El triángulo entre liberalismo, comunismo y fascismo que se había establecido al final de la Gran Guerra, con los diferentes sistemas de alianzas que se desprendían del mismo y la posibilidad, para una gran parte de la *intelligentsia*, de confinarse a una posición neutra de observadora, se reduce a partir de ahí a un enfrentamiento único

universitaires de Dijon, 2005. Véase también Michel Winock, *Le Siècle des intellectuels*, cap. 27, *op. cit.* y Herbert Lottman, *La Rive gauche. Du Front populaire à la guerre froide*, II, cap. 6, Seuil, París, 1981; sobre el Congreso de Valencia, *cf.* Andrés Trapiello, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, cap. 10, Planeta, Barcelona, 1994.

[5] George Orwell, *Homage to Catalonia*, Penguin Books, Londres, 1989, p. 2.

[6] Simone Weil, «Lettre à Georges Bernanos, 1938», *op. cit.*, p. 404.

[7] Eric J. Hobsbawm, *L'Âge des estrêmes*, *op. cit.*, p. 217.

[8] Robert Brasillach, *Les Sept Couleurs*, Godefoy de Bouillon, París, 1995, p. 156.

entre fascismo y antifascismo. La elección deviene ineluctable. Y la presencia de numerosos escritores europeos en España, de ambos lados del frente, muestra claramente la polarización del campo intelectual. La guerra civil europea se manifiesta mediante la militarización de la política y produce una metamorfosis profunda en el mundo de la cultura: el paso del *clerc* al *combatiente*. La noción de «intelectual» se enriquece con una significación desconocida en la época del caso Dreyfus, porque los atributos que definen su estatuto ya no son solamente la pluma y la palabra, sino también, aunque sólo sea simbólicamente, las armas. Sin duda, la Gran Guerra había sido, desde este punto de vista, un precedente esencial. Pero ya no se trataba, a partir de ese momento, de responder a una convocatoria patriótica o de poner su talento al servicio de una causa nacional. Se trataba de justificar la elección de las armas, a veces de tomarlas, a fin de defender una causa política supranacional cuyo envite esencial, mucho más allá que el porvenir de España, era el porvenir de Europa.

Escritores y poetas visten el uniforme, no solamente republicano, sino también franquista. Henri Massis y Paul Claudel escriben odas a la gloria de Franco. Massis ve la «reconquista» de España contra los «rojos» como una «fiebre creativa que se entremezcla con la obra de sangre y de muerte», mientras que Claudel rinde homenaje a los combatientes de la fe cristiana, heraldos de una España «regenerada».[9] Brassillach y Drieu la Rochelle dedican cada uno una novela a la guerra civil española, respectivamente *Los Siete Colores* y *Gilles*. Sus héroes se trasladan al otro lado de los Pirineos para huir de la decadencia burguesa y participar en el combate que está forjando al «hombre nuevo» fascista. Escritores falangistas, tales como Ramiro Ledesma o García Serrano, descubren, por su parte, el mito jüngeriano de la muerte en el combate, en un conflicto en el que los hombres dignos de esta calificación llevan un fusil y no temen hacer frente al enemigo, arriesgando su vida.[10]

Los poetas republicanos responden a esta estética del combate mediante la politización de su arte, una politización que pasa por la apología de la violencia antifascista como violencia necesaria. Dos poemas lo muestran de manera emblemática.

El primero –«España 1937», de W. H. Auden– posterga el amor para más adelante dejar lugar a la lucha:

> Mañana volver al amor romántico (...)
> Mañana las carreras de bicicletas
> En las afueras, los anocheceres de verano; pero hoy
> la lucha.

[9] *Cf.* Christopher G. Flood, «Crusade or Genocide? French Catholic Discourse on the Spanish Civil War», en Janet Pérez y Wendell Aycock (eds.), *The Spanish Civil War in Literature*, Texas Tech University Press, Lubbock, 1990, pp. 60-62.

[10] *Cf.* Gareth Thomas, *The Novel of the Spanish Civil War (1936-1975)*, cap. 4, Cambridge University Press, Nueva York, 1990.

Hoy la posibilidad creciente de la muerte;
La aceptación consciente de la culpa en el asesinato necesario.

[*Tomorrow the rediscovery of romantic love (...)*
Tomorrow the bicycle races
Through the suburbs on summer evenings: but today
The struggle.
Today the deliberate increase in the chances of death;
The conscious acceptance of guilt in the necessary
Murder.][11]

El segundo –«España en el corazón», del poeta chileno Pablo Neruda– es un himno a la España republicana combatiente :

Generales
traidores:
mirad mi casa muerta,
mirad España rota:
pero de cada casa muerta sale metal ardiendo
en vez de flores,
pero de cada hueco de España
sale España,
pero de cada niño muerto sale un fusil con ojos,
pero de cada crimen nacen balas
que os hallarán un día el sitio
del corazón.[12]

Esta atmósfera en la que el compromiso devino crucial explica también el aislamiento de los círculos intelectuales que, intentando anclar su reflexión en el presente, rechazan ser encasillados en la dicotomía entre fascismo y antifascismo. Es el caso de George Bataille y del Colegio de Sociología que, a partir de su interés antropológico por lo sagrado, someten a un análisis crítico muy sutil los mitos y los símbolos movilizados por el nazismo, pero permanecen escépticos frente al antifascismo, ideología detrás de la cual se oculta, a sus ojos,

[11] W. H. Auden, «Spain 1937», *The English Auden, Poems, Essays and Dramatic Writings 1927-1939*, Faber & Faber, Londres, 1977, pp. 424-425 (Se trataba de la primera versión del poema, datada en abril de 1937; véase la versión definitiva, ligeramente modificada, p. 212). Rechazado luego por su autor, este poema no fue jamás objeto de una traducción francesa.

[12] Pablo Neruda, *L'Espagne au coeur. Hymne à la gloire du peuple en guerre*, Denoël, París, 1938 (ed. original «España en el corazón. Himno a las glorias del pueblo en guerra (1936-1937)», *Obras completas, I. 1923-1954*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999, p. 371.

una nueva forma de poder.[13] En el contexto de la época, una posición como esta casi no podía encontrar expresión política. Corría el riesgo de confundirse con la «zona gris» de los indecisos y de los observadores no comprometidos, que tenía tendencia a achicarse. La cultura se polariza entre fascismo y antifascismo. Del otro lado de la barricada, Drieu la Rochelle, Brasillach, Céline, Papini, Jünger, Gotfried Benn, Wyndham Lewis y Knut Hamsun no están solos. Es la actitud indiferente la que deviene insostenible. El sentimiento de parálisis, de vacío y de impotencia que invade a Roquentin, el héroe de *La náusea* (1938), debe dar paso al imperativo ético y político del compromiso que Sartre dramatiza en *Los caminos de la libertad* (1945) y proclama en el primer número de *Les Temps Modernes*, recordando que el escritor debe estar «*en situación* en su época».[14] En 1945, la cultura europea está colocada bajo el horizonte del antifascismo.

Diversos elementos se encuentran en el origen de este giro político de los intelectuales.[15] En primer lugar, la llegada al poder de Hitler en Alemania –seguida por el golpe de Estado clerical-fascista de Dollfuss en Austria y, después, por el *pronunciamiento* de Franco en España– produjo un verdadero trauma. Si el fascismo italiano era visto como un fenómeno nacional, aislado, poco conocido e incomprendido –al cual había podido sumarse un sector importante de la cultura italiana, desde D'Annunzio hasta Gentile, e incluso una parte de su vanguardia (los futuristas)–, el advenimiento del nacionalsocialismo en Alemania otorga al fascismo una dimensión europea. De repente, aparece como una terrible amenaza, no solamente para el movimiento obrero, sino, más ampliamente, para la democracia y la cultura a escala continental. Una amenaza que desborda la esfera política y parece poner en cuestión la propia civilización. Basta con escuchar las declaraciones de los jefes nazis para comprender que la herencia de la Ilustración está en peligro: Goebbels anuncia que «1789 será borrado de la historia».[16] De ahí la necesidad profunda de preservar un patrimonio cultural amenazado: *La filosofía de la Ilustración* (1933), el compendio escrito por Ernst Cassirer en el crepúsculo de Weimar, deviene un manifiesto del humanismo alemán en el exilio.[17]

En el fondo, la Guerra Civil española sólo da una expresión concreta y tangible a la guerra civil europea a la cual nadie puede escapar. Es un conflicto político en el cual se enfrentan valores, ideologías, visiones del mundo, concepciones de la cultura. Los móviles inmediatos que impulsan a los intelectua-

[13] Sobre las reticencias de Bataille frente al antifascismo, *cf.* Denis Hollier, «Desperanto», *New German Critique*, 67, 1996, pp. 22-26.

[14] Citado en Annie Cohen-Solal, *Sartre 1905-1980*, Gallimard, París, 1985, p. 438.

[15] *Cf.* Eric J. Hobsbawm, «Gli intellettuali e l'antifascismo», *Storia del marxismo*, vol. 3, t. II, Einaudi, Turín, 1981, pp. 441-490.

[16] Citado en Karl D. Bracher, *La Dictature allemande. Naissance, structure et conséquences du national-socialisme*, Privat, Toulouse, 1986, p. 31.

[17] Ernst Cassirer, *La Philosophie des Lumières*, Fayard, París, 1990.

les a adherirse desde un pricipio al movimiento antifascista, y luego a la Resistencia, pueden sin duda variar, con el predominio de una elección ética, política o de clase, según los casos, pero convergen en la exigencia del combate. Lo que explica la difusión del antifascismo en el curso de los años treinta no es ni el poder de seducción de una ideología ni la fuerza irresistible de una máquina propagandista, sino su capacidad para imponerse como un *ethos* colectivo para todos aquellos que quieren combatir las dictaduras de Mussolini, Hitler y Franco.[18] A partir de 1924, en su diario *La rivoluzione liberale*, Piero Gobetti presentaba su antifascismo como una opción «ética» y existencial, un «instinto», antes mismo de tomar la forma de una ideología.[19] El historiador George L. Mosse subraya en su autobiografía que el antifascismo era «un movimiento político y cultural a la vez», con el cual podía comprometerse invirtiendo allí una fuerte carga emocional.[20] Pero es en Albert Camus, un escritor que no fue jamás comunista, donde se encuentra más claramente afirmado el resorte moral de este compromiso cuando, en 1944, define la Resistencia como un redescubrimiento ético de la política: «No queremos política sin ética, porque sabemos que sólo la ética justifica la política».[21] El destino de Willi Münzenberg, el artífice de la propaganda antifascista del *Komintern* que deja el Partido Comunista Alemán en 1939 para protestar contra la firma del pacto germano-soviético, muestra bien que, sin un *ethos* así, el aparato de Moscú no podía ni siquiera controlar a sus propios funcionarios.[22]

La asimilación pura y simple del antifascismo al comunismo es una proyección retrospectiva de la historiografía anticomunista más que un juicio formulado sobre la base de un análisis contextual. La simple cronología de la génesis del antifascismo desmiente la tesis según la cual su matriz es comunista. El antifascismo italiano comienza a organizarse en la emigración, en Francia y en Estados Unidos, a partir de 1925, en el momento de la promulgación de las «leyes especiales» que concretan la transformación del Gobierno de Mussolini en un régimen fascista. Es el principal representante del liberalismo en la península, Benedetto Croce, quien toma la iniciativa de publicar en *Il Mondo*, el 1 de mayo de 1925, un «manifiesto» de los intelectuales antifascistas. Dos años

[18] *Cf.* Anson Rabinbach, «Legacies of Antifascism», *New German Critique*, 67, 1996, p. 7.

[19] Piero Gobetti, *La revoluzione liberale. Saggio sulla lotta politica in Italia*, Einaudi, Turín, 1964, p. 178. Sobre el antifascismo de Gobetti, *cf.* Aurelio Lepre, *L'anticomunismo e l'antifascismo in Italia*, Il Mulino, Bolonia, 1997, pp. 50-54.

[20] George. L. Mosse, *Confronting History. A memoir, Madison, The University of Wisconsin Press*, 2000, p. 104.

[21] Albert Camus, «Au service de l'Homme», *Essais*, Gallimard, París, 1965. Este pasaje es también citado en James D. Wilkinson, *The Intellectual Resistence in Europe*, Harvard University Press, Cambridge, 1981, p. 71.

[22] *Cf* Babette Gross, *Willy Münzenberg. Eine politische Biographie*, Klett-Cotta, Stuttgart, 1966.

más tarde, la Concentración Antifascista en el exilio reúne a la mayoría de los partidos democráticos declarados fuera de la ley por Mussolini, desde el Partido Socialista hasta el Partido Republicano, salvo los comunistas, prisioneros del sectarismo que domina entonces la orientación política del *Komintern*.[23] En 1935, con la adopción de la política del Frente Popular, el movimiento comunista no hace sino adaptarse a un cambio que ya se había iniciado dos años antes, tanto en la izquierda como en el mundo intelectual, bajo el *shock* de la llegada al poder del nazismo en Alemania. En Francia, la primera convocatoria para la unidad de acción contra el fascismo se realiza pocos días después de los disturbios del 6 de febrero de 1934. Es firmado por surrealistas (André Breton, René Crevel y Paul Éluard) y por escritores atraídos por el comunismo como Jean-Richard Bloch o André Malraux. Algunos días más tarde, el filósofo Alain y los etnólogos Paul Rivet y Paul Langevin crean un Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas (CVIA).[24] En Alemania, es *Die Weltbühne*, el semanario de izquierda dirigido por el socialista independiente Karl von Ossietzky el que, tras el primer avance electoral de los nazis, en 1930, lanza una campaña en favor de un frente unido de la izquierda contra la amenaza hitleriana. En esta época, la socialdemocracia pone todavía sus esperanzas en Hindenburg y el Partido Comunista se obstina en denunciar el «social-fascismo».[25] En definitiva, lejos de constituir un subproducto del Partido Comunista, el antifascismo de los intelectuales precede a la adopción de una política de frente popular por parte de los partidos comunistas.

El antifascismo se identifica también con la lucha por la paz, en un continente donde las heridas de la Primera Guerra Mundial están todavía abiertas y donde los equilibrios políticos parecen cada vez más precarios. La agresión italiana a Etiopía, la remilitarización de Renania, la guerra de España, la guerra sino-japonesa, luego Múnich, la invasión de Checoslovaquia y, finalmente, una nueva guerra: esta escalada suscita en Europa una inquietud creciente de la cual el arte y la cultura se hacen eco. No hay que olvidar tampoco que el fascismo hace de los intelectuales uno de sus blancos privilegiados, como lo había anunciado Goebbels durante la quema de libros del 1 de mayo de 1933, y como dan testimonio de ello los miles de escritores, periodistas, científicos, universitarios y artistas obligados al exilio. La cultura antifascista es, por otra parte, en gran medida, una cultura del exilio, sostenida por una multitud de parias errando de

[23] *Cf.* el «Manifiesto de los Intelectuales antifascistas», y el de la Concentración Antifascista, en Enzo Colotti (ed.), *L'antifascismo in Italia e in Europa*, Loescher, Turín, 1975, pp. 34-37, 75-76.

[24] Véase Nicole Racine, «Le Comité de vigilance des intelellectuels antifascistes (1934-1939)», *Le Mouvement social*, 101, 1977, pp. 87-113. Véase también Pascal Ory y Jean-Francois Sirinelli, *Les Intellectuels en France, de l'affaire Dreyfus à nos jours*, Armand Collin, París, 1986, pp. 98-99; Herbert R. Lotman, *La Rive gauche*, *op. cit.*, pp. 148-158.

[25] *Cf.* Istvan Deak, *Weimar Germany's Left Wing Intellectuals*, Berkeley, University of California Press, 1968.

un país a otro, de un continente a otro, embajadores de una Europa humanista amenazada de destrucción. El antifascismo se expresa gracias a una pléyade de revistas en lengua alemana, italiana, española, publicadas por exiliados en París, Londres, Praga, Zúrich, Amsterdam, Moscú, Nueva York y México. Según el historiador Peter Gay, el espíritu de Weimar encuentra ahí «su verdadero refugio».[26]

Si es indudable que el antifascismo, dividido en una pluralidad de corrientes (marxista, cristiana, liberal, republicana), no presenta un perfil unitario, también es cierto que sus diferentes componentes reivindican constantemente la herencia de la Ilustración. Esta base de valores es universalmente aceptada, incluyendo a los comunistas que quieren conciliar la defensa de la democracia en el mundo occidental y la construcción del régimen soviético en Rusia. Es el fascismo el que, en última instancia, cimenta la unidad de sus enemigos. A su mística nacionalista y guerrera, el antifascismo opone su pacifismo y un cierto espíritu cosmopolita. A los valores reaccionarios de autoridad, jerarquía y raza, opone los principios de igualdad, democracia, libertad y ciudadanía. Contra el irracionalismo vitalista y antihumanista de los apologistas de un orden totalitario, se inscribe con fuerza en la tradición de las Luces su concepción universal de la humanidad, su racionalismo y su idea de progreso. Al antiliberalismo fascista, con su culto al jefe y a la masa, opone el Estado de derecho, su pluralismo y sus libertades individuales. En definitiva, más allá de sus divisiones ideológicas y políticas, el antifascismo tiene como objetivo común la defensa de la civilización amenazada. Fascismo y antifascismo se enfrentan movilizando cada uno sus propios valores, sus mitos fundadores, sus conmemoraciones, sus banderas, sus canciones, sus liturgias. Frente a la *religión política* fascista de la fuerza, de la guerra y de la raza, el antifascismo defiende la *religión civil* de la humanidad, de la democracia y del socialismo.[27] Tal es el *ethos* compartido que, en un contexto histórico excepcional y forzadamente transitorio, permite mantener juntos a cristianos y comunistas ateos, liberales y colectivistas. Esta convergencia descansa sobre una base mínima, pero esencial, que hace pasar a un segundo plano concepciones en otras circunstancias irreconciliables.

En medio del siglo XX, sin embargo, este retorno a la Ilustración y a los valores de 1789 cobra una dimensión nueva, esbozando las grandes líneas de un *espacio público europeo* definido por fronteras culturales, éticas y políticas. El antifascismo incluye todos los elementos constitutivos de una «esfera pública» en el sentido más tradicional del término: la literatura, las ciencias, las artes, la prensa. La causa antifascista es desde el comienzo defendida por una pléyade de escritores, algunos situados entre los más célebres de Francia y de Alema-

[26] Peter Gay, *Le Suicide d'une république. Weimar 1918-1933*, Calmann-Lévy, París, 1993, p. 180.

[27] Sobre la distinción entre «religiones civiles» y «religiones políticas», *cf.* Emilio Gentile, *Les Religions de la politique. Entre démocratie et totalitarismes*, Seuil, París, 2005.

nia, a los cuales se unen científicos, como los premio Nobel Albert Einstein y Enrico Fermi, y artistas, tales como Picasso o el grafista John Heartfield. Se expresa asimismo en una vasta red de revistas donde los boletines mecanografiados se codean con las revistas de gran tirada y llegan a veces a traducirse en imágenes, con películas como *El gran dictador* de Chaplin (1938), *Los verdugos también mueren* de Fritz Lang (1943) o *Por quién doblan las campanas* de Sam Wood (1943). Esta ésfera pública se inscribe evidentemente en diferentes marcos nacionales, pero se despliega también en un contexto supranacional. La amenaza fascista es el cemento que permite la coexistencia excepcional en un mismo movimiento de corrientes muy divergentes y que hace del antifascismo un espacio público en el cual se cruzan opciones inevitablemente destinadas a entrar en conflicto una vez disipada esa amenaza. Si, así como afirma Jürgen Habermas, el espacio público nace en el siglo XVIII como una red de debate y de ejercicio crítico de la razón gracias al cual la sociedad civil puede diferenciarse y eventualmente expresar su oposición al absolutismo,[28] el antifascismo organiza y articula la resistencia de las sociedades democráticas del siglo XX contra el advenimiento de las dictaduras modernas. Realiza la unión –provisional pero real– del movimiento obrero y de una *intelligentsia* que quiere dar voz a la protesta de la opinión pública democrática. No es casualidad que los intelectuales antifascistas se consideren a menudo los «philosophes» del siglo XX, cuya función esencial consiste en mostrar la vía para un uso público de la razón.

ESTALINISMO

Una dialéctica compleja (y perversa) entre fascismo y comunismo se encuentra en el origen del silencio culpable de un gran número de intelectuales frente a los crímenes del estalinismo. En un principio, la amenaza del fascismo, luego, el inmenso prestigio y la legitimidad histórica adquirida por la URSS durante la Segunda Guerra Mundial conducen a una parte considerable de ellos a ignorar, a subestimar, a disculpar e incluso a legitimar al totalitarismo soviético. Diversos críticos subrayaron los límites del compromiso antifascista, a menudo tan generoso como miopes. Sólo los intelectuales «orgánicos» y los compañeros de viaje del comunismo se niegan a ver los aspectos tiránicos del estalinismo. *Regreso de la Unión Soviética* de André Gide, *Homenaje a Cataluña* de George Orwell, *Si es medianoche en el siglo* de Victor Serge y *El Cero y el Infinito* de Arthur Koestler, todos ellos publicados entre 1936 y 1940, constituyen excepciones, que pasaron desapercibidas en el momento de su aparición o –como el libro de Gide– fueron rápidamente olvidadas después de una repercusión efímera. De un modo general, el antifascismo considera al régimen soviético con una cierta complacencia, a veces con una admiración

[28] *Cf.* Jürgen Habermas, *L'Espace public*, Payot, París, 1990.

ciega. Durante el Congreso de París de 1935, Magdeline Paz y Henri Poulaille cometieron un gran error al dar lectura a un folleto en defensa de Víctor Serge, deportado a Siberia.[29] Frente a la Unión Soviética, la actitud dominante no es la de Gide o la de Orwell, sino la de los socialistas fabianos Sidney y Beatrice Webb, dos intelectuales profundamente ajenos al comunismo por tradición, cultura y temperamento, quienes, sin embargo, publican una obra titulada *Comunismo soviético: una nueva civilización* (1935), o incluso la del escritor alemán Lion Feuchtwanger, quien asiste a los procesos de Moscú y los aprueba con entusiasmo en *Moscú 1937*. Sin embargo, no es forzoso sacrificarse al culto de Stalin, después de 1933, para defender a la URSS.

La tesis de François Furet, que considera la «idea negativa del "antifascismo"» como una jugarreta por la cual el totalitarismo comunista habría extendido su influencia vistiéndose con los ropajes del defensor de la democracia,[30] simplifica la realidad histórica al menos por dos razones. Para empezar, olvida las tendencias no estalinistas e incluso antiestalinistas presentes en la cultura antifascista, en la cual se codean personalidades muy diferentes. Se encuentran reunidos en ella intelectuales cristianos como Jacques Maritain, Luigi Sturzo y Paul Tillich, liberales de izquierda como Carlo Rosselli y Raymond Aron, socialistas como Léon Blum, Rudolf Hilferding y Pietro Nenni, anarquistas como Victor Serge y Daniel Guérin, trotskistas como Pierre Naville y los escritores surrealistas André Breton y Benjamin Péret. Por otra parte, esta tesis parece ignorar el hecho de que, en Europa Occidental, no se podía combatir al fascismo prescindiendo de la aportación de los comunistas y de la Unión Soviética. La alianza entre una parte de la cultura europea y el comunismo fue producto del fascismo. El olvido del estalinismo fue tan profundo como grave era la amenaza fascista. A semejanza de Malraux, Léon Blum eligió callar sus críticas a la URSS hasta 1938, mientras que el pacifista Romain Rolland y el presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, Víctor Basch, deciden finalmente ser garantes de los procesos de Moscú. Incluso Gide, vituperado por la prensa comunista después de su *Regreso de la URSS* (1937), reconoce la necesidad de una alianza con los soviéticos.[31] El impulso psicológico de estas actitudes fue captado por el escritor americano Upton Sinclair quien, en un ensayo sobre los procesos de Moscú, utilizó la metáfora de la ciudad sitiada: «La gente no puede permitirse conspirar ni criticar al régimen que defiende a la ciudad amenazada».[32]

Raros en Europa eran los antifascistas dispuestos a denunciar los crímenes de Stalin, pensando que, si los comunistas eran aliados indispensables en la

[29] Herbert Lottman, *La Rive Gauche*, *op. cit.*, pp. 175-184.

[30] François Furet, *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^e siècle*, *op. cit.*, p. 193.

[31] Nicolas Racine, «Une cause. L'antifascisme des intellectuels dans les années trente», *Politix*, 17, 1992, pp. 79-85.

[32] Upton Sinclair y Eugene Lyons, *Terror in Russia? Two Views*, R. R. Smith, Nueva York, 1938, p. 57. Véase también Marcello Flores, *L'immagine dell'URSS*, *op. cit.*, p. 279.

lucha contra el fascismo, eso no justificaba el silencio sobre la dictadura estalinista; entendiendo que el combate antifascista mismo corría el riesgo de ser descalificado si se admitían el despotismo soviético, los procesos, las ejecuciones sumarias, las deportaciones y los campos –sin hablar de la colectivización forzada, ignorada en la época incluso por la literatura anticomunista más encarnizada–. Entre éstos, los surrealistas, quienes, en 1936, denunciaban los procesos de Moscú como «una abyecta puesta en escena policíaca», y el medio intelectual agrupado en Nueva York alrededor de la *Partisan Review* sobre el cual Trotsky ejercía una influencia muy fuerte. Se podrían agregar los nombres de los intelectuales comunistas que habían roto con el estalinismo, de Paul Nizan a Manès Sperber, de Arthur Koestler a Willi Münzenberg, sin olvidar el socialismo liberal italiano encarnado por un movimiento como *Giustizia e Libertà*. En el curso de su intervención en el Congreso por la Libertad de la Cultura, en 1935, Gaetano Salvemini, en la época exiliado en Estados Unidos, expresaba sus reservas: «Yo no tendría el derecho de protestar contra la Gestapo y la Ovra fascista –afirmaba–, si intentara olvidar que existe una policía política soviética. En Alemania hay campos de concentración, en Italia hay islas transformadas en lugares de detención, y en la Rusia soviética está Siberia».[33] A Palmiro Togliatti, portavoz de la ortodoxia comunista, Carlo Rosselli le respondía que su antifascismo propugnaba la autogestión y un comunismo «libertario», no una nueva forma de «culto del Estado»[34] (*statolatria*). Estos ejemplos prueban que se podía ser, a la vez, antifascista y antiestaliniano y que la fascinación ejercida en la época por el estalinismo sobre la *intelligentsia* antifascista no era irresistible. Pero son excepciones, en un contexto en el que la URSS era generalmentre mirada con ojos favorables e indulgentes.

Este contexto explica también la fuerte reticencia con la que el mundo intelectual recibe las primeras formulaciones de una teoría del totalitarismo, que ponían en un mismo plano la Rusia de Stalin y la Alemania hitleriana como dos formas gemelas de un nuevo absolutismo. Debido a la pluma de algunos ensayistas ex comunistas (Franz Borkenau), liberales (Friedrich Hayek) o católicos de orientación conservadora (Eric Voegelin y Waldemar Gurian), estas teorías aparecen más como la expresión de una pasividad escéptica y de un pesimismo impotente que como un ejemplo de compromiso eficaz y lúcido. Los teóricos del totalitarismo habían captado, sin embargo, la naturaleza despótica del régimen de Stalin, pero la conclusión implícita de su tesis –la imposibilidad de una alianza con la URSS– era, sobre todo a partir de 1941, poco realista. Profunda-

[33] Gaetano Salvemini, «Pour la liberté de l'esprit», en Enzo Traverso (ed.), *Le Totalitarisme. Le XX^e siècle en débat*, Seuil, París, 1991, p. 248. Véase Marcello Flores, *L'immagine dell'URSS*, *op. cit.*, p. 214.

[34] *Cf.* Carlo Rosselli, *Scritti d'exilio, vol. II (1934-1937)*, Einaudi, Turín, 1992, p. 426. Para una contextualización, véase Aurelio Lepre, *L'anticomunismo e l'antifascismo in Italia*, *op. cit.*, pp. 68-70.

mente conmocionada por el pacto germano-soviético de 1939, la alianza entre la *intelligentsia* antifascista y el comunismo fue renovada en 1941 y reforzada por la Resistencia. La mayoría de los teóricos del totalitarismo, comenzando por Raymond Aron, reconocían entonces el carácter indispensable de un compromiso con la URSS en la lucha contra el nazismo.

Hay un cierto anacronismo en la aproximación de aquellos que, como François Furet, oponen las virtudes bienhechoras de un liberalismo históricamente inocente y políticamente clarividente, verdadera antítesis de los totalitarismos, al antifascismo de los intelectuales. Inspirada en un conformismo retrospectivo y desprovista de toda historización, esta visión es puramente «ilusoria». Una de las condiciones de la adhesión de los intelectuales al comunismo, en un contexto de depresión económica internacional y de ascenso del fascismo, residía en la crisis profunda de las instituciones liberales, asfixiadas, estremecidas por la Primera Guerra Mundial, minadas por los impulsos nacionalistas y, lo que es más, incapaces de oponerse al fascismo. Si el fascismo era el producto del hundimiento del antiguo orden liberal, ¿cómo identificarse con este último para combatirlo? Identificación tanto más problemática, ya que el fascismo había destruido la democracia liberal, pero no había atacado a las elites tradicionales. En Italia, los principales pilares del liberalismo nacido del *Risorgimento* –la monarquía, la burguesía e, incluso, una parte no desdeñable de la cultura (Giovanni Gentile)– se habían adherido al fascismo. En la patria clásica del liberalismo, Gran Bretaña, Winston Churchill había saludado la lucha victoriosa del fascismo italiano contra las «pasiones bestiales del leninismo».[35] En Alemania, entre 1930 y 1933, las elites se desprendían de su liberalismo de fachada y desmantelaban la democracia de Weimar preparando el advenimiento de Hitler. Después de la muerte de Friedrich Naumann y Max Weber, y después de la emigración a los Estados Unidos de Carl Friedrich y Hans Kelsen, ya no restaba ninguna figura de proa del liberalismo en una cultura alemana dominada por el conflicto entre bolchevismo y nazismo.[36] Después de la crisis de 1929, Keynes ya no creía en el porvenir del capitalismo, sus terapias apuntan esencialmente a darle un nuevo plazo de supervivencia. En un contexto así, en Europa Occidental, la URSS aparecía más apta para contener al fascismo que las fuerzas tradicionales de un liberalismo delicuescente.[37] En España, Ortega y Gasset rechazó tomar posición en la guerra civil, en la que no veía sino la consecuencia ineluctable de la revuelta de las masas en la era de la «hiperdemocracia» moderna. Dejó Madrid en 1936, a donde sólo volvió después de la

[35] *Cf.* Renzo Di Felice, *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso 1929-1936*, Einaudi, Turín, 1996, pp. 330, 553.

[36] *Cf.* Karl D. Bracher, *Zeit der Ideologien,* II, cap. 6, DVA, Stuttgart, 1982.

[37] Los liberales que lucharon contra el fascismo, como el movimiento italiano *Giustizia e Libertá*, eligieron colaborar con los comunistas. Véase, en este sentido, el testimonio y la reflexión de Norberto Bobbio, que fue uno de los animadores de esta lucha (*Dal fascismo alla democracia*, Baldini & Castoldi, Turín, 1997).

Segunda Guerra Mundial, resignado a ver en el franquismo un mal menor.[38] Rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno había aportado su caución al golpe de Estado, pero había sido inmediatamente censurado por los militares. Su muerte, algunos meses después del *pronunciamiento*, era el símbolo del fracaso de las elites liberales españolas.[39] El liberalismo aparecía entonces como un fenómeno del pasado, inserto en una crisis profunda y que tendía a un declive inexorable en un continente dividido entre bolchevismo y fascismo. En 1936, el intelectual laborista Harold J. Laski escribía que el liberalismo había sido apartado de la escena por la Gran Guerra, un cambio histórico que él comparaba con la Reforma y con la Revolución francesa. Tenía un pasado glorioso, pero ningún porvenir: «Cuando un sistema está luchando para sobrevivir, la sociedad ya no tiene tiempo de deliberar. La pasión del conflicto somete a la razón».[40] El compromiso político de los intelectuales liberales sólo podía encontrar, a partir de ahí, un lugar en el movimiento antifascista, como lo había constatado Piero Gobetti, a partir de 1924, en su manifiesto *La Revolución liberal*.[41]

Se puede, sin duda, reprochar a los intelectuales que sostuvieron el mito de la URSS el haberse mentido a ellos mismos y haber contribuido a engañar al movimiento antifascista, del cual habrían podido devenir la conciencia crítica en lugar de hacerse los propagandistas de un régimen totalitario. Pero también es cierto que en Europa –la Norteamérica del *New Deal* constituye un caso aparte– ninguna movilización de masas contra la amenaza nazi hubiera podido ver la luz bajo la dirección de las antiguas elites liberales. La lucha contra el fascismo tenía necesidad de una esperanza, de un mensaje emancipador y universal que sólo parecía entonces ofrecer el país de la revolución de 1917. Si una dictadura totalitaria como aquella de Stalin pudo encarnar estos valores a los ojos de millones de hombres y de mujeres –ésta es particularmente la tragedia del comunismo en el siglo XX–, es precisamente porque sus orígenes y su naturaleza eran totalmente diferentes de las del fascismo. Esto es lo que el antitotalitarismo liberal parece incapaz de comprender.

La unidad antifascista se había constituido a mediados de los años treinta, bajo el impacto del acceso al poder del nazismo, y luego de la Guerra Civil española, y se consolidó, extendiendo sus bases, durante la guerra y en la Re-

[38] Sobre la relación ambigua de Ortega con el franquismo, *cf.* Antonio Elorza, *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset,* Anagrama, Barcelona, 1984. La crítica del abstencionismo de los intelectuales liberales españoles durante la guerra civil está en el centro del ensayo (de 1937) de María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Trotta, Madrid, 1998.

[39] *Cf.* Gabriele Ranzato, *L'Eclissi della democrazia. La Guerra civile spagnola e le sue origini 1931-1939*, Bollati-Boringhieri, Turín, 2004, pp. 359-365.

[40] Harold Laski, *The Rise of European Liberalism*, Transaction Books, Neu Brunswick, 1997.

[41] Piero Gobetti, *La rivoluzione liberale*, *op. cit.*

sistencia. Su ruptura comienza con el estallido de la guerra fría, culmina con la división de Alemania en 1949 y se consuma, *grosso modo*, en 1956, a raíz de la intervención militar soviética en Hungría, que marca profundamente al mundo intelectual. Todas las crisis del pasado –por ejemplo, los procesos de Moscú, y después el pacto germano-soviético– habían sido superadas en nombre de la unidad necesaria frente al enemigo. Después de la guerra, este argumento ya no podía ser invocado. Las corrientes ideológicas y políticas que habían cohabitado durante más de una década estaban ahora enfrentadas por el conflicto que dividía al mundo en dos bloques antagónicos. Si entre 1941 y 1945 los comunistas y los liberales habían puesto entre paréntesis sus diferencias para combatir a Hitler, su oposición salía ahora a la luz. La defensa común de las Luces contra el fascismo dejaba lugar a dos lecturas divergentes de su herencia. Aquellos que rechazan elegir entre la URSS y el «mundo libre» se encontraban marginados. El liberalismo abandonaba el antifascismo para vestir los hábitos del antitotalitarismo, es decir, del anticomunismo. El antifascismo, a partir de ese momento, dejaba de ser un *ethos* compartido para identificarse, en el plano ideológico, con el comunismo.[42] En los países del bloque soviético, se transformó rápidamente en ideología de Estado, mientras que en el Oeste los comunistas se convertían en los depositarios oficiales de su memoria. Con excepción de Italia, donde las instituciones republicanas debían fundar su legitimidad sobre el rechazo de un pasado fascista de una veintena de años de duración, los componentes conservadores y nacionalistas de la Resistencia se mostraban cada vez más reticentes a llamarse antifascistas.

En el mundo intelectual, el fin de la unidad antifascista está simbolizado por polémicas y rupturas que tienen un fuerte impacto en la opinión pública. En Francia, es el enfrentamiento abierto entre David Rousset, antiguo deportado trotskista convertido en gaullista, y *Les Lettres françaises*, la revista literaria del Partido Comunista que niega la existencia del sistema concentracionario soviético. Es también la ruptura, en el seno de la redacción de los *Les Temps modernes*, entre Sartre y Merleau-Ponty. En Italia, *Il Politecnico*, una de las principales revistas nacidas de la Resistencia, dirigida por Elio Vitorini, debe hacer frente a la crítica de Togliatti, en las páginas de *Rinascita*, la revista oficial del Partido Comunista, que le reprocha su concepción de la autonomía de la cultura en una época en la que ésta debe elegir su campo y someterse a las normas estéticas y políticas fijadas en Moscú.[43] En Alemania, el espíritu antifascista que había acompañado a la caída del nazismo y había encontrado a sus representantes tanto en los antiguos exiliados como en la nueva generación de escritores, no puede sobrevivir a la división del país en dos Estados. El antifascismo, un tabú en la RFA, es incorporado a la ideología oficial de la

[42] *Cf.* Enzo Traverso, «Le totalitarisme. Jalons pour l'histoire d'un débat», en Enzo Traverso (ed.), *Le Totalitarisme. Le XX^e siécle en débat*, Seuil, París, 1991, pp. 45-60.

[43] *Cf.* Nello Ajello, *Intellettuali e PCI (1944-1958)*, Laterza, Bari-Roma, 1997.

RDA.[44] Aron, Silone, Koestler, Jaspers, Orwell y otros se adhieren al Congreso por la Libertad de la Cultura, mientras que Sartre se convierte, no sin dificultades, en compañero de viaje de los comunistas. El antifascismo ya no define el horizonte de un espacio público europeo; empieza a convertirse en un asunto problemático en el marco del uso público de la historia.

HOLOCAUSTO

Más complejo de descifrar es el silencio de los intelectuales antifascistas frente al Holocausto. Cierto, el genocidio de los judíos de Europa –un exterminio que se quería total– no era previsible. Sin embargo, a partir de 1933, una pesada amenaza caía sobre los judíos, incluso si no se podía sospechar todavía el alcance catastrófico que tendría. La emigración de alrededor de 400.000 mil judíos de Europa Central, entre la llegada al poder de Hitler y el estallido de la guerra, revelaba de manera incontestable la gravedad de esta amenaza. A pesar de todo, el antisemitismo no fue jamás percibido por la cultura antifascista durante los años treinta como un elemento constitutivo del sistema nazi, sino más bien como el simple corolario propagandista de un régimen que había designado a la democracia y al movimiento obrero como sus enemigos. Pocos intelectuales poseían la clarividencia de Gershom Scholem quien, tres meses después de la llegada al poder de Hitler, escribía desde Palestina a Walter Benjamin, exiliado en Francia, una carta donde definía el advenimiento del nazismo como «una catástrofe de carácter histórico mundial». «Las proporciones del fracaso de los movimientos socialista y comunista se imponen a nuestros ojos de una manera siniestra e inquietante –subrayaba–, pero el fracaso del judaismo alemán puede verdaderamente resistir la comparación».[45] En otra carta a Benjamin, en febrero de 1940, se planteaba el interrogante crucial: «¿Qué será de Europa después de la eliminación de los judíos?».[46]

El día después de la guerra, la «Solución Final» aparecía como una de sus páginas trágicas entre otras y ocupaba sólo un lugar marginal en la cultura y el debate intelectual. Entonces dominaba el silencio. Auschwitz no fue ni el caso Dreyfus ni la Guerra Civil española, acontecimientos ante los cuales los intelectuales habían reaccionado asumiendo sus «responsabilidades». El ensayo de Sartre *Reflexiones sobre la cuestión judía*, publicado en 1946, es un ejemplo revelador de esta «ceguera de los intelectuales». El director de *Les Temps modernes* considera a los judíos como las víctimas olvidadas de la guerra, pero ja-

[44] *Cf.* Garet Pritchard, *The Making of the GDR from Antifascism to Stalinism*, Manchester University Press, 2000.

[45] Walter Benjamin y Gershom Scholem, *Briefwechsel 1933-1940*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1980, pp. 55-56.

[46] *Ibíd.*, p. 319. Véase también Gershom Scholem, *Walter Benjamin. Histoire d'une amitié*, *op. cit.*, p. 246.

más coloca el genocidio en el centro de su reflexión. Después de los campos de exterminio nazis, la «cuestión judía» permanece a sus ojos ligada al antisemitismo francés del caso Dreyfus y de la Tercera República. Este célebre ensayo, donde las cámaras de gas son apenas mencionadas, bien podría ser interpretado como el síntoma más significativo de la ceguera de la cultura europea ante la más grande tragedia del siglo.[47]

Esta ceguera poseía causas profundas, que tenían que ver, tanto con el contexto general de la guerra, como con una incomprensión más antigua de la naturaleza del antisemitismo nazi. A pesar de sus especificidades, la tragedia judía no estaba disociada del sufrimiento provocado por una masacre gigantesca que no se había ahorrado casi ninguna nación y su visibilidad estaba oscurecida en un continente en ruinas. La suerte de los judíos no aparecía singular y el antisemitismo nazi era considerado como un residuo oscurantista y medieval. Era, según un estereotipo que se remontaba a la cultura socialista de fines del siglo XIX, «el socialismo de los imbéciles», es decir, una simple arma de propaganda. Un genocidio industrial y burocrático era una novedad absoluta cuya posibilidad no entraba en las categorías de la cultura antifascista.[48]

Ésta sólo retenía de los regímenes de Mussolini y de Hitler su carácter «regresivo»: el antiliberalismo, el anticomunismo, el antiparlamentarismo y el irracionalismo. El fascismo era así reducido a su aspecto reaccionario. Raros eran aquellos que veían su enraizamiento en la sociedad industrial, la movilización de las masas, el culto de la técnica, reconociendo en él una variante reaccionaria de la modernidad. Nada, en efecto, más desconcertante, en el plano ideológico, que los movimientos fascistas: una nebulosa en la cual cohabitan conservadurismo y eugenesia, pesimismo cultural y «revolución conservadora», espiritualismo y antisemitismo, romanticismo regresivo y totalitarismo tecnocrático. Este amasijo de sensibilidades contradictorias ocultaba su naturaleza «revolucionaria», su rechazo de la modernidad liberal y democrática, que no apuntaba al retorno a un pasado ya desvanecido, sino a la instauración de un orden nuevo, jerárquico, autoritario, antiigualitario, nacionalista y racial. El misticismo fascista era formulado en términos biológicos, su culto de la técnica estetizada, su menosprecio de la democracia fundada en el mito de la masa, su rechazo del individualismo proclamado en nombre de una «comunidad del pueblo» reunida por la guerra.

Es evidentemente imposible entender la modernidad de los fascismos sobre la base de una filosofía de la historia que postula la evolución de la humanidad hacia el triunfo inevitable de la razón. Por otra parte, una característica importante del antifascismo, que contribuye a explicar, tanto su complacencia

[47] *Cf.* Enzo Traverso, *L'Histoire déchirée. Essai sur Auschwitz et les intellectuels*, *op. cit.*, pp. 58-69.

[48] *Cf.* Dan Diner, «Antifaschistische Weltanschauung. Ein Nachruf», *Kreisläufe. Nationalsozialismus und Gedächtnis*, Berlin Verlag, Berlín, 1995, p. 91.

respecto del estalinismo, como su ceguera involuntaria frente al genocidio judío, es su defensa encarnizada y acrítica de la idea de progreso, heredada de la cultura europea del siglo XIX. «Los hombres y las mujeres de la Resistencia –escribe el historiador James D. Wilkinson– recuerdan a sus ancestros espirituales del siglo XVIII: los "Philosophes"».[49] La pléyade de revistas que surgen o se renuevan en 1945 –*Esprit*, *Les Temps modernes*, *Crítica* en Francia, *Der Ruf* y *Der Anfang* en Alemania, *Il Ponte*, *Belfagor* y *Nuevo Politécnico* en Italia– invocan explícitamente este racionalismo humanista encarnado por Lessing, Voltaire y Cattaneo. El retorno a la libertad y a la democracia es vivido como un nuevo triunfo de la Ilustración, de la razón y del derecho que hace aparecer al fascismo como un paréntesis, una regresión efímera, una recaída anacrónica y absurda en una barbarie ancestral, una vana tentativa de detener la «marcha de la historia». En este clima de confianza en el porvenir, donde la historia parece finalmente haber retomado su curso natural, los campos de exterminio nazis ya no son más que la consecuencia de un descarrilamiento trágico. La Unión Soviética, por el contrario, saca los beneficios del tributo inmenso que pagó por combatir al nazismo. La lucha por el progreso coincide con la defensa de la patria del socialismo. El filósofo Alexandre Kojéve cree ver en Stalin, como antes Hegel en Napoleón en Jena, el Espíritu del mundo (*Weltgeist*), el hombre del fin de la historia.[50]

Para Theodor W. Adorno, por el contrario, el nacionalsocialismo es una refutación de la filosofía de la historia de Hegel. En 1944, dice también haber encontrado el «Espíritu del mundo», no a caballo, ni bajo la forma de un tanque soviético, sino en los V2 hitlerianos, esas bombas-robots que, a semejanza del fascismo, «aúnan a la perfección la técnica más destructiva y una total ceguera».[51] Su posición filosófica es la de la Escuela de Frankfurt, cuyos animadores, todos judíos exiliados, participan de la cultura antifascista permaneciendo en sus márgenes, conscientes de que, a pesar de su derrota, el nazismo ya cambió la cara del siglo y la imagen del hombre. Para ellos, el reconocimiento de Auschwitz como ruptura de la civilización es indisociable de una puesta en cuestión radical de la idea de progreso. Si el nazismo intentó borrar la herencia de la Ilustración, debe también ser comprendido dialécticamente como un producto de la civilización misma, con su racionalidad técnica e instrumental, despojada ya de cualquier viso emancipador y reducida a un proyecto de dominación. En esta perspectiva, Auschwitz no debería entenderse ni como una regresión ni como un paréntesis, sino más bien como un producto

[49] James D. Wilkinson, *The Intellectual Resistence in Europe*, *op. cit.*, p. 270.

[50] *Cf.* Denis Hollier (ed.), *Le Collège de Sociologie 1937-1939*, Folio-Gallimard, París, 1995, pp. 67-68. Dominique Auffret, *Alexandre Kojève. La philosophie, l'État, la fin de l'histoire*, Le Livre de Poche, París, 1990, p. 336. Véase también Lutz Niethammer, *Posthistoire. Ist die Geschichte zu Ende?*, Rowohlt, Hamburgo, 1989, p. 77.

[51] Theodor W. Adorno, *Minima Moralia. Réflexions sur la vie mutilée*, Payot, París, 1991, p. 53.

genuino del Occidente, como la emergencia de su rostro destructor. Para Horkheimer y Adorno, en 1944, Auschwitz es el símbolo de una «autodestrucción de la razón».[52] Lejos de celebrar un nuevo triunfo de la Ilustración, estas figuras aisladas se niegan a ver en la guerra una epopeya victoriosa del progreso. Ante el espectáculo de una civilización que transformó la técnica moderna en una gigantesca fuerza destructiva, el único sentimiento posible es la vergüenza.

Una «vergüenza prometeica»,[53] escribe Günther Anders, a la medida del desastre.

[52] Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialéctique de la raison*, *op. cit.*, p. 15.

[53] Günther Anders, *Die Antiquiertheit des Menschen. I. Über die Seele im Zeitalter der zweiten industriellen Revolution (1956)*, C. H. Beck, Múnich, 1985, p. 23.

AGRADECIMIENTOS

Mis agradecimientos van en primer término para François Guedj y Valeria Galimi, arquitectos de una obra colectiva sobre *Le XX Siécle des guerres* (Éditions de l'Atelier, París, 2004) que acogió mi primera reflexión sobre la idea de guerra civil europea y dio lugar a una jornada de estudios en la Universidad de Toulouse, en marzo de 2005. Diversas partes de este libro han sido presentadas y discutidas, durante estos tres últimos años, en conferencias, coloquios, seminarios, a veces en cursos impartidos como docente invitado en Universidades de diferentes países, tanto en Europa como en Estados Unidos y América Latina. Me gustaría agradecer a los colegas y amigos que me proporcionaron esas ocasiones de debate, así como a los investigadores y los estudiantes que participaron en ellas, comenzando por los del Máster en Ciencias Políticas de mi propia Universidad, en Amiens. No pudiendo citarlos a todos, recordaré, sin embargo, a Angelo Ventrone y Luca Baldissara, de las Universidades de Macerata y de Pisa, en Italia; Nicolás Sánchez Durá e Ismael Saz de la Universidad de Valencia, así como a Francisco Cobo Romero, de la UNIA de Baeza, en España; Gilbert Achcar, cuando estaba en el Centro Marc-Bloch, y Elfi Müller, animadora de las Conferencias y sesiones de la iniciativa *Jour-Fixe*, en Berlín; Federico Finchelstein, Tim Campbell y Dominick LaCapra, de la Universidad Cornell, en Ítaca, Nueva York; Ruth Ben-Ghiat de la New York University; Patricia Flier y José Sazbón de la Universidad Nacional de La Plata, en la Argentina, y Esther Cohen de la UNAM, en México. Les aseguro a todas y todos mi reconocimiento y mi amistad. Más allá de los seminarios y de los coloquios, este libro debe mucho a una reflexión comparativa sobre las violencias en el mundo contemporáneo que llevo a cabo, desde hace algunos años, con Marina Cattaruzza, Dan Diner, Marcello Flores y Simon Levis Sullan. Finalmente, agradezco a Nicole Lapierre, lectora y crítica atenta del manuscrito, por haberlo acogido en su bella colección de Stock.

París, octubre de 2006

ILUSTRACIONES

1. Rostros destrozados de la Primera Guerra Mundial.
© Ernst Friedrich, Berlín, 1924; reeditado por Arnoldo Mondadori Editore S.p.A, Milán, 2004.

2. Edvard Munch, *La muerte en la habitación de la enferma* (*Der Tod im Krankenzimmer*), 1983. © The Munch-Museum/The Munch-Ellingsen Group-Adagp, París, 2007.

3. Max Beckmann, *La Noche* (*Die Nacht*), 1918-1919.
© Kunstsammlung Nordrhein westfalen-Adagp, París, 2007.

4. Fotos de Hitler tomadas por Heinrich Hoffmann en su estudio de Múnich en 1927 y difundidas por el partido nazi mediante tarjetas postales. © Bayerische Staatsbibliothek, Múnich.

5. El Miedo. Estudio de la emociones a través de la fotografía realizada por el Dr. G. B. Duchenne de Boulogne en 1862. © DR.

6. *M, el maldito*, de Fritz Lang, 1931, fotograma. © Nero Film Gesellschaft.

7. Peter Lorre en *M, el maldito*, de Fritz Lang, 1931, fotograma.
© Nero Film Gesellschaft.

8. John Heartfield, *Goering. El verdugo del Tercer Reich.* Portada del *Arbeiter Illustrierte Zeitung*, 1933. © Adagp, París, 2007.

9. Alonzo Earl Foringer, *The Greatest Mother in the World.* Cartel de la Cruz Roja Americana durante la Primera Guerra Mundial. © DR.

10. Nikolai Kogout, Venceremos al enemigo por las armas, 1920. «Con las armas eliminamos al enemigo, con la labor ganaremos el pan. Todos al trabajo camaradas». © Musée d'Histoire Contemporaine-BDIC/DR.

11. Pellizza da Volpedo, *Il Quarto Stato* («El Cuarto Estado»), 1901. © Comune di Milano -todos los derechos legales reservados.

12. Voluntarios de las milicias populares, Barcelona, julio de 1936. © L'Illustration.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

AA. VV. *Benedicta. L'evento, la memoria,* Le Mani, Génova, 2004.

AA. VV. *Historikerstreit. Die Dokumentation der Kontroverse über die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, Piper, Múnich, 1987.

ABRAHAM, Karl, «Contribution à la psychanalyse des névroses de guerre», *Oeuvres complétes*, vol. II, Payot, París, 1965. *Obras completas*, RBA, Barcelona, 2004.

AGHCAR, Gilbert, «Engels, penseur de la guerre, penseur de la révolution», en Georges Labica y Mireille Delbraccio (eds.), *Friedrich Engels, savant et révolutionnaire*, Presses Universitaires de France, París, 1997.

AGAMBEN, Giorgio, *Stato di eccezione*, Bollati Boringhieri, Turin, 2003. [*Estado de excepción*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2004.]

AGUILAR, Paloma, *Memoria y olvido de la Guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1996.

AGULHON, Maurice, «Faut-il réviser l'histoire de l'antifascisme?», *Le Monde diplomatique*, junio de 1994.

ALY, Götz, «*Endlösung*», *Volkerschiebung und der Mord an den europäischen Juden*, Fischer, Fráncfort del Meno, 2005.

AMENDOLA, Giorgio, *Lettere a Milano. Ricordi e documenti 1939-1945*, Editori Riuniti, Roma, 1973.

ANDERS, Günther, *Mensch ohne Welt. Schriften zur Kunst und Literatur*, C. H. Beck, Múnich, 1983. [*Hombre sin mundo. Escritos sobre arte y literatura*, Pre-Textos, València, 2007.]

ANDERSON, Perry, *Sur Gramsci*, Maspero, París, 1978. [Las antinomias de Antonio Gramsci, Fontamara, Barcelona, 1978.]

ARAGON, Louis, «Communisme et révolution», en Maurice Nadeau, *Histoire du surréalisme, suivi de Documents surrealists*, Seuil, París, 1964.

ARENDT, Hannah, *Les Origines du totalitarisme*, Quarto-Gallimard, Paris, 2002. [*Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2006.]

ARENDT, Hannah, *Eichmann à Jerusalem*, Gallimard, París, 1991. [*Eichman en Jerusalém*, Lumen, Barcelona, 1999.]

ARON, Raymond, *Mémoires*, Julliard, París, 1983. [*Memorias*, Alianza, Madrid, 1985.]

AUDEN, W. H., «Spain 1937», *The English Auden. Poems, Essays and Dramatic Writings 1927-1939*, Faber & Faber, Londres, 1977.

AUDOIN-ROUZEAU, Stéphane y Annette BECKER, *14-18. Retrouver la guerre*, Gallimard, París, 2000.

AUDOIN-ROUZEAU, Stéphane, Annette BECKER, Christian INGRAO y Henry ROUSSO (eds.), *La Violence de guerre, 1914-1945*, Complexe, Bruselas, 2002.

AUDOIN-ROUZEAU, Stéphane, Henry ROUSSO, Anne DUMÉZIL y Christian INGRAO, «Les sociétés, la guerre et la paix (Europe, Russie/URSS, États Unis, Japon) 1911-1946», en *Historiens Geographes*, 383, 2003.

AUFFRET, Dominique, *Alexandre Kojéve. La philosophie, L'État, la fin de l'histoire*, Le Livre de Poche, París, 1990.

AVRITCH, Paul, *La Tragédie de Cronstadt*, Seuil, París, 1975.

BAINVILLE, Jacques, «Les conséquences politiques de la paix», en John Maynard Keynes y Jacques Bainville, *Les Conséquences économiques de la paix/Les conséquences politiques de la paix*, Gallimard, París, 2002.

BALAKRISHNAN, Gopal, *The Enemy. An Intellectual Portrait of Carl Schmitt*, Verso, Londres, 2000.

BALIBAR, Étienne, «Le moment philosophique déterminé par la guerre dans la politique: Lénine 1914-1916», en Philippe Soulez (ed.), *Les philosophes et la guerre de 14*, Presses Universitaires de Vincennes, Saint-Denis, 1988.

BALDISSARA, Luca (ed.), *Crimini e memorie di Guerra*, L'Ancora del Mediterraneo, Nápoles, 2004.

BARTOV, Omer, «Fields of Glory», *Mirrors of Destruction. War, Genocide and Modern Identity*, Oxford University Press, Nueva York, 2000.

BARTOV, Omer, Atina GROSSMANN y Mary NOLAN (eds.), *Crimes of War. Guilt and Denial in the Twentieth Century*, The New York Press, Nueva York, 2000.

BARTOV, Omer, *The Eastern Front, 1941-1945, German Troops and the Barbarization of Warfare*, Basingstoke, Nueva York, 2001.

BARTOV, Omer, «Savage War. German Warfare and Moral Choice in World War II», *Germany's War and the Holocaust. Disputed Histories*, Cornell University Press, Ítaca, 2003.

BATTAGLIA, Roberto, *Un Uomo. Un partigiano*, Il Mulino, Bolonia, 2004.

BATTINI, Michele, *Peccati di memoria. La mancata Norimberga italiana*, Laterza, Roma-Bari, 2003.

BAUMAN, Zygmunt, *Modernité et Holocausto*, La fabrique, París, 2002. [*Modernidad y holocausto*, Sequitur, Madrid, 1997.]

BEAUD, Olivier, *Les Derniers Jours de Weimar. Carl Schmitt face á l'avénement du nazisme*, Perrin, París, 1994.

BEAUDUFE, Christophe, *L'Été 1944. Le sacrifice des Normands*, Perrin, París, 1994.

BECKER, Annette, «The Avant-Garde, Madness and the Great War», *Journal of Contemporary History*, vol. 35, 1, 2000.

BEEVOR, Anthony, *La Chute de Berlin*, Le Livre de Poche, París, 2002. [*Berlín. La caída: 1945*, Crítica, Barcelona, 2002.]

BENJAMIN, Walter, «Le conteur. Réflexions sur l'oeuvre de reproductibilité technique», *Oeuvres III*, Seuil, París, 1997. [En: *Discursos interrumpidos*, Taurus, Madrid, 1973.]

BERNANOS, Georges, *Les Grands Cimetiéres sous la lune*, Seuil, París, 1997.

BIANCHI, Bruna, «Delirio, smemoratezza e fuga. Il soldado e la patología Della paura», en Diego Leoni y Camillo Zadra (eds.), *La Grande Guerra. Esperienza, memoira, immagini*, Il Mulino, Bolonia, 1986.

BIBO, Istvan, *Misére des petits états de l'Europe de l'Est*, Albin Michel, París, 1993.

BLATMANN, Sonia, «La Technique du coup d'état: un Manuel de l'équivoque», *Chroniques italiennes*, 4, 1995.

BLOCH, Marc, *L'Histoire, la Guerre, la Résistance*, Annette Becker (ed.), Quarto-Gallimard, París, 2006.

BLOXHAM, Donald, *Genocide on Trial. War Crimes Trials and the Formation of Holocaust History and Memory*, Oxford University Press, Oxford, 2001.

BOBBIO, Norberto, «Guerra civile?», *Teoria politica*, VIII, 2, 1992.

BOBBIO, Norberto, *Dal fascismo alla democracia*, Baldini & Castoldi, Turin, 1997.

BONNELL, Victoria, *Iconography of Power. Soviet Posters under Lenin and Stalin*, University of California Press, Berkeley, 1997.

BOURKE, Joanna, *An Intimate History of Killing. Face to Face Killing in Twentieth Warfare*, Basic Books, Londres, 1999.

BOURKE, Joanna, *The Second World War. A people's History*, Oxford University Press, Nueva York, 2001.

BOURKE, Joanna, «Fear and Anxiety: Wríting about Emotion in Modern History», *History Workshop Journal*, 55, 2003.

BOURKE, Joanna, *Fear. A cultural History*, Virago, Londres, 2005.

BRACHER, Karl D., *Zeit der Ideologien*, DVA, Stuttgart, 1982.

BRACHER, Karl D., *La Dictature allemande. Naissance, structure et conséquences du national-socialisme*, Privat, Toulouse, 1986.

BRASILLACH, Robert, *Les Sept Couleurs*, Godefoy de Bouillon, París, 1995.

BREDEKAMP, Horst, «From Walter Benajamin to Carl Schmitt, via Thomas Hobbes», *Critical Inquiry*, vol. 25, 2, 1999.

BREUER, Stefan, *Anatomie de la Révolution conservatrice*, Manya, París, 1993.

BROSSAT, Alain, *Les Tondues. Un carnaval moche*, Maya, Paris, 1993.

BROSSAT, Alain, *Libération fête folle: mythes et rites ou le grand theater des passions populaires*, Autrement, París, 1994.

BROUÉ, Pierre, *Révolution en Allemagne*, Éditions de Minuit, París, 1971.

BROUÉ, Pierre, *Le Parti bolchevique. Histoire du Parti communiste de l'URSS*, Éditions de Minuit, París, 1971.

BROUÉ, Pierre, *Trotsky*, Fayard, Paris, 1988.

BROWN SCOTT, James (ed.), *Texts of the Peace Conferences of The Heague, 1899 and 1907*, Boston y Londres, 1908.

BRUNETTA, Gian Piero, «Cinema e prima Guerra mondiale», en Gian Piero Brunetta (ed.), *Storia del cinema mondiale*, vol. I, Einaudi, Turín, 1999.

BUCK-MORSS, Susan, «Aesthetics and Anaesthetics: Walter Benjamin's Artwork Essay Reconsidered», *October*, 62, 1992.

BURKE, Peter, *Eyewitnessing. The Uses of Images as Historical Evidence*, Cornell University Press, Ítaca, 2001.

BURRIN, Philippe, «Fascisme: la revolution sans révolutionnaires», *Le Débat*, 38, 1986.

BURRIN, Philippe, *La France à l'heure allemande 1940-1944*, Seuil, Paris, 1995.

CAILLOIS, Roger, «Le vertige de la guerre», *Quatre essais de sociologie*, Perrin, París, 1951.

CANTIMORI, Delio, «Fascismo, rivoluzione e non reazione europea», *Politica e storia contemporanea. Scritti 1917-1942*, Einaudi, Turín, 1991.

CARSTEN, F. L., *Revolution in Central Europe 1918-1919*, University of California Press, Berkeley, 1972.

CASANOVA, Julián, «Guerras civiles, revoluciones y contrarrevoluciones en Finlandia, España y Grecia (1918-1949): un análisis comparado», en Julián Casanova (ed.), *Guerras civiles en el siglo XX*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 2001.

CASANOVA, Julián, «Una dictadura de cuarenta años», en Julián Casanova (ed.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Crítica, Barcelona, 2002.

CÉLINE, Louis-Ferdinand, *Voyage au bout de la nuit*, Gallimard, Paris, 1972. [*Viaje al fin de la noche*, Edhasa, Barcelona, 1983.]

CHASE, John L., «Unconditional Surrender Reconsidered», *Political Science Quarterly*, vol. 70, 2, 1955.

CHICKERING, Roger, «Total War. The Use and Abuses of a Concept», en Manfred F. Boemecke, Roger Chickering y Stig Förster (eds.), *Anticipating Total War. The German and American Experiences 1871-1914*, Cambridge University Press, Nueva York, 1999.

CHURCHILL, Winston, *The World Crisis 1911-1918*, MacMillan, Nueva York, 1942.

CHURCHILL, Winston, *The gathering Storm*, Houghton Mifflin, Boston, 1948.

CLAUSEWITZ, Carl von, *De la guerre*, Perrin, Paris, 1999.

COBBAN, Alfred, *Dictatorship. Its History and Theory*, Haskell House Publishers, Nueva York, 1971.

COLLOTTI, Enzo (ed.), *L'antifascismo in Italia e in Europa*, Loescher, Turín, 1975.

CONAN, Eric y Henry ROUSSO, *Vichy, un passé qui ne passe pas*, Fayard, París, 1994.

CORBIN, Alain, *Le Village des cannibales*, Aubier, París, 1990.

COURTOIS, Stéphane y Annette WIEVIORKA (eds.), *L'État du monde en 1945*, La Découverte, París, 1994.

CROCQ, Louis, *Les Traumatismes psychiques de guerre*, Odile Jacob, París, 1999.

CZERNIAROW, Adam, *Carnets du ghetto de Varsovia (6 septembre 1939-23 juillet 1942)*, préface de Raul Hilberg et Stanislaw Ataron, postface de Jean-Charles Szurek, La Découverte, París, 1996.

COMITATO INTERALLEATO (ed.), *La sterminio degli ebrei. Relazioni del comitato d'informazione interalleato in Londra*, Londres, Presso la stamperia reale, s. d. [1942].

DAGEN, Philippe, *Le Silence des peintres. Les artistes face á la Grande Guerre*, Fayard, Paris, 1996.

DEMANDT, Alexander (ed.), *Macht und Recht. Grosse Prozesse in der Geschichte*, C. H. Beck, Múnich, 1998.

DEAK, Istvan, «Budapest and the Hungarian Revolution», *The Slavonic and East European Review*, vol. XLVI, 106, 1968.

DEAK, Istvan, Jan T. GROSS y Tony JUDT (eds.), *The Politics of Retribution in Europe. World War II and its Aftermath*, Princeton Universiy Press, Princeton, 2000.

DE FELICE, Renzo, *D'Annunzio politico (1918-1928)*, Laterza, Bari-Rome, 1978.

DE FELICE, Renzo (ed.), *Futurismo, cultura e politica*, Fondazione Giovanni Agnelli, Turín, 1988.

DE FELICE, Renzo, *Rosso e Nero*, Baldini & Castoldi, Milán, 1995.

DE FELICE, Renzo, *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso 1929-1936*, Einaudi, Turín, 1996.

DELAGE, Christian, *La Vérité par l'image. De Nuremberg au procés Milosevic*, Denoël, París, 2006.

DESMONS, Eric, *Mourir pour la patrie?*, Presses Universitaires de France, París, 2001.

DEUTSCHER, Isaac, *Le Prophéte armé*, Juillard, París, 1965.

DEUTSCHER, Isaac, *Stalin*, Oxford University Press, Londres, 1965.

DEUTSCHER, Isaac, *La Révolution inachevée*, Robert Laffont, París, 1967.

DEWEY, John, «Means and Ends», en Leon Trotsky, John Dewey y George Novack, *Their Morals and Ours*, Pathfinder Press, Nueva York, 1973.

DINER, Dan y Michael STOLLEIS (eds.), *Hans Kelsen and Carl Schmitt. A Juxtaposition*, Bleicher Verlag, Gerlingen, 1999.

DINER, Dan, «Antifaschistische Weltanschauung. Ein Nachruf», *Kreisläufe. Nationalsozialismus und Gedächtnis*, Berlin Verlag, Berlín, 1995.

DINER, Dan, *Das Jahrhundert verstehen. Eine universalhistorische Deutung*, Luchterhand, Múnich, 1999.

DJILAS, Milovan, *Wartime*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1977.

DONNEDIEU DE VABRES, Henri, «Le proces de Nuremberg», *Revue de droit pénal et de criminologie*, 27, 1946.

DORST, Tankred (ed.), *Die Münchner Räterepublik. Zeugnisse und Kommentar*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1966.

DOWER, John W., *War Without Mercy. Race and Power in the Pacific War*, Pantheon Books, Nueva York, 1986.

DREYFUS, Michel y Bruno GROPPO (eds.), *Le Siècle des communism*, Éditions de l'Atelier, París, 2000.

DUPEUX, Louís (ed.), *La «Révolution conservatrice» dans l'Allemagne de Weimar*, Kimé, París, 1992.

EKSTEINS, Modris, *Rites of Spring. The Great War and the Birth of the Modern Age*, Bantam Press, Londres, 1989.

ELIAS, Norbert, *The Germans. Power Struggles and the Development of the Habitus in the Nineteenth and Twentieth Century*, Polity Press, Cambridge, 1996.

ENGELS, Friedrich, «Einleitung [zu Borkheims Zur Erinnerrung für die deutschen Mordspatrioten]», *Marx Engels Werke*, t. 21, Dietz Verlag, Berlín, 1975.

FALASCHI-ZAMPONI, Simonetta, *Fascist Spectacle. The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*, Universitty of California Press, Berkeley, 1997.

FAYE, Jean-Pierre, *Langages Totalitaires*, Hermann, Paris, 1972.

FEJTÖ, François, *Requiem pour un empire défunt. Histoire de la destruction de l'Autriche-Hongrie*, Senil, Paris, 1988.

FERRO, Marc, *La Grande Guerre 1914-1918*, Folio-Gallimard, París, 1990.

FERRO, Marc, «Nazisme et communisme: les limites d'une comparaison», en Marc Ferro (ed.), *Nazisme et Communisme. Deux régimes dans le siècle*, Hachette, París, 1999.

FIGES, Orlando, *A People's Tragedy, 1891-1924*, Penguin Books, Londres, 1998.

FITZPATRICK, Sheila, *The Russian Revolution*, Oxford University Press, Nueva York, 1994.

FLECHTER, Jonathan, *Violence and Civilization. An Introduction to the Work of Norbert Elias*, Polity Press, Cambridge, 1997.

FLASCH, Kurt, *Die geistige Mobilmachung. Die deutsche Intellektuellen und der Erste Weltkrieg*, Alexander Fest Verlag, Berlin, 2000.

FLOOD, Christopher G., «Crusade or Genocide? French Catholic Discourse on the Spanish Civil War», en Janet Pérez y Wendell Aycock (eds.), *The Spanish Civil War in Literature*, Texas Tech University Press, Lubbock, 1990.

FLORES, Marcello, *L'immagine dell'URSS. L'Occidente e la Russia di Stalin (1927-1956)*, Il Saggiatore, Milán, 1990.

FLORES, Marcello, *L'eta del sospetto. I procesi Della guerra fredda*, Il Mulino, Bolonia, 1995.

FLORES, Marcello (ed.), *Storia, veritá, giustizia. I crimini del XX^c secolo*, Bruno Mondadori, Milán, 2001.

FLORES, Marcello, *Il secolo mondo. Storia del Novecento*, Il Mulino, Bolonia, 2002.

FOCARDI, Ricardo, *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibatitto politico italiano dal 1945 a oggi*, Laterza, Roma-Bari, 2005.

FORSTER, Ricardo, «El estado de excepción: Benjamin y Schmitt como pensadores del riesgo», en Jorge Dotti y Julio Pinto (eds.), *Carl Schmitt. Su época y su pensamiento*, Eudeba, Buenos Aires, 2002.

FRAENKEL, Ernst, *The Dual State*, Oxford University Press, Nueva York, 1941.

FRANZINELLI, Mimmo, *L'amnistia Togliatti. 22 giugno 1946. Colpo di spugna sui crimini fascista*, Mondadori, Milán, 2006.

FREUD, Sigmund, «Considérations actuelles sur la guerre et la mort», *Oeuvres complètes*, vol. XIII, Presses Universitaires de France, París, 1988.

FREVERT, Ute, *Men of Honour. A Social and Cultural History of the Duel*, Polity Press, Cambridge, 1995.

FRIEDLÄNDER, Saul, *L'Allemagne nazie et les juifs, I. Les années de persécution*, Seuil, Paris, 1997.

FRIEDLÄNDER, Saul, «History, Memory, and the Historian. Dilemmas and Responsabilities», *New German Critique*, 80, 2000.

FRIEDRICH, Ernst, *Krieg dem Kriege* (1924), DVA, Múnich, 2004.

FRIEDRICH, Jörg, *Der Brand. Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*, Ullstein, Berlín, 2002.

FURET, Francois, *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^e siécle*, Robert Laffort/Calmann-Lévy, París, 1995. [*El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, FCE, Madrid, 1995.]

GACON, Stéphane, *L'Amnistie. De la Commune á la guerre d'Algerie*, Seuil, París, 2002.

GALASSO, Giorgio, *Storia d'Europa. III Etá contemporanea*, Laterza, Roma-Bari, 1996.

GALIMI, Valeria, «Collaborationisme et épuration judiciaire en Italia et en France», en François Guedji y Valeria Galimi (eds.), *Le XX^e Siècle des guerres*, Éditions de l'Atelier, París, 2004.

GARRETT, Stephen, *Ethics and Airpower in World War II. The British Bombing of German Cities*, St Martin Press, Nueva York, 1993.

GENTILE, Emilio, *Il culto del Littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Laterza, Roma-Bari, 1993.

GENTILE, Emilio, *Le origini dell'ideologia fascista 1918-1925*, Il Mulino, Bolonia, 1996.

GENTILE, Emilio, *Qu'est-ce que le fascisme? Histoire et intérpretation*, Folio-Gallimard, París, 2004.

GENTILE, Emilio, *Les Religions de la politique. Entre démocratie et totalitarismes*, Senil, París, 2005.

GERAS, Norman, *The Contract of Mutual Indifference. Political Philosophy after Auschwitz*, Londres, Verso, 1998.

GETZLER, Israel, *Kronstadt 1917-1921. The Fate of a Soviet Democracy*, Cambridge University Press, Nueva York, 2002.

GEYER, Michael, «Urkatastrophe, europaïsche Bürgerkrieg, Menschenslachthaus. Wie Historiker den Epochenbruch des Ersten Weltkrieges Sinn geben», en Rainer Rother (ed.), *Der Weltkrieg 1914-1918. Ereignis und Erinnerung*, Minerva, Berlín, 2004.

GIBELLI, Antonio, *L'officina della Guerra. La Grande Guerra e le tansformazioni del mondo mentale*, Bollati Boringhieri, Turín, 1990.

GIBELLI, Antonio, *Il popolo bambino. Infancia e nazione dalla Grande Guerra a Salo*, Einaudi, Turín, 2005.

GINSBORG, Paul, *A History of Contemporary Italy. Society and Politics 1943-1988*, Penguin Books, Londres, 1990.

GINZBURG, Carlo, «Uccidere un mandarino cinese. Implicazioni morali della distanza», *Occhiacci di legno. Nove riflessioni sulla distanza*, Feltrinelli, Milán, 1998.

GIODANO, Ralph, *Die zweite Schuld oder von der Last Deutscher zu sein*, Knaur, Múnich, 1990.

GITELMAN, Zvi, *Jewish Nationality and Soviet Politics. The Jewish Sections of the CPSU, 1917-1930*, Princeton University Press, 1972.

GLENDINNING, Miles, «The Conservation Movement : a Cult of the Modern Age», *Royal Historical Society Transactions*, 6/13, 2003.

GLOVER, Jonathan, *Humanity. A Moral History of the Twentieth Century*, Jonathan Cape, Londres, 1999.

GOEBBELS, Josef, *Reden 1932-1945*, Bindlach, Gondrom, 1991.

GOLDHAGEN, Daniel J., *Les Bourreaux volontaires de Hitler. Les Allemands ordinaries et l'Holocauste*, Seuil, París, 1997. [*Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes ordinarios y el Holocausto*, Taurus, Madrid, 1997.]

GOLDSTEIN, Joshua S., «Kondratieff Waves as War Cycles», *International Studies Quarterly*, vol. 29, 4, 1985.

GRAMSCI, Antonio, *Quaderni del carcere*, vol. 4, Einaudi, Turín, 1975.

GRANGE, Ninon, «L'état de nature: miroir et modèle de la guerre civile», *Astérion*, 2, 2004.

GRAVZEL, Susan R., *Women's Identities at War. Gender, Motherhood, and Politics and France During the First World War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999.

GROSS, Babette, *Willi Münzenberg. Eine politische Biographie*, Klett-Cotta, Stuttgart, 1966.

GROSS, Raphael, *Carl Schmitt und die Juden*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 2000.

GRUNENBERG, Antonia, *Antifaschismus. Ein deutscher Mythos*, Rowohlt, Hamburgo, 1993.

GUENIFFEY, Patrice, *La Politique de la Terreur. Essai sur la violence révolutionnaire 1789-1794*, Fayard, París, 2000.

HALÉVY, Élie, *L'Ère des tyrannies*, Tel-Gallimard, París, 1990.

HAMILTON, Alastair, *The Appeal of Fascism. A Study of Intellectuals and Fascism 1919-1945*, MacMillan, Nueva York, 1971.

HANNA, Martha, *The Mobilization of the Intellect. French Scholars and Writres During the Great War*, Harvard University Press, Cambridge, 1996.

HAUPT, Georges, *L'Historien et le movement social*, Maspero, París, 1980.

HEER, Hannes y Klaus NAUMANN (eds.), *Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944*, Hamburger Edition, Hamburgo, 1995.

(MARTIN HEIDEGGER) «Allocution pronocée le vendredi 26 mai 1933 a la mémoire de Albert Leo Schlageter» (1933), *Écrits politiques 1933-1966*, Gallimard, París, 1995.

HEIL, Susanne, *Gefährliche Beziehungen. Walter Benjamin und Carl Schmitt*, Metzler, Stuttgart, 1996.

HENKE, Klaus-Dietmar y Hans WOLLER (eds.), *Politische Säuberungen in Europa. Die Abrechnung mit Faschismus und Kollaboration*, DTV, Múnich, 1991.

HERF, Jeffrey, *Reactionary Modernism. Technology, Culture and Politics in Weimar and the Third Reich*, Cambridge University Press, Nueva York, 1984. [*El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, FCE, México, 1990.]

HERMET, Guy, *La Guerre d'Espagne*, Senil, París, 1989.

HILBERG, Raul, *Éxecuteurs, victimes, témoins. La catastrophe juive 1933-1945*, Gallimard, París, 1994.

HILLGRUBER, Andreas, *Zweierli Untertang. Die Zerschlagung des Deutschen Reich und das Ende des europäischen Judentums*, Siedler, Berlín, 1986.

HIRSCHFELD, Gerhard, Gerd KRUMEICH y Irina RENZ (eds.), *Keiner fühlt sich hier mehr als Mensch... Erlebnis und Wirkung des Ersten Weltkrieg*, Klartext, Essen, 1993.

HOBBES, Thomas, *Béhémoth ou le long Parlement*, Vrin, París, 1990.

HOBBES, Thomas, *Léviathan*, Gallimard, París, 2000.

HOBSBAWM, Eric J., *Revolutionaries*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1974. [*Revolucionarios*, Ariel, Barcelona.]

HOBSBAWM, Eric J., «Gli intelletuali e l'antifascismo», *Storia del marxismo*, vol. 3, t. II, Einaudi, Turín, 1981.

HOBSBAWM, Eric J., *L'Âge des extrèmes*, Complexe, Bruselas, 1990. [*Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona.]

HOBSBAWM, Eric J., «Men and Women: Images on the Left», *Uncommon People*, Abacus, Londres, 1998.

HOLLIER, Denis, «Desperanto», *New German Critique*, 67, 1996.

HORNE, John y Alan KRAMER, *German Atrocities. A History of Denial*, Yale University Press, New Haven y Londres, 2001.

HOWARD, Michael, «A Thirty Years War? The Two World Wars in Historical Perspective», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. III, 1993.

INGRAO, Christian, *Les Chasseurs noirs. La brigade Dirlewanger*, Perrin, París, 2006.

ISNENGHI, Mario, *Il mito della Grande Guerra da Marinetti a Malaparte*, Laterza, Bari-Rome, 1970.

JACKSON, Gabriel, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939*, Princeton University Press, Princeton, 1965.

JANSSEN, Wilhelm, «Krieg», en Reinhart Koselleck (ed.), *Geschichtliche Grundberiffe. Historisches Lexikon zur pollitisch-sozialen Sprache in Deutschland*, t. 3, Klett-Cotta, Stuttgart, 1982.

JASPERS, Kart, *La Culpabilité allemande,* préface de Pierre Vidal-Naquet, Éditions de Minuit, París, 1990.

JEANNENEV, Jean-Noël, *Le Duel. Une passion française 1789-1914*, Seuil, París, 2004.

JOINET, Louis, «L'amnistie. Le droit à la mémoire entre pardon et oubli», *Communications*, 49, 1989.

JOLL, James, *The Origins of the First World War*, Longman, Londres, 1984.

JÜNGER, Ernst, *Orages d'acier. Journal de guerre*, Le Livre de Poche, París, 1970.

JÜNGER, Ernst, *Journaux de guerre*, Juillard, Paris, 1980.

JÜNGER, Ernst, *Le Travailleur*, Christian Bourgois, París, 1989.

JÜNGER, Ernst, *L'état Universel/La mobilisation totale*, Gallimard, París, 1990.

JÜNGER, Ernst, *Politische Publizistik 1919-1933*, Klett-Cotta, Stuttgart, 2001.

KANTOROWICZ, Ernst, «Mourir pour la patrie (pro patria mori) dans la pensée politique médiévale», *Mourir pour la patrie et autres essais*, Presses Universitaires de France, París, 1984.

KELSEN, Hans, «The Legal Status of Germany According to the Declaration of Berlin», *The American Journal of International Law*, vol. 39, 3, 1945.

KELSEN, Hans, «Will the Judgement in the Nuremberg Trial Constitute a Precedent in International Law ?», *International Law Quarterly*, vol. 1, 2, 1947.

KENNEDY, Ellen, «Carl Schmitt and the Frankfurt School», *Telos*, 71, 1987.

KERSHAW, Ian, *Hitler Némesis 1936-1945*, Flammarion, París, 2000.

KERSHAW, Ian, *Le Mythe Hitler. Image et réalité sous le Troisieme Reich*, Flammarion, París, 2006.

KETTENACKER, Lothar, «Unconditional Surrender» als Grundlage der angelsächsischen Nachkriegsplanung», en Wolfgang Mischalka (ed.), *Der Zweite Weltkrieg, Munich*, Piper, 1989.

KETTENACKER, Lothar (ed.), *Ein Volk von Opfern? Die neue Debatte um den Bombenkrieg 1940-1945*, Rowohlt, Hamburgo, 2003.

KEYNES, John Maynard, *The Economic Consequences of the Peace*, MacMillan, Londres, 1920.

KIERNAN, V. G., *The Duel in European History. Honour and the Reign of Aristocracy*, Oxford University Press, 1988.

KIRCHHEIMER, Otto, *Political Justice. The Use of Legal Procedure for Political Ends*, Princeton University Press, Princeton, 1961.

KIRCHHEIMER, Otto, «Remarks on Carl Schmitt's Legality and Legitimacy», en Franz L. Neumann y Otto Kirchheimer, *The Rule of the Law Under Siege*, University of California Press, Berkeley, 1996.

KITCHEN, Martin, «Ernst Nolte and the Phenomenology of Fascism», *Science & Society*, vol. 38, 2, 1974.

KLINKHAMMER, Lutz, *Le stragi naziste in Italia*, Donzelli, Roma, 2006.

KOHN, Hans, *Revolutions and Dictatorships: Essays in Contemporary History*, Harvard University Press, Cambridge, 1939.

KOCHAVI, Arieh J., *Prelude to Nuremberg. Allied War Crimes Policy and the Question of Punishment*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1998.

KOFF, David y Eric MARKUSEN, *The Holocaust and Strategic Bombing. Genocide and Total War in Twentieth Century*, Westview, Boulder, 1995.

KORSCH, Karl, «Carl Schmitt, der Hitler der Verfassung», *Zeitschrift für Sozialforschung*, vol. I, 1932.

KOSELLECK, Reinhart, *Le Règne de la critique*, Éditions de Minuit, Paris, 1979.

KOSELLECK, Reinhart, «Les monuments aux morts: lieux de foundation de l'identité des survivants», *L'Expérience de l'histoire*, Seuil/Gallimard, París, 1997.

KOSELLECK, Reinhart, *Zur politischen Ikonologie des gewaltsamen Todes*, Schwabe, Basilea, 1998.

KOYRÉ, Alexandre, *La Cinquième Colonne*, Allia, París, 1997.

KRACAUER, Siegfried, «Vom Releven des Krieges», *Schriften 5.1*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1990.

KRAPP, Peter, «Amnesty: Between an Ethics of Forgiveness and the Politics of Forgeting», *German Law Journal*, vol. 6, 1, 2005.

KRAUS, Karl, *Les Derniers Jours de l'humanité*, Agone, Marsella, 2000.

KRAUS, Hans Christoph, «L'historiographie philosophique d'Ernst Nolte», *La Pensée politique*, 1994.

KRIEGEL, Annie, «Sur l'antifascisme», *Commentaire*, 50, 1990.
KRONENBERG, Volker, *Ernst Nolte und das totalitäre Zeitalter. Versuch einer Vertändigung*, Bouvier Verlag, Bonn, 1999.
KULISCHER, Eugene M., *Europe on the Move. War and Population Changes 1917-1947*, Columbia University Press, Nueva York, 1948.
LEDESMA, José Luis, *Los días de llama de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2003.
LEED, Eric. J., *No Man's Land*, Cambridge University Press, Nueva York, 1979.
LEED, Eric. J., «Fateful Memories: Industrializad War and Traumatic Neurosis», *Journal of Contemporary History*, 35/1, 2000.
LEFEBVRE, Georges, *La Grande Peur de 1789*, Armand Colin, París, 1988.
LÉNINE, *La Révolution prolétarienne et le renégat Kautsky*, Éditions sociales, París, 1971.
LÉNINE, *L'Extremisme, maladie infantile du communisme*, Éditions sociales, París, 1979.
LEPRE, Aurelio, *L'anticomunismo e l'antifascismo in Italia*, Il Mulino, Bolonia, 1997.
LERNER, Paul, *Hysterical Men: War, Psychiatry and the Politics of Trauma in Germany, 1890-1930*, Cornell University Press, Ítaca, 2003.
LEVIN, Judith y Daniel UZIEL, «Ordinary Men, Extraordinary Photos», *Yad Vashem Studies*, 26, 1998.
LICHTHEIM, George, *Europe in the Twentieh Century*, Praeger Publishers, Nueva York, 1972.
LIUCCI, Raffaele, *La tentazione della «casa in collina». Il disimpegno degli intelletuali nella guerra civile italiana (1943-1945)*, Unicopli, Milán, 1999.
LINDQUIST, Sven, *Maintenant tu es mort: le siècle des bombes*, Le Serpent à plumes, París, 2002.
LORAUX, Nicole, *La Cité divisée. L'oubli dans la mémoire d'Athenes*, Payot/Rivales, París, 2005.
LÖWITH, Kar, «Der europäische Nihilismus. Betrachtung zur geistigen Vorgeschichte des europäischen Krieges», *Sämtliche Schriften*, t. 2, Metzler, Stuttgart, 1983.
LÖWY, Michael, *Walter Benjamin: avertissement d'incendie. Une lecture des thèses «Sur le concept d'historie»*, Presses Universitaires de France, París, 2001.
LUDENDORF, Ernst, *Der totale Krieg*, Ludendorff Verlag, Múnich, 1935.
LUXEMBURG, Rosa, «La tragédie russe», *Oeuvres II (Écrits politiques 1917-1918)*, Maspero, París, 1969.
LUXEMBURG, Rosa, «Die Krise der Sozialdemokratie», *Gezammelte Werke*, Bd., Dietz Verlag, Berlín, 1990.
LUZZATTO, Sergio, *Il corpo del Duce*, Einaudi, Turín, 1998.

LUZZATTO, Sergio, *La crisi dell'antifascismo*, Einaudi, Turín, 2004.
MACDONALD, Dwight, «The Bomb», *The Responsability of Peoples and Other Essays in Political Criticism*, Victor Gollancz, Londres, 1957.
MALAPARTE, Curzio, *Kaputt*, Mondadori, Milán, 1995.
MALAPARTE, Curzio, «Tecnica del colpo di Statu», *Opere scelte*, Mondadori, Milán, 1997.
MANN, Heinrich, *Der Haß*, Fischer, Fráncfort del Meno, 1987.
MANN, Thomas, *Considérations d'un apolitique*, Grasset, París, 2002.
MARCUSE, Herbert, «La lutte contre le libéralisme dans la conception totalitaire de l'État», *Culture et Société*, Éditions de Minuit, París, 1970.
MARIE, Jean-Jacques, *La Guerre civile russe, 1917-1922*, Autrement, París, 2005.
MARRUS, Michael R., *The Unwanted European Refugees in the Twentieth Century*, Oxford University Press, New Cork, 1985.
MARRUS, Michael R., *The Nuremberg War Crimes Trial 1945-1946. A Documentary History*, Bedford-St. Martin's, Boston-Nueva York, 1997.
MARTELLINI, Luigi, «Malaparte saggista politico: le "rivoluzioni europee"», en Gianni Grana (ed.), *Malaparte scrittore d'Europa*, Marzorati, Prato, 1991.
MARTIN, Jean-Clément (ed.), *La Guerre civile entre histoire et mémoire*, Université de NANTES-Ouest Éditions, Nantes, 1994.
MARTIN, Jean-Clément, *Violence et Révolution. Essai sur la naissance d'un mythe national*, Seuil, Paris, 2006.
MASSON, Philippe (ed.), *Dictionnaire de la Deuxiéme Guerre mondiale*, 2 vol., Larousse, París, 1979.
MAZOWER, Mark, *Dans la Grece d'Hitler, 1941-1944*, Les Belles Lettres, París, 2002.
MAZOWER, Mark, *Le Continent des ténebres. Une histoire de l'Europe au XX^e siecle*, Complexe, Bruselas, 2005.
MAYER, Arno J., *Politics and Diplomacy of Pencemaking. Containment and Counterrevolution at Versailles, 1918-1919*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1968.
MAYER, Arno J., *La «Solution finale» dans l'Histoire*, La Découverte, París, 1990.
MAYER, Arno J., *Les Furies. Violence, vengeance, terreur au temps de la Révolution francaise et de la révolution russe*, Fayard, París, 2001.
MCCORMICK, John, «Fear, Technology, and the State. Carl Schmitt, Leo Strauss, and the Revival of Hobbes in Weimar and National Socialist Germany», *Political Theory*, vol. 22, 4, 1994.
MEIER, Christian, *The Lesson of Carl Schmitt. Four Chapters in the Distinction Between Political Theology and Political Philosophy*, The University of Chicago Press, Chicago, 1998.

MICHAUD, Éric, *Un art de l'éternité. L'image et le temps du natioanl-socialisme*, Gallimard, París, 1996.

MIGNEMI, Adolfo, *Storia fotografica della Resistenza*, Bollati Boringhieri, Turín, 1995.

MIGNEMI, Adolfo, *La seconda guerra mondiale 1940-1945*, Editori Riuniti, Roma, 2000.

MORADIELLOS, Enrique, «Ni gesta heroica, ni locura trágica: nuevas perspectivas históricas sobre la guerra civil», *Ayer. Revista de historia contemporánea*, 50, 2003.

MOSSE, George L., «The Poet and the Exercise of Political Power: Gabriela D'Annunzio», *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions of Reality*, Howard Fertig, Nueva York, 1980.

MOSSE, George L., *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford University Press, Nueva York, 1990.

MOSSE, George L., *L'image de l'homme. L'invention de la virilité moderne*, Éditions Abbeville, París, 1997.

MOSSE, George L., «Shell-Sock as a Social Disease», *Journal of Contemporary History*, vol. 35, 1, 2000.

MOSSE, George L., «Vers une théorie générale du fascisme», *La Révolution fasciste*, Seuil, París, 2003.

NASH, Mary, *Rojas. Las Mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Taurus, Madrid, 1999.

NERUDA, Pablo, *L'Espagne au coeur. Hymne à la gloire du peuple en guerre*, Denoël, París, 1938. Hay edición en español.

NEUMANN, Franz, *Béhémoth. Théorie et pratique du nacional-socialisme* (1942), Payot, París, 1987.

NEUMANN, Sigmund, *Permanent Revolution. Totalitarianism in the Age of International Civil War* (1942), Pall Mall Press, Londres, 1965.

NIETHAMMER, Lutz, *Posthistoire. Ist die Geschichte zu Ende?*, Rowohlt, Hamburgo, 1989.

NOLTE, Ernst, *Der Faschismus in seiner Epoche*, Piper, Múnich, 1963.

NOLTE, Ernst, *Streitpunkte. Heutige und künftige Kontroversen um den Nationalsozialismus*, Ullstein-Propyläen, Berlín-Fráncfort del Meno 1993.

NOLTE, Ernst, *La Guerre civile européenne 1917-1945. Nacional-socialisme et bolchevisme*, Syrtes, París, 2000.

NOLTE, Ernst, *Nietzsche. Le champ de bataille,* préface d'Édouard Husson, Bartillart, París, 2000.

NORTON CRU, Jean, *Du témoignage*, Allia, París, 1989.

NOVICK, Peter, *L'Épuration française*, Seuil, París, 1991.

O'BRIEN, Conor Cruse, «Introduction. A Manifesto of a Counter-Revolution», en Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France*, Penguin Books, Londres, 1986.

ORWELL, George, «Writers and Leviathan», *Collected Essays*, vol. IV, Penguin Books, Londres, 1986.

ORWELL, George, *Homage to Catalonia*, Penguin Books, Londres, 1989.

ORY, Pascal y Jean-François SIRINELLI, *Les Intellectuels en France, de l'affaire Dreyfus à nos jours*, Armand Colin, París, 1986.

PAPINI, Giovanni, «La vita non e sacra», *Lacerba*, I, 20, 1913.

PARET, Meter, Beth Irwin LEWIS y Paul PARET (eds.), *Persuasive Images. Posters of War and Revolution from the Hoover Institution Archives*, Princeton University Press, Princeton, 1992.

PARKER, Geoffrey, *La Guerre de Trente Ans*, Aubier-Montaigne, París, 1987.

PAVESE, Cesare, «La maison sur les hollines», *Avant que le coq chante*, Gallimard, París, 1953.

PAVONE, Claudio, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralitá nella Resistenza*, Bollati Boringhieri, Turín, 1990.

PAVONE, Claudio, «La Deuxième Guerre Mondiale: Europe et guerre civile européenne», en Pietro Causarano, Valeria Galimi y Frédéric Fredji (eds.), *Le XX^e Siècle des guerres*, Éditions de l'Atelier, París, 2004.

PAXTON, Robert O., *Le Fascisme en action*, Seuil, París, 2004.

PELI, Santo, *La Resistenza in Italia. Storia e critica*, Einaudi, Turín, 2004.

PEUKERT, Detlev, *Die Weimarer Republik. Krisenjahre der klasischen Moderne*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1987.

PICK, Daniel, *War Machine. The Rationalization of Slaughter in the Modern Age*, Yale University Press, New Haven, 1993.

PRESTON, Paul, *Franco*, Fontana, Londres, 1995.

PRESTON, Paul, *A Concise History of the Spanish Civil War*, Fontana, Londres, 1996.

PROCHASSON, Christophe y Anne RASMUSSEN, *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la Première Guerre mondiale (1910-1919)*, La Découverte, París, 1996.

PROST, Antoine y Jay WINTER, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, Seuil, París, 2004.

QUARITSCH, Helmuty, «Über Bürgerkrieg und Feind-Amnestien», *Der Staat*, t. 32, 3, 1992.

RABINBACH, Anson, «Legacies of Antifascism», *New German Crtitique*, 67, 1996.

RABINBACH, Anson, «The German as Pariah: Karl Jaspers' The Question of the German Guilt», *In the Shadow of Catastrophe, German Intellectuals Between Apocalypse and Enlightment*, University of California Press, Berkeley, 1997.

RACINE, Nicole, «Le Comité de vigilance des intellectuels antifascistes (1934-1939)», *Le Mouvement Social*, 101, 1977.

RACINE, Nicole, «Une cause. L'antifascisme des intellectuels dans les années trente», *Politix* (17), 1992.

RADKAU, Joachim, *Das Zeitalter der Nervosität. Deutschland zwischen Bismarck und Hitler*, Carl Hanser, Múnich, 1998.

RANZATO, Gabriele (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Bollati Boringhieri, Turin, 1994.

RANZATO, Gabriela, *Il linciaggio di Carretta (Roma 1944). Violenza politica e violenza ordinaria*, Il Saggiatore, Milán, 1997.

RANZATO, Gabriela, *L'eclissi della democracia. La guerra civile spagnola e le sue origini*, Bollati Boringhieri, Turín, 2004.

REED, John, *Dix tours qui ébranlerent le monde*, Seuil, París, 1996.

REMARQUE, Eric Maria, *A l'ouest rien de nouveau*, Le Livre de Poche, París, 2000.

REUTH, Ralf Georg, *Goebbels*, Piper, Múnich, 1995.

REVELLI, Marco, *Oltre il Novecento*, Einaudi, Turín, 2001.

RICHARDS, H. Erle, *Internacional Law. Some Problems of War*, Clarendon Press, Oxford, 1915.

ROBESPIERRE, *Pour le bonheur et pour la liberté. Discours*, La fabrique, París, 2000.

ROBIN, Corey, *Fear. The History of a Political Idea*, Oxford University Press, Nueva York, 2004.

RODRIGO, Javier, *Vencidos. Violenza e repressione politica nella Spagna di Franco (1936-1948)*, Ombre Corte, Verona, 2006.

ROHSWALD, Ariel y Richard SITTES (eds.), *European Culture in the Great War. The Arts, Entertainment, and Propaganda 1914-1918*, Cambridge University Press, Nueva York, 1999.

ROSEMAN, Mark (ed.), *Generations in Conflict. Youth Revolt and Generation Formation in Germany 1770-1968*, Cambridge University Press, Nueva York, 1995.

ROUSSO, Henry, «L'épuration en France: une histoire inachevée», *Vichy, l'événement, la mémoire, l'histoire*, Gallimard, París, 2001.

RUSCONI, Gian Enrico, *Rischio 1914. Come si decide una guerra*, Il Mulino, Bolonia, 1987.

RUSCONI, Gian Enrico, «La "guerra civile europea" e le sue conseguenze per l'idea di nazione e di Europa», *Se cesiamo di essere una nazione*, Il Mulino, Bolonia, 1993.

SALOMON, Ernst von, *Les Réprouvés*, Le Livre de Poche, París, 1969.

SALVEMINI, Gaetano, «Pour la liberté de l'esprit», en Enzo Traverso (ed.), *Le Totalitarisme. Le XX^e Siècle en débat*, París, Seuil, 1991.

SÁNCHEZ DURÁ, Nicolás, «Palabras e imágenes, límites y alcance de los testimonios del dolor de la guerra», en Nicolás Sánchez Durá (ed.), *La guerra*, Pre-Textos, València, 2006.

SARTORI, Giovanni, «Dittatura», *Enciclopedia del Diritto*, vol. 13, Giuffré, Milán, 1964.

SCHELER, Max, *Der Genious des Krieges und der Deutsche Krieg*, Weissen Bücher, Leipzig, 1915.

SCHIVELBUSCH, Wolfgang, *The Culture of Defeat. On National Trauma, Mourning, and Recovery*, Picador, Nueva York, 2004.

SCHMITT, Carl, «Das Problem der Legalität», *Verfassungsrechtliche Aufsätze aus den Jahren 1924-1954. Materialen zu einer Verfassungslehre*, Duncker & Humblot, Berlín, 1958.

SCHMITT, Carl, *Théologie politique*, Gallimard, París, 1988.

SCHMITT, Carl, *Legalität und Legitimität*, Duncker & Humblot, Berlín, 1998.

SCHMITT, Carl, *Glossarium. Aufzeichnungen der Jahre 1947-1951*, Duncker & Humblot, Berlín, 1991.

SCHMITT, Carl, *La Notion de politique/Théorie du partisan*, Flammarion, París, 1992.

SCHMITT, Carl, *Das internationalrechtliche Verbrechen des Angriffskrieges und das Grundsatz «Nullum crimen, nulla poena sine lege»*, Duncker & Humblot, Berlín, 1994.

SCHMITT, Carl «Amnestíe, Urform des Rechts», *Staat, Grossraum, Nomos*, Duncker & Humblot, Berlín, 1995.

SCHMITT, Carl, *La Dictature*, Seuil, París, 2000. [*La dictadura*, Alianza, Madrid, 1985.]

SCHMITT, Carl, *Le Nomos de la terre dans le droit des gens du jus publicum europaeum*, Presses Universítaires de France, París, 2001.

SCHMITT, Carl, *Le Léviathan dans la doctrine de l'État de Thomas Hobbes*, Seuil, París, 2002.

SCHMITT, Carl, *Ex captivitate salus : expériences des années 1943-1947*, Vrin, París, 2003.

SCHNUR, Roman, «Weltfriedensidee und Weltbürgerkrieg 1791-1792», *Revolution und Weltbürgerkrieg. Studien zur Ouverture nach 1789*, Duncker & Humblot, Berlín, 1983.

SCHÜDDEKOFF, Ernst Otto, *Linke Leute von Rechts. Die national-revolutionären Minderheiten und der Kommunismus in der Weimarer Republik*, Kohlhammer, Stuttgart, 1960.

SCHULZE, Hagen, *État et nation dans l'histoire de l'Europe*, Seuil, París, 1996.

SCURATI, Antonio, *Guerra. Nazioni e culture nella tradizione occidentale*, Donzelli, Roma, 2003.

SEBALD, W. G., *De la destruction comme élément de l'histoire naturelle*, Actes Sud, Arles, 2004. [*Sobre la historia natural de la destrucción*, Anagrama, Barcelona.]

SENELLART, Michel, «La qualification de l'ennemi chez Emer de Batel», *Astérion*, 2, 2004.

SERGE, Victor, «Kronstadt» (1937), en Leon Trotsky y Victor Serge, *La Lutte contre le stalinisme en URSS*, Maspero, París, 1977.

SERGE, Victor, *Mémoires d'un révolutionnaire et autres écrits politiques*, Robert Laffont, París, 2001.

SINCLAIR, Upton y Eugene LYONS, *Terror in Russia? Two Views*, R. R. Smith, Nueva York, 1938.

SLOTERDIJK, Peter, *Luftbeben. An den Quellen des Terrors*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 2002.

SÖLLNER, Alfons, «Disciples de gauche de la Révolution conservatrice. La théorie politique d'Otto Kirchheimer et de Herbert Marcuse dans les dernières années de la république de Weimar», en Gérard Raulet (ed.), *Weimar ou l'explosion de la modernité*, Anthropos, París, 1984.

SOFSKY, Wolfgang, *Traité de la violence*, Gallimard, París, 1998.

SOMBART, Werner, *Händler und Helden*, Duncker & Humblot, Múnich-Leipzig, 1915.

SONTAG, Susan, «Fascinating Fascism», *Under the Sign of Saturn*, Vintage Books, Nueva York, 1976. [*Bajo el signo de Saturno*, Edhasa, Barcelona, 1987.]

SOUTOU, Georges-Henri, «1914: vers la guerre de Trente Ans? La disparition d'un ordre européen», en Pierre Cahunu (ed.), *Les Enjeux de la paix. Nous et les autres XVIII^e-XXI^e siècle*, Presses Universitaires de France, París, 1995.

SOTOU, Goerges-Henri, «Le concert européen de Vienne a Locarno», en Georges-Henri Soutou y Jean Berenguer (ed.), *L'Ordre européen du XVI^e au XX^e siècle*, Presses Universitaires de París-Sorbonne, París, 1998.

SPENGLER, Oswald, *Jahre der Entscheidung. Deutschland und die weltgeschichtlicheEntwicklung*, J. C., Beck, Múnich, 1933.

SPENGLER, Oswald, *Le Déclin de l'Occident*, 2 vol., Gallimard, París, 1948. [*La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid.]

SPITZER, Alan B., «John Dewey, the "Trial" of Leon Trotsky and the Search for Historical Truth», *History and Theory*, vol. 29, 1, 1990.

SPRINGBORG, Patricia, «Hobbes's Biblical Beasts: Leviathan and Behemoth», *Political Theory*, vol. 23, 2, 1995.

STALINE, «Sur la grande guerre de l'Union soviétique pour la défense de la patrie», en Marx, Engles, Lénine y Staline, *La Lutte des partisans*, 10/18, París, 1975.

STERNHELL, Zeev, «Introduction. Le concept de fascisme», en Zeev Sternehell, Mario Sznajder y Mia Zaherí, *Naissance de l'ideologie fasciste*, Gallimard, París, 1994.

STERNHELL, Zeev, *Les Anti-Lumières, du XVIII^e siècle à la guerre froide*.

STRAUSS, Leo, «Commentaire de La Nation de politique de Carl Schmitt», en Heinrich Meier, *Carl Schmitt, Leo Strauss et la notion de politique*, Juillard, París, 1990.

STRAUSS, Leo, *La Philosophie politique de Thomas Hobbes*, Berlin, París, 1991.

STREIT, Christian, *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945*, Dietz, Bonn, 1997.

STROMBERG, Roland N., *Redemption by War. The Intellectuals and 1914*, The Regent Press of Kansas, Lawrence, 1982.

STUART Hughes, Henry, *Contemporary Europe: A History*, Prentice Hall, Englewood Cliffs N. J., 1961.

TAUBES, Jacob, *En divergent accord. À propos de Carl Schmitt*, Payot & Rivages, París, 2003.

TAYLOR, Telford, *Procureur à Nuremberg*, Seuil, París, 1995.

TERONI, Sandra (ed.), *Pour la défense de la culture. Les textes du Congrès international des écrivains, Paris, juin 1935*, Presses universitaires de Dijon, Dijon, 2005.

THEWELEIT, Klaus, *Männerphantasien*, Piper, Múnich, 2000.

THOMAS, Gareth, *The Novel of the Spanish Civil War (1936-1975)*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990.

THOMAS, Hugh, *Histoire de la guerre d'Espagne*, 2 vol., Robert Laffont, París, 1967.

THUCYDIDE, *Histoire de la guerre du Péloponnese*, Robert Laffont-Bouquins, París, 1984.

TODOROV, Tzvetan, *Une tragédie francaise. Été 1944: scènes de guerre civile*, Seuil, París, 1994.

TOLLER, Ernst, *Eine Jugend in Deutschland*, Rowohlt, Hamburgo, 1963.

TRAPIELLO, Andrés, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Planeta, Barcelona, 1994.

TRAVERSO, Enzo, *L'Histoire déchirée. Essai sur Auschwitz et les intellectuels*, Éditions du Cerf, París, 1997. [*La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales.*]

TRAVERSO, Enzo, «Le totalitarisme. Jalons pour l'histoire d'un débat», en Enzo Traverso (ed.), *Le Totalitarisme. Le XX^e siècle en débat*, Seuil, París, 1991.

TRAVERSO, Enzo, *La Violence nazie. Une généalogie européenne*, La fabrique, París, 2002. [*La violencia nazi*, FCE, Buenos Aires, 2002.]

TRONTI, Mario, *La politica al tramonto*, Einaudi, Turín, 1998.

TROTSKY, Leon, *Terrorisme et Communisme*, 10/18, París, 1974.

TROTSKY, Leon, *The First Five Years of the Communist International*, 2 vol., Park Publications, Londres, 1973.

TROTSKY, Leon, *Historie de la Révolution russe*, 2 vol., Seuil, París, 1995. *Historia de la revolución rusa*, Veintisiete letras, Madrid.

TUCK, Richard, *The Right of War and Peace. Political Thought and the International Order form Grotius to Kant*, Oxford University Press, Nueva York, 1999.

UPTON, Anthony F., *The Finnish revolution 1917-1918*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1980.

VAGTS, Alfred, «Unconditional Surrender: vor und nach 1945», *Vierteljahrsshefte für Zeitgeschichte*, 7, 1959.

VALÉRY, Paul, «La crise de l'esprit», *Oeuvres I*, La Pléiade-Gallimard, París, 1957.

VIDAL-NAQUET, Pierre, *Le Trait empoisonné. Réflexions sur l'affaire Jean Moulin*, La Découverte, París, 1993.

VIOLA, Paolo, *Il trono vuoto. La transizione Della sovranitá nella rivoluzione francese*, Einaudi, Turín, 1989.

VOVELLE, Michel, *La mentalité révolutionnaire. Société et mentalité sous la Révolution française*, Éditions sociales, París, 1985.

WANROOIJ, Bruno, «The Rise and Fall of Italian Fascism as a Generational Revolt», *Journal of Contemporary History*, vol. 22, 3, 1987.

WEBER, Max, «Considérations intermédiaires» (1915), *Sociologie des religions*, Gallimard, París, 1996.

WEBER, Max, *Le Savant et le Politique* (1919), Plon, París, 1959. Introducción de Catherine Collot-Thélene, La Découverte, París, 2003.

WEHBERG, Hans, *La Guerre civile et le droit international*, Sirey, París, 1938.

WEHLER, Hans Ulrich, «"Absoluter" und "totaler" Krieg. Vom Clausewitz zu Ludendorff», *Politische Vierteljahresschift*, Jg. X, 1969.

WEHLER, Hans Ulrich, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit»*, C. H. Beck, Múnich, 1988.

WEIL, Simone, «Lettre à George Bernanos, 1938», *Oeuvres*, Quarto-Gallimard, París, 1999.

WEISS, Ernst, *Le Témoin oculaire* (1938), Gallimard, París, 1988.

WERTH, Nicolas, «Un État contre son peuple. Violences, répressions, terreur en Union Soviétique», en Stéphane Courtois (ed.), *Le Livre noir du communisme*, Robert Laffont, París, 1997.

WIEVIORKA, Annette, *Le Procès de Nuremberg*, Éditions Ouest-France, Rennes, 1995.

WIEVIORKA, Annette (ed.), *Les Procès de Nurembeg de Tokyo*, Complèxe, Bruselas, 1996.

WIEVIORKA, Olivier, «Guerra civile à la française? Le cas des années sombres (1940-1945)», *Vingtième Siècle*, 85, 2005.

WILKINSON, James D., *The Intellectual Resistence in Europe*, Harvard University Press, Cambridge, 1981.

WINOCK, Michel, *Le Siècle des intellectuels*, Seuil, París, 1997.

WINTER, Jay, «Under Cover of War», en Robert Geltelly y Ben Kiernan (eds.), *Genocide. Mass Murder in Historical Prespective*, Cambridge University Press, Nueva York, 2003.

WOHL, Robert, *The Generation of 1914*, Harvard University Press, Cambridge, 1979.

WOLIN, Richard, *Heidegger's Children. Hannah Arendt, Karl Löwith, Hans Jonas, and Herbert Marcuse*, Princeton University Press, Princeton, 2001.

WOLLENBERG, Erich, *The Red Army*, New Park Publications, Londres, 1978.
WOLLER, Hans, *I conti con il fascismo. L'epurazione in Italia*, Il Mulino, Bolonia, 1997.
ZAMBRANO, Maria, *Los intelectuales en el drama de España*, Trotta, Madrid, 1998.
ZAYAS, Alfred M. de, *Nemesis at Postdam. The Anglo-Americans and the Expulsion of the Germans*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1977.
ZWEIG, Stefan. *Le Monde d'hier. Souvenirs d'un Européen*, Belfond, París, 1993.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abetz, Otto 93
Abraham, Karl 154, 155
Adenauer, Konrad 32, 128
Adorno, Theodor W. 44, 83, 194, 195, 225, 226
Agamben, Giorgio 85,197
Aguilera, Gonzalo de 55
Alain, Émile-Auguste Chartier 215
Almbert, Alfred d' 63
Aly, Götz 173
Amendola, Giorgio 76
Amsterdam 16, 216
Anders, Günther Stern 121, 153, 163, 185, 200, 226
Antonescu, Ion 123
Appomattox 69
Aragon, Louis 209
Arendt, Hannah 33, 107-109, 111, 121, 122, 164, 185
Aristóteles 84
Armstrong, Neil 11
Aron, Raymond 36, 218, 220, 223
Arp, Jean 156
Atenas 108, 129, 130
Auden, Wystan Hugh 210, 211
Audoin-Rouzeau, Stěphane 106
Auschwitz 223
Auschwitz, campo 21, 43, 59, 83, 225, 226
Auschwitz-Birkenau 11
Ayuntamiento de Berlín, palacio del 46
Azaña, Manuel 13

Badoglio, Pietro 56
Bainville, Jacques 42
Bakou 32
Basilea 41, 181
Barbusse, Henri 140
Barcelona 133, 179, 201, 210
Bari 152
Barrěs, Maurice 138, 183
Bartov, Omer 95, 96
Basch, Victor 218
Bataille, Georges 212
Bath 103
Battaglia, Roberto 75
Becker, Annette 106
Beckmann, Max 153
Belzec 21, 119
Benda, Julien 183
Benjamin, Walter 13, 148, 149, 163, 182, 184, 194-200, 210, 218, 223
Benn, Godfried 213
Berg, Alban 137, 181
Bergson, Henri 138
Berlín 25, 46, 47, 53, 70, 98, 118, 141, 153, 154, 158, 190, 194
Berlín-Karlhorst 70
Bernanos, Georges 133, 201, 202

Bethmann-Hollweg, Theobald von 116
Bismarck, Otto, prince von 39
Bloch, Ernst 184
Bloch, Jean-Richard 215
Bloch, Marc 144, 150
Blok, Aleksandr Aleksandrovitch 139
Bloxham, Donald 120
Blum, León 218
Bodin, Jean 37, 62, 86, 195
Bonomi, Ivanoe 126
Bordiga, Amadeo 171
Borkenau, Franz 219
Bottai, Giuseppe 173, 174
Bourke, Joanna 38
Brancati, Vitaliano 87
Braque, Georges 137, 181
Brasillach, Robert 175, 210, 213
Braudel, Fernand 44
Breker, Arno 180
Brest-Litovsk 46, 49
Breton, André 156, 182, 215, 218
Brittain, Vera 104
Broch, Hermann 164
Bruck, Arthur Moeller van den 191
Brunetta, Gian Piero 150
Buck-Morss, Susan 161-163
Budapest 47, 107, 158, 171
Buffarini Guidi, Guido 126
Bujarin, Nikolái Ivánovich 171
Burke, Edmund 38, 108
Burrin, Philippe 193

Caillois, Roger 77, 143
Camus, Albert 125, 214
Canetti, Elias 111, 160
Canterbury 104
Cantimori, Delio 192
Capa, Robert 161
Carlos II 129
Carretta, Donato 124
Caruso, Pietro 124
Casablanca, Conferencia 69, 70, 101
Cassirer, Ernst 185, 213
Cattaneo, Carlo 225
Céline, Louis-Ferdinand 144, 148, 213
Chamberlain, Neville 100
Chaplin, Charlie 85, 217
Charcot, Jean Martin 156
Chelmno 21
Chesterton, Gilbert Keith 140
Chichester 104
Churchill, Winston 36, 49, 58, 69, 70, 97, 115, 145, 220
Cincinnatus 85
Clare Hart, Reginald 135
Claudel, Paul 138, 211
Clausewitz, Carl von 30, 61, 63
Cochin, Auguste 17
Collins, John 104
Colonia 181
Comte, Auguste 136
Condorcet, Marie Jean Antoine Nicolas de Caritat, marqués de 43
Conrad, Joseph 181
Corbin, Alain 83
Corradini, Enrico 139
Cortés, Donoso 196
Coubertin, Pierre de 64
Coventry 101, 104
Crevel, René 215
Croce, Benedetto 214
Cromwell, Thomas 69, 86, 88, 129, 140, 166
Czerniakow, Adam 16

D'Annunzio, Gabriele 139, 157, 183, 184, 213
Dagen, Philippe 149
Danton, Georges Jacques 81
Darwin, Charles 162
Davos 185
De Felice, Renzo 18
Deak, Istvan 123
Debussy, Achille-Claude 181

Deineka, Alexander 186
Delacroix, Eugène 178
Delumeau, Jean 151
Denikin, Antón Ivánovich 49, 51
Deutscher, Isaac 17
Devrient, Paul 162
Dewey, John 202, 205
Diderot, Denis 84
Diner, Dan 48, 143, 227
Dirlewanger, Oskar 74
Dix, Otto 150, 153
Dollfuss, Engelbert 213
Dönitz, karl 114, 122
Donnedieu de Vabres, Henri 117, 120
Douhet, Giulio 102
Dresde 101
Dreyfus, alfred, caso 182, 183, 211, 223, 224
Drieu la Rochelle, Pierre 175, 184, 211, 213
Drumont, Édouard 183, 202
Duchenne, Guillaume Benjamin 162
Durkheim, Émile 138
Dvorak, Max 103

Ehrenburg, Ilya 98
Eichhorn, Emil 47
Eichmann, Adolf 83, 173
Einstein, Albert 217
Eisner, Kurt 47
Eisner, Lotte 160
Ekstein, Modris 137
Elias, Norbert 37, 64, 77, 83
Eluard, Paul 215
Engels, Friedrich 35
Erle Richards, Henry 93
Esenin, Sergéi Aleksándrovich 139
Evola, Julius 175
Exeter 103

Fabien, Pierre Georges (el coronel) 72
Farinacci, Roberto 173
Febvre, Lucien 151
Fejtö, François 111
Ferenczi, Sandor 154
Fermi, Enrico 217
Ferro, Marc 81
Feuchtwanger, Lion 218
Fischer, Ruth 171
Fiume 183
Fosas Ardeatinas 15, 124
Fraenkel, Ernst 89
France, Anatole 138
Frankfurt, escuela 83, 168, 200, 225
Franco, Francisco 53, 55, 58, 85, 130, 154, 205, 211, 213, 214
Frank, Hans 173
Freiherr von Steinaecker, Franz Josef 175
Freud, Sigmund 77, 91, 139, 154
Frevert, Ute 63
Friburgo 165
Friedländer, Saul 25
Friedrich, Carl 220
Friedrich, Ernst 106, 161
Frölich, Paul 191
Frunze, Mijaíl Vasílievich 171
Fuller, J. F. C. 154
Furet, François 18, 33, 34, 218, 220

Galante Garrone, Carlo 128
Gance, Abel 152
Gariazzo, Pier Antonio 150
Garibaldi, brigadas 74, 180
Gaulle, Charles de 36, 57
Gavi 19-22
Gay, Peter 216
Gentile, Emilio 193, 220
Gentile, Giovanni 220
George, Stefan 139, 194
Jorge II, rey de Grecia 58
Gibelli, Antonio 148
Gide, André 138, 184, 217, 218
Ginzburg, Carlo 84, 159
Globke, Hans 128

Gobetti, Piero 214, 221
Goebbels, Josef 32, 96, 99, 102, 103, 160, 172, 192, 213, 215
Goltz, general 48
Göring, Hermann 110, 163, 172
Gramsci, Antonio 12, 13, 140, 171, 186
Grandi, Dino 173
Graziani, Augusto 126
Gropius, Walter 181
Grosz, George 153
Grocio, Hugo de Groot (Hugo) 61
Grünberg, Karl 179
Gueniffey, Patrice 17
Guérin, Daniel 218
Guillermo II, Friedrich Wilhelm Viktor Albrecht von Hohenzollern 116
Gurian, Waldemar 219

Habermas, Jürgen 12, 217
Haeckel, Ernst 138
Halévy, Élie 171
Hamburgo 46, 47, 71, 100-103
Hamsun, Knut 213
Hardy, Thomas 140
Harris, Arthur 16, 101, 104
Hayek, Friedrich 219
Heartfield, John 163, 169, 217
Hegel, Georg Wilhem Friedrich 43, 225
Heidegger, Martin 164, 165, 185, 200
Heidelberg 123
Heiden, Konrad 162
Hemingway, Ernest 210
Herf, Jeffrey 137
Heydrich, Reinhard 15, 173
Heyse, Hans 194
Hilberg, Raul 12
Hilferding, Rudolf 218
Himmler, Heinrich 32, 173
Hindenburg, Paul von 116, 189, 191, 215
Hiroshima 11, 16, 99, 101, 121
Hirsch, Marianne 19
Hitler, Adolf 85, 87-89, 93, 95, 96, 102, 103, 109, 156, 158-163, 169, 172, 189, 191, 192, 199, 209, 213, 214, 220, 222-224
Hobbes, Thomas 16, 37, 62, 74, 164, 165-168, 195-198,
Hobsbawm, Eric J. 33, 34, 178, 210
Hoffmann, Heinrich 161, 162
Hohenzollern, régimen 46, 139
Homero 182
Horkheimer, Max 44, 226
Horne, John 91, 92, 105
Horthy, Micklòs 47, 107
Hoth, Hermann 96

Ibárruri, Dolores 180
Ingrao, Christian 74

Jackson, Gabriel 55
Jackson, Robert H. 118, 120, 122
James, Henry182
Jarkov 115
Jaspers, Karl 104, 111, 122, 123, 223
Jeanneney, Jean-Noël 63
Jena, batalla 225
Joffe, Adolf 49
Johnson, Andrew 129
Jonas, Hans 185
Jouhandeau, Marcel 194
Joyce, James 181, 182
Jünger, Ernst 12, 13, 29, 30, 100, 101, 137, 148, 156, 157, 160, 161, 164, 174-176, 184, 186, 191, 192, 213

Kafka, Franz 141, 181
Kamenev, Lev Borissovitch Rosenfeld 171
Kandinsky, Wassily 181
Kant, Emmanuel 43
Kantorowicz, Ernst 142-144
Kapp, Wolfgang 47, 48

Kappler, Herbert 126
Karplus, Gretel 194
Katyn 120
Kautsky, Karl 41, 87, 187, 188
Keitel, Wilhelm 70
Kelsen, Hans 70, 114, 117, 118, 120, 189, 196, 220
Kennan, George 110
Kerenski, Aleksandr Fedorovitch 69
Kesselring, Albert 126
Keynes, John Maynard 41, 42, 220
Kirchheimer, Otto 114, 189, 200
Klages, Ludwig 194
Klee, Paul 163, 181
Koestler, Arthur 210, 217, 219, 223
Kohn, Hans 35
Kojève, Alexandre 225
Kollonta, Alexandra 178
Kollwitz, Käthe 152
Kolchak, Aleksandr Vassilievitch 49-51
Kondratieff, Nikolaï Dmitrievitch 44, 45
Könisberg 111
Korsch, Karl 172
Koselleck, Reinhart 13, 152
Koyré, Alexandre 105
Kracauer, Siegfried 140, 159-161
Kramer, Alan 91
Kranzbühler, Otto 122
Krasnov, general 50
Kraus, Karl 43, 140
Kriegel, Annie 18
Kronstadt 52, 206
Kun, Béla 47, 107, 171, 185, 187

La Haya, tratado 61, 73, 74, 100, 113
Lagrou, Pieter 95
Lamprecht, Karl 138
Landauer, Gustav 47
Lang, Fritz 159, 160, 217
Langemarck 142
Langevin, Paul 215
Laski, Harold J. 221
Lausana, tratado 107
Lazare, Bernard 183
Ledesma, José Luis 81
Ledesma, Ramiro 211
Lee, Robert Edward 69
Leed, Eric J. 155
Lefebvre, Georges158
Léger, Fernand 138
Leipzig 116
Lenin, Vladímir Ilitch Oulianov 50, 52, 171, 179, 187-189
Leningrado 95-97
Leri, André 154
Lessing, Gotthold Ephraim 225
Levi, Paul 171
Levine, Eugen 172
Lídice 15
Lieb, Fritz 198
Liebknecht, Karl 46, 47, 154, 171
Locarno, tratado 42
Lohenstein, Daniel Casper von 197
Londres 21, 36, 53, 55, 64, 97, 116, 140
Loraux, Nicole 129, 131
Lorre, Peter 159, 163
Luis XVI 87
Luis XVIII 129
Löwith, Karl 30
Lübeck 103, 104
Lubitsch, Ernst 159
Ludendorff, Erich 47, 105, 116
Lukács, György 171, 185, 187, 188
Lutero, Martin 203
Luxemburgo, Rosa 13, 47, 65, 141, 154, 171, 189
Luzzatto, Sergio 79

MacDonald, Dwight 121
Macerata 71
Maquiavelo, Nicolas 16, 61, 65, 205, 207
Macpherson, C. B. 166

Madrid 54, 220
Magris, Claudio 111
Maïakovski, Vladimir Vladimirovitch 139
Maistre, Joseph de 196
Mallorca 201
Majnó, Nestor 50, 51, 75
Malaparte, Curzio 36, 110, 190
Malraux, André 184, 210, 215, 218
Mann, Heinrich 185, 209
Mann, Thomas 104, 139, 181, 184, 185, 194
Mannheim, Karl 170
Manouchian, Missak 14
Manstein, Erich von 96
Mao, Tsé-toung 73
Marc, Franz 29
Marcuse, Herbert 185, 200
Marie, Jean-Jacques 79
Marinetti, Filippo Tommaso 137, 139, 176, 182
Maritain, Jacques 218
Martin, Jean-Clément 38
Marx, Karl 16, 32, 88, 201
Maslow, Arkadi 171
Massis, Henri 211
Mathiez, Albert 138
Maurras, Charles 31, 138, 184, 201
Mauss, Marcel 171
Mauthausen, campo 20
Mayer, Arno J. 16
Meidner, Ludwig 153
Mendelsohn, Moses 196
Merleau-Ponty, Maurice 222
Metaxas, Ioannis 58
México 216
Milán 79
Mola, Emilio, general 54
Möller, Horst 32
Moltke, Helmuth von 35
Monroe, Marilyn 11
Morgenthau, Henry 114
Moscú 52, 96, 97, 115, 121, 155, 193, 202, 203, 205, 214, 216, 218, 219, 222
Mosse, Geoge L. 151, 152, 156, 174, 179, 183, 193, 214
Mosse, Rudolf 70
Moulin, Jean 18
Mounier, Jean-Joseph 80
Munch, Edvard 153
Múnich 32, 47, 53, 103, 158, 162, 194, 215
Münzenbeg, Willi 214, 219
Murray, Gilbert 104
Mussolini, Benito 20, 25, 31, 53, 54, 56, 71, 76, 79, 85, 87-89, 123, 139, 173, 183, 191, 192, 214, 215, 224

Nagasaki 16, 99, 101, 121
Nansen, Fridtjof 108
Nantes, Edicto de 129
Napoleón (Napoleón Bonaparte) 35, 225
Naumann, Friedrich 111, 139, 220
Naville, Pierre 218
Nenni, Pietro 218
Neruda, Pablo 212
Neuilly, Tratado de 108
Neumann, Franz 158, 168, 169, 200
Neumann, Sigmund 35
Nueva York 202, 216, 219
Nicolás II, zar 87
Niekisch, Ernst 190
Nietzsche, Friedrich 32, 33,
Nizan, Paul 219
Nolte, Ernst 11, 17, 30-33, 52
Norton Cru, Jean 147
Noske, Gustav 70
Novi 23
Nuremberg, proceso 69, 104, 115-117, 119-123, 126, 128, 163

Oradour-sur-Glane 83
Ortega y Gasset, José 220

Orwell, Eric Arthur Blair (George) 179, 181, 182, 210, 217, 218, 223
Ossietzky, Karl von 215
Ozereckowski, A. I. 155

Pabst, G. W. 160
Pamplona 53
Papen, Franz von 189
Papini, Giovanni 136, 213
París 30, 49, 53, 57, 64, 69, 72, 80, 88, 93, 102, 130, 138, 140, 144, 154, 159, 209, 210, 216, 218
Patton, George 97
Pavelic, Ante 57
Pavese, Cesare 13
Pavone, Claudio 75, 180
Paz, Magdeline 218
Paz, Octavio 210
Pearson, Karl 135
Péguy, Charles 138
Pellizza da Volpedo, Giuseppe 186
Pemán, José María 53
Péret, Benjamin 210, 218
Pétain, Philippe, mariscal 57, 123
Petrogrado 50, 52, 67, 78, 178, 186
Peukert, Detlev 172
Picasso, Pablo 137, 154, 181, 217
Pick, F. 155
Pirenne, Henri 138
Planck, Max 138
Plejanov, Georgui Valentinovitch 139
Poincaré, Raymond 138
Polanyi, Karl 39
Portel 102
Potsdam 110
Potter Webb, Beatrice 218
Poulaille, Henri 218
Pound, Ezra 175
Praga 15, 35, 216
Preston, Paul 53
Primo de Rivera, Miguel, general 192
Proust, Marcel 138, 181
Pufendorf, Samuel, barón von 61

Quisling, Vidkun 123

Radek, Karl 49, 190, 191
Ràkosi, Màtyàs 171
Ravel, Maurice 181
Rawls, John 12
Reed, John 209
Reichenau, Walther von 96
Remarque, Erich Maria 147, 164, 184
Renan, Ernest 130, 131
Reventlow, Graf Ernst 191
Riefenstahl, Leni 87
Riga 48
Rivera, Diego 182
Rivet, Paul 215
Robespierre, Maximilien Marie Isidore de 38, 49, 81
Rohrwasser, Michael 179
Rolland, Romain 139-141, 164, 218
Roma 15, 124, 191, 193
Roosevelt, Franklin Delano 69, 70, 114
Rosenberg, Alfred 36, 48, 172
Rosselli, Carlo 218, 219
Roth, Joseph 111
Rotterdam 101
Rousseau, Frédéric 155
Rousseau, Jean-Jacques 43, 65
Rousset, David 222
Roy, Claude 72
Russell, Bertrand 140

Salamanca 221
Salazar, Antonio de Oliveira 54
Saló, república de 13, 14, 56, 124, 126
Salomon, Ernst von 175
Salvemini, Gaetano 219
Sarajevo 34, 64
Sartre, Jean-Paul 209, 213, 222, 223

Saz Campos, Ismael 130
Scano, Andrea 23
Scheidemann, Philip 46
Scheler, Max 139
Schindler, Oskar 14
Schlageter, Leo 165, 172, 190, 191
Schmitt, Carl 12, 13, 68, 73, 85-87, 89, 118, 119, 127, 158, 165-169, 186-189, 194-201
Schnur, Roman 38, 89
Scholem, Gershom 194, 195, 223
Scholem, Werner 172
Schönberg, Arnold 137, 181
Sebald, Winfried Georg Maximilian 99, 104
Serge, Victor 67, 88, 202, 205-207, 217, 218
Serrano, García 211
Shakespeare, William 195
Shaw, Geoge Bernard 104
Silone, Secondo Tranquilli (Ignazio) 223
Sinclair, Upton 218
Sloterdijk, Peter 99
Sobibor 119
Sofsky, Wolfgang 79
Sombart, Werner 139
Somme, batalla 83,143, 181
Soutou, Georges-Henri 41
Speer, Albert 173
Spencer, Herbert 136, 160
Spender, Stephen 210
Spengler, Oswald 32, 45, 181, 184,
Sperber, Manès 219
Spinoza, Baruch 168, 196
Stahl, Friedrich J. 168, 196
Stajanov, Alekseï Grigorievitch 180
Stalin, Iossip Vissarionovitch Djougachvili 58, 71, 85, 97-99, 115, 202, 205, 218, 219, 221, 225
Stalingrado, batalla 30, 59, 115
Stalingrado 97
Starace, Achille 173
Sternhell, Zeev 31, 193
Strauss, Leo 166, 167, 169
Stravinski, Igor 137
Stuck, Franz von 169
Sturzo, Luigi 218
Sverdlov, Iakov 171
Szàlasi, Ferenc 123

Talleyrand, Charles Maurice de 49
Tarde, Gabriel 64
Taubes, Jacob 195, 200
Taylor, Telford 104, 117, 119
Thälmann, Ernst 172
Theweleit, Klaus 175
Trasíbulo, general 129
Tucídides 66
Tillich, Paul 218
Tiso, Josef, monseñor 123
Tito, Josip Broz 23, 57, 73
Togliatti, Palmiro 127, 171, 173, 174, 219, 222
Tojo, Hideki 70
Tokio 69
Toller, Ernst 47, 172
Tönnies, Ferdinand 166
Toynbee, Arnold 105
Tracy, Spencer 160
Treblinka 119
Trento 139
Trieste 111, 139
Troeltsch, Ernst 139
Tronti, Mario 201
Trotski, Léon 12, 13, 45, 49, 52, 69, 87, 88, 171, 182, 186, 190, 202-207, 219
Truman, Harry 16
Tujachevski, Mikhaïl Nikolaïevitch 171
Turín 140, 157, 180

Unamuno, Miguel 221
Uritski, Moishe 50

Valencia 209
Valéry, Paul 181
Valladolid 78
Varsovia, Gueto de 15, 16
Varsovia 52, 95, 101
Vattel, Emer de 62
Verdún 29, 43, 138
Verdún, batalla de 83
Versalles, Tratado de 35, 41-43, 49, 69, 93, 110, 116, 117, 190
Vichy, Régimen de 56, 57, 76, 121, 124, 128
Victorio-Emanuele III 191
Viena, congreso 37, 39, 41, 49
Viena 47, 71, 140, 183, 187
Villalvernia 22
Viola, Paolo 80
Vitorini, Elio 222
Vladslo 152
Voegelin, Eric 219
Volpe, Gioacchino 105
Voltaire, François Marie Arouet 225
Vovelle, Michel 80
Vychinski, Andreï Ianouarevitch 202

Warhol, Andy 11
Waterloo, batalla de 38
Webb, Sidney James 218
Weber, Max 14, 15, 86, 87, 122, 142, 143, 188, 220
Webern, Anton von 137
Wehberg, Hans 73
Weil, Simone 75, 133, 201, 210
Weimar, Constitución de 89
Weimar, República de 53, 71, 83, 116, 137, 140, 153, 164, 168, 172, 184, 187-190, 195, 213, 216, 220
Weiss, Ernst 158
Wells, Herbert George 136, 140
Whitaker, John 55
Wieviorka, Annette 12
Wieviorka, Olivier 57
Wilson, Thomas Woodrow 42
Winckelmann, Johann Joachim 175
Wittgenstein, Ludwig Josef 139
Wood, Sam 217
Wrangel, Petr Nikolaïevitch 49, 50
Wundt, Wilhelm 139
Würzburg 103
Wyndham Lewis, Percy 213

York 103, 104
Ypres 65, 99, 136
Yukov, Georgui Konstantinovitch 98

Zamboni, Anteo 89
Zeller, Magnus 169
Zimmerwald 46
Zinoviev, Grigori Radomiski 32, 171
Zola, Émile 136, 183
Zúrich 216
Zweig, Stefan 140